

UNAS ESTRELLAS EN EL CIELO
UN LUNAR EN EL MAR
REINOS OLVIDADOS

PUERTA DE BALDUR



PHILIP ATHANS

La novela del juego
de rol para PC

Lectulandia

Novelización del famoso juego de rol para PC.

La Costa de la Espada sufre una repentina escasez de hierro, precisamente cuando crece la tensión entre Ann y los Grandes Duques de la Puerta de Baldur y la guerra parece inevitable. ¿Qué tiene todo esto que ver con el intento de asesinato de un mercenario a sueldo por parte de unos sicarios desconocidos?

Lectulandia

Philip Athans

Puerta de Baldur

Reinos Olvidados: Puerta de Baldur 1

ePub r1.3

Huygens 08.11.13

Título original: *Baldur's Gate*
Philip Athans, 1999
Traducción: Joana Claverol
Diseño de portada: Todd Lockwood

Editor digital: Huygens
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

1

Las espadas chocaron con tal ímpetu que saltó una chispa blanca azulada tan brillante que por un momento cegó a Abdel. El impacto provocó que vibrara la pesada hoja de su sable, pero Abdel no hizo caso y atacó de nuevo. Abdel era lo suficientemente fuerte y alto como para desequilibrar a su oponente. El hombre dio dos pasos hacia atrás, tambaleándose, y levantó la mano izquierda para no caer. Abdel vio el resquicio y decidió no desaprovecharlo; dirigió su espada hacia el pecho desprotegido de su oponente, atravesó la cota de malla y hundió el filo en la carne y el hueso.

Abdel reconoció a dos de los cuatro hombres que intentaban matarlo; eran mercenarios —guardaespaldas y asesinos a sueldo—, como él. Obviamente, alguien los había pagado, pero quién y por qué razón era un misterio.

El hombre que Abdel acababa de matar no acababa de creerse que ya era hombre muerto. No dejaba de mirarse el profundo sablazo que casi lo había partido por la mitad. Había sangre por todas partes y se entreveían las entrañas amarillas y grises. El rostro del hombre mostraba una expresión casi cómica: sorprendido, pálido y, en cierto modo, decepcionado. Abdel sintió que el corazón le daba un vuelco al mirarlo, pero no sabía si era por el horror o el placer que le producía. No obstante, la breve pausa fue suficiente como para que otro de los bandidos interviniera y casi le clavara una de las dos hachas pequeñas y afiladas que hacía girar como un loco con ambas manos.

—Kamon —dijo Abdel, al tiempo que saltaba hacia atrás para eludir la segunda hacha—, ha pasado mucho tiempo.

Habían trabajado juntos antes, un año atrás, protegiendo un almacén en Athkatla que contenía algo que una interminable sucesión de ladrones, a cual más extraño, se empeñaba en robar. Las hachas eran las armas por excelencia de Kamon, aunque, si bien su ataque resultaba rápido y furioso, le faltaba precisión. Era un luchador bajo pero fuerte, que adversarios menos experimentados subestimaban; sin embargo cualquiera que llevara tanto tiempo luchando como Abdel, con sólo fijarse en su rápida mirada azul cristalina, sabría que se trataba de un enemigo inteligente y hábil.

—Abdel —dijo Kamon—, siento lo de tu padre.

Era un viejo truco, más viejo que el mismo Gorion, que a veces a Abdel le parecía el hombre más anciano que hubiera caminado por las calles y los caminos de Faerun. Por el rabillo del ojo, Abdel vio a su padre adoptivo. Gorion aún estaba de pie y luchando, aunque, como era habitual en él, trataba de no matar al bandido, que, por su parte, no mostraba tanta consideración como el anciano. El adversario de Gorion, un hombre de tez oscura, que llevaba un pañuelo elaboradamente anudado a la cabeza, atacaba con una cimitarra sin ningún control y con demasiada rapidez. Gorion lo mantenía a raya con su pesado bastón de roble, pero ¿por cuánto tiempo?

Abdel dejó que Kamon arremetiera con el hacha de la mano derecha y la paró con su sable justo debajo de la cabeza. El filo cortante del sable se hundió en la empuñadura del hacha, y Abdel empujó hacia arriba, pero no hacia afuera; de este modo, Kamon tuvo que soltar el arma tan rápidamente que le dejó la marca roja de una quemadura en la palma de la mano. Kamon lanzó una maldición y retrocedió con celeridad tres pasos. La pérdida de una de sus hachas lo había sorprendido, lo había pillado desprevenido, pero Abdel era un guerrero muy experimentado y no se confió. El sable aún estaba clavado en la empuñadura del hacha.

Abdel sabía que no debía entretenerse en tratar de liberar el sable, pero cuando oyó pasos sobre la grava detrás de él lo hizo de todos modos. Confiaba en que Kamon hiciera lo más lógico, y Kamon lo hizo. El bandido se abalanzó sobre él, blandiendo la otra hacha a baja altura, para cortar por la cintura a su víctima.

Abdel tiró de sus rodillas hacia el vientre y mantuvo el sable sobre el pecho para protegerse. Sus pies perdieron contacto con el suelo y cayó de espaldas, al mismo tiempo que el filo de la gran alabarda le caía encima desde atrás. Los pesados pasos sobre la grava correspondían a Eagus, el primero de los bandidos que Abdel había reconocido cuando les interceptaron el camino. Eagus aún conservaba una cicatriz en la cara de una apuesta que había perdido contra Abdel en Julkoun ocho meses atrás. Al recordarlo Abdel sonrió, aunque de pronto sintió que estaba empapado en sangre espesa y caliente.

El golpe que Eagus había dirigido contra Abdel había partido la cabeza de Kamon por la mitad, de la coronilla al mentón. Abdel se sintió decepcionado porque ya no podría preguntarle a Kamon si llegó a averiguar qué había en el almacén que guardaron juntos.

Todavía enrollado sobre sí mismo, Abdel impulsó los pies hacia arriba y golpeó con el sable, aún incrustado en el hacha, con la esperanza de destripar a Eagus mientras la alabarda seguía embutida en la cabeza de su amigo. En pleno ataque, Abdel sintió un dolor tan lacerante que se quedó sin resuello e, instintivamente, se dejó caer sobre el lado izquierdo.

El quinto bandido, que hasta entonces se había mantenido al margen, había disparado un único dardo con la ballesta, que había alcanzado a Abdel en el costado derecho. Abdel se lo arrancó, mientras soltaba algunos eslabones de su cota de malla y rugía de dolor. Sus ojos y los del ballestero se encontraron por un breve instante, tiempo suficiente para que el hombre retrocediera lleno de temor. Abdel sólo podía confiar en que el ballestero estuviera demasiado asustado como para dispararle de nuevo, pues tenía problemas más inmediatos.

Eagus maldecía intentando arrancar la cuchilla de su alabarda de la cabeza de Kamon. Abdel no podía alejarse del alabardero, pero se detuvo un instante para comprobar los progresos de su padre. Gorion aguantaba bien: estaba dejando que su

adversario se cansara, embistiendo una y otra vez con la cimitarra.

—Podemos seguir así eternamente, calishita —dijo Gorion, que había adivinado la procedencia del hombre por su peculiar indumentaria y el arma que usaba—, o al menos hasta que me digas quién os ha contratado y por qué.

Abdel arrancó el hacha de Kamon de su espada, sin perder de vista con un ojo los rápidos progresos de Eagus y vigilando con el otro a su padre.

—Nos pagaron extra para no decirlo —repuso el mercenario calishita. Sonrió, dejando entrever un diente de plata deslustrado—. Pero, si quieres salvar la vida, entrégnos a tu pupilo —añadió.

Se oyó un sonido semejante al que produciría un gran melón lanzado desde una torre vigía, y Eagus liberó su alabarda. Acto seguido, blandió el asta hacia arriba y alrededor, salpicando a Abdel y el camino con más sangre de Kamon. Abdel le lanzó el hacha, pero Eagus la esquivó fácilmente. La intención de Abdel no había sido tocarlo, sino hacerle perder el equilibrio, y sabía que sólo había una forma para comprobar si su treta tenía éxito.

Abdel arremetió contra Eagus, saltando más que corriendo; en realidad, sus pies se elevaron temerariamente del suelo. Lanzó una estocada y notó cómo el sable penetraba por una brecha en la oxidada armadura de Eagus antes de volver a posar los pies en el suelo. Pretendía levantarse y arrastrar el sable a lo largo del cuerpo de Eagus para destriparlo, pero el bandido no estaba tan desequilibrado como Abdel había creído. Eagus evitó con cautela la punta de la espada de su oponente. Había sangre y era obvio que Eagus estaba herido, pero seguía luchando.

La alabarda se abatió de nuevo sobre Abdel con mucha fuerza, y éste apenas tuvo tiempo de levantar la espada para parar el golpe. El ancho filo de su sable se incrustó en el asta de madera de la alabarda. Entonces era Abdel quien estaba desarmado. Eagus sonrió, mostrando sus dientes amarillentos entre la maraña de pelos marrones y grises de la barba. La ventaja estaba de su parte. Era obvio que el acto de retorcer el arma larga y pesada que Abdel tenía firmemente agarrada le causaba un evidente dolor y le abría aún más la herida, pero finalmente el bandido lo consiguió.

Eagus se permitió el lujo de soltar una tosecilla sardónica cuando el sable se desprendió de la alabarda; él no estaría tan entorpecido en sus movimientos como Abdel lo había estado, y pretendía aprovechar al máximo su ventaja. Abdel oía el resonar del acero, lo que indicaba que su padre seguía luchando con el calishita. Tendría que enfrentarse a Eagus solo y desarmado.

Eagus debía de estar un poco cansado, quizás había perdido mucha sangre, porque atacó con demasiada lentitud, torpemente, y Abdel casi se sintió decepcionado al desviar tan fácilmente la alabarda con el brazo. El impacto del golpe de Abdel contra el de Eagus fue tan violento que casi le rompió el antebrazo al joven mercenario. Abdel hizo caso omiso del dolor y dio una patada con el pie izquierdo,

presionando con la punta de su robusta bota la herida abierta de Eagus.

Eagus gritó y cayó, y sus rodillas cedieron como ramas secas. Abdel sacó la daga con la hoja de plata que Gorion le había regalado cuando llegó a la mayoría de edad. Con ella, sesgó la garganta de Eagus y lo miró a los ojos mientras la vida se le escapaba, sonriendo, aunque sabía que Gorion no lo aprobaría. Entonces, se dio cuenta de que Gorion seguía luchando y que ahí estaba...

El ballestero se avanzó. Tenía los ojos oscuros entornados para protegerse del sol de mediodía, llevaba un chaleco de piel acolchada que crujía con cada movimiento, y la brisa mecía su grasiento pelo, largo y rojo. Apuntó cuidadosamente a Gorion.

Abdel gritó.

—¡Pa...

La ballesta disparó un pesado dardo de acero, que cortó el aire con un siseo.

—... aa...

El dardo se hundió en el ojo de Gorion.

—... dre!

Antes de que el cuerpo convulso de Gorion tocara el suelo, Abdel supo que el único padre que había conocido estaba muerto.

Lo vio todo rojo, oía un zumbido en los oídos, la boca se le llenó del punzante sabor del cobre y perdió el control. Primero, arremetió contra el calishita, simplemente porque de los dos mercenarios supervivientes era el que tenía más cerca. La pesada daga de plata de Abdel estaba desenfundada frente a él y la balanceaba adelante y atrás como si cultivara un campo con ella. El calishita reculó y levantó la cimitarra.

Se oyó el choque del metal contra el metal, y el calishita pronunció la primera sílaba de algún dios olvidado mientras el pesado filo de Abdel hendía la cimitarra finamente forjada.

Dos tercios de la hoja curva salieron volando hacia los matorrales que bordeaban el ancho camino de grava. El calishita no pudo hacer otra cosa que mirar cómo sucedía y seguir retrocediendo para ponerse fuera del alcance de la mortífera daga.

El pie del calishita se hundió en un surco hecho en el camino por una rueda de carro. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, salvándose por los pelos de la siguiente acometida de la daga, que le habría desgarrado la garganta.

Gruñendo y lleno de una rabia animal e irracional, Abdel atacó de nuevo. Su brazo vibraba por la repentina resistencia que había encontrado la hoja de su pesada daga.

Probablemente, el calishita vio cómo lo que le quedaba de la cimitarra rebotaba una vez después de caer al suelo, antes de que el mundo empezara a girar a su alrededor y algo húmedo y pegajoso le salpicara el rostro. Tal vez su cabeza decapitada viviera el tiempo suficiente como para sentirlo, pero él estaba muerto

antes de eso, y su cuerpo convulso se desplomó.

El balletero se marchó antes de tener que maldecir o suplicar. No era ni mucho menos el hombre más inteligente de la costa de la Espada, pero sí lo bastante listo como para saber cuándo tenía que correr para salvar la vida.

Abdel, aún dominado por un delirio asesino y totalmente fuera de control, fue en pos del balletero y lo redujo a un amasijo de carne y sangre. Finalmente, el hijo adoptivo de Gorion del alcázar de la Candela se desplomó, agotado, sobre un montón de piel, sangre y pedazos de ballesta, y lloró.

Abdel había vendido durante años su poderosa espada y su experiencia a lo largo de la costa de la Espada, y los últimos diez días los había pasado escoltando una caravana de mercaderes de Puerta de Baldur hasta la biblioteca del alcázar de la Candela. El imponente monasterio había sido su hogar en la infancia, al menos lo más parecido a un hogar que Abdel había conocido. Fue allí donde Gorion, un monje amable pero severo, lo había educado en la devoción por Torm, dios de los valientes y los necios, y había tratado de imbuirle su propio amor por la palabra escrita, así como por la historia y las tradiciones de Faerun.

Abdel se había afanado en el estudio, pero su mente divagaba, y tanto él como su padre adoptivo muy pronto se dieron cuenta de que nunca podría llevar la vida recluida de un monje, dedicándose a copiar los grandes textos y almacenando el conocimiento y la experiencia de otros. Abdel buscaba su propio conocimiento, su propia experiencia, y ambos los encontró en el mundo que se extendía fuera de los muros protectores del alcázar de la Candela.

La necesidad que Abdel sentía de luchar y matar asustaba a Gorion, pero también parecía que, de algún modo, lo comprendía, como si ya hubiera esperado ese comportamiento de su hijo adoptivo aunque nunca pudiera aprobarlo.

Físicamente, Abdel no se parecía en nada a ese hombre que no era su verdadero padre, y nadie que los conociera bien a ambos se sorprendía de que tampoco pensarán de la misma manera. Mientras que Gorion era de constitución delgada, estudioso y rígido en sus actitudes, Abdel era muy alto y musculoso, poseía rasgos cincelados y su cabello, negro como la noche y largo, flotaba con la misma gracia fluida que todo su cuerpo.

En los últimos años, no habían hablado mucho, pero cuando a Abdel le ofrecieron un puesto en la caravana que partía de Puerta de Baldur, accedió de inmediato, no sólo porque su bolsa estaba muy diezmada, sino porque realmente deseaba ver de nuevo a su padre.

Desde el momento en que Abdel había atravesado las puertas del alcázar de la Candela, su encuentro había estado teñido por la emoción. Gorion se sentía feliz de verlo. Probablemente, Abdel había pasado demasiado tiempo con mercenarios y

asesinos a sueldo, pero le pareció que Gorion se alegraba demasiado de verlo. Esa primera noche hablaron de muchas cosas. Gorion siempre escuchaba con curiosidad las historias de Abdel sobre las luchas en las que había participado y vencido, sobre los codiciosos mercaderes y los orcos merodeadores, o sobre las tabernas de la costa y la camaradería que florecía entre los guerreros. Pero esa noche Gorion parecía preocupado e indiferente, y ésa era una actitud que no cuadraba en nada con su padre. El joven mercenario tuvo la sensación de que necesitaba decirle algo.

Abdel, fiel a su costumbre, le preguntó directamente qué le rondaba por la cabeza, pero Gorion se limitó a sonreír y después rió.

—«¿Y ocultó su rostro entre una corona de estrellas?» —le preguntó Gorion, citando a algún bardo que Abdel creyó reconocer.

—¿Stae y de Evereska?

—Pacys —le corrigió Gorion—, si la memoria no me falla.

Abdel asintió, y Gorion le hizo una simple pregunta.

—¿Estarías dispuesto a ir conmigo a un sitio?

Abdel suspiró profundamente.

—No puedo quedarme, padre, y tú sabes que yo no pinto nada entre tus libros y manuscritos —respondió.

—No, no es eso —Gorion interrumpió a su hijo con una risa pesada y de preocupación—. Me refería a ir a un sitio fuera de los límites del alcázar de la Candela, un lugar llamado El Brazo Amistoso.

Abdel no pudo contener su hilaridad. Había estado en esa legendaria posada en más de una ocasión. Algunas veces había ido a buscar trabajo, otras a por vino o mujeres, y siempre había encontrado al menos una de las tres cosas.

No podía imaginarse qué podía buscar su padre en un lugar como ése.

—Allí hay dos personas... con las que debo reunirme —explicó Gorion—, y la ruta es peligrosa.

—¿Tiene algo que ver con mis padres..., con mi madre? —preguntó Abdel, sin saber por qué. Las palabras le salieron espontáneamente de los labios, sin que él pudiera evitarlas.

La reacción de Gorion fue la misma que cada vez que Abdel sacaba a relucir el tema de su madre y su padre, a los que nunca conoció. El viejo monje se sentía herido al pensar en ello.

—No —repuso Gorion, concisamente. Después, se produjo una larga y tensa pausa, y finalmente añadió—: No, no tiene que ver con tu madre.

Quería ir a El Brazo Amistoso para reunirse con alguien que tenía información para él; eso era todo. La vida de Gorion se había centrado en obtener información de otras personas, por lo que Abdel accedió. Seguramente, habría terminado en El Brazo Amistoso de todos modos y hacer el camino disfrutando de la compañía de su padre

sería una novedad muy agradable.

Así, a la mañana siguiente Abdel y su padre adoptivo partieron por primera vez juntos del alcázar de la Candela y, hasta pasado el mediodía del tercer día, avanzaron a buen ritmo por el transitado camino de la costa de la Espada, antes de que una banda de asesinos les interceptara el paso.

Abdel corrió al lado de su padre caído al percibir el primer signo de vida.

Era una inspiración irregular y gorgoteante, y Abdel se arrastró hacia ella como un hombre que se está ahogando e intenta alcanzar un barril flotante. La herida en el costado enviaba brillantes destellos de dolor desde la cintura hasta el cuello y el espacio entre los ojos. Más que sentarse, Abdel se dejó caer en el suelo. Intentó decir «padre» u otra cosa, pero el sonido se le atascó en la garganta y se quedó allí, causándole dolor, hasta que pensó que la misma palabra lo ahogaría.

El único ojo que le quedaba a su padre se movía, buscando ciegamente, y con la mano izquierda palpaba una bolsa que llevaba al cinto. La mano derecha se contraía en dolorosos espasmos y arañaba el suelo como si tratara de alejar el sufrimiento.

—Mi... —dijo finalmente Gorion; fue una sola palabra, pronunciada claramente.

—Sí —dijo Abdel, jadeante. Su garganta se constriñó de nuevo para ahogar las palabras, y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas al ver a su padre herido y moribundo.

—Para —ordenó Gorion, con una voz increíblemente clara. Después dijo algo más, algo que Abdel no pudo entender.

El anciano monje levantó las manos y, pese a la confusión, Abdel se dio cuenta de que estaba invocando una bendición. Gorion lo tocó rudamente, y su mano se posó con brusquedad sobre el costado de Abdel. El joven mercenario sintió una oleada de calor que le crecía por el centro del cuerpo y el lacerante dolor desapareció de pronto. Gorion emitió una espiración larga y dolorosa. La herida en el costado de Abdel ya estaba cerrada y casi completamente curada.

—Y ahora tú —dijo.

Pero su padre no empezó otra invocación.

—Era la última —gruñó.

Abdel sintió deseos de volcar la rabia sobre su padre por haber desperdiciado su única plegaria curativa.

—Te estás muriendo —fue todo lo que pudo decir.

—Detén la guerra... Yo no...

El cuerpo de Gorion se estremeció con una tos torturadora, y la mano izquierda se levantó tan súbitamente que Abdel se apartó sobresaltado. Gorion sujetaba un jirón de pergamino, que se enredó en el dardo adornado con una pluma de ganso que aún sobresalía de su ojo destrozado y se manchó un poco con sangre. Abdel alargó la

mano para coger la de su padre, y Gorion, sin fuerzas, soltó el pergamino.

—Te llevaré de vuelta al alcázar de la Candela —dijo Abdel, y la grava crujió cuando se dispuso a levantarlo en brazos.

—No —gruñó el monje, deteniéndolo—. No hay tiempo. Déjame... Vuelve a por mí...

El cuerpo de Gorion se agitó a causa de una oleada de dolor, y Abdel suspiró al verlo.

—Tu padre... —Gorion tosió de nuevo. Con el único ojo que le quedaba para llorar derramó una lágrima, y logró decir—: Khalid... Jah... —antes de exhalar su último suspiro y de que la vista menguada se clavara en el cielo.

Abdel lloró sobre su padre hasta que la mano derecha de Gorion dejó de agitarse. La mano del mercenario rozó el pergamino y, sin pensar, lo cogió. Se quedó allí sentado, en el camino, mucho tiempo, rodeado por muertos y por el graznido de los cuervos, hasta que finalmente pudo ponerse de pie y empezó a cavar la tumba de su padre.

2

Tamoko no sabía qué veía su amante cuando miraba el marco vacío. Quizás en otro tiempo allí había habido un cuadro o un espejo de cristal azogado, pero ahora era sólo un marco que colgaba de finas cadenas de latón del techo de la alcoba de Sarevok. A veces, se quedaba mirando esa cosa durante horas, mascullando para sus adentros una maldición o una broma, o garabateando algo en un caro librito encuadernado en piel con gemas incrustadas. Tamoko no sabía leer el lenguaje de Faerun, ni siquiera se sentía cómoda con los intrincados caracteres de su lengua nativa —el kozakura—, por lo que no tenía ni idea de lo que escribía. Sólo sabía que Sarevok veía cosas en ese marco, controlaba cosas, controlaba sus peones, y tenía muchos.

Tamoko estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el lecho ancho y demasiado blando, compuesto por una larga colcha de seda rellena de plumas. Intentaba meditar, pero sentía un hormigueo en la nuca que la distraía.

La tersa seda del pijama negro de Tamoko hizo frufurú contra la seda de la cama, y la piel de los brazos, delgados y fuertes, se le puso de gallina. Era una mujer menuda, que no llegaba al metro y medio de estatura, con la tersa piel de una dama consentida y la fuerza de una loca. Una vida de entrenamiento constante la había convertido en lo que era: una asesina, en el amplio sentido de la palabra.

No se molestó en cerrar los ojos, pero mantenía la lengua inmóvil, tratando de concentrarse en la respiración y en la sangre que fluía rápidamente por sus venas.

La habitación estaba a oscuras y el aire no se movía, dos circunstancias que normalmente la ayudaban a centrarse, pero no en esa ocasión. El ambiente de la alcoba de Sarevok, situada en lo más recóndito de un complejo de habitaciones a las que muy pocas personas tenían acceso, se notaba pesado y muerto. La constante luz anaranjada de la vela que apenas titilaba en el aire inmóvil la hizo parpadear. La humedad le pegaba el pijama de seda a sus modestas curvas.

El tiempo transcurría con lentitud, y ella seguía tratando de meditar. Cuando Sarevok miraba algo con tanta intensidad y parecía tan decepcionado, normalmente significaba que iba a pedirle que matara a alguien, lo que le exigiría concentración.

—Mi hermano viene de camino —dijo Sarevok súbitamente, tan súbitamente que un asesino menos entrenado se hubiera sobresaltado, pero no Tamoko.

—¿Tu hermano? —le preguntó con demasiada rapidez, y Sarevok se tomó su tiempo, un tiempo inquietantemente largo, antes de darse la vuelta.

—Sí, tengo al menos un hermano —dijo Sarevok, con esa voz que muchas veces no le atraía tanto por su fuerza seductora como por la promesa de seducción que contenía.

Irritada consigo misma, Tamoko notó que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Sabía perfectamente que había algo en Sarevok de lo que tenía que cuidarse

muy bien. Ciertamente, no era un hombre, no era humano. Incluso los bárbaros habitantes de Faerun tenían más cosas en común con ella que Sarevok. Tamoko no tenía ni idea de qué era él, pero le gustaba. La envolvía una neblina de poder, del mismo modo que a las mujeres de Faerun las envolvía una neblina de perfume. Era como si estuviera impregnado de poder. Sarevok era resuelto y seguro de sí mismo, no andaba a ciegas según el capricho de un dios, no defendía ciegamente una causa, no se pasaba la vida buscando discos de metal brillante. Sarevok ambicionaba poder, poder y algo más. A veces, Tamoko sentía miedo en su presencia, pero era incapaz de no admirarlo. Incluso cuando estaban juntos, en la oscuridad, sin nada físico que se interpusiera entre ellos, incluso entonces él le decía sólo lo que quería que ella supiera, y nunca quería que ella supiera demasiado. Sarevok nunca perdía el control.

—¿Qué muerte le espera? —preguntó Tamoko, queriendo decir dos cosas: que sabía que tendría que matar por él y que su lealtad era tan grande que no preguntaría por qué.

Sarevok rió, y Tamoko sonrió al oír su risa; no porque fuera un sonido en particular agradable, sino porque era por completo desagradable. Ciertamente, no era sólo un hombre.

—Entonces, ¿vivirá? —interrogó ella.

Sarevok seguía esbozando su terrible sonrisa de lobo. Se inclinó hacia adelante, después se levantó y se deslizó en el lecho, donde fue avanzando lentamente hacia ella. Por un breve latido, Tamoko sintió deseos de retroceder, de escapar del duro, firme, poderoso y estrecho abrazo que sabía que iba a llegar, pero ésa fue la reacción de su mente. Su cuerpo quería algo muy distinto.

Los cuerpos se entrelazaron fácilmente, y el contacto resultó cálido, agradable y lleno de la promesa de peligro que era lo primero que le había atraído de él, que la mantuvo a su lado y que había terminado por convertirla en su esclava. Había matado por él diez, doce, quince veces —tantas que ya había perdido la cuenta— y mataría sin pestañear cien veces más, sólo para que él la mirara de ese modo, para que la abrazara de ese modo, penetrara en ella, la atravesara y la dejara una vez más.

—Éste vivirá... al menos un tiempo —le susurró Sarevok al oído. El susurro parecía más bien hecho de calor que de aire.

De pronto, él se alejó, y ella se oyó a sí misma lanzar un grito sofocado. Poseía la suficiente disciplina como para no sonrojarse, pero un centelleo en los ojos de Sarevok le dijo que él lo había notado. Él siempre lo notaba.

—Los dos zhentarim también vivirán por un tiempo —le dijo Sarevok—, pero sólo por un tiempo. Los traeré aquí desde Nashkel.

—Te han sido útiles —dijo Tamoko, y su voz sonó humilde junto a la de él—, de modo que su muerte será rápida.

Sarevok rió de nuevo, y Tamoko tuvo que esforzarse para reprimir un escalofrío.

Esta vez no era emoción lo que sentía.

—No nos adelantemos a los acontecimientos, querida mía —dijo Sarevok—.
Tienen la habilidad de fallarme, especialmente el pequeño.

3

«Durante los días del Avatar, el dios de la Muerte engendrará una progenie de veinte mortales. Estos descendientes serán representantes del bien y del mal, pero el caos fluirá por todos ellos. Cuando los hijos bastardos del Asesino lleguen a la mayoría de edad, harán estragos en las tierras de la costa de la Espada. Uno de esos hijos debe levantarse sobre el resto y reclamar el legado de su padre. Este heredero modelará la historia de la costa de la Espada por los siglos venideros».

Tonterías.

Abdel no podía creerlo, pero ahí estaba. Ese fragmento de pergamino rígido que su padre había considerado tan importante que lo había agarrado con el último aliento de energía que le quedaba en su cuerpo moribundo, que lo había manchado con su propia sangre, contenía tan sólo divagaciones inconexas sobre... ¿qué? Sobre algún dios muerto, quizá, si la referencia a los días del Avatar aludía realmente a los Tiempo de Conflictos, cuando los dioses caminaban por Toril como hombres y, también como hombres, morían allí.

Cuando se dispuso a leer el pergamino, aún sobre el cuerpo inmóvil de su padre, Abdel estaba seguro de que se trataba de un mensaje personal, de algún secreto que su padre había guardado para él. Cuando lo desdobló y elevó sus ojos bañados en lágrimas hacia el cielo que se oscurecía, pensó que sería algo relacionado con su madre; quizás un mensaje de ella, una carta que habría escrito a su hijo, aún niño, momentos antes de morir, o de entregarlo, o de enviarlo lejos, o de venderlo o... lo que fuera, algo que explicara por qué no la conoció nunca.

En vez de eso, eran tan sólo palabras sin sentido, que formaban una especie de profecía, que podía cumplirse o no, pero que —y de eso Abdel estaba seguro— no tenían nada que ver con él.

—Sea lo que sea lo que haya de pasar, padre —dijo Abdel al cuerpo que momentos antes había depositado en una tumba poco profunda—, tú no estarás aquí para verlo, y quizá yo tampoco.

Quería decir algo más. Rebuscó en su mente y en su corazón alguna plegaria, algunos versos de un poema o de una historia, algún recuerdo. Pugnaba por encontrar palabras, alguna señal que lanzar a los vientos acerca de que Gorion había exhalado su último suspiro, pero no encontró nada.

La lluvia empezó a caer cuando cubría el cuerpo de su padre con tierra y grava, y Abdel dejó que las gotas arrastraran sus lágrimas. Al acabar, se irguió por completo y volvió la cabeza hacia lo alto para recibir los fríos goterones. Se pasó la mano por la

espesa cabellera negra y cerró los ojos, permitiendo que el agua de lluvia le limpiara la sangre de Gorion y la tierra de su tumba.

Su padre se había ocupado de la herida de su costado. Había sido profunda, pero para entonces estaba casi curada. Abdel trató de no sentir el persistente dolor que le causaba, pero era difícil.

No viviría con un corazón roto. Su padre había muerto a manos de bandidos contratados. No había sido nada personal, pero al fracasar en su intento de matar a Abdel se había convertido en un asunto pendiente, y Abdel tenía la intención de zanjarlo.

Abdel, hijo de Gorion, se ajustó la cota de malla, restregó las botas de cuero contra la grava para eliminar parte del barro, levantó los hombros para centrar el peso del gran sable que llevaba colgado a la espalda, buscó un palo y lo clavó en la tierra removida. Después colgó de la madera húmeda el diminuto guantelete de plata que su padre solía llevar colgado de una cadena de oro alrededor del cuello, aunque sabía que muy pronto algún viajero anónimo lo robaría.

—Volveré a buscarte —dijo. Después se dio media vuelta y se alejó.

Era imposible decir qué producía ese horrible sonido que había arrancado a Abdel de su sueño intranquilo, o a qué distancia se encontraba lo que lo causaba, pero se puso de pie de un salto.

Ese día había enterrado a su padre adoptivo y había llegado a la encrucijada donde «El Camino del León», que conducía al alcázar de la Candela, confluía con el largo y transitado Camino del Comercio. Allí se había erigido un bloque de granito, intrincadamente esculpido, que indicaba el camino. Cuando días antes lo había divisado de camino al alcázar de la Candela se había alegrado, pero en ese momento era un recordatorio de todo lo que había perdido desde entonces. Sin Gorion, Abdel ni siquiera estaba seguro de que se le permitiera la entrada al alcázar.

Sin embargo, no había tiempo para esos pensamientos. El sonido se estaba acercando, y lo hacía rápidamente.

Era como un coro de perros rabiosos rivalizando por llamar la atención con mil bards a los que se les hubiera cortado la lengua, de modo que todo lo que pudieran hacer fuera lamentarse y murmurar, gruñir y gritar. El sonido asustó a Abdel, y eso era algo insólito.

Tuvo que obligarse a sí mismo a apoyar la espalda contra el monolito; sentía un gran anhelo de lanzarse a la noche para luchar contra el miedo que lo atenazaba. Abdel se preparó para combatir contra lo que fuera que estaba produciendo esa infernal alharaca. Fuese lo que fuese, sonaba como una multitud de seres no humanos, y Abdel tendría que luchar tanto mental como físicamente para superar su situación de desventaja.

Notaba la piedra áspera y húmeda contra su espalda, y se dio cuenta de que se había quitado la cota de malla para dormir. La noche era oscura, y el cielo seguía encapotado después de la lluvia de la tarde. Abdel entrecerró los ojos tratando de atravesar la oscuridad y ver qué estaba causando ese ruido que se había hecho tan intenso que habían empezado a escocerle los oídos. El coro de sonidos inarticulados estaba a punto de volverle loco de miedo y de rabia.

Primero, vio una masa de sombra, una sola cosa descomunal que se movía por el suelo hacia el sur de la encrucijada. La masa topó con un árbol —no un árbol enorme, pero sí bastante grande— y pareció que lo absorbía sin titubear. Entonces, Abdel empezó a percibir formas y se dio cuenta, con horror, de que esa masa ruidosa y farfulladora estaba compuesta por una horda de criaturas —cientos de ellas— que andaban como hombres.

Abdel inspiró lentamente, procurando relajar la mandíbula para no sisear y así delatarse. Pese a que la luna estaba tapada por un manto de nubes y no se veía una sola estrella, Abdel se sintió repentinamente agradecido por no llevar la armadura. Cualquier reflejo hubiera podido llamar la atención de un miembro de ese insufrible enjambre y conducir a toda la horda hacia él. Ni siquiera Abdel podría defenderse solo contra esa marea de cuerpos de piel oscura. Justo entonces, Abdel percibió un destello de acero entre las sombras de la horda. «Llevan espadas —pensó—, están armados con espadas». Y cayó en la cuenta de que él también llevaba encima acero que podía delatarlo; silenciosamente, escondió tras la espalda la hoja del sable.

No emitió ningún sonido al oír el crujir de la grava detrás de él, al otro lado del pilar de piedra. Asíó con más fuerza la espada y trató de recordar una oración a Torm. El sonido a su espalda cesó, pero no osó volverse.

La atención de Abdel estaba centrada en lo que ocurría detrás de él, por lo que no oyó que algo se acercaba por su izquierda, pero lo olió. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo ya tenía desenvainado frente a él el sable y, con un movimiento de muñeca, hizo con él un barrido bajo por su lado izquierdo. La hoja encontró resistencia y, aunque en la oscuridad Abdel no podía ver a la bestia, supo que la había matado instantáneamente porque no la oyó gritar. Justo en el momento en que pensaba eso, una ola de sonidos roncós y guturales, barbroteos y alaridos estallaron en su oído derecho, y se dio cuenta de que había más, muchos más, y de que lo habían visto.

Abdel sólo podía percibir vagamente la silueta de su enemigo; en cambio, aquellos seres parecían verlo perfectamente. Espadas oxidadas, picadas y melladas atacaban a Abdel, y el ruido era ensordecedor. Repelió un ataque tras otro, y fue matando una criatura después de otra, mientras mantuvo todo el tiempo la espalda protegida contra el poste de piedra.

Blandía sin cesar la espada enfrente de él para crear una pantalla de acero, aunque

ocasionalmente alguna estocada penetraba. La herida del costado empezó a dolerle otra vez, pero tenía que desentenderse del dolor y seguir luchando. Cuando mataba una de esas cosas vociferantes y barboteantes, otra ocupaba el puesto del compañero caído y atacaba. Abdel empezó a darse cuenta de que esa noche moriría.

Hubo un cambio de tono en el ruido de la masa y, después de unos agudos lamentos, la horda giró como un solo cuerpo hacia el norte, hacia Abdel.

Abdel siguió repeliendo a una criatura tras otra. Su cuerpo se fue cubriendo con la sangre de las bestias mezclada con la suya propia. Ya había perdido toda esperanza cuando una súbita explosión de luz lo cegó.

No se oyó ningún ruido, ningún trueno, pero Abdel estaba seguro de que un rayo debía haber impactado en la piedra por encima de su cabeza. Cuando la ráfaga de luz amarillenta surgió de la nada, Abdel tenía los ojos totalmente abiertos, intentando absorber la más mínima traza de luz. El joven gritó de dolor y cerró con fuerza los ojos. Las lágrimas corrieron por su rostro salpicado de sangre, y el ritmo de sus golpes defensivos menguó.

El estruendo con que la horda de criaturas reaccionó ante la luz fue ensordecedor. Retumbó una multitud de agudos lamentos, que hicieron estremecerse a Abdel. Parecía que se estuviera masacrando toda una aldea al mismo tiempo. De pronto, la masa dejó de atacar. Abdel parpadeó y, entre las manchas amorfas de color púrpura y azul eléctrico que inundaban su visión, vio que aquellas criaturas se retiraban. Los horribles humanoides, desnudos, con macilentos pellejos púrpuras que se tensaban sobre los músculos y cabezas como leones deformados con hirsutas melenas negras, huyeron de la luz que seguía brillando, aunque sin desprender calor, sobre la cabeza de Abdel.

Exhausto y aliviado, Abdel se dejó caer, y la piedra le arañó la piel a través de la delgada camisa. Jadeaba, casi respiraba a boqueadas, y la espada se le hacía insoportablemente pesada.

—No ha estado mal —dijo una voz atiplada y áspera—. Ya puedes apagar esa condenada luz.

Abdel quiso incorporarse de un salto y adoptar una actitud defensiva frente al extraño, pero fue incapaz. Decidió esperar hasta que quienquiera que hubiese pronunciado esas palabras se acercara lo suficiente como para tener la posibilidad de matarlo sin necesidad de levantarse.

—Ahora se irán por sí solos, ¿verdad? —preguntó otra voz—. Vamos a echar un vistazo a nuestro... a nuestro nuevo amigo.

Unos pasos rodearon el monolito. Correspondían a dos individuos, y Abdel, finalmente, pudo ponerse de pie para esperarlos, aunque seguía respirando entrecortadamente. Volvió a cerrar los ojos y sujetó la espada con ambas manos delante de él. Cuando los abrió, estaba mirando hacia abajo. Entonces, entre

pequeños destellos púrpuras, vislumbró un par de pies anchos y desnudos, con el empeine cubierto por un espeso pelo rojo rizado. Al lado de aquellos pies, vio unas botas de brillante piel negra y buen acabado.

Uno de ellos soltó una risita.

—¿Te estás divirtiendo, chico? —preguntó.

Abdel no pudo contener la risa. Ése no era su concepto de diversión.

—Ésta es la segunda vez en un día que tengo que luchar para salvar mi vida —dijo Abdel. Los ojos aún le lagrimeaban, y parpadeó para aclararse la vista—. ¿Tendré que hacerlo por tercera vez?

—¡Ja! —repuso el individuo de los pies velludos. Abdel pudo ver que era un halfling—. Nada más lejos de nuestra intención.

—No, claro que no —dijo el otro, un humano ataviado con ropajes negros. Y añadió—: Tranquilo, tranquilo.

Abdel observó a sus dos insólitos salvadores. El halfling no parecía un típico representante de su raza, pese a ser bajo, rechoncho y de tez clara. Notaba en él una malicia que Abdel había visto en una caterva de mercenarios, ladrones, bribones y matones, pero no en muchos halflings. Llevaba una especie de armadura de cuero grueso, de color marrón rojizo, que le protegía los órganos vitales, pero estaba cortada de manera que le dejaba los brazos libres. A un lado, le colgaba una espada larga, de impecable acabado, que llevaba enfundada en una vaina con filigranas doradas, un arma verdaderamente imponente para alguien tan pequeño. El halfling movió con nerviosismo su nariz chata y respondió con una sonrisa a la inquisitiva mirada de Abdel.

—Buenos días, mi joven señor —dijo con acento extraño, que bien podía ser... ¿Quizá de Aguas Profundas? No lo sabía, pero Abdel estaba seguro de que era de una ciudad poco habitual para un halfling—. Me llamo Montaron, y éste es mi compañero de viaje, Xzar. Ha sido él quien encendió esa terrible luz brillante para interrumpir la fiestecilla que estaban celebrando.

Abdel hizo un movimiento de cabeza al halfling y se fijó en el humano. El tal Xzar era alto, delgado y nervioso. Su rostro se movía sin cesar, como si tuviera gusanos bajo la piel, y parecía que hablara para sus adentros todo el tiempo. De vez en cuando, inclinaba violentamente la cabeza a un lado, como si quisiera ahuyentar una mosca imaginaria.

—Farfulladores —dijo el humano. Una contracción espasmódica hizo que se detuviera—. No les gusta nada la luz..., nada de nada.

—¿Farfulladores? —repitió Abdel, presumiendo que se refería a la horda de bestias. El nombre le iba como un guante a sus incomprensibles balbuceos.

—¿Y tú eres...? —inquirió el halfling.

—Abdel —respondió éste. Asió la espada con la mano izquierda y alargó la

derecha—. Soy Abdel..., hijo de Gorion.

Montaron le estrechó la mano. Su apretón era firme. Sonrió de manera afectada, como si se tratara de una broma particular. Xzar se frotó nerviosamente el rostro, trazando de forma inconsciente líneas alrededor de la prominente máscara tatuada que le rodeaba los ojos. Cuando el halfling retiró la mano, Abdel tendió su palma abierta a Xzar, pero el humano retrocedió y dio un cuarto de vuelta, como si se dispusiera a marcharse.

—Tendrás que excusar a mi amigo —dijo el halfling, inclinando la cabeza en dirección a Xzar—. No es demasiado afable, pero sus conjuros son muy prácticos en caso de necesidad.

A Abdel no le preocupaba Xzar. Desde luego, era un tipo poco común, pero los había visto aún más raros.

—Debería daros las gracias —dijo Abdel al halfling.

—Sí, ciertamente deberías hacerlo, si es que tienes modales —respondió Montaron, riendo por lo bajo—. Pero como yo no los tengo, no suelo esperar que los demás actúen de otro modo. Este camino no es nada seguro. Quizá podríamos ofrecerte la oportunidad de devolvernos el favor, ¿no?

—Yo me dirijo a El Brazo Amistoso —dijo Abdel, y arqueó las cejas, esperando una respuesta.

Xzar gruñó, pero Montaron siguió sonriendo vacuamente.

—Encontrarás más trabajo en Nashkel —dijo finalmente.

—¿Nashkel?

—Sí —repuso el halfling, pero, antes de que pudiera continuar, la oscuridad retornó.

La luz mágica se extinguió súbitamente y pareció que con ella también desaparecía el sonido de la horda de humanoides que había huido.

—Gracias al dios de las Tres Coronas —dijo Montaron, y su voz dejaba traslucir su satisfacción—. Ya empezaba a pensar que nunca se apagaría. Las cosas se ven más claras en la oscuridad, ¿no crees, Abdel?

El guerrero se limitó a parpadear. Esperaba que todos esos cambios de luz no lo dejaran ciego.

—Como te decía... —prosiguió Montaron—, hay trabajo de sobras en Nashkel.

—Tengo algo que hacer en El Brazo Amistoso.

—Entonces, ¿no necesitas trabajo?

En realidad, Abdel estaba bastante necesitado de trabajo, pero debían cumplirse las promesas, y un tal Khalid y otro individuo estaban esperando a Gorion en El Brazo Amistoso. La posada, regentada por gnomos, se encontraba a tres días de camino hacia el norte, y Nashkel estaba a diez días de viaje, como mínimo, en la dirección opuesta.

—¿Qué tipo de trabajo? —inquirió Abdel.

—El tipo de trabajo al que me parece adivinar que te dedicas —respondió el halfling—, y no te faltará. En los campamentos corre la voz de que hay problemas en las minas de Nashkel.

—Primero tengo que ir a El Brazo Amistoso —dijo Abdel, tajante—. Allí me esperan unas personas, pero después necesitaré trabajo.

—Entonces, primero la posada, ¿no? —preguntó Xzar, flemáticamente, y en la oscuridad Abdel no supo si el mago hablaba con él o con el halfling.

Montaron resolvió el problema.

—Sí, primero El Brazo Amistoso y después Nashkel. Lo cierto es que no me vendrá nada mal dormir una noche en una cama de verdad.

Después de viajar tres días junto a Montaron y Xzar en dirección a El Brazo Amistoso, Abdel tenía que admitir que sentía una cierta simpatía hacia el quisquilloso halfling. Desde luego, era bastante raro: se pasaba el día quejándose de que la luz del sol resultaba demasiado intensa, aunque el cielo estuviera encapotado y de color gris la mayoría del tiempo. Su aversión por la luz, a veces, era ridícula y, otras, molesta. A Montaron parecía divertirle su compañero humano, Xzar, y para reírse de él lanzaba guijarros y ramitas a la alta cabeza del mago mientras caminaban.

A Abdel le hubiera gustado hacer mucho más que gastar bromas a Xzar; tenía ganas de matarlo. Mientras el halfling se burlaba y el mago pontificaba, mientras las horas transcurrían lentamente, Abdel maquinaba complicados planes para matar a Xzar, sólo para pasar el tiempo.

Xzar tenía una manera de hablar que confundía e irritaba a Abdel. Cambiaba el orden de las palabras y las repetía sin razón aparente, callaba cuando tenía que hablar y hablaba cuando no tenía nada interesante que decir. El mago se movía nerviosamente todo el tiempo, y aunque al principio Abdel lo compadecía porque era evidente que estaba desequilibrado, al final no podía pensar en nada más que en cómo le gustaría abofetearlo.

Durante el primer día de marcha fue capaz de olvidarse del mago y sus tics, pero, cuando levantaron el campamento, Xzar le dijo lo que Abdel siempre había querido oír.

—Sé quién es tu padre... tu padre.

Abdel se incorporó, y Montaron, que había estado riéndose silenciosamente en la oscuridad, de pronto se quedó inmóvil.

—¿Qué has dicho? —le espetó Abdel, ya que no se le ocurrió ninguna otra forma para invitar al mago a que continuara.

—Xzar —empezó a decir Montaron. Y repitió—: Xzar.

—Tu padre... —dijo el mago, haciendo caso omiso del halfling—, tu padre fue...

—¡Ya basta! —gritó Montaron, y el mago se volvió para encontrarse con su mirada—. ¿Es que no ves que el chico es un poquito sensible respecto a ese tema?

—¿Cómo podrías saberlo tú? —preguntó Abdel a Xzar, sin prestar atención al halfling—. Ni siquiera me conoces. Si no sabes quién soy yo, ¿cómo puedes saber quién era mi padre?

Montaron extendió la mano y la posó sobre el antebrazo de Xzar. El mago sacudió el brazo violentamente para desprenderse del contacto.

—Debería sentirse feliz —dijo Xzar, sin dirigirse a nadie en particular—, debería sentirse feliz de ser el hijo de un dios... de un dios.

Abdel suspiró. El hombre estaba loco.

—¿Soy el hijo de un dios? —preguntó Abdel. La ira ponía en su voz una nota a la vez tensa y tranquila.

—¡Oh, oh, sí! ¡Oh, sí!, ciertamente lo eres —repuso el mago, y su voz dejaba traslucir condescendencia.

—Es obvio que mi amigo está loco —intervino, entonces, el halfling—, pero es capaz de disparar fuego con la punta de sus dedos, y por eso voy con él.

—Cierra la... la... la... Es hijo de Bhaal —repuso airadamente Xzar.

Abdel suspiró de nuevo y se tumbó para pasar la noche. Xzar siguió murmurando para sus adentros un rato más, y su voz se confundía con el sonido de los grillos.

—Enterré a mi padre el día que os encontré —dijo Abdel, más para él mismo que para el mago loco o el halfling—, el único padre que he necesitado. No era ningún dios, y yo tampoco lo soy.

—¿Y qué harías si lo fueras? —preguntó Montaron, y su voz sonó suave y acompañada con la ligera brisa nocturna.

Abdel lo miró y, aunque estaba oscuro, percibió que el rostro del halfling, mostraba una expresión totalmente seria, lo que despertó su hilaridad.

—Para empezar, desearía para mí mismo mil veces mil piezas de oro —respondió Abdel, y el halfling rió—. Tiraría la costa de la Espada al mar sólo para ver si se hundía y convertiría en zombis a todas las personas que alguna vez han hablado mal de mí.

—¿Me convertirías en el rey de Aguas Profundas? —preguntó el halfling, siguiendo la broma.

—Pues claro —repuso Abdel, imitando el peculiar acento de Montaron—; serías el rey del mundo.

Los dos se echaron a reír.

—Algunas veces la vida nos da sorpresas —dijo Montaron cuando, finalmente, se tumbó para dormir.

—Sí —dijo Abdel, bostezando—, suele hacerlo.

Abdel había estado en El Brazo Amistoso más de media docena de veces en los últimos años, pero cada vez que lo veía se sorprendía de nuevo. En el pasado, había sido una sólida fortaleza construida por una secta del dios Bhaal, entonces muerto. Se contaba que la banda de gnomos que regentaba el establecimiento se había hartado de los fieles y, después de años de interminables luchas, habían conseguido expulsar a los adoradores de Bhaal. Abdel había conocido a varios gnomos a lo largo de su vida, y le parecía poco probable que esas criaturas, que apenas le llegaban a la rodilla, pudieran expulsar a alguien de algún sitio.

Abdel no sabía nada sobre el dios Bhaal, pero si era cierto que sus adoradores fueron expulsados de tan imponente fortaleza de piedra por ese pueblo de diminutos

moradores del bosque... bueno, no resultaba nada extraño que su dios no sobreviviera a los Tiempo de Conflictos.

No obstante, las absurdas divagaciones de Xzar habían causado cierta impresión en Abdel. El hecho de que el mago hubiera centrado en Bhaal sus fantasías acerca de su ascendencia significaba que también él había oído la historia sobre los orígenes de El Brazo Amistoso. Si hubieran estado en Las Tierras de los Valles habría dicho que su padre era Elminster, y de haber estado en Siempre Unidos su progenitor habría sido Corellon Larethian.

El Brazo Amistoso no era sólo una fortaleza, sino una pequeña aldea. Dentro de los altos muros de piedra gris, se levantaban numerosos edificios, dedicados a servir a los viajeros de un modo u otro.

Abdel y sus dos compañeros se acercaron a la puerta principal, y un pesado puente levadizo de madera bajó sobre un foso. Al aproximarse desde el sur, vieron que el foso aún no rodeaba toda la torre y que había equipos de excavadores y otros obreros deambulando desganadamente. La finalidad del foso, un nuevo añadido, era más aparente que defensiva, ya que El Brazo Amistoso nunca cerraba sus puertas, todo el mundo era bienvenido y la posibilidad de un cerco resultaba muy remota.

Cruzaron el puente levadizo y la puerta sostenida por pilares, y se dirigieron, sin pérdida de tiempo, a uno de los mayores edificios que se levantaban en el amplio y abierto patio de armas. Incluso si Abdel nunca hubiera estado antes allí, el vocerío que llenaba el aire de la tarde le habría indicado que en ese lugar estaba la taberna propiamente dicha. Tenían que andar un buen trecho por el patio para llegar a la gran puerta de madera de roble, y se cruzaron con un trío de gnomos guardias. Al contemplar a esos diminutos guerreros, Abdel sonrió. Los guardias no medían más de dos pies y medio, y llevaban armaduras de fantasía, aunque funcionales. Sus espadas cortas eran, sin duda, más pequeñas y más ligeras que la de Abdel. Uno de los guardias llevaba una lanza con el estandarte de El Brazo Amistoso; consistía en un gallardete, más publicitario que heráldico. Los tres gnomos saludaron con una inclinación de cabeza a Abdel y le devolvieron la sonrisa, y después centraron súbitamente su atención en la taberna.

Abdel notó un repentino cambio en los sonidos que procedían del interior. Montaron también se detuvo y alargó la mano para impedir que Xzar siguiera avanzando.

—¡No me toques! —gritó el mago, y empezó a moverse nerviosamente.

—¡Shsss! —le advirtió el halfling, al tiempo que los gnomos empezaban a acercarse poco a poco a la taberna.

Lo que había alertado a los guardias eran las pausas en el torrente de risas y jolgorio. Después se oyeron fuertes vítores, un golpe, ruido de cristales rotos y un intenso gruñido.

—Yo diría que no me lo voy a pasar mal ahí dentro —dijo Montaron, riendo.

Los tres compañeros de viaje se aproximaron a la puerta tras los gnomos. Abdel, justo detrás de los guardias, sintió en plena cara la presión de la algarabía cuando un gnomo abrió la puerta, y un instante después recibió el impacto de una silla. El mercenario cayó y no pudo ver cómo los pequeños gnomos se abrían paso entre la multitud. Sus puños eran pequeños, pero cuando los utilizaban a su propio nivel visual hombres mucho más altos que ellos se desplomaban como sacos de harina.

Abdel, furioso y sangrando por la nariz, se levantó, agarró la silla rota e inspeccionó la oscura sala, llena de hombres inclinados. No tenía ninguna esperanza de dar con el que había arrojado la silla, pero igualmente dirigió una mirada glacial a la concurrencia. Estallaron risotadas, y Abdel enrojeció, hasta que comprendió que no se reían de él, sino del hombre que los tres gnomos sacaban de la sala. Arrastraban a un aldeano sucio y apestoso, cuya cabezota sonaba al golpear contra las toscas planchas de madera del suelo.

Abdel miró al hombre que estaba inconsciente con rabia no disimulada cuando los gnomos pasaron por su lado. Montaron agarró la silla al ver que Abdel hacía ademán de abalanzarse sobre él.

—Déjalo —dijo el halfling—. Ya ha recibido su merecido.

Abdel se quedó inmóvil y trató de liberarse de la furia que lo invadía, pero no pudo. Quería matar a alguien. Montaron lo miraba con curiosidad.

—¿Ves? —le susurró Xzar.

El halfling dio un empujón al mago y tiró suavemente de la silla. Abdel la soltó.

—Necesitas una copa —dijo, y Abdel asintió.

Entonces, una mujer gnomo se subió a la barra.

—El siguiente que arroje una silla —gritó la mujer— sentirá mi puño en sus partes. Éste... —hizo una pausa y eructó ruidosamente— ...éste es un establecimiento de primera clase.

La advertencia fue acogida con aclamaciones, y el típico caos de todas las noches volvió a adueñarse de la sala atestada.

La cerveza era buena y, después de tres pintas, Abdel empezó a relajarse. Estaba sentado a la barra con la cabeza baja, sin hacer caso de las riñas y las baladronadas de los parroquianos, cada vez más numerosos, de la taberna. No había hablado desde el golpe de la silla y, aunque no había sangrado mucho por la nariz, no quiso limpiarse la sangre. El gran mercenario estaba hecho un poema. Había sido tan rudo y arisco con Montaron que éste muy pronto lo dejó; desapareció rápidamente entre la multitud y a poco ya dominaba un grupito. Fue más sencillo deshacerse de Xzar; el mago encontró un rincón oscuro en el que sentarse y murmurar para sí.

Abdel no pensaba; simplemente estaba sentado y bebía. No acostumbraba a

compadecerse de sí mismo, pero los últimos diez días habían sido un auténtico infierno. La perspectiva de partir a la mañana siguiente con el halfling y ese condenado mago gruñón no le atraía en absoluto. No obstante, su bolsa estaba cada día más vacía y no era probable que fuera a llenarse pronto. En el viaje a Nashkel, si es que al final se decidía a ir, pasaría muchos apuros. Resolvió dejar que Montaron y Xzar se marcharan sin él y buscar un trabajo allí, en El Brazo Amistoso; pero entonces recordó qué lo había traído a la taberna. Gorion con su último aliento le había enviado a buscar a... Abdel no podía recordar los nombres.

—Maldita sea por toda la eternidad —masculló—. ¿Qué más da después de todo?

Abdel pidió su cuarta pinta de cerveza a la brusca pero agradable mujer gnomo que atendía la barra. Cada vez le había pagado de una reserva de monedas de cobre que iba disminuyendo.

—No —le dijo la gnomo cuando deslizó otras cuatro monedas de cobre sobre la barra húmeda—. Ésta es por el porrazo en la jeta.

Abdel asintió, aceptó la cerveza y después el trapo húmedo que la mujer le tendió. Se limpió la sangre de la cara y rió al ver que la mujer gnomo no se había marchado, sino que seguía allí, enfrente de él, mirándolo fijamente.

—Deberían poner una ventana en esa puerta —le dijo—. De ese modo, los clientes verían qué se les viene encima antes de abrirla.

—Ya lo sugeriré —repuso la gnomo, y se echó a reír mientras esperaba a que se bebiera la pinta de un solo sorbo para servirle la quinta. En esa ocasión, aceptó las monedas.

—Bien hallado, señor mío —dijo a su lado una sonora voz con acento amniano.

Abdel se volvió ligeramente a su izquierda y lanzó una mirada al delgado amniano que daba a entender claramente que su compañía no era bienvenida. El amniano retrocedió.

—Tú eres Abdel —dijo—, Abdel Adrián.

—¡Dios! —exclamó Abdel, a media voz. ¿Era ése el hombre con el que Gorion debía encontrarse?

—Sí, lo eres —dijo el amniano—. ¿Dónde está Gorion?

—Muerto —respondió Abdel, lacónicamente. Después se le hizo un nudo en la garganta, pero no lloró—. ¿Quién es ese Adrián?

—¿No eres Abdel Adrián? —inquirió el amniano.

—Yo soy Abdel, hijo de Gorion, y no respondo a ningún otro nombre.

El amniano lo miró con estupefacción. Obviamente, el hombre era medio elfo. Su rostro largo y delgado, y sus orejas, a las que sólo les faltaba un poco para ser por completo puntiagudas, ya lo probaban, pero sus brillantes ojos violeta indicaban de manera fehaciente que por sus venas corría sangre elfa. Su parte humana era claramente amniana; tenía una nariz grande y larga, y la piel, de un tono oliváceo. Iba

vestido para entrar en batalla; lucía una armadura abollada, y era perceptible que no acababa de sentirse cómodo en ella. También llevaba un casco, lo que teniendo en cuenta dónde se encontraban resultaba una idea muy prudente. Fruncía los labios y le temblaban. Estaba nervioso.

—Pero has venido aquí para reunirme conmigo —dijo finalmente—. Yo soy Khalid.

Eso era: Khalid, la última palabra que pronunció su padre mientras la vida se le escapaba por el ojo herido. Entonces, Abdel recordó que había otro.

—Jah —dijo—. Tenía que reunirme con Khalid y con Jah.

—Con Jaheira, sí —repuso Khalid, con una sonrisa de oreja a oreja, aunque aún nervioso—. Es mi mujer. Está ahí.

El amniano se volvió instintivamente hacia una mesa situada en el otro lado de la sala, pero la multitud les tapaba la visión.

—Ven —dijo—, siéntate con nosotros y cuéntanos qué le sucedió a tu padre. Era un gran hombre, un héroe a su manera, y lo echaremos de menos.

—¿Qué sabes tú de eso? —le espetó Abdel, sintiendo de pronto cómo la bilis le subía a la garganta. Su voz era amenazante—. ¿Qué tenías que ver con él?

Khalid miró a Abdel como si el mercenario se hubiera transformado de repente en una cobra. Tenía miedo de Abdel y no podía ocultarlo.

—Era un amigo —respondió—, eso es todo. No pretendía ser irrespetuoso.

Abdel quiso decir algo rudo al amniano, pero no pudo. En vez de eso, rebuscó en su bolsa dinero para pagar su sexta pinta, pero sólo sacó tres monedas de cobre.

—¡Bhaal! —maldijo en voz alta, se puso de pie y lanzó las monedas a la multitud.

En algún lugar, un borracho balbució algo ligeramente ofensivo, después de que una de las monedas de cobre le impactara con fuerza en la sien. Abdel se convirtió en el centro de las miradas, y más de un hombre, incluso los inocentes, se escabulleron a rincones oscuros. En el labio superior de Khalid aparecieron visibles gotas de sudor.

—Dios —dijo el amniano—, ¿qué te dijo?

Abdel bajó la vista hacia él, pero no respondió.

—Me gustaría invitarte a una cerveza —añadió Khalid—. Por favor, ven conmigo. No conviene que llamemos más la atención, ¿no crees?

Abdel gruñó y dejó que el amniano lo guiara a través de la multitud. Por un instante, vislumbró a Montaron. El halfling sostenía en la mano un monedero de seda, y Abdel hubiera jurado que le hizo señas.

El mercenario respiró profundamente varias veces para tratar de calmarse, y, cuando Khalid dijo «aquí está», levantó la vista y se quedó sin aliento.

Jaheira era muy hermosa. Tenía aspecto medio elfa, como su compañero, aunque uno de sus padres también debía ser de Amn. Ambos guardaban un extraño parecido; sin embargo, tanto la herencia elfa como la humana favorecían más a Jaheira. Su cara

era ancha y oscura, sus labios turgentes, y sus ojos —casi del mismo tono violeta que los de Khalid— brillaban con inteligencia. Su rostro estaba enmarcado por una espesa mata de cabello, que hubiera sido negra de ser totalmente humana; la sangre elfa, en cambio, hacía que resaltaran mechones de encendido color cobrizo. Aunque estaba sentada, Abdel se dio cuenta de que era de compleción fuerte, casi robusta. Vestía una almilla de cuero con rasgaduras que podrían haber sido causadas por sablazos. También llevaba armadura.

Cuando sus ojos se encontraron, Abdel vio más que oyó cómo emitía un grito sofocado. Se sentó sin mirar la silla. Era incapaz de apartar sus ojos de los de ella, y Jaheira no hizo nada para desanimarlo. Sus labios carnosos se contraían nerviosamente como los de su marido. Ella también se sentía inquieta y, pese a que Abdel nunca se interpondría entre un hombre y su mujer, deseó que su nerviosismo obedeciera a diferentes razones.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Abdel a ambos, aunque seguía mirando a Jaheira—. Mi padre murió antes de decírmelo.

—¿Cómo murió Gorion? —inquirió Jaheira.

—Mercenarios —repuso Abdel—, como yo. Nos tendieron una emboscada en «El Camino del León». Maté a los hombres que nos atacaron, pero no con la suficiente rapidez.

—Hay fuerzas que no querían que nos reuniéramos —dijo Khalid—. Gorion lo sabía. Fue... —El amniano titubeó, y Abdel creyó que podía estar mintiendo—. Fue por eso por lo que Gorion quería que te reunieras aquí con nosotros.

—Mi padre era un monje —dijo Abdel—, un clérigo, un hombre de letras. ¿En qué podía estar metido para poner en contra de él esas fuerzas? ¿Qué os traéis entre manos?

Abdel estaba enfadado de nuevo. No había podido culpar a los mercenarios de la muerte de Gorion; esos hombres no hicieron nada más que lo que él llevaba haciendo desde que era adulto. Alguien los había pagado, y se necesitaba mucho dinero para contratar a cuatro asesinos profesionales a fin de que prepararan una emboscada en medio de la nada.

—Hay... fuerzas —dijo Jaheira, con voz apenas audible en la sala atestada de gente— que quieren provocar una guerra.

Una linda camarera puso sobre la mesa dos pintas de cerveza. Abdel apuró la suya nuevamente de un solo trago sin dejar de mirar a Jaheira.

—¿No me digas? —preguntó sarcásticamente—. Yo me gano la vida porque siempre hay una fuerza u otra que quiere la guerra. Es lo que la gente suele hacer.

Jaheira estaba sinceramente confundida por esta última afirmación de Abdel y miró de manera inquisitiva a su marido. Abdel se dio cuenta de que le estaba preguntando algo más, algo de mayor importancia para ella y que la asustaba aún

más. Khalid asintió, y Jaheira se volvió hacia Abdel.

—Esto es diferente —explicó con voz todavía más baja, y Abdel tuvo que poner mucha atención para oírla—. Se trata de tu her...

Una botella de vidrio se hizo mil pedazos contra la parte posterior de la cabeza de Abdel, y Jaheira tuvo que esquivar los fragmentos. Abdel no se molestó en limpiarse el vino de la cabeza ni en quitarse los cristales de su pelo negro. Se irguió, se dio la vuelta, y la multitud se abrió como si fueran marionetas sujetas a sus articulaciones. En la puerta, bastante lejos, estaba el hombre que los tres guardias gnomos habían arrastrado afuera; el aldeano que había tirado la silla.

El hombre, grande y apestoso, estaba tan borracho que apenas se tenía en pie. Abdel lo miró con dureza y fue como si el mundo que lo rodeaba se convirtiera en borrones y ecos.

Abdel tan sólo oyó cómo el borracho preguntaba directamente «¿qué?».

La daga del mercenario voló por la sala como la chispa de un rayo, y al oír el pesado sonido que hizo la hoja de plata al hundirse en el pecho del borracho, Abdel sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza. La fuerza del lanzamiento derribó al hombre, y pese a que hizo un movimiento, y después otro, estaba muerto cuando la cabeza golpeó contra el suelo.

Abdel sonrió y dejó que el éxtasis del acto de matar disipara la ira y la sensación de hallarse en un túnel. Cuando salió del trance en el que se encontraba, parecía que la taberna se hubiera convertido de pronto en un pandemónium. Khalid lo empujó desde atrás y le dijo algo como «pero ¿qué has hecho?».

Los clientes de la taberna se dispersaron, y las camareras dejaron caer las bandejas, rociando de cerveza y vino a los juerguistas, que, o bien huían, o contemplaban la escena atónitos. Incomprensiblemente, las camareras avanzaron hacia Abdel y, por un momento, éste pensó que quizás era cierto lo que se decía: que las camareras eran, en realidad, golems disfrazados. La sonrisa de Abdel se hizo más ancha. No le importaba.

—¡Esperad! —gritó una voz familiar.

La mujer gnomo de la barra soltó un agudo silbido, y las camareras se detuvieron. Incluso Abdel dejó inconcluso el movimiento de asir el sable que llevaba a la espalda. La voz era de Montaron.

—¡Ladrón! —gritó de nuevo el halfling.

Montaron estaba arrodillado sobre el cuerpo del borracho y sacaba un monedero tras otro de los pantalones del hombre muerto.

—Debe de haber estado vaciando bolsillos toda la no... ¡Aquí está el mío! —dijo Montaron, con voz lo suficientemente alta como para que todos los presenten lo oyeran.

—Estás de suerte —susurró Khalid a un Abdel que continuaba indiferente—; de

otro modo, hubiera sido asesinato.

Al oír la palabra *asesinato*, a Abdel se le puso la piel de gallina en los dorsos de los brazos. Agitó la cabeza y se acercó al halfling, con Khalid y Jaheira a la zaga.

—Deberíamos marcharnos —cuchicheó Montaron cuando Abdel estaba tan cerca que sólo él podía oírlo.

—Sí —repuso Abdel—. Mi daga.

Montaron sonrió débilmente y le tendió el cuchillo de hoja ancha. Abdel se fijó en que no goteaba sangre, ni siquiera recordaba haber visto a Montaron retirándola del pecho del hombre, y mucho menos limpiándola. Embriagado como estaba y aún exaltado por haber perpetrado esa muerte, Abdel admiró la astucia de Montaron.

Incluso bebido, comprendió que después de eso ya no encontraría trabajo allí, pese a que el borracho había sido un ladrón, y además él había lanzado sus tres últimas monedas de cobre a la multitud.

—¿Nashkel? —preguntó Abdel.

—Sí —repuso Khalid, cuyo tono de voz dejaba traslucir incredulidad—, sí, Nashkel. ¿Sabía Gorion que era allí adonde queríamos ir?

Abdel se volvió, bajó la mirada y la clavó en el amniano. Después, miró al halfling, que observaba con expresión pétrea a Khalid. Éste le dirigió una mirada interrogadora.

—¿Cinco, entonces? —preguntó Xzar, que apareció de repente salido de la nada—. ¿Quiénes son estos dos?

Los clientes de la taberna empezaban a acercarse a los monederos exhibidos sobre el pecho del borracho muerto, y Abdel permitió que tiraran de él y lo empujaran fuera de la taberna. Sonreía, aunque tenía ganas de llorar. Para purgar sus pecados, dejaría que lo llevaran como un títere hasta Nashkel.

—No seremos los únicos que intentarán ayudar —dijo Jaheira a Abdel, mientras recorrían el camino, que parecía interminable, hasta Nashkel.

—Apuesto a que no —intervino Montaron.

Jaheira se volvió para mirar al corpulento halfling. Obviamente, no apreciaba esa intromisión, del mismo modo que tampoco había apreciado las numerosas intromisiones de Montaron y Xzar en los últimos siete días y medio.

Montaron sonrió.

—Cómo brilla hoy el sol, ¿eh, muchacha? —comentó.

Abdel fingió no ver el fuego de aviso que brillaba en los ojos del halfling. Confiaba en que Montaron fuera lo suficientemente listo como para mantenerse alejado de Jaheira.

—Esta escasez de hierro —prosiguió Jaheira, haciendo como si Montaron no existiera— podría conducir a una guerra entre mi gente y la tuya.

Abdel se detuvo, y los otros vacilaron sin saber si continuar o no; pero sólo Jaheira se paró.

—¿Mi gente? —preguntó Abdel. Se volvió para mirar a Jaheira, y fue la primera vez en todos esos días desde que se conocieron en El Brazo Amistoso que la miraba a los ojos. Abdel, que en muchos aspectos se sentía inseguro de sí mismo, se ponía nervioso cerca de esa mujer fuerte y hermosa, y esto le resultaba embarazoso. Estaban viajando con su marido.

—Amn y... —Jaheira se detuvo, dándose cuenta de que no conocía a ciencia cierta la procedencia de Abdel—. Gorion era del alcázar de la Candela y te crió allí, ¿verdad?

—Así es —respondió Abdel, sintiéndose de nuevo cohibido, aunque no sabía por qué.

—Entonces, quizás... —empezó a decir ella de nuevo—. Bueno, una guerra entre Amn y Puerta de Baldur, para empezar... con el alcázar de la Candela cogido en medio.

—El alcázar de la Candela puede cuidar de sí mismo —afirmó Abdel, rotundamente. Se dio la vuelta y empezó a andar de nuevo, pero despacio, permitiendo que Jaheira permaneciera a su lado.

Estaban varios pasos por detrás de sus compañeros, y Abdel observó al insólito grupo. Xzar aplastaba sin parar algo, aunque por allí había pocos insectos. El mago murmuraba para sus adentros continuamente, pero desde que Jaheira se había unido a ellos Abdel estaba tan distraído que Xzar ya no lo importunaba tanto. Montaron se volvía y los miraba de vez en cuando. Parecía sentirse excluido o, por razones que sólo él conocía, asustado. Khalid avanzaba resueltamente y hablaba poco. Las escasas

veces que había abierto la boca en los últimos siete días y medio había sido para hablar de lo que él llamaba «su misión».

Abdel, Montaron y Xzar se dirigían a Nashkel para buscar trabajo como guardianes de las minas, pero Jaheira y Khalid parecían perseguir una causa más noble, y, pese a que la mujer trataba de ganar a Abdel para su causa, el joven mercenario no comprendía su urgencia.

—Los hombres luchan —le dijo, sin hacer caso de su bufido de protesta—. Amn y Puerta de Baldur, Amn y Tethyr, Tethyr y Tethyr... así son las cosas, así es como yo me gano la vida.

—Pero no tiene por qué ser así —dijo Jaheira, con un suspiro.

—¿Que no tiene por qué ser así? —inquirió él, sonriendo—. ¿Cómo son las cosas o cómo me gano yo la vida?

Montaron rió delante de ellos, y Abdel se dio cuenta de que el halfling podía oír lo que decían. Esto lo hizo sonreír.

—Alguien está sabotando deliberadamente el suministro de hierro en Nashkel y en otras minas —insistió Jaheira. Algo en su tono de voz permitía pensar que diría algo más, pero decidió dejar el tema, al menos hasta el día siguiente. Aún estaban a más de cinco días de viaje desde el norte hasta Nashkel.

Montaron se detuvo y, sonriendo, se dio media vuelta.

—¿Y qué problema hay, bella Jaheira? Yo digo que dejemos que siga el sabotaje, y cuando llegemos allí encontraremos al culpable, lo entregaremos y nos darán una gran, gran recompensa.

Jaheira no prestó ninguna atención a Montaron al pasar a su lado.

—¿Recompensa? —preguntó Abdel.

—Pues claro, chico —repuso Montaron, y le dio una palmadita en el antebrazo al fornido mercenario—. ¿Por qué crees que llevamos trece días andando? ¿Para hacer justicia?

Jaheira se volvió hacia el halfling.

—¿Y qué sabes tú de justicia, ladrón? —le espetó.

Los ojos de Montaron se endurecieron sólo por una fracción de segundo, y Jaheira retrocedió un paso. Como si percibiera el enfrentamiento, Khalid se detuvo y se volvió, pero no se acercó. Abdel mantuvo la vista fija en el halfling.

—Tranquila, chica —dijo Montaron, y soltó una risita—. Sólo es un negocio, ¿no?

—¿Y en qué negocios andas metido, Montaron? —preguntó ella.

—Si te refieres a esos monederos en El Brazo Amistoso —repuso el halfling jovial—, quizá deberías agradecerme que sacara al chico de allí.

—¿Que sacaras al chico de allí? —preguntó Khalid. La brisa y los graznidos de un cuervo casi cubrieron sus palabras.

Montaron lo miró y esbozó una sonrisa.

—Claro —dijo—, a él y a todos nosotros.

—Luces de sueño —gritó de pronto Xzar—, sueño de luces.

Abdel, Montaron, Jaheira y Khalid miraron al mago. Xzar estaba a unos cuarenta pasos por delante de ellos, y obviamente no se había enterado de la conversación que estaban teniendo. Abdel fue el primero en reír, después se le unió Montaron y luego Khalid, pero Jaheira, en silencio, retomó la marcha tras Xzar.

—Por cierto, gracias por lo que hiciste —dijo Abdel a Montaron.

—No se merecen, chico —dijo Montaron—. Estoy seguro de que me devolverás el favor.

En su camino desde El Brazo Amistoso, pasaron por Bereghost y durmieron incluso en camas de verdad en una posada que Montaron insistió en pagar. Su estancia allí se les hizo muy corta a todos, incluso a Abdel, para el que dormir bajo las estrellas era tan habitual como dormir a cubierto. Todos se sintieron aliviados cuando, finalmente, llegaron a la ciudad minera de Nashkel.

Abdel no supo decir si era buena o mala suerte que se estuviera celebrando una especie de festival en un descampado a las afueras de la ciudad. De camino al sur, sólo había escuchado malas noticias de Jaheira y Khalid —incluso de Montaron—, por lo que se imaginaba que Nashkel sería una especie de ciudad fantasma. La imagen que se había creado en su mente era la de mineros desesperados mendigando por la calle, tiendas y otros comercios cerrados, familias cargando carros para dirigirse a pastos más verdes y el tipo de hosca embriaguez que había visto en demasiadas tabernas de la costa de la Espada.

Pero, en vez de eso, vio una pequeña ciudad, llena de colorido. Por todas partes, había carros en los que los mercaderes ambulantes exhibían sus mercancías. Tres hombres ataviados con ropas multicolores hacían juegos malabares con antorchas encendidas, un gnomo tocaba una alegre melodía con un instrumento que parecía una mezcla de gaitas y un carronato, y niños de aspecto saludable corrían por doquier, aparentemente sin ningún miedo. En las calles se veían soldados vestidos con el uniforme de Amn.

Montaron dio un codazo a Abdel para que se fijara en un grupito de mujeres jóvenes que el halfling parecía encontrar atractivas.

—Me gustaría investigar sus minas, ¿eh, chico? —bromeó el halfling, y después casi se dobló sobre sí mismo en un ataque de hilaridad.

Abdel estaba muy seguro de a qué se refería el halfling, pero no replicó. Jaheira gruñó.

—Cuando la ciudad sea invadida por soldados, las mujeres como ésas estarán muy ocupadas —dijo.

—Las mujeres como ésas están siempre ocupadas —replicó Montaron—. Además, no creo que muchos más soldados amnianos desperdicien su tiempo aquí.

—Al parecer te alegraría que partieran hacia el norte, halfling —dijo Jaheira—, quizá ya sabes qué pasa aquí.

Montaron rió, pero la risa tenía un tonillo que Abdel había ido percibiendo cada vez con mayor frecuencia en los últimos trece días.

—Yo no sé nada, chica —le dijo Montaron—. Sé incluso menos que tú, si todo esto de la guerra es cierto.

—Alguien quiere que se derrame sangre en Puerta de Baldur y en Amn —replicó Jaheira, molesta—; eso es todo lo que sé.

—¿Y qué ocurriría si ese alguien fuera amniano? —preguntó Montaron, y sus labios dibujaron una sonrisa maliciosa—. ¿Estarías, entonces, tan empeñada en detenerlo?

Jaheira tomó aire bruscamente. Estaba a punto de decir algo cuando se detuvo y se volvió hacia Abdel. Era evidente que el mercenario se estaba conteniendo la risa.

—Esto es muy serio —lo recriminó.

Abdel sonrió y asintió.

—Deberíamos buscar una posada —dijo Khalid, que intervino para poner fin a una conversación que se deterioraba por momentos—. Esta noche deberíamos descansar y partir hacia las minas por la mañana.

Jaheira asintió y fue tras él entre la multitud que se dirigía al festival. Abdel la siguió con la mirada, y Montaron lo notó. El halfling también desapareció entre la muchedumbre.

—Debemos irnos, hijo de Bhaal —dijo Xzar, sobresaltando a Abdel.

El mercenario se volvió hacia el inquieto mago.

—Ve con Khalid, mago —le dijo.

Xzar titubeó, y Abdel extendió la mano hacia su brazo.

—¡No me toques! —gritó Xzar—. ¡No me toques!

Dos docenas o más de personas se pararon para ver qué ocurría y clavaron los ojos en Abdel, aunque obviamente era Xzar quien no estaba en sus cabales. Abdel suspiró, tratando de expeler el deseo de matar al quisquilloso mago, y se alejó.

Abdel sabía adónde se dirigían todos, pero no fue con ellos a la posada. Había trabajado y había viajado con otras personas antes; algunas le gustaron y otras no. Lo habían acompañado otras mujeres en el pasado, pero ninguna consiguió conmoverlo como Jaheira. Asimismo, calculaba que habría conocido a mil hombres como Khalid, individuos calmosos y serios que tenían una misión. Los Montarones —halflings o no— abundaban en la costa de la Espada; se trataba de supervivientes astutos, que sabían qué había en cada bolsillo y detrás de cada puerta cerrada, o acababan por

saberlo. Xzar resultaba un enigma; no era el primer loco con el que se encontraba, pero estaba loco y, al mismo tiempo, tenía destellos muy inteligentes: pese a los desvaríos, era capaz de hacer magia.

Vagó por el festival preguntándose qué hacía él allí. Había seguido a dos desconocidos con los que se había topado por casualidad —no, en realidad eran cuatro desconocidos— para cumplir una misión que ni siquiera comprendía y por la que, ciertamente, no le iban a pagar. Montaron parecía capaz de robar lo suficiente como para que pudieran pernoctar en posadas y comprar algunas cervezas, pero ésa no era la manera en la que Abdel quería ver mundo. Él era capaz de trabajar para mantenerse, y eso era justamente lo que quería hacer. No obstante, había el problema de las minas, ¿o no?

Al principio, el festival logró enmascarar los problemas, pero Abdel los fue percibiendo cada vez con mayor claridad a medida que hacía su recorrido. Había carros de mercaderes, desde luego, y la gente de Nashkel se detenía a curiosarse, pero casi nadie compraba. Los hombres se veían nerviosos, y las mujeres, serias.

—Están sirviendo cerveza —le dijo Montaron a su espalda—; ¿te vienes conmigo?

Abdel dio media vuelta, divertido y sorprendido por la habilidad que tenía el halfling para aparecer y desaparecer entre la multitud a su capricho. Abdel nunca sería capaz de entender la diferencia que suponía ser mucho más bajo que todos los demás; su problema era más bien el contrario.

—Aquí pasa algo raro, ¿verdad? —preguntó.

—Si estás hablando de las minas, sí —repuso Montaron.

—Entonces, ¿dónde está nuestro patrón? ¿Quién nos pagará por proteger las minas?

Montaron sonrió y se encogió de hombros.

—Mañana iremos a las minas y lo averiguaremos. Mientras tanto —dijo el halfling, sacando una bolsa de piel gastada de un bolsillo interior de su camisa—, aquí tienes algunas monedas para gastar. Diviértete un poco en el festival y reúnete conmigo en la posada para tomar algunas cervezas.

—No puedo aceptar este dinero.

—Es el que te ha dado de comer desde que salimos de El Brazo Amistoso —le recordó Montaron, aunque no esperaba que Abdel se sintiera culpable—. Tómalo y mira qué puedes encontrar... por el bien de todos.

El halfling hizo un gesto con la cabeza hacia un carro de mercancías concreto, rió, y volvió a desaparecer entre el gentío. Abdel observó el carro y a su propietario. El hombre iba vestido como un calishita, pero sus rasgos delataban un origen norteño. Abdel coligió que podía ser de Aguas Profundas o de Luskan; ofrecía una colección de frascos de vidrio y plata, quizá perfumes.

El mercader notó que Abdel lo miraba y lo saludó con una amplia sonrisa profesional, que dejaba al descubierto una dentadura incompleta.

—Pócimas —voceó el hombre, y su acento indicó a Abdel que estaba en lo cierto al pensar que provenía del norte—, elixires, drogas y ungüentos para todos los males y cualquier eventualidad.

Abdel se acercó. Las monedas tintineaban en la pequeña bolsa que aún llevaba en la mano.

—¡Ah, señor! —lo saludó el mercader—. Ya veo que necesita algo.

Abdel se sintió legítimamente confundido ante esas palabras.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Y qué necesito?

El comerciante rió.

—Usted es un guerrero —le respondió, y miró apreciativamente a Abdel de la cabeza a los pies—, y estoy seguro de que es muy bueno. Sabe cómo cuidar de sí mismo, pero de vez en cuando no puede evitar que una daga o una espada afortunadas lo alcancen. Un sorbo de esto... —el mercader levantó un sencillo frasco plateado de la colección que exhibía en su carro— y no sentirá ningún dolor.

—Cuatro monedas de cobre y una cerveza tienen el mismo efecto.

—¡Ah! —repuso el mercader, sin perder la sonrisa ni por un instante—, ¡ah!, seguro que sí, señor, pero a la mañana siguiente la herida seguirá estando allí si la trata sólo con cerveza; en cambio, esta preciosidad hará que desaparezca. Es un secreto de tiempos muy antiguos y puede ser suyo por un módico precio.

—¿El secreto o la droga?

—¡Ah!, la droga, por supuesto —replicó el comerciante, y después echó una rápida mirada a la pequeña bolsa que Abdel sostenía en su manaza—, a no ser que tenga una bolsa más grande en algún sitio.

Abdel rió y se acercó aún más. Preguntó qué contenían los otros frascos y oyó historias que nadie en su sano juicio hubiera creído. Había algo en el acto de regatear con ese comerciante falsamente jovial que lo calmó. En los últimos diez días y medio, había estado más tenso que en ninguna otra ocasión en su vida. Todo había cambiado abruptamente y, al mismo tiempo, parecía moverse a cámara lenta.

—¿Ácido? —preguntó Abdel, sin entender la palabra.

—Sí, señor mío, sí —respondió el comerciante—. Se trata de un brebaje muy peligroso; quema como fuego líquido. Es una creación de los genios locos de Netheril, y hoy está a la venta al precio que un hombre honesto, como usted, pueda pagar.

La cuestión de qué podía pagar exactamente un hombre honesto desencadenó un largo debate tras el cual Abdel se internó de nuevo en la multitud con un frasquito de plata, otro de vidrio un poco mayor y todavía cuatro monedas de cobre en la bolsa de piel.

6

—¡Oh, vamos muchacha! —gimoteó Montaron—. No voy a envenenarte. ¡Por el amor de Urogalan!

Jaheira se limitó a gruñir a modo de respuesta, pero Khalid tendió la mano hacia el odre que le ofrecía el halfling. Después se lo llevó cautelosamente a la nariz, como si pudiera explotar.

El amniano lo olfateó y se encogió de hombros.

—Huele a cerveza —dijo.

—Y eso es lo que es, amigo mío —repuso Montaron—. Vamos... echa un trago para que nos dé suerte.

Khalid sonrió y miró a Xzar y a Abdel. Tanto el mago como el mercenario habían dado sus buenos tragos de la cerveza especial de Montaron, y los dos aún se tenían en pie, sin que pareciera haberlos afectado.

—Khalid... —empezó a decir Jaheira, pero se interrumpió cuando Khalid se llevó el odre a los labios y bebió. Mantuvo el líquido en la boca uno o dos segundos antes de tragarlo, y cerró los ojos mientras se deslizaba por el esófago.

Cuando volvió a abrirlos, se dirigió a Jaheira.

—Adelante Jaheira, haz feliz al halfling. Quizás estos rituales sirvan para algo —dijo.

—Sólo Oghma sabe qué nos espera allí, chica —añadió Montaron—, y un poco de buena suerte no te hará ningún daño.

—Cerveza de la suerte —se burló Jaheira, pero cogió el odre y echó rápidamente un trago. Tenía ganas de terminar con aquel trámite cuanto antes.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Abdel, rascándose alrededor del cuello de su túnica de malla.

Desde que habían partido de Nashkel, llevaban toda la mañana andando y aún no habían llegado a las minas. Montaron hizo que se detuvieran donde una delgada franja de lodo marrón se desviaba de la carretera principal. Dijo que era un atajo que los llevaría hasta las minas en un abrir y cerrar de ojos. Asimismo, afirmó que beber la cerveza de la suerte era un ritual algo absurdo que él siempre había observado cuando su camino lo conducía al peligro. Abdel bebió inmediatamente después de Xzar, sin pensárselo dos veces; a lo largo de su existencia había presenciado hechizos de buena suerte más extraños. Entonces se sentía impaciente por llegar a las minas.

Jaheira devolvió al halfling su odre, y los cinco se internaron por el sendero. La basta hierba que bordeaba la carretera principal dio paso a un denso campo de flores silvestres, de color negro. El campo estaba totalmente cubierto de inflorescencias, y pese a que Abdel nunca se fijaba en cosas como éstas, había algo en aquellos brotes que le pareció extraño. Las flores eran todas muy similares, había demasiadas y algún

aspecto de ellas estaba fuera de lugar.

—Seguidme todos con mucho cuidado —dijo Montaron, bajando la voz y adoptando un tono serio.

—¿Para que nos traiga buena suerte? —se burló Jaheira—. ¿O es que tienes miedo de hacer daño a estas flores tan bonitas?

Abdel se inclinó para coger una. Pensaba dársela a Jaheira, incluso se imaginó cómo la deslizaría por la parte posterior de una de sus delgadas y puntiagudas orejas, echando hacia atrás su pelo negro azabache y...

—Éste es tu jardín —dijo Khalid, interrumpiendo el curso de los pensamientos de Abdel y haciendo que volviera a la realidad—, ¿no es cierto, Montaron?

Abdel se sonrojó y se puso rígido; se sentía incómodo, pero nadie lo notó.

—Los peligros acechan por todas partes, mi buen amniano —replicó Montaron—, incluso en un campo de bonitas flores negras, aunque en la oscuridad sean mucho menos tentadoras.

El halfling se quedó silencioso un momento. Andaba cuidadosamente, con la mirada fija en el suelo que había delante de él. Conducía a los demás por el campo de flores por una trayectoria serpenteante que parecía no tener sentido. La uniformidad del manto de flores, el color y su balanceo con la brisa ejerció un efecto tranquilizador sobre los cinco. Abdel olvidó su incomodidad, Xzar no aplastaba insectos imaginarios ni murmuraba entre dientes, y Khalid y Jaheira incluso seguían al halfling sin decir ni media palabra.

—Condenado sol —dijo Montaron, rompiendo el silencio.

Abdel levantó la mirada, y entonces vio que en medio del campo de flores negras se levantaba una granja vieja y en muy mal estado. Se trataba de una estructura simple de madera, que aún mostraba placas grisáceas de lo que en otro tiempo había sido una brillante capa de lechada. El tejado se había hundido y en él crecía el musgo. Los postigos se habían desprendido de las ventanas, quizás hacía años; sólo unas sombras en la lechada revelaban que alguna vez habían estado allí. Las ventanas no eran más que cuadrados negros.

Abdel suspiró al contemplar la casa. Pensó que en el pasado debió estar habitada por un familia.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Montaron, y se detuvo bruscamente. Los demás lo imitaron. En realidad, Jaheira chocó contra la espalda de Abdel, y éste hurtó el cuerpo para evitar el contacto. Cuando se volvió para decir algo a la mujer, su mirada se encontró con la del marido. Khalid sonrió torpemente y después apartó los ojos. Abdel se sonrojó de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó el mercenario a Montaron, tratando de disimular el embarazo que sentía.

—Un cuerpo —respondió Xzar, escuetamente—, un cuerpo que está muerto.

Abdel entrecerró los ojos y se adelantó, aplastando algunas de las flores. Montaron se estremeció al verlo, pero Abdel no hizo caso del halfling, que siguió mirándolo fijamente durante algunos minutos como si esperara que le ocurriese algo. Abdel miró el cuerpo que yacía a los pies de Montaron. Llevaba algunos días muerto, pero apenas se había corrompido. Abdel se extrañó de que no hubiera moscas; un cadáver al aire libre durante días suele atraer moscas. El hombre muerto era humano y estaba vestido con la simple cota de malla de un mercenario novato o de un soldado común de infantería. Tenía los ojos blancos, tirando a gris verdoso. La lengua, hinchada y negra, le asomaba entre los labios. No se veía sangre ni ninguna herida evidente.

—¿Qué mató a este hombre? —preguntó Abdel, aunque sin esperar respuesta.

—Seguramente veneno, ¿no? —sugirió Montaron, que, como siempre, rehuyó la mirada de Abdel.

Abdel asintió al darse cuenta de que el halfling tenía razón. Montaron se inclinó sobre el hombre y pasó las manos a lo largo del cinturón del soldado muerto.

—¡Montaron! —exclamó Jaheira—. ¡Déjalo en paz!

—Tiene razón, Montaron —dijo Abdel—. Déjalo.

Montaron no les hizo caso, y sólo se irguió y se volvió hacia ellos después de encontrar algo.

—¿Llaves? —preguntó Abdel al ver lo que el halfling tenía en las manos. Era un juego completo: media docena de grandes llaves de latón, unidas por un simple anillo de hierro.

—Si puedes desvelar dónde vivía ese hombre, te harás rico —dijo Khalid, socarrón.

Montaron sonrió y miró por encima del hombro a la granja semiderruida.

—Creo que ya lo sé —dijo.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Abdel al imaginarse al ladrón rebuscando entre los recuerdos que pudieran quedar en esa casa perfecta, la casa en la que él debía haber crecido. El mercenario agitó la cabeza, tratando de librarse de esos extraños pensamientos, débiles y melancólicos. Su mirada se encontró con la de Xzar y devolvió la mueca de complicidad del mago frunciendo los labios.

Abdel arrebató violentamente las llaves de la mano de Montaron y las apretó tan fuerte en su manaza callosa que creyó que se le clavarían.

—Déjalas —dijo Abdel—, y a él también. Nos pusimos en camino hacia las minas, y allí llegaremos.

Abdel dio media vuelta y empezó a andar. Montaron tan sólo permitió que el joven mercenario encabezara la marcha el tiempo suficiente como para intercambiar una larga sonrisa de comprensión con Xzar. El mago asintió y lo siguió.

Abdel no había estado nunca antes en una mina, pero ésa respondía más o menos a sus expectativas. El túnel era simple, cuadrado; el techo, bajo, se aguantaba por densos soportes de madera a intervalos de cinco o seis metros. Las paredes estaban cortadas toscamente en roca sólida desde la entrada, en el lado de un profundo pozo de mina. El complejo minero se encontraba tan sólo a un par de horas de marcha del campo de flores negras.

Al abandonar el atajo de Montaron, se toparon con un grupo de mineros de apariencia cansada que regresaban a Nashkel con picos y palas, pero sin ninguna carretilla que transportara mineral. Los mineros les dirigieron únicamente una mirada fugaz, y la pequeña y extraña partida de Abdel tuvo que abrirse paso hasta el borde del pozo entre una riada de hombres sucios y ostensiblemente desgraciados. Los soldados amnianos que se suponía que estaban de vigilancia se limitaban a remolonear en los escalones que conducían a la mina. Un hombre grande, cubierto de hollín y de piel oscura, parecía ser el responsable del lugar. Amonestó a los soldados con evidente irritación, pero el joven sargento amniano trató de no prestarle atención.

—Decididamente, hay algo aquí que marcha mal —dijo Abdel más tarde, y su voz resonó en el túnel de la mina.

—Sí, chico —la voz de Montaron retumbó en la oscuridad detrás de él—, y Emerson, ese tipo gordo y grandote, está dispuesto a pagar para poner fin a esto.

Emerson, el jefe de la mina, había cogido un gran fragmento de roca gris marrón de una carretilla cargada. La apretó y se desmenuzó. El jefe soltó una maldición y tiró el puñado de polvo de hierro, que no valía nada, al suelo seco, donde había más. Acto seguido, dio media vuelta y se alejó. Los mineros que rodeaban la carretilla no se veían mucho más felices que su capataz; además, en sus rostros se percibía indudablemente el pánico. Ese polvo era su único medio de subsistencia.

—No tiene por qué pagarnos para que lo ayudemos, Montaron —dijo Jaheira—. Para esta gente, la mina es su vida.

—Sí, muchacha —replicó Montaron, con una risita—, y hay pocas cosas que sean tan caras como la vida.

Emerson los había observado de arriba abajo; se había fijado en sus rasgos y sus vestimentas antes de permitirles la entrada al túnel. Bastantes obreros se habían despedido en las últimas horas, y Emerson no tenía muchas esperanzas de que ese agujero en la tierra, que en el pasado había sido la sangre de Nashkel, pudiera ser explotado de nuevo.

—Eres verdaderamente humanitario, Montaron —dijo Khalid, con sarcasmo. Sólo el halfling rió ante ese comentario.

—Seguirán viviendo —dijo Montaron, y su voz sonó tan segura como si se sintiera decepcionado.

—Por aquí —dijo Xzar, y empleó el tono de voz más alto que Abdel le había oído

nunca—. Por aquí, ¿eh? Por aquí.

Montaron asintió y se dispuso a seguir a Xzar. Abdel dio un paso adelante para ir tras ellos, pero un ligero toque de Jaheira lo detuvo. Abdel se sintió secretamente satisfecho de no haberse estremecido.

—¿Por qué por ahí? —pregunto Jaheira, mirando significativamente hacia el otro corredor que formaba la intersección en Y en la que se encontraban.

—No hay ninguna razón especial —respondió Montaron, y se encogió de hombros—. Da igual un camino que otro, ¿o no?

—Por aquí —repitió Xzar—. Estoy seguro.

Montaron suspiró y miró a su amigo.

El mago sacudió la cabeza furiosamente.

—Por aquí, Montaron, por aquí —dijo.

—¿Da igual un camino que el otro? —inquirió Jaheira, con voz cargada de sarcasmo.

—¿Por qué razón conocéis estos túneles? —preguntó Khalid, dando un amenazador paso hacia adelante. Abdel miró a Montaron con curiosidad, esperando su respuesta.

—Mi amigo es un mago —explicó Montaron—, y como tal... sabe este tipo de cosas, ¿comprendes?

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Jaheira—. ¿Envenenar minas de hierro?

—¿Envenenar hierro? —tuvo que preguntar Abdel—. ¿Cómo podría hacerse algo tan estúpido?

—Pregúntale a tu amiguito —respondió Khalid, acusador.

—Si estás tan empeñado en ir por el otro corredor, amniano —dijo Montaron, haciendo esfuerzos evidentes por seguir siendo cortés—, iremos por allí, pero no sin antes preguntarte por qué ese empeño en escoger el otro camino.

—Acúsanos ahora a nosotros —dijo Jaheira, duramente—. Vamos, acusa a Amn. Esta mina abastece, o abastecía, tanto a Amn como a Puerta de Baldur, pero creo que todos sabemos quién es quién aquí, halfling.

Montaron sonrió y asintió.

—Empiezo a hacerme una idea, señora mía —dijo.

—Esto no es asunto mío —intervino entonces Abdel—, y seguramente tampoco interesaba a Gorion, que no era ni minero, ni comerciante de hierro, ni herrero. ¿Podéis decirme para qué estamos aquí?

—Para impedir una guerra —repuso Jaheira, aunque sus ojos seguían mirando al halfling.

Montaron se volvió y avanzó algunos pasos por el oscuro túnel con Xzar a la zaga.

—Regresemos con la prueba y habrá una recompensa sustanciosa tanto en Puerta

de Baldur como en Amn. —La voz del halfling resonó en el espacio cerrado.

Xzar murmuró algo, y sobre su cabeza apareció una lucecita amarilla, que lo siguió cuando empezó a internarse rápidamente, junto con Montaron, en el corredor. Abdel suspiró y miró cómo se alejaban; la luz hacía que resaltaran en la oscuridad. Esperó a que Montaron se volviera para comprobar si lo seguían antes de ir tras ellos. Jaheira y Khalid no se molestaron en ocultar que los acompañaban porque no tenían más remedio.

Abdel alcanzó a Xzar y Montaron en unos cuanto pasos, y casi podía tocarlos cuando Xzar, de repente, se detuvo. El mago se dobló por la cintura, y la luz también descendió, manteniéndose todo el rato sobre su cabeza. Un reflejo en el suelo del túnel hizo que Abdel se fijara en un pequeño frasco de plata. Xzar lo cogió entre el pulgar y el índice, y lo levantó lentamente, con cautela, como si estuviera suspendiendo un ratón muerto en una trampa.

—Amniano —dijo mientras tendía el frasco hacia Abdel—, ¿verdad?

—Aquí tenemos la prueba —saltó Montaron—, justo aquí, en el suelo, para que cualquier tonto que pase, no lo digo por ti, Xzar, lo vea. Sin duda, es de manufactura amniana.

—¿Qué es? —preguntó Jaheira, con voz dura.

—Amniana —dijo Xzar, agitando y levantando las manos—. *Nithrik glah...* —empezó a murmurar el mago.

Abdel le agarró las manos.

—¡Para! —le gritó con tanta fuerza que Montaron y Jaheira tuvieron que taparse los oídos.

El mago lanzó una furibunda mirada a Abdel.

—¡No me toques! —exclamó.

Montaron desenvainó su espada corta, y Abdel dejó ir las manos del mago y empuñó la espada. Pero cuando su gran sable estuvo fuera de la vaina, Abdel vio que el halfling no lo atacaba a él sino a Jaheira y Khalid. Antes de que pudiera procesar la situación, los cuatro estaban armados, y Xzar parecía dispuesto a lanzar otro conjuro.

—Traición de Amn —profirió Montaron, e incluso Abdel se dio cuenta de que trataba de venderle su versión—. Mira el frasco, Abdel; es igual al que compraste al vendedor en Nash... —El halfling se interrumpió de golpe y miró a Abdel.

—¿Qué frasco que compré en Nashkel? —preguntó Abdel, y sus dedos se cerraron con fuerza en torno a la empuñadura de la espada.

Xzar se agitó nerviosamente y alzó las manos. Abdel reaccionó con rapidez, pero la luz mágica sobrenatural, el gradual declive del corredor o el aire estancado y polvoriento debieron afectarlo, porque no fue lo suficientemente veloz. Khalid se precipitó sobre él con la espada, y por instinto Abdel apartó la hoja y atacó. Notó que su espada se hundía en el cuerpo del amniano. De inmediato, sonó un grito que bien

podía ser de Khalid o de Jaheira, o quizá de ambos. Xzar masculló algo, y Abdel oyó claramente el grito de Montaron.

—¡No!

La sangre le salpicó la cara y cerró los ojos por un instante. Lo hizo justo a tiempo, porque en ese mismo momento la luz mágica de Xzar ganó intensidad, y Jaheira y Montaron soltaron una maldición. Abdel sintió que Khalid perdía el equilibrio. Su sable seguía hundido en el costado del amniano. Abdel dejó caer el sable, pero sin soltar la empuñadura. Con la mano derecha, asió la daga; sin embargo, antes de tener tiempo de desenvainarla por completo, algo pequeño, duro y que se movía rápidamente lo golpeó entre las piernas. Expulsó de golpe el aire de los pulmones y se tambaleó hacia atrás. Soltó la daga y oyó el ruido que hacía el metal al chocar contra la roca. Antes de que el eco se desvaneciera, ya había asido el sable con la mano derecha y lo había retirado del amniano caído.

—¡Síguela! —gritó Montaron, y Abdel, parpadeando para limpiarse la sangre de los ojos y recuperarse del golpe en la ingle, la siguió.

Cuando el eco de los pasos del halfling y del fornido mercenario se desvanecieron en la distancia, Xzar se inclinó y recogió la pesada daga de plata. Por un momento, admiró los grabados, en vez de unirse a la persecución. Se volvió hacia la entrada y deslizó la daga en la gran bolsa de piel que llevaba al cinto.

—Sí —murmuró el mago para sus adentros—, sí, hasta ahora, sí.

Abdel se dio cuenta de que luz de la antorcha molestaba a Montaron. El halfling había protestado cuando Abdel se detuvo a encenderla, pero, aunque apenas se habían alejado del mago, Abdel ya no podía ver nada. Por la velocidad a la que había huido Jaheira supuso que por sus venas corría suficiente sangre elfa como para ser capaz de ver en la oscuridad. Montaron no sólo veía a oscuras, sino que varias veces había manifestado ruidosamente que prefería la oscuridad a cualquier nivel de iluminación.

Había más túneles laterales —bastantes más— de los que Abdel esperaba, y empezaba a darse cuenta de que necesitaría mucha suerte para dar con el camino de vuelta a la entrada, por no hablar de encontrar a Jaheira. Estaba dejando atrás a Montaron, y pensó que aún sería peor si también perdía al halfling. Redujo la marcha, respirando con fuerza, y finalmente se detuvo por completo.

—Olvídalo... chico... —le dijo Montaron, jadeando, cuando llegó a su lado, y se inclinó hacia adelante con las manos sobre las rodillas—. Ya debe de... estar lejos.

Abdel se enjugó el sudor de la frente con su poderoso antebrazo, aunque odiaba tener que admitir la derrota. La antorcha chisporroteó por una súbita corriente de aire, y Abdel percibió un olor que no había notado antes. Era un olor parecido a un perro mojado, y también olía a piel húmeda... sudor quizá.

—¿Lo hueles? —susurró.

Montaron alzo la mirada hacia él, asintió y escudriñó la oscuridad. Suponiendo que Abdel lo seguiría, el halfling empezó a avanzar sigilosamente hacia un túnel lateral. Abdel fue tras él, con el sable aún en la mano derecha y la antorcha —que había improvisado con un trozo de tela sucia y una lista de madera que había arrancado de un soporte del techo— en la mano izquierda. Al llegar a la esquina del corredor lateral más próximo, Montaron echó una rápida ojeada a su alrededor e inmediatamente extendió una mano para impedir que Abdel diera un paso más.

—Kobolds —musitó el halfling, y en el corredor lateral se oyó el ruido de piedras que entrechocaban. Abdel supuso que los kobolds los habían oído, por lo que dobló la esquina y se abalanzó sobre ellos.

Había tres de esos pequeños seres inmundos. Uno obviamente hacia guardia, pero no fue el primero que vio a Abdel aparecer por la esquina. El mercenario se encontró con la mirada de uno de los kobolds, que aparecía junto a una pequeña carretilla de hierro. El tercer kobold estaba subido a los hombros del anterior y derramaba algo sobre la carga de mineral que se amontonaba en la carretilla. El kobold que aguantaba a su compañero lanzó un grito —que recordó el quejido del perrito de una mujer opulenta de la ciudad—, y sus rodillas se doblaron ligeramente por efecto del miedo o porque iniciaba un conato de huida. El guardia se volvió, pero no hacia Abdel. En vez de eso, el muy estúpido miró a su compañero, que volvió a gritar cuando Abdel

decapitó al guardia.

Esa vez el kobold del suelo sí echó a correr y lanzó a su compañero de cara contra la carretilla. Se oyeron confusos sonidos caninos, pero Abdel no se detuvo a escucharlos, y la botella se estrelló al caer de la mano del kobold. El primero que lo había visto huyó por el túnel corriendo como un loco, y Abdel sólo se detuvo para rebanar la garganta del kobold de la carretilla con la punta de su sable manchado de sangre.

Para entonces, Montaron ya había llegado a su lado y extendió una mano a fin de evitar que Abdel se internara en el oscuro túnel tras los pasos del kobold que había escapado.

—¿Qué estaban haciendo? —preguntó Montaron.

Transcurrieron algunos segundos antes de que Abdel respondiera. La sangre se le había vuelto a subir a la cabeza y tenía tantas ganas de cazar al otro kobold que incluso notaba un sabor sanguinolento en la boca.

—No lo sé —repuso finalmente—. Estaban derramando algo sobre las rocas.

Abdel señaló en la dirección de la carretilla y de los dos kobolds muertos, pero sus ojos seguían fijos en la impenetrable oscuridad que se abría ante él, y aguzaba los oídos para percibir el más mínimo eco de los pasos del pequeño humanoide.

—Son unas criaturas repugnantes, ¿verdad? —comentó Montaron. Dio un ligero puntapié a la cabeza cercenada del kobold, que rodó por el suelo desigual siguiendo el declive en la dirección hacia la que había huido su compañero. Los kobolds eran pequeños humanoides de aspecto canino, con unas manos proporcionalmente enormes y de largos dedos, orejas curvadas y ahusadas como las de un murciélago y cuernos puntiagudos como los de un lagarto. Su piel arrugada parecía de color naranja a la luz de la antorcha, pero probablemente era marrón. Iban vestidos con sucios harapos, con los que se fabricaban toscos chalecos y taparrabos, y despedían un olor nauseabundo.

Montaron se agachó junto al kobold decapitado y rozó una botella vacía con la punta de un dedo.

—¿Qué es eso? —preguntó Abdel, mirando el cogote del halfling.

—¿Qué es qué?

—Esa botella —respondió Abdel—. ¿Qué echaban sobre las rocas?

—No son rocas —lo corrigió Montaron—; es mineral, mineral de hierro. Supongo que, sea lo que sea, es lo que está causando esta plaga en el hierro.

—¿Kobolds? —preguntó Abdel, con voz escéptica. Había oído muchas historias sobre los kobolds, e incluso se había topado con algunos que habían excavado una galería hasta el sótano de una posada en el dominio de Liam. No los creía capaces de urdir una conspiración para contaminar mineral de hierro que sacudiera los mismísimos cimientos de un reino y provocar una guerra entre poderosas naciones de

la superficie. Por lo que le habían contado, los kobolds eran unos infelices que vivían apocadamente bajo tierra, que estaban al borde de la extinción, y cuya falta de inteligencia iba pareja con una evidente carencia de escrúpulos.

—No es muy probable, amigo mío —dijo Montaron, riendo—; pero ¿pagados para hacerlo? ¿Acaso pagados por Amn para perjudicar a las gentes de Puerta de Baldur?

—¿Y estás seguro de que no es al revés? —preguntó Abdel, señalando con la cabeza la botella de barro rota—. El frasquito que compré en Nashkel, ese que nunca te he enseñado, era de plata y de la más fina artesanía. Si dices que es un frasco amniano, bueno... no creo que esta botella haya salido del mismo sitio.

Montaron se encogió de hombros, pero no se volvió. Abdel aún esperaba que el halfling le respondiera cuando percibió el inconfundible sonido de pasos sobre la grava en el oscuro corredor, y penetró en el túnel en dos zancadas. A la luz de la antorcha, vio primero los ojos del kobold, dos grandes puntos naranjas que brillaban, agrandados por la sorpresa y el miedo. Se oyó un gañido de caniche, y el humanoide se dio media vuelta y echó a correr. En esa ocasión, Abdel no titubeó, sino que se lanzó tras su pista al instante.

Intentaba localizar al kobold guiándose principalmente por el sonido y parecía ser un buen método. A medida que el pequeño ser se deslizaba de un corredor lateral, casi invisible, a otro, Abdel iba cogiéndole el truquillo a eso de descender corriendo una pendiente desigual y cubierta de grava a la incierta luz de la antorcha. Finalmente, vio la espalda del kobold, que corría para salvar su vida. Abdel supuso que Montaron se había quedado rezagado y empezó a preguntarse si sería capaz de regresar a la carretilla de la mina sin el halfling.

Los kobolds le atacaron desde todos los lados; irrumpían desde la impenetrable oscuridad en el estrecho círculo que formaba la luz de su antorcha. Abdel no cometió la estupidez de ponerse a contar cuántos le habían tendido la emboscada, sino que empezó a luchar por su vida. Con la mano derecha, blandía el pesado sable y con la mano izquierda usaba la antorcha con igual pericia y eficacia. Los kobolds morían por las heridas o quemados. Abdel no hacía ninguna distinción. Ocasionalmente, un kobold lograba causarle una herida con una daga oxidada, una tosca hacha de sílex o una herramienta de carpintero robada, o le clavaba una lanza hecha con un palo y una piedra afilada sujeta en la punta. Abdel recibió quizás una docena de pequeñas heridas, ninguna de importancia, y mató al menos el mismo número de kobolds, hasta que los escasos supervivientes agotaron su exiguo coraje y huyeron fuera del alcance de la luz que irradiaba la antorcha.

La lucha había resultado una cacofonía de gañidos, entrechocar de metales y gruñidos, y aunque en sus oídos retumbaban todos esos sonidos estaba seguro de que la voz que resonó de repente en el túnel pertenecía a Jaheira. No pudo distinguir qué

decía; sin embargo, el tono era inconfundible: estaba pidiendo ayuda.

La antorcha empezaba a apagarse, pero Abdel estaba demasiado ocupado siguiendo la suplicante voz de Jaheira durante lo que le parecieron horas, aunque lo más probable es que fueran sólo minutos. Ocasionalmente, oía en la oscuridad a los kobolds, que arrastraban los pies sobre la grava, y aún olía a su alrededor el penetrante hedor a perro mojado que despedían, pero no siguió avanzando. Tenía que encontrarla, pese a que quizás ella no quería que fuera precisamente él quien la hallara. Después de haber matado a su marido, cualquier mujer sentiría lo mismo respecto a él. Abdel pensó que hacía mucho rato que no veía a Montaron, pero apartó ese pensamiento de su mente.

Llegó a una ancha intersección, en la que cinco túneles convergían en una cámara más o menos, circular. La altura del techo seguía siendo sólo la suficiente como para que pudiera permanecer completamente erguido. En el centro de la cámara, había lo que a los ojos inexpertos de Abdel parecía un hoyo natural. El suelo se hundía de manera abrupta. Entonces, oyó con claridad los gritos de Jaheira.

—¿Hay alguien ahí?!

Abdel estaba seguro de que la voz provenía de algún lugar de dentro del hoyo, y corrió hacia el borde.

—¡Jaheira! —gritó con tanta fuerza que el eco enmascaró el ruido de la media docena de kobolds que se abalanzaron sobre él desde atrás.

Esos seres no medían más de noventa centímetros, es decir, menos de la mitad de la estatura de Abdel, y además pesaba cinco o seis veces más que ellos; pero los seis juntos lo empujaron hacia adelante una fracción de pulgada, lo suficiente como para que cayera dentro del hoyo.

Mientras caía, Abdel maldijo en voz alta su propia estupidez. Dos de los kobolds gritaron y un tercero gimió; los otros tres fueron demasiado bobos o excesivamente lentos, y cayeron detrás de él. Abdel se las ingenió para aterrizar sobre uno de ellos. La escuálida bestezuela no pudo amortiguar la caída de unos seis metros, por lo que al golpear contra el suelo, Abdel notó toda la violencia del impacto, y también la sintió el kobold a juzgar por el fuerte crujido que se oyó.

Abdel no se levantó inmediatamente, ni siquiera pensó en abrir los ojos. Los sonidos del kobold, moribundo a causa de la caída, eran inconfundibles; los otros dos debían haber corrido la misma suerte. Desde arriba, los tres supervivientes gritaban, ladraban y gorgoteaban en su primitivo lenguaje. Abdel estaba enfadado y decepcionado consigo mismo, pero eso no lo ayudaba en nada a respirar. Resultó que en los momentos siguientes al impacto contra el duro suelo sólo podía espirar. Parecía que había olvidado cómo llenar de aire los pulmones.

—¡Abdel!

La voz de Jaheira sonaba en ese momento más cerca, y, al oírla, Abdel inspiró

con fuerza. Aún no respiraba normalmente, pero al menos sentía que algún día llegaría a hacerlo.

También entonces se percató de que había soltado la antorcha en la caída y que se había apagado. Respirando con dificultad, se arrastró por el suelo del hoyo buscando la antorcha en completa oscuridad, hasta que la halló. Le costó tanto encenderla de nuevo que Jaheira, finalmente, dejó de llamarlo, y él aún no podía responder por falta de resuello.

Cuando, por fin, la antorcha se encendió, Abdel vio que se encontraba en una cámara incluso mayor que la de arriba, y además no estaba solo.

El olor del hombre lo impactó al mismo tiempo que lo veía, y casi hizo que vomitara. El hombre se abalanzó sobre él con una porra hecha con una pesada rama. El rostro del atacante no era del todo humano; su nariz, semejante a un hocico, y las protuberancias de los colmillos delataban que era un semiorco.

El semiorco se dispuso a asestarle un golpe con la porra y lanzó un incoherente grito de rabia. Abdel levantó su espada y repelió el ataque fácilmente, al tiempo que redistribuía su peso y se levantaba. El semiorco se recuperó con tanta lentitud que Abdel tuvo tiempo de orientarse. Confiando en que su adversario fuera demasiado tarde para eludir un sablazo directo contra la garganta, Abdel blandió su espada, trazando un rápido arco. La hoja encontró resistencia y se paró. El semiorco tenía la fuerza suficiente como para rechazar el ataque y la porra era lo bastante recia como para permanecer intacta. Su enemigo resultó más rápido de lo que Abdel había imaginado.

Abdel retrocedió cautelosamente un paso, y el semiorco reuló cinco. En sus ojos porcinos, se leía un terror mudo.

Al verlo, Abdel se detuvo.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—¡Soy quien Tazok envió para matarte! —soltó el semiorco—. ¡Esta vez te has topado con Mulahey!

El hombre tenía una voz aguda y densa al mismo tiempo, y delataba el pánico que sentía. Al oírla, Abdel ardió en deseos de matarlo. El semiorco miró hacia el borde del hoyo y emitió una serie de gañidos y gruñidos semejantes al lenguaje de ladridos de los kobolds. Por el tono, eran indudablemente órdenes.

Entonces, el semiorco dejó ir otro sonido, un sonido que casi hizo reír a Abdel, pero el olor que le siguió no tenía nada de divertido.

Mulahey miró a su alrededor, y Abdel comprendió que estaba esperando refuerzos kobold. El mercenario decidió no esperar más. Atacó al semiorco rápidamente y con dureza, y Mulahey intentó defenderse. El semiorco era fuerte, pero Abdel era astuto; muy pronto tuvo al hombre acorralado contra un muro de roca escarpada y se dedicó a cansarlo. Mulahey dijo algo, pero Abdel no lo oyó. Estaba a

punto de matarlo y le daba lo mismo lo que ese apestoso asesino tuviera que decirle. Abdel escuchó el sonido y notó el olor cuando Mulahey se orinó en sus pantalones toscamente hilados, y le produjo tal repugnancia que dio más bríos al brazo que blandía la espada. El semiorco murió de la docena de heridas que le asestó.

—¡Ábrelo! —Jaheira casi chillaba. Su voz temblaba por el pánico y otras muchas emociones contradictorias, y Abdel se sintió ligeramente abrumado.

—No estoy seguro de... —empezó a decir, mientras intentaba hallar a su alrededor algo que pudiera utilizar para forzar la sólida puerta de madera de roble. La gruesa madera estaba recubierta de hierro, y Abdel podía ver la frente de Jaheira a través de un alto ventanuco con barrotes abierto en la madera, que no medía más de un pie por lado. La puerta tenía una cerradura de hierro, y, pese a que Abdel no era cerrajero, le pareció que era demasiado resistente como para que pudiera abrirla a viva fuerza.

—Nunca podrá abrirla, señor —dijo una suave voz masculina.

Abdel se detuvo y atisbo por la ventana. La celda estaba oscura y tan sólo distinguía la silueta en sombras de la cabeza de Jaheira, que se hallaba cerca de la puerta.

—¿Quién hay ahí contigo? —preguntó.

—Un elfo —respondió ella, obviamente irritada por la digresión—, pero no te preocupes por eso, Abdel. ¡Limítate a abrir esta condenada puerta!

—Espero que se quede para darnos alimento y traernos agua —dijo el elfo, secamente—. Si ha matado a nuestros carceleros y no consigue abrir la puerta, moriremos de sed antes de morir de hambre.

—La abriré —afirmó Jaheira, aunque su voz no traslucía mucha confianza—. Abdel encontrará la llave. Tiene que haber una llave en algún sitio.

Abdel registró el área, pero sólo halló algunas puertas más que daban a celdas vacías y un gran arcón de madera, también revestido con hierro y cerrado con un pesado mecanismo de acero. El húmedo suelo de la mina estaba cubierto de afilados guijarros, pequeñas setas y agua encharcada.

—No hay ninguna llave —dijo.

—¿Y qué pasa con Mulahey? —preguntó el elfo.

—¿Quién?

—El carcelero —dijo Jaheira—, el semiorco. ¿Dónde está?

—Maté a ese apestoso bastardo —les informó Abdel—. Nunca creeríais lo que se atrevió a hacer delante de...

—¿Dónde está su cuerpo? —lo interrumpió Jaheira—. Es seguro que llevaba la llave encima.

Abdel pensó en ello un doloroso segundo, que se hizo eterno.

—No recuerdo dónde... No creo que pueda encontrarlo.

—O sea, que hemos salido del fuego para caer en las brasas —dijo el elfo—. Hay que ver qué salvador nos has conseguido, mestiza.

—¡Cierra el pico! —le espetó Jaheira. Su voz sonaba cada vez más aterrada—. ¡El ladrón! ¿Dónde está Montaron?

—No lo sé —le dijo Abdel, mientras trataba de separar los barrotes del ventanuco—. No pudo seguir mi ritmo.

—No me extraña —se mofó ella—. ¿Qué le sacaste a Mulahey?

—¿A qué te refieres? —preguntó Abdel, rindiéndose ante la imposibilidad de separar los barrotes. Empezó a rebuscar entre sus escasas posesiones algo que lo ayudara a abrir la puerta.

—Cuando interrogaste al semiorco, ¿qué te dijo? —le preguntó Jaheira con impaciencia.

—No interrogué a ese charlatán —respondió Abdel. Iba a decir algo más cuando oyó un sonido metálico en la bolsa que llevaba al cinto.

—Mataste a Khalid, ¿no es cierto? —le preguntó ella con una voz muy distinta, más ronca y pesada—. ¿Está muerto?

Abdel no tenía ni idea de qué responder. Había tratado de no pensar en eso. Él no había querido matar a Khalid; había sido un accidente, pero sabía que Jaheira no lo entendería. Suspiró al percatarse de que ésa era la primera vez que tenía que enfrentarse con la esposa de alguien a quien había matado. Resultaba una sensación curiosa darse cuenta de que algunos de esos adversarios sin rostro tenían a alguien en su hogar que...

—Al parecer, has resuelto la situación —dijo el elfo secamente, interrumpiendo los pensamientos de Abdel.

Éste se desentendió del otro prisionero y levantó el juego de llaves que habían encontrado en el cadáver que yacía en el campo de flores. ¿Qué lo había impulsado a probar si servían? No lo sabía; era simplemente un golpe de suerte, fruto de la desesperación. La tercera llave que probó giró en la cerradura, se oyó un fuerte clic y la puerta le golpeó la cara con tanta fuerza que dejó caer las llaves y agitó la antorcha peligrosamente.

Jaheira empujó la puerta para abrirla y salió de la celda rápidamente, con las piernas rígidas y tensas. Abdel había visto a niños huir de las arañas de ese mismo modo.

—¿Montaron y Xzar se han marchado? —preguntó, tratando de ocultar su miedo.

—Sean quienes sean, son muy listos —dijo el elfo—. Me llamo Xan.

El elfo era apenas una pulgada más bajo que Jaheira y de complexión más bien débil. Tenía el aire de alguien que se estaba muriendo de hambre. En su rostro de mejillas chupadas destacaban aún más sus extrañas orejas, que eran demasiado grandes y puntiagudas incluso tratándose de un elfo. No olía muy bien, iba desarmado y su delgado cuerpo nadaba en una sucia cotardía y calzones tejidos en casa.

Jaheira estaba desarmada y despeinada. Tenía un moratón en un lado del cuello y otro en el antebrazo izquierdo, pero por lo demás parecía estar bien.

—Condúceme a Khalid —dijo con voz más suave y menos temerosa, aunque aún audiblemente trémula—. Llévame donde está mi marido.

Abdel asintió y quiso decir algo, pero se lo pensó mejor. Se inclinó sobre el arcón y probó cuatro llaves, hasta que una lo abrió. Jaheira reconoció sus pertenencias, y Abdel se hizo a un lado para que las recuperara.

—¿Dónde estaban las llaves? —preguntó Xan.

—En un cuerpo envenenado cerca de una granja en ruinas y en medio de un campo de flores silvestres —respondió Abdel.

El elfo soltó un bufido y dio media vuelta, pero había algo en su mirada.

—¿Qué? —inquirió Jaheira mientras se ajustaba el cinturón del que pendía la espada.

—Las llaves que Montaron encontró en el hombre muerto parecen ser de aquí —le dijo Abdel.

—Maldito sea Montaron —masculló Jaheira. Y añadió en voz más alta—: ¿Por dónde?

Abdel señaló un túnel al azar.

—Creo que por allí —dijo.

—¿Dónde cayó tu compañero? —preguntó Xan.

Abdel y Jaheira trataron de describir lo mejor que pudieron la entrada a la mina, y Xan asintió. Después señaló hacia un corredor situado en el lado de la cámara opuesto al que Abdel había indicado.

Jaheira no se fiaba, pero era evidente que deseaba salir de la mina, por lo que siguió al elfo. Abdel, incómodo y avergonzado, fue tras ella.

No se toparon con ningún kobold mientras salían de la mina, aunque ocasionalmente percibieron ese olor a perro mojado que aún flotaba en el aire. Avanzaron durante casi una hora a la luz de la antorcha hasta dar con Khalid. Cuando Jaheira vio el cuerpo de su esposo se dejó caer inmóvil sobre el frío suelo de roca de la mina, y sollozó con tanta intensidad que se oyó el tintineo de la espada dentro de su vaina y de los anillos que le colgaban del cinturón. Abdel se volvió de espaldas, Xan suspiró, y se oyó un cuarto sonido: una dificultosa inspiración. En un primer momento, Abdel creyó que algo le pasaba a Jaheira.

—Khalid —dijo la mujer. Su voz expresaba esperanza, miedo y sorpresa—. ¿Khalid?

Corrió hacia él y se inclinó sobre el cuerpo, y Khalid se movió. Abdel soltó un grito sofocado —algo que el fornido mercenario no acostumbraba a hacer— y se reunió con Jaheira al lado de su marido. Sintió una punzada de decepción al ver que

el hombre, por inocente que fuera, aún vivía. Abdel luchaba siempre para matar.

El semielfo, que yacía en el suelo, no podía hablar y apenas podía moverse, pese a que intentó alejarse de Abdel. El mercenario dio un brinco cuando Jaheira le puso la mano sobre el pecho para empujarlo.

—Amor mío... —dijo.

Al principio, Abdel pensó que se lo estaba diciendo a él, y se sonrojó al darse cuenta de que estaba hablando con Khalid.

—Vive —dijo ella—; no importa qué haya pasado entre nosotros. Quiero que vivas.

—Al fin —musitó Khalid.

—Se muere —dijo Xan, y Abdel sintió deseos de cortarle la lengua al elfo.

—No —dijo Abdel—. Dale esto. —Le tendió el frasquito de plata que había comprado al mercader de Nashkel. Cuando su mano rozó la vaina más pequeña del cinto se percató de que le faltaba la daga. Su corazón dejó de latir un segundo y la frente se le perló de sudor.

—¿Veneno? —preguntó Jaheira, y lamentó inmediatamente haberlo dicho—. Lo siento. Tú no puedes ir en contra de tu naturaleza.

Abdel no sabía a qué se refería; simplemente le puso el frasquito en la mano y empezó a examinar el suelo en busca de la daga. La mano de Jaheira estaba cálida y tembló cuando él la tocó. Abdel tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para soltarla.

—No nos queda otro remedio que confiar en el hombre que me lo vendió —dijo Abdel, mirando a su alrededor—. ¡Maldito Xzar!

Jaheira hizo un gesto de asentimiento y miró a Khalid, que en ese momento estaba inconsciente. Aún respiraba, aunque muy lentamente, y era una respiración poco profunda. Jaheira le abrió suavemente la boca con un dedo y fue vertiendo el contenido del frasco, un líquido espeso de olor dulzón. Unos pocos segundos después, el amniano abrió los ojos y logró sonreír.

—Cariño —dijo—. Mi flor naranja.

Abdel musitó una maldición y Xan hizo un vago sonido de impaciencia. Jaheira giró la cabeza y Abdel reparó en una lágrima que corría por su mejilla. Khalid cerró los ojos.

—Lo siento... te dije que... —logró decir antes de caer en un sueño profundo. Su respiración era nuevamente regular, y la herida que le había infligido Abdel con la espada ya no sangraba.

—¿Podemos moverlo? —preguntó Xan a Abdel.

—Supongo que necesita dormir —respondió el mercenario, encogiéndose de hombros—, pero puedo llevarlo en brazos. Ya no sangra. —Miró una vez más a su alrededor por si veía el arma que le faltaba y dijo—: Al parecer, ese mago chiflado me ha robado la daga; como si no tuviera suficientes motivos para matarlo.

—Vamos —dijo Jaheira—. Regresemos a Nashkel. Khalid necesita descansar en una verdadera cama.

—No pretenderéis salir por las buenas, ¿verdad? —preguntó Xan, aunque sabía que, en efecto, eso era justamente lo que pretendían.

Abdel se detuvo. Khalid colgaba lánguidamente de su hombro.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Entramos por ahí —dijo Jaheira, que se resistía a pararse.

En la penumbra del atardecer, el borde del campo de flores negras parecía brillar con una suave luz grisácea. Xan trataba por todos los medios de mantener la distancia y empezó a avanzar lentamente por el camino más ancho y más transitado que conducía a Nashkel.

—No sé cómo pudisteis sobrevivir —dijo—, pero caminar por ese campo de flores es letal. Son flores de loto, un poderoso veneno plantado aquí por los zhentarim.

Abdel se volvió hacia el elfo y dio un amenazador paso hacia adelante. Xan abrió más los ojos y retrocedió.

—¿Zhentarim? —preguntó el mercenario.

—Montaron —dijo Jaheira—. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Sólo los zhentarim pueden ser responsables de esta aberración.

Abdel la miró y suspiró.

—Si ese amigo vuestro era un zhentarim —dijo Xan—, seguramente tenía algún tipo de...

—Cerveza de la suerte —dijo Jaheira, terminando la frase por él.

Abdel tuvo ganas de escupir. Quería matar al halfling; quería golpear a alguien en la cara, pero no había nadie a quien pudiera golpear.

—Yo no trabajo con zhentarim —masculló entre dientes, y comprendió que eso era precisamente lo que había estado haciendo los últimos diez días y medio.

—Plantaron las flores aquí para bloquear el camino a la mina —explicó Xan—. Intentaron imponer una tasa para pasar a través de ellas o rodearlas, pero al poco tiempo los jefes de la mina contrataron a algunos... creo que se llaman a sí mismos *aventureros*... para expulsar a los zhentarim. Eso acabó con las tasas, pero nadie ha sido capaz de deshacerse de esas odiosas flores negras.

—Montaron... —musitó Jaheira.

—Voy a matarlo —dijo Abdel, sin volverse a mirarla—. Ese halfling morirá y no tendrá una muerte rápida.

Abdel miró a Jaheira cuando ésta empezó a balbucear algo que no parecía tener sentido. Sostenía las manos delante de la cara, con los dedos juntos, una palma contra la otra, y los ojos fuertemente cerrados. Abdel creyó distinguir un nombre; ¿quizás

era un nombre que había oído antes? Jaheira extendió las manos hacia ambos lados y abrió los ojos.

—Tenemos que llevar a Khalid de vuelta a Nashkel —dijo, haciendo un gesto para que Abdel y Xan se acercaran a ella—. Permaneced a dos pasos de distancia de mí y las flores no os harán nada.

—Khalid ya respira bien —dijo Abdel—. Aunque tenga que cargar con él más distancia, prefiero no andar entre veneno...

—¿A quién sirves? —preguntó Xan a Jaheira, haciendo caso omiso de Abdel.

—A Mielikki —respondió ella, simplemente. Ése era el nombre que Abdel había creído reconocer en su extraño canto. Mielikki era una especie de diosa de la naturaleza que interesaba muy poco a Abdel... hasta entonces.

Xan asintió y se encogió de hombros, y anduvo rápidamente para ponerse al lado de la semielfa. Los ojos de Jaheira se posaron en Abdel y pareció que iba a decir algo.

Abdel se encogió ante esa mirada, pero dio media vuelta y siguió a Xan.

—Dentro de medio mes, seguramente, me enteraré de que eres una druida —comentó—. ¿Hay algo más que quieras contarme?

No esperaba respuesta, y no la obtuvo. Y atravesaron el campo de flores venenosas protegidos por la magia de Jaheira.

Montaron se estremeció cuando la primera gota de sangre le cayó en la cara, y la segunda, pero después de la tercera se dio cuenta de que habría más, y trató de calmarse. La chica era sorprendentemente fuerte, y aunque Montaron se había resistido no había podido desasirse.

—Xzar —dijo el halfling, mirando hacia arriba lleno de horror y repugnancia.

El mago colgaba cabeza abajo de una larga cadena sujeta al alto techo de la oscura cámara esculpida en roca. La luz de la media docena de altos candelabros de pie era débil, trémula e insegura, pero Montaron podía ver bastante bien la cara tatuada de Xzar. Los ojos sin vida del mago se habían salido de las órbitas, y la sangre que caía sobre la cara de Montaron procedía de la boca del mago. Le faltaba una oreja, y sus brazos y una pierna colgaban de otras cadenas en extremos alejados de la sala. En una mesita cercana, había una jarra de cristal con algo dentro, y Montaron sintió náuseas al darse cuenta de qué era. Del ombligo de Xzar sobresalía un gran gancho de acero y su otra pierna no se veía por ninguna parte.

—Felicidades por un trabajo bien hecho, mi rechoncho amigo.

—Sarevok —dijo Montaron, con voz que trataba de sonar alegre pese al terror que lo embargaba—. Mu... muchas gracias. Se... señor.

Sarevok llevaba una armadura de metal negro y plata, llena de terroríficas púas, crueles e innecesarias. Era un hombre enorme, y sus ojos brillaban con una luz amarilla no natural. Su voz causaba escalofríos a Montaron en la espalda, y todo lo que el halfling podía hacer era tratar de mantener el control de su vejiga.

—Estaba siendo irónico —dijo Sarevok, y Tamoko dio un puntapié a las piernas de Montaron, sacándolas de debajo de su cuerpo. Se oyó un fuerte chasquido, y Montaron escuchó un atiplado chillido de mujer, pero al caer pesadamente contra el suelo se dio cuenta de que era él quien gritaba.

—Hice lo que me pediste —gritó Montaron, que era tan estúpido que creía que podía apelar a su clemencia.

No oyó ni vio a Sarevok acortar la distancia que los separaba, pero de pronto el gigantesco hombre con armadura estaba frente a él y sujetaba una daga que Montaron reconoció: ancha, hoja de plata y grabada. Era la daga que Abdel había empleado para matar al borracho en El Brazo Amistoso.

—Él tiene las llaves —gimoteó Montaron—, él tiene las llaves, y yo lo encaminé hacia Mul... Mulahey. Iba en la dirección correcta, se...

El resto de la palabra incluyó la última inspiración gorgoteante de Montaron en ese plano de la existencia. Sarevok trazó una línea roja en la garganta del halfling con la daga de Abdel; después, levantó el dedo para desviar con aire jugueteón el torrente de sangre que manaba de la arteria seccionada.

—Todos lo que me han repetido ese nombre tenían una idea diferente de qué querían exactamente —dijo Xan mientras avanzaban lentamente hacia Nashkel. El elfo parecía cansado y jugueteaba con los encajes del cuello alto de su cotardía.

La respiración de Abdel también era pesada, aunque él cargaba con un Khalid aún dormido.

—Deberíamos descansar —dijo Jaheira.

Abdel y Xan no necesitaron más estímulo. El mercenario dejó al semielfo apoyado contra un árbol al lado del camino y se estiró. Fuera cual fuera la protección que Mielikki les enviara a través de la plegaria de Jaheira, les había permitido atravesar indemnes el campo de flores negras venenosas. Xan se dejó caer sobre la desigual hierba marrón que crecía al borde del camino, y Jaheira se arrodilló junto a su marido y le acarició la cara. No parecía preocupada, sino más bien culpable. Se percató de que Abdel la miraba y se volvió rápidamente hacia Xan.

—¿El Trono...? —preguntó.

—De Hierro —respondió el elfo—. El Trono de Hierro.

—Así pues, son un grupo disidente de los zhentarim que tratan de controlar las minas de hierro —concluyó Jaheira—, por ejemplo con las flores venenosas.

Xan se encogió de hombros.

—Es posible. Creo que esos bastardos son capaces de eso, pero hay algo raro en todo esto. Controlar las minas de hierro es una cosa, pero inutilizar el hierro para que se rompa al forjarlo, que se oxide en un solo día, que sea más blando que el yeso... y además está el problema de Amn.

—Guerras —dijo Jaheira—, guerra contra Puerta de Baldur.

—¿Qué provecho podrían sacar de eso los zhentarim?

—Hay muchas maneras de sacar provecho de una guerra —comentó Abdel—. Yo mismo me gano muy bien la vida con...

Se interrumpió cuando Xan se puso tenso de pronto y miró hacia su izquierda. Abdel era lo suficientemente listo como para no preguntar qué pasaba; se limitó a desenvainar la espada y escuchar. Un pájaro trino, se oyó el zumbido de una abeja o una mosca grande y el susurro de la brisa que se movía entre las hojas de los escasos árboles. Unos matorrales altos le tapaban la vista del lado meridional del camino, el lado hacia el que miraba Xan.

El elfo se puso de pie lenta y silenciosamente.

—Nos siguen la pista —susurró. Señaló con la cabeza una dirección más específica, y, pese a que Abdel concentró allí su atención, siguió sin oír nada. El elfo retrocedió sigilosamente dos pasos y se arrodilló junto a Khalid y Jaheira. Abdel percibió un débil susurro. Vio que los labios de Xan formaban la palabra espada, y Jaheira le dio la de Khalid. Xan pasó por encima del semielfo dormido y empezó a

trepar al árbol.

Entonces, Abdel oyó algo en los matorrales, pero pudo haber sido un pájaro u otro animal. Xan llegó a la primera capa de robustas ramas y siguió trepando. Abdel vio que los músculos de las piernas del elfo se contraían a causa del agotamiento y la deshidratación. Era obvio que el tiempo que había pasado bajo los cuidados de Mulahey le estaba pasando factura.

Abdel se puso de pie de un salto al oír un fuerte rumor en la maleza y empuñó la espada con ambas manos. El sonido sobresaltó a Xan, y Jaheira soltó un grito sofocado cuando el elfo cayó del árbol.

Pero Xan no chocó contra el suelo. Una figura salió de los matorrales y lo atrapó al vuelo, cogiéndolo como si fuera un bebé y probablemente salvándole la vida. El rescatador del elfo fue seguido inmediatamente por una oleada de hedor. Jaheira se puso una mano sobre la boca y sucumbió a un acceso de náuseas nada propio de una dama; hundió el mentón en el cuello, y la columna vertebral pareció que le sobresalía de la espalda y de la camisa.

Abdel gruñó y volvió la cabeza a otro lado. Xan dijo algo en voz alta en élfico y se soltó de los brazos de su salvador.

Abdel miró atrás y vio que Xan vomitaba al borde del camino.

—Bien —dijo una voz áspera y sonora—, yo también me alegro de conocerlos.

—Apártate de mí, monstruo —dijo despectivamente Xan. Se alejó con rapidez del extraño y se puso en guardia con la espada de Khalid en alto.

El hombre —si es que podía llamarse así— que había salvado la vida de Xan era un ser bajo, pero recio, vestido con harapos. La piel de su rostro mostraba un tono blanco ceniciento, salpicado de puntitos negros. La piel del cráneo presentaba numerosas manchas y estaba cubierta, a placas, de pelo gris. Sus ojos eran órbitas hundidas de un pálido color amarillo con una telaraña de diminutos hilos rojizos. Las cuencas de los ojos estaban hinchadas y rezumaban sangre negra e infectada.

—Por todos los dioses —dijo Abdel, sosteniendo la espada en actitud defensiva—; esto es peor que el semiorco.

—Korak —dijo la criatura—. Me llamo Korak. ¿Realmente he cambiado tanto?

—¿Korak? —preguntó Abdel, y su voz se agitó al mismo ritmo que su cabeza. Él conocía a ese... hombre—. Por todos los dioses, yo estuve en tu funeral.

—No salió del todo bien —replicó el ser. Sonrió abiertamente y reveló sus encías, que hervían de gusanos.

Xan retrocedió aún más, y sus piernas temblaron todavía con más fuerza.

—Aléjate —dijo—. Vete o te mataremos. —Xan miró a Abdel para que confirmara ese último extremo, pero el mercenario sólo se estremeció, confuso.

—Quiero unirme a vosotros —dijo Korak—. ¡A partir de ahora os acompañaré!

—Yo no... —empezó a decir Jaheira, pero sintió de nuevo náuseas. Obviamente,

quería retroceder; sin embargo, optó por permanecer donde estaba, junto a su marido.

—Creo que no, Korak —Abdel terminó la frase por ella—. No estás del todo... —Abdel dejó que el pensamiento se extinguiera poco a poco, ya que no encontró una manera diplomática de acabar.

—Te ayudaré —insistió Korak, dando un paso hacia adelante—, como cuando éramos niños.

Xan se estremeció, se irguió y avanzó un paso con la espada extendida.

—¡No te acerques más, ghou! —gritó el elfo.

—¿Ghou? —se extrañó Abdel.

—¿Conoces a esa cosa? —le preguntó Xan.

—Fue hace mucho tiempo —respondió Abdel—, en el alcázar de la Candela, cuando éramos niños. Murió hace tres años.

—Los ghouls no... —Jaheira se interrumpió al ver la larga lengua de Korak, puntiaguda e inhumana, que culebreaba como una serpiente para lamerse la pestilencia bajo el ojo derecho.

—¡Dioses! —musitó la mujer.

El rostro de Xan reflejaba claramente odio y la mirada fija de Jaheira expresaba horror, pero Abdel sentía más bien lástima por esa criatura.

—Vete ahora, Korak —le dijo el mercenario—; regresa a la maleza.

—Te ayudaré, —insistió Korak, aunque no se acercó más—. Te ayudaré en el camino... en el peligroso camino.

—¡Abdel —exclamó Xan—, ayúdame a matar a esa cosa!

—No, no —replicó Abdel—. Korak se marcha ahora mismo, ¿no es cierto, Korak?

—Te ayudaré. —Abdel se lanzó hacia adelante, y la cosa cayó hacia atrás; después, se abrió paso arrastrándose por la alta maleza.

—Quédate ahí, Korak —dijo Abdel—. Tú no puedes ir a donde nos dirigimos.

—Si nos sigues, te mataremos —añadió Xan, con voz temblorosa por el miedo y el agotamiento.

La bestia retrocedió, pero no fue muy lejos.

Aquel hombre era demasiado bajo para dar un cabezazo en toda regla a Abdel, por lo que éste recibió el impacto en el mentón. El cráneo del cantero era duro y su cuello fuerte, y al mercenario le dolió el golpe.

Abdel masculló una maldición y dio un puñetazo al albañil en plena mandíbula. Se oyó el claro sonido de algo que se rompía, y a Abdel le pareció haber visto al hombre golpear contra el suelo, pero no pudo esperar para asegurarse. Tuvo que esquivar el taburete que alguien le lanzó contra la cabeza. Dio un paso adelante, puso un pie sobre el estómago del cantero caído y trató de agarrar al hombre que le había tirado el taburete. El pequeño y regordete campesino creyó que podría zafarse; en realidad, se mostraba tan confiado que estaba sonriendo cuando se volvió para huir. Abdel aferró con la mano izquierda casi medio metro de la tela descolorida de la camisa del hombre y con la mano derecha le asestó un puñetazo en la garganta. El hombre que le había tirado el taburete se desplomó gorgoteando.

—¡Quítate de encima! —gritó el cantero desde el suelo. Iba a decir algo más cuando Abdel le golpeó en la cabeza con el pie para hacer que callara.

—¡Abdel! —gritó Jaheira, y el mercenario se agachó para evitar otro taburete. Levantó la vista y vio cómo Jaheira daba un rodillazo en la entrepierna a uno de los camorristas de la taberna. El hombre se quedó sin aliento y mientras caía al suelo de modo muy poco digno calificó a Jaheira de perra.

Abdel lanzó una risotada, pero enmudeció de súbito cuando otro taburete se estrelló contra la parte posterior de la cabeza.

—Una silla más —rezongó Abdel. Después se volvió para encararse con el hombre que estaba a su espalda. El asaltante era el más joven de los rufianes, y el más alto, aunque al lado de Abdel parecía un enano. Los ojos del joven pendenciero no manifestaron ningún miedo, y Abdel se sintió ofendido.

El chico intentó darle un puñetazo, pero Abdel le agarró el puño. El joven rubito chilló como una mujer cuando Abdel le estrujó los huesos con la mano.

—¡Si alguien me tira otra silla a la cabeza, empezaré a cortar cabezas!

La última palabra sonó tan fuerte que los objetos de vidrio de detrás de la mohosa barra tintinearón en respuesta. El miedo que Abdel quería ver brilló en los ojos del muchacho.

—No lo mates, Abdel —le dijo Jaheira—. Esta vez no tenemos a nadie para incriminarlo.

—Contrata mer... mercenarios, mercenarios para el Trono de Hierro —dijo el joven pendenciero, llorando.

—¿Tazok? —preguntó Abdel. Había regresado a Nashkel con tan sólo una información; un nombre. Cuando preguntaron en la posada, después de dejar a Khalid

y al exhausto Xan en la cama, la respuesta fue violenta.

—Ta... Tazok —respondió el mozalbete. Abdel aún le sujetaba la mano con fuerza, y el chico gimió al son de otra serie de crujidos inconfundibles—. También contrata humanoides, orcos, y sólo los dioses saben qué más. No le importa quién, quién tra... trabaja para él.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —preguntó Jaheira, pasando por encima del hombre que acababa de castrar.

—Beregost —gimió el joven—. Tazok es un, un... ogro; está en Beregost.

—Malditos cerdos zhentarim —musitó Abdel—. Odio a esos condenados...

—¿Por qué crees que están haciendo esto? —interrumpió Khalid. Abdel lo miró distraídamente.

—Para manipular a la gente —respondió—, como a mí, que me atormentaron de una punta a la otra de la costa de la Espada, mataron al único padre que he conocido...

Abdel se interrumpió y atravesó con un puñetazo la delgada pared de yeso de la habitación que compartían Jaheira y Khalid. Oyó que alguien en la habitación vecina dijo «¡eh!», pero no respondió. Retiró el puño de la pared y miró a los demás. Le pareció que los tres esperaban que estallara o que los matara allí mismo. Se volvió, y Khalid se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Es evidente que ese Trono de Hierro es un grupo disidente zhentarim formado para interrumpir el comercio de hierro entre Amn y Puerta de Baldur. El porqué no me importa tanto como encontrar la manera de detenerlo —explicó el nervioso semielfo.

—Por esta razón fuimos enviados... —dijo Jaheira, pero se calló cuando Khalid le lanzó una rápida mirada de advertencia. Abdel lo dejó pasar, pero Xan no.

—¿Enviados adonde? —preguntó—. ¿Y por quién?

Xan tenía mejor aspecto. El color había vuelto a su cara, aunque aún se movía lentamente, con rigidez, y al andar se oían ocasionales crujidos y chasquidos. Había dormido muchas horas seguidas y parecía que aún necesitaba horas de sueño, pero viviría. Khalid tenía mejor aspecto. La poción mágica y el largo descanso habían hecho de él un hombre nuevo. Abdel lo miró y trató de encontrar la manera de disculparse por haber estado a punto de matarlo.

—Mi padre sabía algo, ¿verdad? —preguntó Abdel a Jaheira—. Iba a reunirse con vosotros...

—Sí —repuso ella—, pero no sabemos qué era. Tenía a alguien o algo que creía que podría, que podría... ayudarnos.

Estaba mintiendo. Abdel había dicho las suficientes mentiras como para reconocer cuando alguien no decía la verdad. Jaheira y Khalid tenían sus secretos,

igual que Montaron y Xzar.

—¿Para quién trabajáis? —preguntó Xan, de nuevo. Khalid y Jaheira eludieron la pregunta con habilidad y, finalmente, el elfo los dejó tranquilos con su secreto.

—Todos necesitamos una buena noche de reposo —dijo Jaheira, mirando con intención a Xan—. Mañana deberíamos partir hacia Beregost. Si ese tal Tazok está ahí, tenemos que hablar con él.

La posada de Nashkel era vieja y olía mal, pero Abdel había dormido en fonduchas peores. No era capaz de recordar el nombre del establecimiento; quizá La Gallina Sangrienta, o La Confusión Sangrienta, desde luego la algo Sangrienta. Uno de los muchos atractivos de la posada en la que se encontraba era que carecía de bisagras bien engrasadas, pero Abdel apreciaba este mantenimiento deficiente, ya que el largo chirrido de la puerta bastó para despertarlo. Alguien entraba en su cuarto.

Permaneció inmóvil y ni siquiera abrió los ojos. No esperaba ningún visitante nocturno y quería que, fuera quien fuera, se acercara más a él. Abdel contó los pasos y calculó sólo por el oído la distancia a la que estaba el intruso. De pronto, deseó que se tratara de Montaron. Deseaba que el pequeño zhentarim volviera con la intención de matarlo o robarle. Deseaba ver a ese pequeño bastardo una vez más.

Su sable estaba debajo del lecho de paja. Podía cogerlo, pero el gesto de asir un arma sería muy evidente y, además, le haría perder tiempo. Si era Montaron, Abdel estaba seguro de que el astuto ladrón lo apuñalaría por la espalda antes de que tuviera tiempo de coger el sable. Abdel dormía con una sudada camisa ancha y la cota de malla estaba debajo de la cama, junto a la espada. Una daga podría atravesar la tela de algodón fácilmente.

Abdel no cerró el puño para no revelar al intruso que estaba despierto. «Dos pasos más», se dijo Abdel. Los contó: uno, dos y arriba. Colocó delante la mano que tenía detrás y giró sobre el trasero; puso los pies en el suelo y, una vez de pie, levantó la mano rápidamente, agarró material suave y muy flojo, y lanzó la mano derecha hacia adelante. Frenó un poco la fuerza del puñetazo, intentando seguir el consejo de Jaheira. Después de matar a Mulahey, la mujer le había aleccionado sobre algo llamado *interrogatorio*, una nueva práctica que consistía en hacer preguntas a un enemigo antes de liquidarlo.

El golpe encontró una piel sorprendentemente suave. No notó ni rastro de barba, y Abdel se dio cuenta de que había golpeado a una mujer. Se relajó un poco y la mujer retrocedió, pero Abdel no la soltó. Se había topado con mujeres que podían matarlo tan fácilmente como cualquier hombre. Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad y distinguió el contorno de la cara de la intrusa. Tenía una marcada mandíbula, una cara ancha y su nariz... Era Jaheira.

—Abdel —susurró ella, con voz ronca—, no.

—¿Jaheira? —preguntó él, también susurrando, aunque no era una decisión consciente.

Abdel la soltó, y sus manos empezaron de pronto a sudar. La tela era seda, suave y cara. Con tembleque en las rodillas, cruzó la estancia hacia la mesilla que había en una esquina y encendió la lámpara aherrumbrada, que era el único accesorio de la habitación. Una tenue luz anaranjada inundó el cuarto y pudo ver cómo Jaheira cerraba la puerta, de espaldas a él. La mujer se llevó una mano a la cara y se dio la vuelta lentamente, pero sin mirarlo. Abdel se percató de que la nariz le sangraba.

—Jaheira —dijo, sorprendido por la leve turbación que percibió en su propia voz. Se aclaró la garganta, sintiéndose ridículo.

—No pasa nada —murmuró ella—. Estoy bien.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Jaheira lo miró a los ojos como si creyera que él debería conocer la respuesta a esa pregunta.

—Khalid y yo... —empezó a decir. Después se volvió hacia la puerta y musitó—: Lo siento. Regresa a la cama.

Abdel contempló su cuerpo que se deslizaba bajo el camisón de seda y casi lanzó un grito sofocado. Ella se marchó sigilosamente, y Abdel la dejó ir, apagó la lámpara y regresó a la cama, pero no pudo dormirse.

El día amaneció húmedo y gris en la agonizante Nashkel. En la posada, había bullicio poco menos de una hora tras el amanecer. Los clientes saldaban sus cuentas, recogían sus caballos del establo y tomaban el Camino del Comercio, que de repente estaba muy transitado. Con millas y millas de tierra virgen infestada de humanoides hacia el norte este, la escabrosa costa de la Espada azotada por un implacable oleaje al norte y los picos de las Nubes al oeste, aquellos que no deseaban pudrirse en Nashkel sólo tenían dos opciones. Algunos se dirigían hacia Amn, esperando encontrar algo allí antes de desplazarse más hacia el sur, hacia Tethyr y Calimshan. Otros, como Abdel y sus tres compañeros, iban a Beregost, en dirección norte, pasando por el alcázar Cragmyr. Abdel suponía que la mayoría de los refugiados continuarían hacia el norte, hacia Puerta de Baldur, o incluso se establecerían aún más al norte, en Aguas Profundas.

Abdel, cansado de andar, había tratado de encontrar caballos antes de que los demás despertaran, pero sin éxito. Había caballos en venta; sin embargo, el éxodo provocado por la plaga del hierro sólo acababa de empezar y por una montura decente se pagaba diez veces más de lo que Abdel calculaba que entre los cuatro podían juntar. A él ya no le quedaba nada, pese a que quizá podía vender el ácido, que hasta entonces no le había servido para nada. Xan no tenía ni un céntimo, ni siquiera poseía espada propia, y Abdel no sabía cuánto oro llevaban Jaheira y Khalid, aunque dudaba de que fuera suficiente.

Regresó a la posada a pie, ya cansado y harto de un viaje que le parecía inútil. Al primero que vio fue a Xan. El elfo aún cojeaba, pero por lo demás podía emprender el viaje. Abdel devolvió la sonrisa a su nuevo amigo.

—¿Y los otros? —preguntó.

—Estamos aquí —dijo Khalid a su espalda.

Xan atisbo alrededor de la imponente mole del cuerpo de Abdel y su rostro adquirió una expresión de severa censura. Abdel se volvió y allí —ambos ataviados una vez más con sus desgastadas armaduras— estaban Khalid y Jaheira. Una magulladura púrpura afeaba la hermosa cara redonda de la mujer, y su fuerte nariz aparecía hinchada. Se había lavado, pero aún quedaba un rastro de sangre seca alrededor de una ventana de la nariz. Xan suspiró.

—No puedo viajar con un hombre que pega a su mujer —dijo a Abdel.

Abdel se sonrojó, preguntándose cómo lo habría sabido Xan, y se sintió avergonzado.

—Xan, no —dijo Jaheira, y por el tono de su voz estaba tan incómoda como Abdel—. No es que...

—Es lo que es —dijo Xan, y su mirada triste se posó en Khalid—. ¿No es así,

mestizo?

Abdel movió la cabeza y alzó una mano. Había oído otras veces llamar *mestizo* a un semielfo, y siempre se producía una lucha, siempre. Pero, esta vez, Khalid se limitó a sonreír.

—Calma, amigo mío, calma. Has cometido un error —dijo.

Xan se irguió.

—No puedo viajar junto a este mestizo amniano —dijo.

—¿Y por qué regla de tres viajas con nosotros elfo? —le espetó Khalid.

—Ya basta —dijo Jaheira—. Xan, Khalid no me ha pegado. Nunca lo ha hecho y, si sabe lo que le conviene, nunca lo intentará. —Ambos intercambiaron una mirada cómplice—. Mi nariz, como el resto de mi persona, sólo me incumbe a mí.

Xan la escuchó y comprendió tanto como era capaz.

—Como quieras —dijo, dándose por vencido. Acto seguido, preguntó—: ¿Y nuestras monturas?

—En realidad, iremos andando —respondió Abdel.

—¿Hasta Beregost? —inquirió el elfo—. ¿Estas loco? ¡Tardaremos al menos diez días!

—Tal vez, un poco menos —dijo Khalid—, pero quizá podríamos...

—No —le interrumpió Abdel—, iremos andando. —Miró a Jaheira y le dirigió una inclinación de cabeza, esperando que el gesto dijera «buenos días», «lo siento» y «pero ¿por qué entraste en mi cuarto en medio de la noche?». Por la mirada que le devolvió la mujer, supuso que había sido lo suficiente elocuente.

—Pongámonos en marcha —dijo Jaheira, y tomaron el Camino del Comercio en dirección norte.

—¿Por qué vienes con nosotros? —preguntó Abdel a Xan, mientras caminaban un paso por detrás de Jaheira y Khalid. Marido y mujer hablaban agitadamente en susurros, y Abdel deseaba llenar ese momento tan incómodo.

—Ese Tazok, ese ogro... sea quien sea, me tenía prisionero en una cueva, encerrado como un animal para que trabajara como un esclavo para su Trono de Hierro —respondió Xan—. ¿Te parece extraño que vaya con vosotros para ayudaros a matarlo?

—Yo no he dicho que quiera matarlo.

Xan rió.

—Como desees, amigo mío, pero...

—¡No me digas que te importa! —gritó Jaheira a Khalid, y casi se puso a correr. Khalid se detuvo y dejó que ella se alejara. El semielfo no se dio la vuelta, pero su cogote se puso rojo. Cuando Jaheira estaba más o menos a doce pasos por delante de él, Khalid prosiguió la marcha.

—Bueno —musitó Xan, de manera que sólo Abdel pudo oírlo—, creo que este

viaje será bastante más largo de lo que creía.

—Beregost —anunció Abdel nueve días más tarde, mientras cruzaban la ciudad polvorienta, atestada y apestosa—. ¡Qué agujero!

—Muy cierto —convino Xan—; justamente el agujero en el que uno puede encontrar a un ogro que contrata kobolds para sabotear una mina de hierro.

—Dos días, Xan, no más de dos días —dijo Abdel, devolviendo la sonrisa al elfo.

—Comprendo —repuso el elfo—. Me costará al menos dos días reunir suficiente oro como para comprar una espada decente, y quizá más tiempo encontrar una espada que valga ese oro, espadas humanas, porque...

—Y nos costará al menos dos días localizar a Tazok —añadió Jaheira.

La mujer parecía triste, incluso asustada de que Abdel se separara de ellos, pero no intentó retenerlo.

—No lo mates —le dijo Abdel, y después miró a los dos hombres—; no lo matéis hasta que yo regrese.

La ancha hoja del sable que Abdel llevaba a la espalda abandonó su vaina con un sonido metálico que resonó por las amplias llanuras situadas al norte de «El Camino del León». Había regresado a la tumba de Gorion para finalmente devolver el cuerpo al alcázar de la Candela, donde, por la gracia de Oghma, su padre volvería a respirar, o donde el viejo monje descansaría en paz para siempre. Lo que encontró le puso tan furioso que ni siquiera sintió ganas de vomitar; quizá más que furioso, odiaba, y el odio lo consumía.

Estaba preparado para encontrarse con que el símbolo sagrado de Gorion hubiera desaparecido, aunque se maldecía a sí mismo por haber sido tan imprudente y distraído de haberlo dejado allí. Sin embargo, la tumba no sólo había sido profanada, sino completamente exhumada. El cuerpo de Gorion ya no estaba allí. En el agujero había sangre, restos de vísceras que podían haber sido carne o tendones y parte de la caja torácica, junto al menos uno de los ghouls.

Abdel perdió por completo la cabeza y sucumbió, como le había ocurrido demasiadas veces en su vida, a la roja furia asesina. Cualquier otro hombre que anduviera por Toril hubiera dudado antes de saltar a una tumba abierta con dos pestilentes ghouls putrescentes atiborrándose de carne; pero Abdel no sólo no dudó, sino que se sintió frustrado por la lentitud de la fuerza de la gravedad.

Uno de los ghouls soltó un chillido de niña al ver que un hombre joven, de enorme estatura, musculoso y decidido se abalanzaba sobre ellos blandiendo un gran sable hacia arriba y después hacia abajo, hacia ellos.

Un ghoull perdió un brazo, que salió disparado hacia el borde de la fosa, cayó de

nuevo dentro y fue cortado en dos por otro sablazo de Abdel. El mercenario lanzó un grito inhumano de rabia y atacó al ghoul, que retrocedía rápidamente. La hoja penetró en el pecho del necrófago; éste aulló y lo atacó con sus garras, recubiertas por una costra de sangre. Abdel percibió la fetidez de la carne podrida de su padre en el aliento del ghoul, y su grito se convirtió en alarido. El necrófago imitó el sonido pero a diferencia del de Abdel, el suyo revelaba cobardía y pánico. Una de las garras de la bestia logró su objetivo, y la mano izquierda de Abdel soltó la espada y empezó a sangrar, aunque el mercenario siguió sujetando el arma con la mano derecha. El ghoul aferró la muñeca izquierda de Abdel con la velocidad que le insuflaba el terror mortal que lo invadía. Aquella bestia no quería morir de nuevo.

Abdel hizo girar la espada entre la punta de los dedos y la blandió rápidamente a su espalda. Estaba demasiado cerca y lo sabía. El ghoul se llevó la mano izquierda de Abdel a su boca y mordió con fuerza. Abdel sintió el dolor y el frío de la mordedura, y rugió de nuevo, furioso. Lanzó el sable con fuerza delante de él y casi abrió el vientre del necrófago. Uno de los ojos de Gorion salió rodando junto con la carne y las vísceras, y Abdel gritó por el odio que sentía hacia los ghouls y el horror que le producía ver partes del cuerpo de su padre. El ghoul se desplomó sin agitarse; su cara estaba serena y suplicaba una piedad que no hallaría en el infierno al que regresaba.

Abdel sintió que sus músculos se ponían rígidos y pese a que saltó fuera de la tumba rápidamente, a él le pareció demasiado lento. El otro ghoul había huido, y, cuando Abdel pudo levantar la mirada del borde legamoso de la fosa, vio su espalda que se alejaba. Huía hacia el norte, apartándose del camino en dirección a un grupo de árboles que se extendían como un zarcillo del distante bosque de la Capa en la dirección de la tumba de Gorion.

Abdel fue tras él, pero cada paso que daba le costaba más que el anterior. Sentía calambres en las piernas y se tambaleó dos veces, aunque seguía avanzando lo mejor que podía. Aún ciego de rabia no se detuvo a preguntarse la razón de su súbita parálisis. Daba un doloroso paso tras otro en pos del necrófago huido. Tropezó de nuevo, se tambaleó y cayó, y el mentón impactó contra la hierba húmeda y desigual. Una mosca o una abeja zumbó en su oreja, y Abdel gruñó intentando tirar del brazo que estaba bajo su cuerpo. Al tratar de ponerse en pie se cortó un poco con el sable y el dolor le produjo un estallido de energía que recorrió su cuerpo, como si lo hubieran rociado con agua fría. Se puso de pie y continuó la caza paso a paso.

Abdel no dio más de doce pasos antes de caer de nuevo. Esa vez tuvo que detenerse y pensar. No podía moverse.

Estuvo allí tumbado durante lo que a él le pareció una eternidad; deseaba levantarse y correr detrás de esa apestosa basura muerta que había hecho lo indecible. Esa horrible criatura se había comido el cuerpo de Gorion, un hombre que había dedicado su vida al servicio de Torm en el monasterio del alcázar de la Candela, que

había criado a un niño huérfano simplemente porque era lo correcto, porque era lo que debía hacerse, y que, al final, acababa siendo comida para esos inútiles carroñeros, dos miembros de una especie de sanguijuelas que debían ser erradicados, exterminados, de la faz de Toril.

Abdel era una masa paralizada de ardiente indignación y lanzó un grito tan fuerte que asustó a los pájaros en un área de tres millas a la redonda. En el alcázar de la Candela, un niño rompió a llorar, y sus padres no supieron por qué. Una ballena que nadaba ante la escarpada costa de la Espada tomó nota del sonido y respondió, de manera que las comunidades de Sahugain se detuvieron. Un dios miró hacia abajo, y después otro, pero Abdel logró ponerse de pie sólo con la fuerza de su voluntad.

En una densa arboleda, tan grande que casi podía considerarse un bosque y situada a unos cincuenta pasos enfrente de él, se oyó un grito, menos poderoso y más asustado, débil. Arrastrando los pies como si llevara botas de plomo, Abdel se internó en la arboleda siguiendo el eco de ese sonido. Estaba oscuro entre los árboles, y el mercenario parpadeó intentando ajustar los ojos a la escasa luz, pero, al igual que sus pies, la vista reaccionaba sólo lentamente. Aún empuñaba el arma con demasiada fuerza, pero no podía relajarse. No estaba seguro de estar en condiciones de luchar, pero seguramente todavía podía matar, y, teniendo en cuenta cómo se sentía, esa posibilidad era suficiente.

Tropezó con algo húmedo y sólido, que desprendía un olor tan nauseabundo que empezó a vomitar antes de que su rostro golpeará el suelo. Abdel rodó sobre sí mismo, pero le llevó tanto tiempo que parte de lo que había comido esa mañana le salpicó la cara. Gruñó, enfadado y asqueado, pero no por sí mismo. Había tropezado con el ghoul y la decepción lo invadió: esa cosa ya estaba muerta.

—Se lo advertí —dijo una voz inhumana y extrañamente familiar desde arriba—. Les advertí que no se comieran a ése, no a ése.

—Korak. —Abdel pronunció el nombre del ghoul mediante un gruñido. Logró ponerse de nuevo de pie, se limpió el vómito de la cara y después lo lamentó, porque percibía el hedor del necrófago.

—Sí, Korak, ése soy yo —dijo el ladrón de tumbas. Estaba sentado en un árbol por encima de Abdel, y éste apuntó la espada hacia arriba; era probable que el ghoul intentara abalanzarse sobre él.

—Bastardo —dijo Abdel, jadeante—; tú, bastardo.

—No he sido yo —repuso el ghoul, indignado—. ¡No he sido yo! ¡Yo lo sabía! Sabía que no debía comer a ése. Les dije que no lo tocaran. Incluso maté uno por ti.

—¿Qué? —musitó Abdel—. ¿Quién mató...? —Se llevó rígidamente una mano a la cabeza y se tambaleó. Sentía deseos de dejarse caer y dormir, de caer y morir, pero sabía que debía permanecer de pie. Como siempre, y como parecía que debía hacer cada día de su vida, tenía que vengarse. Tenía una cuenta pendiente. Tenía que matar.

Abdel estaba cansado.

—Maté al que se comió a mi viejo maestro, a tu padre, aunque no recuerdo su nombre... el de tu padre —explicó el ghoul.

Abdel movió la cabeza y empezó a alejarse.

—Lo hice —insistió Korak.

—Lo sé, lo sé —dijo Abdel.

—¿Te acompaño, eh? —balbució Korak—. Te diriges al bosque de la Capa, lo sé, al bosque de la Capa.

—No me dirijo al bosque de la Capa.

—Sí, lo sé, al bosque de la Capa. Yo te llevaré. Te acompañaré.

—No —dijo Abdel—. No, ladrón de tumbas. Te mataré si me sigues. Tienes suerte de que no te mate ahora, tanto si liquidaste a ese otro como si no. Debería matar a todos los de tu especie; debería dedicar mi vida a ello.

—Sólo comemos —intentó explicarle Korak—; eso es lo que hacemos, como tú y las vacas, como tú y los cerdos. Sólo comemos.

Abdel no sabía si reír o llorar, pero no hizo ninguna de las dos cosas.

—Si me sigues, te mataré —repitió.

Korak se quedó sentado en el árbol un rato. El fornido mercenario no se volvió, y cuando Korak se creyó a salvo se estiró hacia el otro lado del árbol y sacó el brazo que guardaba. Dio un mordisco a la carne pútrida y el sabor le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Sólo comemos —murmuró, mientras Abdel desaparecía de la vista. La sonrisa del ghoul se hizo más ancha, al tiempo que mascaba el brazo podrido de Gorion.

Sarevok encontraba muy divertido que Tazok aún se resistiera. El ogro resoplaba, se retorció y se revolvía en las ataduras de cuero, e incluso trataba de eludir las hojas que descendían sobre él. Sarevok dilató la muerte del ogro varias horas, y Tazok sintió todas y cada una de las punzadas y los cortes. La pera metálica totalmente abierta, que había roto la mandíbula del ogro impedía que hablara. A Sarevok no le importaba lo que pudiera decirle Tazok. Su objetivo no era interrogar al ogro, sino cometer un asesinato, un asesinato puro y duro en nombre del padre de Sarevok y por el bien de la causa del Trono de Hierro.

—Muy bien —dijo Sarevok, levantando la vista de su víctima y fijándola en un ogro idéntico, otro Tazok en todos los sentidos, excepto por los cortes sangrantes y las heridas rezumantes, sentado encima de la mesa.

El otro Tazok sonrió y después pareció desdibujarse. Sarevok no sintió la necesidad de parpadear como hacían la mayoría de las personas cuando veían a un doppelganger transformarse. Sarevok retomó la tarea de matar al verdadero Tazok y levantó de nuevo la mirada sólo cuando la criatura había recuperado por completo su forma monstruosa: gris, lisa, de ojos anchos, delgada. Sarevok no recordaba el nombre de ésa en concreto, aunque reconoció una pequeña cicatriz en la frente y supo que le había sido útil en el pasado. Los demás doppelganger, que habían estado observando desde las sombras de la cámara de tortura, dieron un paso adelante hacia la luz anaranjada que irradiaba un brasero incandescente. Los ojos de Sarevok se iluminaron con un brillo amarillo de agrado y sonrió a su ejército secreto.

—Lo habéis hecho muy bien —dijo el hijo de Bhaal—. Beregost se está convirtiendo. Ahora ya no os necesito a todos aquí. Os asignaré nuevas misiones, nuevas... identidades, esta vez más cerca de casa. Y ahora idos, divertíos esta noche en la ciudad y volved por la mañana para... —Sarevok se interrumpió y bajó la mirada. Tazok, con los ojos muy abiertos, exhaló su último aliento con olor a sangre a través de la pera de acero abierta. Sonrió y continuó—: Volved para recoger instrucciones. Las recompensas os esperarán en la puerta.

Los doppelganger se inclinaron al unísono y dieron media vuelta, dispuestos a marcharse. Algunos de ellos empezaron a transformarse mientras andaban. Esa noche beberían codo con codo con los ciudadanos comunes de la ciudad. Sarevok lo encontró divertido, aunque no tanto como contemplar al ogro muerto.

El doppelganger que había ocupado el lugar de Tazok también se volvió para marcharse, pero Sarevok levantó una mano para detenerlo.

—Tú no —dijo.

El falso Tazok se giró e hizo una ligera inclinación con la cabeza, sin decir nada.

—Regresarás a Beregost en la otra forma que aprendiste hoy.

El doppelganger se inclinó nuevamente, y su piel pareció tornarse peluda, aunque no era pelo, sino un efecto de la luz sobre su figura, que cambiaba mágicamente. Resultaba grotesco, y Sarevok soltó una breve carcajada. Al terminar, al otro lado de la mesa, frente a Sarevok, había un hombre bajo, pero de constitución robusta, poseedor de un rudo atractivo. Algunas cicatrices cruzaban su rostro, y sus ropas eran las típicas de un mercenario de la costa de la Espada: de cuero y parches de lámina de acero. El hombre sonrió, mostrando unos dientes torcidos y amarillos, y había un destello malévolo en sus ojos marrón oscuro. Llevaba barba rojiza de tres días y estaba calvo.

—Extraordinario —dijo Sarevok, lleno de admiración—. Tamoko.

El doppelganger se sobresaltó cuando la delgada mujer apareció entre las sombras. Había estado observando todo el tiempo con la mirada fija en la espalda de Sarevok, sintiéndose más y más asqueada ante la larga agonía del ogro. Ninguno de los doppelganger había reparado en ella. Sarevok se dio cuenta de que el doppelganger que había adoptado la forma de un robusto mercenario tomaba buena nota de ello.

Tamoko se inclinó profundamente y no echó ni un solo vistazo ni al doble ni al ogro muerto.

—Trae a Tranzig de su celda —le ordenó Sarevok—. Conocerá a su doble antes de que lo mate.

—Hemos acabado, hemos acabado —dijo Khalid—, pero no permitiré que me conviertas en un cornudo mientras...

—Cállate —lo interrumpió Jaheira—. No hay nada. Abdel...

—Ahórrate tus explicaciones, Jaheira —replicó el semielfo—; nos has dejado muy claros tus sentimientos a todos nosotros.

En la tenue luz de la taberna casi vacía, los ojos de Jaheira centellearon de enojo. Ya llevaban casi tres días en Bereghost y no habían descubierto nada de importancia sobre el Trono de Hierro, pero ambos habían tenido tiempo para pensar.

—No estoy... —empezó a decir Jaheira, pero se calló al darse cuenta de que no sabía cómo terminar la frase.

—¿Lo amas?

—¿Amabas tú a Charessa? —le espetó ella. Khalid suspiró, cerró los ojos y movió la cabeza.

—Eso pasó hace mucho tiempo.

—Eso pasó hace tres meses, Khalid —repuso Jaheira—, y no fue la primera vez.

—Me gustaría... —Entonces fue Khalid el que empezó una frase que no sabía cómo acabar.

—Pertener a los Arperos, Khalid —dijo Jaheira, aunque sin duda él ya lo sabía

—. No eres ni siquiera capaz de buscarte tus... tus...

—¿Aventuras? —sugirió él, esbozando una sonrisa en la que se mezclaba el humor y el remordimiento.

Jaheira no le vio la gracia y tampoco estaba dispuesta a perdonar.

—Trabajábamos con ella —dijo.

—No me siento orgulloso de lo que hice, esposa mía —empezó a explicarse Khalid.

—No me llames así.

—Pero eso es cierto, ¿no? —preguntó Khalid—; al menos, por ahora.

—Por ahora quizá sí.

Khalid se puso serio y se inclinó sobre la mesa, mirándola fijamente a los ojos.

—Abdel es un monstruo, Jaheira —le dijo dulcemente—; es el hijo del dios de la Muerte.

—Ya lo sé —murmuró ella, desviando la mirada para posarla en la copa de peltre que había delante de ella en la mesa. Le apetecía tomar un trago, pero las manos le temblaban y no quería que Khalid lo viera. Su marido se recostó contra el respaldo y su mirada se dulcificó un poco.

—¿Puedo culpar a los Arperos? —preguntó. Jaheira negó con la cabeza—. Éramos felices antes de unirnos a ellos.

—Éramos felices cuando tú me eras fiel —respondió ella, sencillamente, y después lo miró de nuevo a los ojos.

—Muy bien —dijo Khalid, y su voz expresaba resolución.

—Quizá... —susurró Jaheira. Khalid volvió a inclinarse sobre la mesa para oírla

—. Quizá son los Arperos. Hemos estado utilizando a Abdel, ¿sabes? ¿Cómo se supone que no debo sentir lástima por él?

—Lo que te atrae de él no es la lástima, Jaheira —dijo Khalid, acusador.

—No, tal vez no —admitió ella—, pero nosotros no somos mejores que los zhentarim. Estamos manipulando a un hombre sencillo para conducirlo hacia... hacia sólo los dioses saben qué.

—Todos tenemos nuestro destino —dijo Khalid, encogiéndose de hombros—. El destino de Abdel es simplemente más... intenso que el de la mayoría.

Jaheira rió por lo bajo ante tamaña obviedad.

—Él ni siquiera lo sabe.

—¿Lo ayudaría en algo saberlo?

—Tiene derecho, ¿no? —preguntó ella, y realmente quería una respuesta.

—Sí —repuso Khalid—, y no. Te pregunto de nuevo: ¿lo ayudaría en algo saberlo? ¿Ha ayudado a alguno de los hijos de Bhaal?

—Yo no sé nada de los otros —replicó Jaheira—, pero Abdel tiene cosas buenas en su interior. Quizá le vienen de su madre, fuera quien fuera, o de Gorion;

seguramente de Gorion. Hay una lucha..., una lucha en su interior. Es cierto que mata con ligereza, por ejemplo al hombre de El Brazo Amistoso, pero también confía fácilmente en los demás. ¿Cómo si no podríamos haberlo manipulado para...?

Un sollozo ahogó sus palabras, pero se serenó rápidamente. Sorbió por las narices y desvió la mirada.

—Deberíamos haber tenido hijos —dijo Khalid—, tuyos y míos. Las cosas hubieran sido distintas. Serías una buena madre. Lo has sido... con Abdel.

Xan se frotó su dolorido antebrazo. Dejar que el orco lo ganara echando un pulso había resultado tan doloroso como productivo. Estaba comprando al orco una bebida, pero la fea criatura que se hacía llamar Forik ya hablaba de nuevo.

—Tazok es un mamón —gruñó Forik—; aún me debe diecisiete monedas de cobre.

—Desde luego —dijo Xan—. Entonces, ¿me ayudarás a encontrarlo?

El orco gruñó.

—Si supiera dónde está ya le habría sacado lo que me debe a golpes, elfo —le dijo.

—Está reclutando hombres y humanoides, orcos y otros... guerreros. Es seguro que tiene algún tipo de...

—Quia, quia —le interrumpió el orco—. Tazok no se queda tanto tiempo en la ciudad cuando está aquí. Pero tiene algunos tipos allí, por La Gavilla Roja.

—¿La posada? —preguntó Xan.

—¿Tú qué crees? —bufó el orco. El gran humanoide miró a Xan de la cabeza a los pies, pasando revista al enjuto elfo—. No me gustan nada los elfos.

Xan meneó la cabeza.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—No me gustan los elfos —repitió Forik. Después sonrió y añadió—: Pero tú sí me gustas.

—Por mi bien, espero que no te refieras a tus gustos culinarios —dijo Xan, devolviendo al orco su fea mueca.

—No te preocupes, chico —le replicó Forik, riendo.

—¿De modo que Tazok se hospeda en La Pluma Roja?

—No —dijo el orco—. Tiene un tipo en Bereghost que se llama Tranzig, no... Tranzig, o algo parecido. Este Tranzig se hospeda en La Pluma Roja. Trabaja para Tazok.

—¿No has intentado recuperar tu dinero de este tal... Tranzig? —preguntó Xan.

—Él no me debe nada —respondió el orco. Miró hacia otro lado y se encogió de hombros, intentando disimular su miedo.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos sentados sin hacer nada y permitiendo que Amn haga lo que le plazca con nosotros? —gritó el viejo y fornido minero a la multitud que se iba congregando lentamente en la tranquila plaza del mercado de Beregost—. ¿Cuánto tiempo permaneceremos mirando cómo nuestros hermanos se quedan sin trabajo, cómo nuestras minas se arruinan y cómo perdemos nuestro único medio de vida? ¡Yo no pienso marcharme a Aguas Profundas! No se me ha perdido nada en ese lugar. ¡Éste es mi hogar! Soy minero del hierro, y no dejaré que Amn me quite eso, ¡ni a mí ni a ninguno de mis hijos!

Xan tocó suavemente a Khalid en el hombro, y el semielfo y su esposa se volvieron y lo saludaron.

—Según parece, empiezan a ponerse nerviosos —comentó el elfo, señalando con la cabeza al agitador.

—Seguramente, ahora los incitará a la guerra —predijo Jaheira, y el corpulento minero le dio la razón.

—¡Si tengo que hundir mi pico en la cabeza de un amniano antes de hundirlo en una veta de hierro, lo haré!

La creciente multitud prorrumpió en aplausos.

—¡En marcha! ¡En marcha! —gritó alguien.

Un hombre vestido al estilo de Amn se escabulló de la plaza del mercado consciente de que había llegado el momento de desaparecer.

—Tazok tiene un socio —explicó Xan—, un hombre llamado Tranzing o Tranzig, que se hospeda en La Gavilla Roja.

—Tiene bastante sentido —dijo Khalid, y asintió con la cabeza.

—Hemos sabido que se ha visto a Tazok salir de esa posada —añadió Jaheira—, y que gente del sur, extranjeros, han ido allí en busca de su mano derecha, pero no sabíamos que se llamaba Tranzig.

—¿Vamos a permitir que Amn nos ahogue? —gritó el minero, y las personas congregadas, que ya eran más de cien, rugieron a modo de respuesta. Los puños se alzaron.

—Deberíamos salir de aquí —dijo Xan, observando a la multitud y los rasgos amnianos de sus compañeros.

Khalid asintió, tomó a una amedrentada Jaheira por el brazo y siguió a Xan en dirección a la posada. Al atravesar la puerta principal, se encontraron de cara con otro flujo de viajeros que partía hacia el norte, y el posadero los detuvo, agitando frenéticamente los brazos.

—¡Señores y señora! —les gritó. Era un hombre robusto y calvo, con la piel estropeada y sin dientes—. Su amigo grandullón ha regresado. Me pidió que les

dijera que... que...

—Calma, calma —dijo Xan, posando una mano condescendiente sobre el hombro del hombre, que estaba aturrullado.

—Los espera en su habitación.

Xan sonrió.

—Todo el mundo se marcha —comentó el posadero como si fuera la explicación.

—Me temo que nosotros también —dijo Xan. El alicaído hospedero asintió, y se alejó.

—Adelante —dijo Abdel, en respuesta al golpecito en la puerta. La vieja puerta chirrió al abrirse sólo lo suficiente como para que Jaheira se deslizara dentro. Abdel hizo un gesto con la cabeza y bajó la mirada hacia la jofaina que había en la mesita delante de él. Jaheira se había cambiado de ropa; llevaba una suave blusa de seda verde y una sencilla falda de algodón. Vestida de ese modo, tenía una apariencia menos guerrera. Abdel no quería mirar a la Jaheira mujer, a la Jaheira esposa. Ella avanzó hacia él poco a poco, pero no se acercó demasiado.

—Tenemos... sabemos más —dijo dulcemente—. ¿Estás bien?

Abdel trató de sonreír, pero no pudo. Llevaba horas intentando limpiarse la mugre del camino y de los ghouls; sumergía un viejo trapo de algodón en la jofaina con agua una y otra vez. Se había quitado la camisa y sintió la mirada de Jaheira sobre su cuerpo. Esa mirada hizo bullir su piel.

—Tazok tiene un hombre en Beregost —dijo Jaheira, al darse cuenta de que él no quería hablar de su visita a la tumba de Gorion—. Hay un hombre viviendo en una de las posadas llamado Tranzig que ayuda a Tazok a reclutar mercenarios y humanoides para el Trono de Hierro. Xan se ha marchado para localizarlo y vigilarlo. Khalid nos avisará si abandona La Gavilla Roja.

Abdel asintió, aunque apenas había oído lo que Jaheira le había dicho.

—Yo... —dijo.

En respuesta, Jaheira se acercó más a él. Abdel alargó una mano, tocó la suave tela de su falda y sintió la firmeza y el calor de los muslos de debajo. Ella se arrimó más a él y, sin proponérselo, Abdel empezó a besar su duro estómago por encima de la seda de la blusa. Él se estremeció, hizo una profunda aspiración y oyó que Jaheira hacía lo mismo. Al tocarla, sentía que era perfecto y que estaba mal.

Abdel la apartó con gentileza, y Jaheira suspiró.

—Khalid y yo... —empezó a decir, pero se interrumpió cuando él negó con la cabeza.

—Siento que... —dijo Abdel en voz baja. Se detuvo para aclararse la garganta y continuó—: Siento que en mi cabeza hay dos voces. Una quiere matar, le gusta matar, y otra quiere... no sé lo que quiere; la oigo muy pocas veces. La voz que desea matar

también te desea a ti.

Una lágrima rodó por la bronceada mejilla de Jaheira y puso una mano sobre la cabeza de Abdel, entre su pelo. Él cubrió la mano de la mujer con una de sus grandes manos, la cogió y la apartó de su cabeza. Cuando la soltó, Jaheira se marchó.

—Gracias a Abdel, tenemos caballos —dijo Khalid.

—Y todo por la lucha a pulso —dijo el robusto mercenario—. Hay que ver qué pasatiempo tan extraño.

Khalid sonrió y miró significativamente a Jaheira, que estaba admirando el poderoso brazo de Abdel. Los ojos de la mujer se cruzaron con los de su marido y se sonrojó; después, le lanzó una mirada que decía claramente «¡di algo!».

—Perfecto —intervino Xan—, porque los necesitamos ahora mismo. —El elfo señaló la figura de un guerrero bajo y corpulento, cuyo hirsuto pelo rojo brillaba a la débil luz del amanecer. Era Tranzig y estaba en la calle, montando un caballo de apariencia veloz, enfrente de la posada La Gavilla Roja, en la que todos dormían aún.

Los cuatro compañeros fingían aire de indiferencia. Suponían que Tranzig no tenía ni idea de quiénes eran ni de que lo habían estado vigilando. El hombre de pelo rojo partió a ritmo pausado y tomó la sucia carretera que conducía fuera de Beregost hacia el norte, en dirección a Puerta de Baldur.

—En marcha —dijo Abdel, montando en su nuevo caballo, un nervudo semental marrón.

Tranzig salió de Beregost muy temprano, lo que les permitió evitar la marea de refugiados que se dirigía al norte. Dejaron que se perdiera de vista antes de seguirlo. Xan y Abdel distinguían perfectamente las marcas de los cascos que el caballo de Tranzig producía sobre el lodo de la carretera. Salieron de Beregost, y Abdel se alegró de dejar la ciudad atrás por numerosas razones. Miraba la carretera, a su caballo, a los árboles que bordeaban el camino, a un halcón que volaba sobre sus cabezas... a cualquier cosa menos a Jaheira. Ella tampoco lo miraba. Cabalgaron en silencio más de una hora antes de ver a alguien.

Cuando Xan los divisó y llamó la atención de sus compañeros eran sólo puntitos lejanos en la ancha llanura. Se trataba de seis personas a pie, que cruzaban la hierba deslucida y avanzaban lentamente hacia la carretera.

—Nos los encontraremos en la carretera —comentó Abdel, sintiéndose intranquilo ante esa perspectiva.

Xan se encogió de hombros.

—Son sólo viajeros, como nosotros —dijo.

—Es posible —replicó Abdel—, pero he visto cosas muy raras en esta carretera y deberíamos estar prevenidos.

—Diría que se dirigen a ese edificio de allí —intervino Khalid, señalando hacia una estructura medio en ruinas en la distancia. Estaba hecha de piedra blanca e invadida por los hierbajos, la hiedra y las zarzas. Una delgada línea de lodo indicaba el lugar donde antes un camino había conducido de la carretera al edificio con

columnas, que podía haber sido un templo.

—Deberíamos evitarlos —dijo Jaheira—. No podemos permitir que Tranzig se aleje demasiado. Recordad: estamos aquí para hallar el Trono de Hierro y, con un poco de suerte, Tranzig nos conducirá hasta allí. Si un grupo de peregrinos se dirigen a ese templo en ruinas para rezar, prescindamos de ellos.

Abdel asintió ante la simple lógica de las palabras que había pronunciado Jaheira, pero no se sentía muy optimista respecto al desenlace.

El caballo de Abdel recibió el primer golpe y se desplomó relinchando. Abdel saltó para no quedar atrapado bajo el enorme cuerpo del animal, rodó por el suelo y se levantó esgrimiendo la espada ante él.

El caballo de Jaheira retrocedió y la tiró. La mujer exhaló profundamente al caer al suelo y se demoró un poco en empuñar la espada, pero por lo demás estaba ilesa. Xan desmontó ágilmente y palmeó la grupa de su caballo para que huyera de las cosas que los estaban atacando.

Abdel no tenía nombre para esas horribles criaturas con forma humana. Estaban cubiertas por lo que parecía algún tipo de sustancia semilíquida, de color verde oliva y transparente. Los supuestos peregrinos eran seis. Abdel pudo ver sus esqueletos a través de la baba, pero ninguna viscera. Era como si esos hombres se hubieran convertido en gelatina y después se hubieran colgado sobre sus huesos para matar en una parodia muda de la vida. Coordinaban sus ataques contra los viajeros como perros salvajes, y Abdel pensó que uno de sus compañeros podía caer. Xan dio un tajo a una de las criaturas y un chorro de baba verde cayó a la carretera. La criatura se tambaleó, pero continuó luchando. Los monstruos atacaban con las manos alzadas y extendidas, como queriendo estrechar a sus víctimas en un abrazo.

Abdel no sabía qué efecto podía causar sobre los vivos esa sustancia viscosa que olía a algas, pero no tenía ninguna intención de averiguarlo en sus propias carnes. Como si reconocieran su mayor fuerza, tres de las criaturas atacaron a Abdel, y éste se defendió con salvaje abandono. Hundía el arma en esas cosas inhumanas, pero estaba más preocupado en evitar que la baba le salpicara que en desplegar sus artes de combate.

Jaheira lograba mantener a raya a su oponente, y lo mismo hacía Xan, pero Abdel echó un vistazo a Khalid y vio que el semielfo se encontraba en apuros. Khalid no podía evitar retroceder contra su propio caballo, que era presa del pánico.

Abdel decapitó a uno, y el atacante cayó. No fue como si un hombre se desplomara, sino que literalmente se deshizo en el suelo, como si los huesos hubieran desaparecido. Ciertamente, Abdel ya no podía ver la silueta gris del esqueleto de la criatura. Uno de los dos que aún intentaban tocarlo lo consiguió, y Abdel retrocedió bruscamente y con rapidez, agitando el antebrazo derecho hacia los lados y hacia

afuera. Un poco de la sustancia viscosa se le había quedado pegada a la manga de la cota de malla, y el mercenario dio velozmente tres zancadas hacia atrás, tratando de desprenderse de ella. Finalmente, la lanzó al suelo. Abdel hubiera jurado que la vio moverse hacia atrás, hacia los pies amorfos de la gelatinosa criatura. No le quedaba nada en la manga, pero había una mancha brillante, y Abdel la miró preocupado por si producía una quemadura en la cota de malla y penetraba hasta la piel.

Sólo pudo mirar un instante, pero fue suficiente para concluir que las criaturas no poseían ácido. No obstante, trataban de echarle encima su gelatina, y Abdel sabía que no sería para nada bueno.

Jaheira lanzó un penetrante chillido, más de rabia que de miedo, pero a Abdel le fue imposible volverse para mirarla. Estaba demasiado ocupado con las dos criaturas viscosas que le lanzaban zarpazos desesperadamente. Abatió a otra y se dio cuenta de que su sable estaba cubierto por esa asquerosa baba, y que la hoja le pesaba bastante más. Acomodó su postura y la manera de empuñar el arma al nuevo peso, y se dispuso a liquidar a su tercer adversario. Pero éste parecía haber aprendido de la muerte de sus dos compañeros; retrocedía para ponerse fuera del alcance del mercenario y lo atacaba por debajo, tratando de asirle las piernas.

—¡Khalid! —gritó Jaheira. Abdel oyó pasos, pesados y rápidos, pero irregulares, en la hierba, a su izquierda. No podía desviar la mirada de la criatura que seguía intentando golpearle las rodillas. Oyó un fuerte y burbujeante chapoteo, y supo que uno de sus compañeros había acabado con otra de las criaturas.

—¡Khalid! —gritó Xan. En la voz del elfo había una nota de desesperación que a Abdel no le gustó nada.

Sabiendo que algo malo le ocurría a Khalid, Abdel blandió el sable hacia arriba para asestar un golpe en la cabeza de la criatura. El monstruo vio venir el golpe, se dejó caer sobre su especie de trasero y se dispuso a arremeter contra la espinilla de Abdel. Pero Abdel esperaba el ataque y ágilmente brincó sobre las viscosas piernas, y se dio la vuelta en el aire para caer de espaldas. Deslizó la espada detrás de él, a lo largo de su flanco derecho, y terminó justo al lado de la criatura; se encontraba demasiado cerca, pero ya era tarde para evitar la caída. La espada se hundió en la criatura gelatinosa y sus huesos perdieron la rigidez. Abdel lanzó un grito sofocado y giró rápidamente para apartarse, dejando el sable clavado en el montón de gelatina. Se levantó y automáticamente examinó su cuerpo, buscando cualquier traza de baba.

—Khalid —chilló de nuevo Jaheira—. Abdel...

El mercenario se sobresaltó, pero no por el sonido de la voz de la mujer. El charco de sustancia gelatinosa se desplazaba, y se desplazaba hacia él. De la masa salían una especie de tentáculos que se movían rápidamente hacia todos ellos como lenguas de serpiente. Abdel levantó las manos al tiempo que retrocedía, pero dudó. Su espada seguía clavada en esa masa y, pese a que se hubiera sentido más seguro con ella en la

mano, pensó que, tal vez, intentar cogerla no sería una buena idea. Al parecer al golpearlos con una espada sólo perdían su forma humanoide, pero el arma no los aniquilaba. ¿Era posible destruir a esas criaturas gelatinosas con las espadas?

Jaheira empezó a recitar un canto en voz baja, y tanto Abdel como Xan se replegaron al oírlo. El charco de gelatina que seguía avanzando hacia Abdel formó un grueso tentáculo y retrocedió, como preparándose para atacar. Abdel alzó los puños, sin saber aún cómo defenderse de esa cosa; Jaheira dejó de recitar, y la gelatina dejó de moverse al mismo tiempo.

—Son plantas —explicó Jaheira—. Me pareció que olían como plantas.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Abdel.

—Por la gracia de Mielikki —respondió ella—, no podrán moverse durante un tiempo.

Abdel se inclinó y consiguió recuperar su espada, tirando fuerte de ella para liberarla de aquella sustancia inerte y pegajosa.

—Khalid —dijo Jaheira—. ¿Dónde está Khalid?

Abdel miró a su alrededor y únicamente vio la espalda del elfo que se alejaba.

—¡Por aquí! —les gritó.

—Esto lo construyeron elfos hace mucho tiempo —afirmó Xan, examinando caracteres grabados en la piedra del templo medio derrumbado.

—¡Khalid! —chilló Jaheira, de nuevo. Lloraba y, aunque al principio se había sentido avergonzada por ello, entonces ya no le importaba.

Abdel percibió un crujido de hojas al otro lado de un muro roto y dejó de limpiar la baba que manchaba su espada, pero se dio cuenta de que solamente era una ardilla. El pequeño roedor, ajeno a la alarma que había causado, trepó por un pilar y desapareció entre el denso follaje de la hiedra.

—¿Por qué echó a correr? —preguntó Xan, sin esperar respuesta.

—Lo tocó —dijo Jaheira, con voz trémula—. Esa... cosa, esa gelatina lo alcanzó. ¿Qué era? ¿Qué eran esas cosas?

Abdel meneó la cabeza sin saber qué decir. Al ver a Jaheira en ese estado de pánico emocional, sintió que había hecho lo correcto al rechazarla, pero el saberlo no le resultaba menos doloroso.

—¡Khalid! —gritó Abdel, intentando ocultar sus emociones en la tarea que tenía entre manos.

Se oyó otro crujir de hojas, y Abdel suspiró.

—Malditas ardillas —masculló. Avanzó y pisó una losa torcida. La losa cedió en el mismo instante en que Khalid, o lo que había sido Khalid, salió de la vegetación y se abalanzó sobre él.

Abdel dobló la cintura, evitando instintivamente el ataque, al tiempo que perdía el

equilibrio. El mercenario cayó de espaldas, lejos de Khalid y seis pulgadas más abajo que los demás, sobre el resto de las losas medio desmoronadas.

Jaheira gritó. Fue un sonido de dolor, desesperado, horrorizado, puramente femenino, y el corazón de Abdel le dio un salto en el pecho.

Khalid estaba cambiando. No había duda de que se estaba transformando en una de esas criaturas. A través de lo que le quedaba de su piel de semielfo, Abdel pudo ver la sombra de las costillas. Los órganos internos encogían tan rápidamente que Abdel podía ver el progreso. Khalid ya no tenía ojo izquierdo y el derecho se estaba disolviendo rápidamente, deslizándose en la masa de material viscoso que una vez había sido su cabeza. No quedaba ni rastro de cerebro, y Abdel comprendió que su amigo estaba muerto.

Xan musitó una maldición en élfico, pero al final le acometieron las náuseas. Jaheira susurraba una y otra vez la palabra «no».

La cosa que era Khalid embistió de nuevo contra Abdel. Sus pies se estaban disolviendo e hicieron un terrible sonido, como de succión, sobre el irregular suelo de losas. Abdel reaccionó sin pensar y blandió el sable hacia arriba y hacia adelante. Cortó fácilmente uno de los brazos de Khalid, y el brazo cayó y salpicó en el suelo al lado del mercenario. Abdel tuvo que rodar hacia atrás y levantarse para no poner la mano sobre el charco que había sido el brazo de Khalid.

—Abdel... —dijo Jaheira con voz suplicante, pero Abdel no tenía ni idea de qué quería que hiciera. Khalid seguía atacándolo, y Abdel retrocedía. Trataba de repeler los ataques ciegos de la criatura sin matarla, aunque estaba seguro de que ya no era Khalid. Le infligió varias heridas más, esperando que se asustara y huyera, pero no parecía sentir dolor.

—Abdel, por el amor de todos los dioses... —dijo Xan, impresionado.

Abdel cerró los ojos y clavó la espada en el cuerpo de Khalid, atravesándolo. Sintió cómo la masa se colapsaba y abrió de nuevo los ojos.

Un «¡no!» sofocado fue todo lo que Jaheira pudo decir.

Khalid quedó convertido en un montón de huesos que se disolvían. Las articulaciones de los dedos de una mano se movían en la trémula pila de sustancia espesa, como si intentaran agarrar o sujetar algo.

—¡Oh!, por... —empezó a decir Xan, pero giró sobre sí mismo y dio unos pocos pasos tambaleantes antes de dejarse caer en el duro suelo. El elfo se tapó los ojos.

Abdel miró a Jaheira. Sus ojos se encontraron. El rostro de la mujer era una máscara de dolor. Sus hermosos y refinados rasgos estaban retorcidos en una fea y amarga expresión. Abdel deseó fervientemente no volver a ver nunca más esa dolorosa expresión en su cara. Jaheira miró a lo que quedaba de su marido y lanzó un grito hacia el cielo nublado.

Abdel hurgó con mano temblorosa en su bolsa y sacó el frasquito que había

comprado en Nashkel. Tiró la espada y mientras retumbaba sobre las losas le quitó el corcho y la cera, que cayeron silenciosamente en su regazo. Derramó el contenido del frasquito en el charco de temblorosa gelatina que se seguía moviendo para abrazarlo. Desvió la mirada y aguantó la respiración.

—¡Oh! —gimió Jaheira—. ¡Oh, no! Khalid...

La masa viscosa chisporroteó, despidiendo un humo acre, que ascendió en el aire del templo en ruinas. Abdel se quedó allí, sentado con los ojos cerrados, oyendo el lamento de Jaheira.

—¿Cómo sabías que funcionaría? —le preguntó Xan transcurrido cierto tiempo—. El ácido, me refiero.

Abdel se encogió de hombros.

—Sé cómo matar a la gente. Siempre sé cómo matar a la gente —le dijo, sin mirar al elfo a los ojos.

El rastro dejado por el caballo de Tranzig abandonaba la lodosa carretera a menos de una milla al norte del templo en ruinas. Abdel había buscado su caballo en vano, pero finalmente recordó que lo había infectado la baba verde y, en su lugar, tomó el caballo de Khalid. Los tres montaron y cabalgaron en completo silencio. La fría brisa silbaba entre la hierba seca. Los únicos sonidos vivos eran los de los pájaros y los mosquitos. Incluso Jaheira había dejado de llorar. De vez en cuando Abdel la miraba, confundido por sus lívidas emociones. La mujer tenía los ojos enrojecidos, y la piel del rostro se veía tensa e hinchada. Abdel temía que explotara, y ella tenía todo el aspecto de estar a punto de explotar.

Avanzaron rápidamente y sin descanso, conscientes de que habían perdido tiempo con el ominoso ataque de las criaturas. Tranzig les llevaba mucha ventaja y ya estaba oscureciendo. Por el oeste, en el horizonte, el sol empezaba a tocar la línea negra del lejano bosque de la Capa.

El rastro de Tranzig seguía una pista estrecha, escarpada y llena de lodo, que serpenteaba a lo largo de colinas bajas. Abdel, que abría la marcha, apenas podía ver unos pocos metros delante de él. De todos modos, imponía un ritmo rápido. Los tres estaban tan deseosos de alejarse del horror de aquella tarde como de atrapar a Tranzig.

Abdel confiaba en no tener que enfrentarse nunca más a ese tipo de muerte horrible, demente e imposible. Ésa no era manera de morir para un hombre: reducido a gelatina y quemado con ácido que había derramado el... ¿qué? de su esposa; no amante, pero algo. Jaheira era algo para él. En las cortes civilizadas de lugares como Aguas Profundas, quizá tenían un nombre para ese tipo de relación, pero en la experiencia de Abdel eran sólo...

Los pensamientos se le agolparon en la cabeza, pero se disiparon de nuevo cuando tiró bruscamente de las riendas de su caballo para que se detuviera. Los otros continuaron la marcha; una preocupada Jaheira lo adelantó antes de ser capaz de dominar a su animal. Uno de los caballos —a Abdel le pareció que era el que montaba Xan— bufó ruidosamente, y Abdel le conminó al silencio. Desmontó, se puso un dedo frente a los labios y empezó a subir por una colina baja y con forma de cuenco.

Xan quería decir algo, pero sabía lo suficiente como para obedecer la advertencia de Abdel de permanecer en silencio. El elfo y Jaheira desmontaron y siguieron a Abdel. En la cima, se agacharon tras un matorral bajo y espinoso, y Abdel señaló una figura solitaria, que, de pie y junto a un caballo, descansaba al borde del estrecho sendero. Tranzig sostenía en las manos una de las patas traseras del animal y le estaba quitando algo de la herradura.

—Estuvimos a punto de abalanzarnos sobre él —murmuró Xan. Abdel asintió, y Jaheira suspiró casi en total silencio. Posó la mirada en Tranzig con un rostro que era una máscara de odio, una máscara que no lograba ocultar el dolor subyacente.

Observaron a Tranzig un momento, y después oyeron cómo uno de sus propios caballos se movía inquieto en la hierba, al otro lado de la colina. Tranzig miró atentamente en esa dirección, y Xan murmuró una maldición en élfico.

Tranzig se quedó quieto escuchando; luego, montó despreocupadamente en su caballo y siguió avanzando por la pista sin apresurarse. Abdel miró hacia arriba con la esperanza de aprovechar la altura de la colina para descubrir adónde se dirigía Tranzig. Vio tres volutas de humo que ascendían al otro lado de cuatro colinas de cimas redondeadas y algo más elevadas.

—Hogueras de cocineros —susurró.

Siguió las miradas de sus amigos hacia el humo y divisó una estrella en una hendidura en la cortina de nubes. Oscurecía rápidamente, y Abdel grabó en su mente la situación de las hogueras lo mejor que pudo. Después condujo a Jaheira y Xan hacia abajo para acampar.

Jaheira temblaba, y Abdel sintió deseos de rodearla con sus brazos. Intentó imaginarse qué sentiría y suspiró cuando sus pensamientos tomaron un rumbo que lo azoró. Aproximó sus poderosas rodillas al mentón y también tembló, intentando quitarse de encima el frío. Ese día había matado al marido de Jaheira, y sólo de pensar que ella o el siempre vigilante y sarcástico Xan pudieran creer que trataba de aprovecharse se puso enfermo. La noche se hacía más y más fría con cada ráfaga de viento húmedo. Las estrellas formaban parches rutilantes en la oscuridad, aunque desaparecían tras las nubes, que avanzaban rápidamente. A instancias de Xan, no habían encendido fuego, ya que el elfo temía que el campamento del Trono de Hierro, hacia el que Tranzig se había dirigido, dispusiera de exploradores, a los que atraería una hoguera tan próxima a su guarida secreta.

—De modo que son zhentarim —dijo Abdel. Las palabras le salían ligeramente entrecortadas, pese a que mantenía la mandíbula rígida para evitar que los dientes le castañetearan.

—Eso parece —replicó Xan—, pero quiero asegurarme.

—Tú solo no —dijo Jaheira, con la voz ronca de tanto gritar y llorar, y las largas horas intentando contenerse.

—Podemos ir todos —propuso Abdel—. Los tres, más el elemento sorpresa...

—Nos rodearían cientos de zhentarim armados —interrumpió Xan—. No, gracias.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Abdel—. Es posible que sólo esté Tranzig y tres o cuatro de sus hediondos orcos. Recuerda que hemos matado a muchos de esos Tronos

de Hierro, incluidos los kobolds.

—No lo sabemos —dijo Jaheira—. Eso es todo lo que trata de decir Xan. Podría haber cientos de ellos, un ejército de bandidos concentrados para arruinar las minas... No lo sé.

—Tratan de iniciar una guerra —dijo Abdel—. Si tienen un ejército, ¿por qué tendrían que ir derramando a hurtadillas pociones en el hierro?

—Yo puedo ir en la oscuridad, sin hacer ruido, echar un vistazo y averiguarlo —se ofreció Xan.

—Y hacer que te maten —dijo Jaheira, serenamente—, o algo peor.

—Ya he sido antes prisionero del Trono de Hierro —dijo el elfo.

—Eso es justamente lo que temo —dijo Abdel—. No te ofendas Xan; eres un excelente espadachín y un buen hombre, pero...

—Pero ¿qué?

—Te necesitamos —respondió Jaheira por Abdel—. Ahora más que nunca.

Xan sonrió con simpatía, y sus ojos se encontraron con los ojos enrojecidos y cansados de la mujer.

—Soy un elfo —dijo simplemente.

Abdel suspiró y se encogió de hombros.

—Eres un loco.

Jaheira se movió lentamente, con rigidez, y se quitó un brazalete de oro que llevaba en la muñeca izquierda. Se lo tendió a Xan.

—Para que te traiga suerte —dijo.

—¿Te ha traído a ti suerte? —preguntó el elfo con una sonrisa irónica.

—Antes sí —respondió ella, con voz ronca.

Xan sonrió y aceptó el brazalete. El elfo examinó la joya con evidente admiración. Unas viñas entrelazadas grabadas en oro rodeaban la fina banda. Xan miró a Abdel, se llevó el brazalete a la frente a modo de saludo, se levantó y desapareció en la oscuridad. Abdel sólo oyó los primeros pasos, y después nada.

—Es bueno —dijo Abdel—, y sé muy bien lo que me digo. No le pasará nada.

Jaheira asintió. Aunque no creía del todo en sus palabras, no podía permitirse ponerlas en duda.

—Tengo frío —dijo transcurridos largos minutos en silencio.

—No estamos preparados para el viaje —dijo Abdel. Su voz sonaba fuerte e incómoda. Se aclaró la garganta y añadió más suavemente—: Xan tenía razón al no querer que encendiéramos fuego.

—Rodéame con tu brazo —dijo ella, rápidamente, como si quisiera terminar con esa situación lo antes posible—. Siéntate a mi lado, Abdel. Siéntate conmigo. —Jaheira rompió a llorar, y Abdel se acercó a ella. La abrazó y le pareció muy pequeña.

Jaheira no lloró mucho rato, y Abdel se quedó sentado a su lado, abrazándola. Se

sorprendió de sentirse tan a gusto, como si estrecharla entre sus brazos fuera lo más natural del mundo.

—Te mentimos —murmuró ella.

—Lo sé —dijo Abdel, aunque no había pensando en ello en absoluto.

—Todos te mentimos.

—Lo sé —susurró él, y ella se puso a llorar.

Al abrir los ojos Abdel vio el primer cielo azul en mucho tiempo. Inmediatamente, fue consciente de la cálida presión de Jaheira a su lado. La cabeza de la mujer descansaba sobre su brazo derecho, y, aunque distaba mucho de ser pesada, el calor y el peso hicieron que Abdel sintiera que lo abrazaba el mundo entero. Las lágrimas de Jaheira se habían secado en su hombro y la tosca manta que ella tendió sobre los dos por la noche había resbalado. La holgada blusa que llevaba bajo la armadura de cuero se había deslizado, y revelaba la suave y tersa curva de su hombro derecho. Jaheira respiraba profunda y regularmente, y parecía tan relajada que él también se relajó. Abdel cerró los ojos y permaneció en esa posición, embebiéndose del tacto de la mujer y del suave susurro de su respiración contra su mejilla ruda y con barba de varios días.

Aún dormida, la mujer se movió y dobló la rodilla derecha, de modo que la pierna de Jaheira subió por la pierna de Abdel. Su cuerpo reaccionó y abrió los ojos. Carraspeó y se movió para despertarla. Ella pareció sobresaltada por la proximidad, se separó, y él hizo lo mismo, suavemente. Jaheira se sonrojó. Estaba muy hermosa.

—¿Dónde está Xan? —preguntó con voz tan suave como su piel.

—No... —Abdel iba a decir que no lo sabía cuando un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y, pese a que la mañana era fresca, empezó a sudar—. Que Torm me lleve —dijo entre dientes—, ¿no ha regresado?

Jaheira aún no estaba del todo despierta y negó con la cabeza.

—Creí que... —empezó a decir, pero se interrumpió al caer en la cuenta también ella—. ¿No ha regresado?

—Por todos los dioses y su parentela —maldijo Abdel, buscando la espada—. Me dormí. No puedo creer que me durmiera mientras él estaba allí afuera.

—Ambos nos dormimos —dijo Jaheira, aunque a ninguno de los dos le consoló ese hecho—. Ya debería haber vuelto.

Abdel cogió la espada y trató de embutirse en su túnica de malla demasiado deprisa, por lo que terminó enredado en ella cuando algunos anillos se entrelazaron.

—¡Maldita sea! —gritó, y resultó un tono excesivamente fuerte para lo cerca que estaban del campamento del Trono de Hierro.

—Deja que te ayude —susurró Jaheira, con voz ronca.

Abdel sintió las manos de ella sobre su cuerpo, frías y delicadas, que tiraban de la

túnica hacia abajo.

—Lo encontraré —le dijo Abdel—. Lo encontraré aunque tenga que...

—¿Matar a todo el mundo en Toril? —terminó Xan por él.

Abdel y Jaheira se sobresaltaron al oír el sonido de su voz. El suspiro de alivio e irritación de Abdel sonó como un huracán en la apacible mañana. Los pájaros piaron a modo de respuesta.

—O besar a UMBERLEE en...

—¡Xan! —lo interrumpió Jaheira—. ¿Dónde te habías metido?

—Durmiendo tranquilamente con una hermosa mujer arrimada a mí —bromeó el elfo—. O quizás ése no era yo, sino...

—Xan —lo cortó Abdel—, ¿qué has averiguado?

El elfo rió, y Jaheira se volvió para recoger su armadura y sus armas. Silbó en voz baja para llamar a los caballos, y uno de los animales le respondió con un bufido.

—¿Qué he averiguado? —dijo Xan, desprendiéndose de la pequeña mochila de piel que Khalid le había comprado en Beregost. Primero miró hacia el interior, como si estuviera poco dispuesto a meter las manos dentro—. No creo que estemos siguiendo a zhentarim. A mí me parecieron más bien bandidos, asesinos y matones, escoria, pero están organizados y realmente son demasiados para que los tres podamos abrirnos paso por la fuerza. Lo siento, amigo mío.

Abdel se sonrojó ligeramente ante la sonrisa burlona del elfo.

—Me las arreglé para colarme dentro y curiosear un poco —continuó el elfo—, y encontré esto. —Xan sacó dos objetos de la mochila: un pergamino cuidadosamente doblado y un libro de aspecto impresionante. Abdel se fijó primero en el libro. Tendió una de sus manazas hacia el elfo, y éste se lo entregó. Tenía un tacto extraño, como de piel pero más suave, y de algún modo también más seco. Era de un peculiar color gris verdoso y, al tocarlo, sintió sensaciones similares a las que le provocaba el contacto con Jaheira. Recordó el tacto de su pierna sobre la suya y aspiró profundamente. En la tapa había un signo que Abdel creyó reconocer, aunque no pudo ubicarlo exactamente. Era un relieve grabado, semejante a un cráneo humano partido por la mitad que de algún modo ocupaba el centro de un círculo salpicado con lágrimas, o gotas de sangre. Estaba encuadernado con dos largas charnelas de acero sorprendentemente delicadas. Abdel abrió el libro y se encontró con un texto ordenado e iluminado con destreza, escrito en un lenguaje que no pudo identificar de inmediato. Volvió una página y vio un dibujo de una mujer atada a un anillo de piedra y...

Abdel cerró el libro de golpe y estiró con brusquedad el codo, como si quisiera arrojarlo lejos de él; pero su mano no se abrió. No quería soltar el libro, pero tampoco quería ver nada más.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Jaheira. Como no respondió, ella insistió—:

¿Abdel?

—Estoy bien —dijo finalmente—. ¿Dónde encontraste el libro?

—Estaba en un atril que había en una de las tiendas —respondió Xan, confuso y sorprendido por la pregunta—. Parecía importante, caro, no sé. No había nadie, así que lo cogí. ¿Qué es?

—Maldad —dijo Abdel, llanamente. Jaheira y Xan intercambiaron una mirada de perplejidad—. Es... Debería estar en un lugar seguro. Tendría que llevarlo al alcázar de la Candela.

—Bien —concedió Xan, rápidamente—. ¿Estás seguro de que estás...?

—Sí —contestó Abdel, y metió el libro en lo más profundo de su mochila.

—Bueno —dijo el elfo—, tengo malas noticias. Me temo que he perdido el brazalete que me diste, Jaheira. Se me escurrió.

Xan levantó una delgada muñeca como para indicar que aún no había ganado mucho peso.

—No importa —dijo Jaheira, sonriendo—. No creo que...

Abdel se puso súbitamente en movimiento y, en ese mismo instante, los espesos matorrales situados a pocos pasos de su campamento empezaron a rebullir. Algo grande se alejaba de ellos, atravesando la maleza, y Abdel comenzó a seguirlo velozmente, empuñando la espada.

Abdel golpeó el muro de vegetación espinosa con la fuerza y la velocidad suficientes como para abrir un boquete, y halló el sendero del otro en menos de un segundo. Dio varias zancadas casi despreocupadas y alcanzó al hombre en menos de tres latidos de corazón. Abdel no se paró a comprobar quién era; hundió con fuerza la espada entre los omóplatos del hombre que huía, y la hoja subió y asomó por la boca del hombre, que no tuvo tiempo de gritar. Su último aliento fue una gota de sangre de brillante color rojo. Abdel pasó por encima del hombre mientras caía y se detuvo a medio paso de su cabeza.

Jaheira y Xan irrumpieron a su espalda, abriéndose paso entre los matorrales. La mujer dio un paso atrás al contemplar la espeluznante escena.

Abdel esperó la embriaguez que siempre le acometía cuando mataba tan deprisa, sin vacilaciones ni remordimientos. Era una sensación que identificaba como una recompensa por seguir su instinto de matar. Era un placer culpable, pero durante mucho tiempo había sido su único placer. Sin embargo, esa vez no llegó. Levantó la vista y se encontró con los ojos de Jaheira.

—Volvía al campamento —dijo, sin saber por qué sentía la necesidad de explicarse.

Xan se arrodilló junto al cuerpo, gruñó y le dio la vuelta.

—Es uno de los bandidos —dijo.

—Deberíamos irnos —apuntó Jaheira—. Es seguro que hay más.

—Creo que el mapa muestra nuestro próximo paso —dijo Xan.

—¿El mapa? —preguntó Abdel.

—Mientras tú leías ese libro —explicó Jaheira—, Xan me ha mostrado el mapa que encontró... ¿El pergamino?

Abdel asintió.

—Muestra la situación del campo minero —le dijo Xan—, un campo minero del Trono de Hierro en lo más profundo del bosque de la Capa.

—De modo que extraen su propio hierro para venderlo a un precio más alto cuando las minas de Nashkel tengan que cerrar —dijo Abdel—. Sí, es muy propio de los zhentarim.

—Están acumulando hierro en ese campo —explicó Xan—. Vi carros y carros de mineral de hierro.

—Todo esto por oro —dijo Jaheira.

—Los hombres han hecho cosas peores por mucho menos —comentó Xan.

Abdel sabía que tenía razón, y asintió.

—No me hace ninguna gracia entrar en el bosque de la Capa —dijo Jaheira—. He oído historias muy raras.

—Yo también —dijo Abdel—, pero si tuviéramos un guía...

—¿Un guía? —inquirió Xan, confuso.

—Ayúdame a levantar el cuerpo —dijo Abdel—. Viene con nosotros.

—Hay tantas cosas en esto que no me gustan —dijo Jaheira— que no sé ni por dónde em...

Se detuvo cuando Abdel se puso un dedo ante los labios y ladeó la cabeza. Jaheira sabía que debían permanecer en silencio; después de todo, se suponía que se escondían. Hacía dos días que habían dejado atrás las colinas y el campamento de los bandidos, y no había logrado disuadir a Abdel. Xan había sido más contundente al rechazar su insensato plan: después de expresar sus quejas, se había negado a tirar de las improvisadas angarillas en las que habían transportado el cuerpo del bandido muerto hasta esa pequeña ramificación del impenetrable bosque de la Capa.

El hediondo cadáver del bandido colgaba de un árbol al que Abdel lo había subido, y él, Jaheira y Xan esperaban apostados tras el tronco, también podrido, de un árbol caído.

—Abdel —empezó a decir nuevamente Jaheira, pero esta vez en susurros—, ¿por qué no lo ente...?

Calló cuando Abdel inclinó la cabeza hacia un lado, abrió mucho los ojos y escrutó la penumbra del bosque. Entonces, ella también oyó los pasos; fuera quien fuera no trataba de pasar inadvertido. Xan se mordió el labio y cuando sus ojos se encontraron, meneó la cabeza lentamente. Jaheira cerró los ojos y suspiró, esperando que el elfo, por fin, comprendiera.

—¡Oh, sí, sí! —dijo Korak, saliendo de la maleza y observando al bandido muerto con mirada hambrienta—. Sí, éste será perfecto.

Jaheira vio cómo Abdel soltaba una lenta bocanada de aire. Ella trataba de no respirar por la nariz. El ghoul estaba a favor del viento, pero incluso así le llegaban los efluvios del hedor a carne podrida. Se puso una mano en la boca para contener las náuseas.

—¿Cómo has llegado allí arriba? —preguntó el ghoul al cuerpo mudo.

—Yo lo ayudé —respondió Abdel. Korak chilló, dio un torpe salto atrás y cayó sobre un matorral espinoso—. Vamos, sal de ahí Korak. He cambiado de opinión.

—¿Qué? —preguntó el ghoul, asomando sólo la parte superior de su cabeza gris y muerta por detrás del matorral.

—Sal de ahí —le dijo Abdel, de pie, con el sable en la mano detrás del árbol caído. Xan masculló algún juramento élfico, pero se mantuvo al margen. Jaheira también se quedó agachada, ya fuera para no enfrentarse a la pestilencia del necrófago con toda su intensidad, o por pocas ganas de ver su aspecto.

—¿No vas a matarme? —le preguntó el ghoul, esperanzado—. ¿Puedo ir contigo?

—Necesitamos un guía —dijo Abdel—, un guía en el bosque de la Capa.

—Lo sabía —replicó Korak—. Seguidme.

La araña era marrón, con manchas irregulares de color negro y blanco alrededor de su cuerpo esférico, y tenía ocho patas blindadas. Resultaba, aproximadamente, igual de grande que el pulgar de Jaheira y, aunque no era la mayor araña de Faerun, a ella le pareció que sí. Cuando el animal le cayó sobre el hombro, soltó un embarazoso chillido de niña traviesa y dio un salto, pero eso sólo sirvió para asustar a la araña, que corrió hacia el refugio oscuro que tenía más a mano, y que era el modesto pero redondeado escote de Jaheira.

—¡Oh, por el amor de Mielikki! —gritó la mujer, con voz aguda y asustada, palmeándose el sostén de cuero—. Maldita sea... maldita sea.

Abdel se dio media vuelta y casi se le clavó en el ojo una delgada rama. La maleza y los árboles eran muy espesos. No podía distinguir la cara de Jaheira, pero veía que intentaba aplastar algo. La mujer dio un paso atrás y chilló de nuevo.

Abdel se abrió paso a través de la vegetación.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

En un primer momento, Jaheira no respondió, sino que siguió desembarazándose de su armadura de cuero.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó de nuevo Abdel, totalmente pasmado.

—Araña —dijo por fin Jaheira, y siguió dando saltitos sobre el mismo sitio mientras se quitaba el sostén. La camiseta estaba suelta y la mujer empezó a agitarla, haciendo una buena imitación de bailarina calishita. Pese a su inquietud, Abdel sonrió, sin saber aún qué pasaba.

—¿Estáis bien allí atrás? —gritó Xan desde algún punto de la espesa vegetación.

—Creo que Jaheira se ha topado con una... —empezó a explicar Abdel, pero lo interrumpió un grito de dolor de Jaheira.

—¡Por todos los dioses! —gritó—. ¡Me ha picado, me está picando!

Se le escapó una lágrima, y Abdel dejó de sonreír. Jaheira trataba de quitarse la blusa, y él la ayudó. La tela se rasgó con un sonido reverberante y, antes de que ninguno de los dos se diera cuenta de lo que hacía, Abdel intentó aplastar la araña entre los pechos descubiertos de Jaheira. La araña saltó medio muerta a la mano derecha de Abdel, y el mercenario la despachurró con la mano izquierda, sólo quedaron unas patas agitándose en una mancha marrón.

—Cayó directamente... —empezó a decir Jaheira. Abdel levantó la mirada hacia ella, que estaba desnuda de cintura para arriba, y abrió la boca. Nunca había visto nada tan...

Jaheira cruzó las manos sobre el pecho y se volvió. A través de su cabello, que le llegaba a los hombros, Abdel vio su nuca sonrojada.

—Lo siento —se disculpó.

—Es que...

—¿Qué pasa allí atrás? —preguntó Xan. Abdel oyó cómo el elfo se aproximaba. Ni siquiera Xan se sentía tranquilo en esa impenetrable masa de árboles y arbustos.

—No ocurre nada —gritó Jaheira, y los pasos se detuvieron. Abdel se dio cuenta de que aún sostenía la blusa rasgada de Jaheira y se la tendió tímidamente. La mujer se quedó quieta y volvió ligeramente la cabeza hacia él, pero Abdel no le pudo ver los ojos.

—Por favor, no os retraséis —dijo Xan irritado, y pese a que Abdel no podía ver al elfo, oyó cómo se volvía y empezaba a alejarse en la dirección en la que los llevaba el ghoul.

Jaheira esperó unos segundos, prestando atención también a los pasos de Xan, que se alejaban; después se dio la vuelta y cogió la blusa. Sus manos se apartaron del cuerpo y sus ojos se encontraron con los de Abdel. Permanecieron con los dedos entrelazados en la suave seda de la blusa durante lo que pareció una eternidad. Jaheira fue la primera en soltarse, con renuencia, y Abdel, con mayor renuencia si cabe, se dio media vuelta y se alejó para que se vistiera sola.

—Xan —gritó—, cuidado con las arañas.

—Sí —dijo Korak, en voz baja y demasiado cerca de Abdel—, claro, las arañas.

Abdel se volvió, y allí estaba el ghoul. Su hedor ya no le parecía tan insoportable. Nunca hubiera imaginado que podría acostumbrarse, pero quizá lo estaba haciendo. El ghoul se volvió en dirección de Jaheira, y la repugnante lengua de la criatura lamio el pus de un furúnculo en su mejilla hundida. Abdel dio dos pasos atrás y agarró al ghoul por la camisa harapienta.

—Estás aquí para guiarnos, carroñero —dijo Abdel, con voz pesada y amenazadora—, así que ve delante, o las arañas serán el menor de tus problemas.

Korak gruñó y desapareció en la espesa vegetación. Abdel notó un cosquilleo en la nuca y se sacudió un bicho de algún tipo. Miró hacia arriba, hacia el compacto dosel que formaban las copas de los árboles, y vio cómo centelleaban las telarañas.

—Torm —suspiró.

Entonces se giró para mirar hacia Jaheira, que ya seguía al resto del grupo mientras acababa de asegurarse el sostén. El mercenario no abrió la boca, pero sintió un repentino deseo de arrancar las entrañas muertas del ghoul. ¿Qué habría presenciado la horrible criatura? Esos ojos sin vida no merecían ver lo que había visto él, pensó Abdel. En realidad, ningún otro hombre lo merecía. Este pensamiento lo sorprendió; sólo hacía dos días que había matado al marido de Jaheira, pero ya empezaba a sentir que él y ella...

Alejó esos culpables pensamientos de su mente y descargó sus frustraciones sobre una maraña de zarzas que le cerraban el camino.

Caminaron durante otra hora o más a través de la maleza casi impenetrable y finalmente Xan salió de la cortina de matorrales para andar, lo mejor que pudo, al

lado de Abdel. Jaheira estaba a pocos pasos detrás de ellos. Abdel retiró las delgadas telarañas que le hacían cosquillas en la cara y se le enredaban en la barba de varios días. El mercenario estaba muy acostumbrado a vivir al aire libre, pero de pronto se vio fantaseando sobre una posada, una chimenea, una gran jarra de cerveza y Jaheira...

—Admitir que un plan ha fracasado siempre es mejor que continuar un rumbo que sólo puede llevarnos al desastre —dijo Xan, interrumpiendo las ensoñaciones de Abdel.

—Por el amor de Torm, Xan —replicó Abdel irritado—. Mataría a esa asquerosa babosa con mis propias manos si eso te hiciera callar, pero de ese modo no saldríamos de este condenado bosque más rápidamente.

—Ese Korak es una cosa muerta, Abdel —dijo Xan—. ¿Cómo puedes confiar en él?

—No lo hago —respondió el mercenario—. Nunca confié en él cuando estaba vivo, pero supongo que no tengo muchas opcio... ¡Maldita sea! —Abdel se detuvo. La araña era casi tan grande como una de las pequeñas manos de Jaheira y estaba en el centro de una elaborada telaraña, a menos de una pulgada de su nariz. La araña permaneció inmóvil, mientras Abdel retrocedía un paso y desenvainaba el sable. La hoja rascó una rama de árbol detrás de él.

—¡Espera! —gritó Xan. Pero Abdel no dudó y partió a la araña en dos con un solo golpe bien dado. La cubierta dura que envolvía el cuerpo de la araña se abrió y cientos, acaso miles, de arañitas salieron y se desparramaron por la maleza y por la telaraña.

—¡Oh!, por Torm... —dijo Abdel en voz baja.

Jaheira se estremeció visiblemente.

—Vámonos de aquí. Vámonos de aquí ahora mismo —dijo.

—Ya estamos cerca —farfulló Korak, cuya cabeza asomaba por detrás de un gran árbol caído.

Jaheira se volvió hacia el ghoul.

—No me comerás, carroñero, no vivirás para probar... —se interrumpió para quitarse de encima una de las arañitas. Lanzó un grito agudo y prolongado de frustración, enfado y asco. Se llevó las manos al pelo y lo agitó violentamente, enredándose los dedos en él. Al menos una araña salió de sus cabellos. Abdel contuvo la respiración cuando Jaheira levantó la mirada hacia él y pudo contemplar su fuerte rostro enmarcado por el pelo desgredado. A Abdel le excitó su aspecto y se dio media vuelta rápidamente cuando Jaheira lo notó. Una araña se le posó en la mejilla izquierda, y el mercenario la aplastó con tanta fuerza que sus entrañas le salpicaron toda la cara.

—Mielikki ha abandonado este bosque —dijo Jaheira, más para sus adentros que

para ser oída.

—Las arañas son sólo... eso, arañas —protestó Abdel no muy convencido.

—Sí, también forman parte del orden de la naturaleza —replicó Jaheira—, pero yo preferiría no... tener nada que ver con ellas.

Abdel sonrió, y Jaheira también esbozó una fugaz sonrisa.

—Si nos estás llevando a algún tipo de emboscada —dijo Xan a Korak, totalmente ajeno a la escena que se estaba desarrollando entre sus dos compañeros vivos—, no me importará morir con tal de que sufras una segunda muerte.

—Vuestras continuas amenazas no nos llevarán a la mina más rápidamente —dijo Korak, mirando con desdén de arriba abajo al elfo con sus ojos amarillentos.

—Ya basta —dijo Xan, y desenvainó la espada—. Ya he tenido su...

Abdel dio un fuerte empujón a Xan hacia atrás, casi lanzando al elfo al suelo sobre su trasero.

—Sigamos —dijo el mercenario a Xan. Después se volvió hacia el ghoul y añadió —: Llévanos allí. Ahora.

Korak asintió y se volvió para continuar su camino. Xan, respirando pesadamente, vio cómo Abdel y Jaheira evitaban la telaraña y seguían al ghoul. El elfo se quedó allí un ratito, sacudiéndose de vez en cuando una araña, y después los siguió.

—Ya basta —dijo Abdel con severidad—. Volvemos atrás.

Korak se detuvo y se giró para mirar al mercenario.

—¿Atrás? —inquirió.

—Ya basta —respondió simplemente Abdel.

—Nos estás llevando a algún tipo de... de... —Xan tartamudeaba, buscando la palabra adecuada— de infierno de las arañas.

—No nos quedemos aquí —dijo Jaheira, con voz débil y trémula. Empezaba a moverse nerviosamente y Abdel se acordó del mago zhentarim Xzar mientras la miraba. Ésa era una de las razones por las que quería sacarla a ella, y al resto del grupo, del bosque de la Capa. Desde el momento en que la araña había caído sobre la armadura de Jaheira y la había picado entre los pechos, el número de arácnidos que encontraban había aumentado vertiginosamente. Ya casi no se veía en ese tupido bosque y era evidente que el sol se estaba poniendo. Las sombras resultaban más profundas y podían ocultar arácnidos cada vez más grandes. Jaheira notaba una picazón en el pecho y se alborotó de nuevo el pelo. No paraba de rascarse la nuca.

—No nos quedemos aquí —repitió.

—Ya no queda mucho —objetó el ghoul—. Yo os llevo, yo os llevo.

—Nos estás arrastrando por un mar de arañas —replicó Xan—. ¿Adónde nos llevas? ¿O hacia qué?

—A la mina —les apremió Korak—. Os estoy llevando a la mina. Seguidme... seguidme...

El ghoul agitó frenéticamente las manos para incitarlos a que avanzaran. Pero Abdel ya estaba harto y no se movió. Escupió, como había hecho unas cien veces en la última hora, para quitarse de los labios un fino hilo de telaraña.

—Ya basta, Korak —dijo—. Sácanos de aquí o te mataré, y después nos arriesgaremos a seguir solos.

—Como usted desee, señor mío —dijo el necrófago, e hizo una ostentosa reverencia. Korak se volvió y siguió en la misma dirección que antes.

Xan dejó ir un fuerte suspiro.

—Por favor, Abdel, deja que lo mate —dijo.

—Vámonos ya —intervino Jaheira, disponiéndose a seguir al ghoul.

Xan iba a suspirar de nuevo, pero se quedó quieto y dejó escapar silenciosamente el aire.

—Hay algo por ahí —susurró con voz apenas audible.

Abdel ya había empezado a seguir a Korak y a Jaheira, que avanzaban arrastrando ruidosamente los pies por el bosque infestado de arañas. El fornido mercenario se volvió en silencio y posó la mano derecha sobre la empuñadura del sable.

—¿Dónde? —le susurró a Xan.

—Detrás de nosotros —respondió el elfo, también en susurros—, a ambos lados.

—¿Cuántos son?

—Los suficientes —dijo el elfo, y se puso a andar rápidamente en pos de Jaheira—. Vámonos de aquí.

Abdel dudaba. Quería quedarse y luchar.

—Abdel —lo llamó Xan, con voz alta y clara. El elfo debió de haber notado que fuera lo que fuera lo que los seguía sabía exactamente dónde estaban. Abdel lo siguió, a menudo avanzando de espaldas.

—¿Los ves? —le preguntó Xan, en voz baja.

—¿Qué pasa? —inquirió Jaheira—. ¿Alguien...?

—¿Intenta cazarnos? —terminó Xan por ella—. Sí, así es. No te pares.

—Deberíamos dividirnos —susurró Abdel al elfo— y tratar de rodearlos.

—Huelen muy mal —dijo Xan, y Abdel se dio cuenta de que el elfo estaba muy asustado—. No sé qué son, Abdel, pero no son ni humanos ni elfos. No quiero que nos separemos.

—¿Nos conducen a algún sitio? —preguntó Jaheira.

—Sí —respondió Xan—. Nos siguen a... adondequiera que ese carroñero nos está llevando.

—Es posible que muy pronto admita mi error —dijo Abdel, forzando una sonrisa irónica.

—Quizá sea difícil —replicó el elfo— justo en medio de... ¡Allí!

Abdel se detuvo y miró en la dirección que apuntaba el dedo del elfo. Sólo pudo entrever un costado marronoso, de pelos bastos.

—Es como una araña —dijo Jaheira, expresando con palabras lo que pensaba Abdel.

—Las arañas mueren —dijo Abdel, intentando tranquilizarla—, como todas las cosas.

—No os paréis —dijo Xan. El elfo empezaba a sudar profusamente y desenvainó la espada—. Tenemos que seguir adelante. Si se envalentonan...

—Se acercarán lo suficiente para... ¡Puf! —Abdel escupió una araña de su boca y se pasó ambas manos por la cara para quitarse de encima la telaraña.

—Fuiste directo a ella —dijo Jaheira, como si Abdel no lo supiera.

Se oyeron fuertes crujidos en la maleza, detrás de ellos. Jaheira agarró a Abdel por el brazo.

—¡Vámonos! —chilló.

Abdel no se resistió. Se limpió los últimos restos de la pegajosa tela y siguió a Jaheira, que corría como una desesperada hacia Xan y Korak. Los crujidos cesaron. La criatura, fuera lo que fuera, no atacaría.

Abdel se limpió la cara justo a tiempo de ver la espalda de Xan inmóvil y de detenerse antes de chocar contra él.

—¿Qué sucede? —preguntó, y después miró hacia arriba. Oyó cómo Jaheira ahogaba un grito y casi gritó él mismo.

Los árboles se abrían y daban paso a un claro, un claro lleno de telarañas de todos los tamaños, formas y niveles de complejidad, desde simples hilos que colgaban entre dos ramas hasta enormes estructuras que a Abdel le recordaban los cuentos que había oído sobre las ciudades de Siempre Unidos. Había cosas que parecían nidos abarrotados de pequeñas arañas, y en una enorme tela, formada por hilos más gruesos que la soga más sólida que Abdel hubiera visto en toda su vida, había una araña del tamaño de una vaca. Su cuerpo bulboso era negro con puntos rojos. Sus mandíbulas, que abría y cerraba sin parar, goteaban veneno de color verde.

Jaheira se quedó paralizada y con la boca abierta. Los ojos se le querían salir de las órbitas. Estaba más allá del pánico y ya no podía ni gritar. Xan balbució algo en élfico, seguramente una plegaria y por su sucia mejilla derecha le corrió una sola lágrima.

Korak movió nerviosamente los pies, tratando de decidir hacia dónde huir.

—¡Uuuups! —dijo.

En el centro del claro se veía algo que a Abdel le pareció un edificio.

La araña gigante levantó la vista y emitió un sonido agudo, al que Jaheira respondió con un chillido aún más escalofriante. Abdel sintió cómo se le ponía la carne de gallina en los brazos y la espalda, notó cómo se le tensaba la zona de la ingle, y tuvo ganas de gritar también. Miró a Jaheira y casi lo hizo. La mujer estaba perdiendo los nervios.

Los ettercaps —humanoides recubiertos de un basto pelaje— eligieron ese momento para atacar, o quizás el grito de la araña gigante había sido una orden. Cuando salieron del bosque infestado de arácnidos, Abdel desenvainó el sable y se dispuso a parar la carga con su habitual e inexorable determinación. Esa actitud desconcertó a los ettercaps, y el primero que se le acercó tuvo que atacar solo.

Esos seres eran más bajos que Abdel, pero más altos que Jaheira y Xan. No se movían más rápidamente que un hombre, pero sus brazos y piernas, delgados como los de una araña, se agitaban frenéticamente, lo que hacía que parecieran rápidos. El que atacaba a Abdel abrió una boca llena de colmillos, y el mercenario sintió náuseas al oler el veneno que rezumaban. Abdel arremetió contra la criatura con la espada, pero levantó demasiado la hoja y sólo cortó la punta de una de sus largas y puntiagudas orejas.

El ettercap chilló, pero no retrocedió. Abdel oyó cómo Xan se preparaba para atacar a otro que había salido de la maleza. Una mano de largos dedos le clavó las garras en el brazo izquierdo, lo que le produjo una herida. El mercenario soltó una retahila de maldiciones. Fue entonces cuando Abdel perdió de vista el mundo que lo rodeaba, e incluso se olvidó de Jaheira, a quien había dejado en un estado de parálisis provocado por el horror. Sólo la lucha importaba.

Cortó la mano del ettercap, que lanzó un largo chillido sibilante y dio dos rápidos pasos atrás; pero fue reemplazado por dos más de su especie. Abdel hundió la espada en el ojo de uno, mientras el otro le clavaba sus asquerosas garras, semejantes a agujas, en la pierna derecha. Abdel gruñó, levantó la pierna izquierda y le propinó una patada en medio de un pecho que le colgaba. El corto pelaje se arrugó por el golpe. La criatura soltó un aliento pestilente y cayó de rodillas. Abdel esgrimió el sable a su alrededor y hacia arriba, y después lo dejó caer con toda su fuerza contra el hombro derecho del monstruo arrodillado. No hizo ningún ruido, pero Abdel debió de tocar una arteria porque la sangre salió rápidamente al ritmo de los veloces latidos del corazón de la criatura, que se iban haciendo más lentos; se llevó una de sus manos de araña a la herida y sus ojos grises, sin vida, rodaron a la vez que su cráneo redondo de bulldog.

Abdel sintió otro dolor lacerante en el hombro izquierdo y saltó un paso atrás, justo a tiempo. El único ettercap que aún estaba ileso lo arañó de nuevo, pero Abdel

había evitado una mordedura venenosa. Empuñando el sable con ambas manos le lanzó un rápido mandoble, y la punta de la hoja manchada de sangre se hundió en la carne, quebró el hueso y salió por la parte posterior de la cabeza del ettercap produciendo un claro sonido de reventón.

Abdel tuvo que empujarlo con un pie para liberar la espada, y, antes de que golpeará contra el suelo, el mercenario se volvió con rapidez al oír un grito a su espalda.

—¡Khalid! —gritó Jaheira, y la cara de Abdel se contrajo en un rictus de dolor, tanto por el nombre que la mujer había gritado para que la salvara como por la desesperada situación en la que se encontraba. Jaheira estaba completamente envuelta en lo que parecía una red hecha de hilos de telaraña de seda, gruesos y fuertes. Dos de los pesados humanoides arañas la arrastraban sin miramientos por matorrales espinosos, atravesando un nido tras otro plagado de diminutas arañas. Jaheira hacía esfuerzos por respirar y chillaba continuamente.

Abdel avanzó un paso, haciendo caso omiso de Xan, que luchaba por su vida, y tropezó. Visto y no visto, el tobillo le quedó aprisionado en una gruesa cuerda adhesiva. Un ettercap se abalanzó sobre él, pero Abdel se dio la vuelta, se sentó y golpeó la cuerda con el sable. Tratando de no cortarse su propio pie, Abdel apuntó lejos, y, en vez de cortar la cuerda, el sable se hundió en la dilatada barriga del ettercap. La cuerda de seda salía del abdomen del ettercap y, cuando murió, dando alaridos, la tela se tiñó con sangre y se deshizo. Sangre caliente y seda líquida de araña salpicaron en las piernas de Abdel, y éste se desprendió de la pegajosa sustancia mediante puntapiés; pero hilos más gruesos y pegajosos le cayeron de nuevo encima. El brazo del sable estaba inmovilizado, por lo que se arriesgó a utilizar la pesada arma con la otra mano. Lo asió con la mano que tenía libre, giró de nuevo para sentarse y levantó el sable para protegerse la cara.

La araña gigante que habían visto en el centro de su enorme tela estaba descendiendo por un árbol con la corteza arrancada y se acercaba rápidamente a Abdel, mientras el veneno le rezumaba entre sus mandíbulas laterales.

—Que Torm me proteja —dijo Abdel, y balanceó el sable, primero hacia la izquierda y después a la derecha. La araña se detuvo, y Abdel rodó sobre sí mismo hacia un lado para tratar de escaparse de la tela. El vello del brazo le fue arrancado de cuajo y una cuerda se le quedó pegada a la nuca. Era una mosca, comida para ese predador de ocho patas y, como una mosca, sus desesperados esfuerzos por desasirse sólo servían para quedar aún más atrapado en la pegajosa red.

—No te muevas —le dijo la araña, y Abdel se estremeció al oír esa voz. Era un sonido semejante al roce del vidrio sobre acero. A Abdel se le pusieron los pelos de punta, tanto por cómo sonaba como por el horror de que esa criatura pudiera hablar —. No te muevas, humano, y deja que Kriiya te vacíe. Deja que Kriiya te vacíe y te

deje seco.

Abdel gritó y atacó hacia arriba. Hizo una finta, y la araña se dejó engañar, moviéndose rápidamente hacia un lado. Abdel le lanzó una estocada y la hoja se introdujo en la boca de la araña más de un palmo, hasta encontrar resistencia. De la boca del animal herido de muerte, brotó un torrente de sangre y veneno, y sus convulsiones eran tan fuertes que a Abdel casi se le cayó la espada de la mano. Las patas de la araña se curvaron bajo el cuerpo con un sonido como si se plegaran, tan fuerte que enmascaró el grito de Jaheira, por lo que Abdel no estuvo seguro de haberla oído gritar «¡papá!».

La araña le cayó justo encima, y Abdel, con la boca y los ojos bien cerrados para que no le entrara nada de su asqueroso veneno, tiró con todas sus fuerzas —pesaba al menos una tonelada— y logró moverla lejos del árbol en un lento semicírculo. Se estrelló contra la maleza y su caparazón se quebró; una oleada siseante de baba, veneno y ácidos estomacales salió disparada contra otras telarañas y contra la vegetación.

—¡Jaheira! —gritó Abdel, pero no hubo respuesta. Desde el suelo no podía ver, por lo que intentó ponerse de pie, pero fue incapaz. Aún estaba atrapado en las cuerdas de una gruesa telaraña, y apenas podía moverse. Todavía sostenía en la mano izquierda el sable cubierto de la sangre de las arañas y, después de debatirse un poco, y cortarse otro poco, consiguió sentarse. Oyó cómo Xan luchaba. La respiración del elfo era pesada, pero regular, y la enmarañada maleza no conseguía enmascarar las pisadas. Cuando Abdel finalmente lo vio, se quedó inmediatamente impresionado por su maestría con la espada. Llevaban ya algún tiempo viajando juntos, pero hasta entonces no lo había visto en acción: cuando Xan luchaba, Abdel también lo hacía, y cuando Abdel luchaba no tenía tiempo de pararse a observarlo. La espada del elfo era un brillante destello delante de él, y Abdel pensó que la hoja parecía más bien un escudo mágico que una espada. Pero no era cosa de magia, simplemente el elfo era bueno.

Había dos ettercaps en el suelo, delante del elfo, y Xan estaba ocupado quebrando la resistencia del último. La criatura sangraba por las docenas de cortes que había recibido y sus ojos grises expresaban desesperación, aunque no vacilaba. Seguía atacando al elfo, y Abdel no se atrevió a animar a Xan por miedo a distraerlo, por lo que se limitó a mirar y a esperar lo mejor. No tuvo que esperar mucho más, porque el elfo lo hirió una vez más, después otra y, ahogándose en su propia sangre, la criatura finalmente cayó.

—¡Xan! —gritó Abdel. El elfo lo miró fijamente, sin bajar la guardia. Abdel vio una araña del tamaño de una moneda que subía por el pecho del elfo, justo cuando notó otra sobre su propia pierna—. ¡Xan, sácame de aquí! Tenemos que ayudar a...

La enorme araña se abalanzó sobre la espalda de Xan. Parecía haber salido de la

nada, y Abdel gruñó por la sorpresa, al igual que el elfo, que fue empujado hacia adelante y cayó de rodillas. Xan miró a Abdel a los ojos y pareció confundido. Abdel tiró de la tela que le sujetaba el tobillo, y su piel empezó a desprenderse. El mercenario siguió tirando, al tiempo que gritaba y se dejaba la piel. La araña sobre la espalda de Xan abrió sus mandíbulas laterales alrededor del cuello del elfo, y Xan, aún mirando a Abdel, se dio cuenta de lo que iba a pasar.

—¡Xan! —gritó Abdel, sin dejar de tirar de la tela—. ¡No!

La araña cerró las mandíbulas, y la cabeza del elfo se desprendió de su cuerpo con un fuerte crujido.

—¡No! —volvió a gritar Abdel, y liberó el brazo derecho, que goteaba sangre y arrastraba hilos de seda de araña. Gritó de nuevo y se quedó quieto.

La araña saltó sobre él, y Abdel la partió por la mitad cuando aún se encontraba en el aire. La sangre de la araña estaba tan caliente que le quemó allí donde le salpicó. El animal se retorció y rodó violentamente en la maleza, y Abdel se alejó de él.

—Jaheira —dijo—, ya vengo.

—Está allí —repuso Korak. Abdel levantó la mirada, sobresaltado. Se había olvidado del ghoul—. La arrastraron allí —dijo Korak, y Abdel se dispuso a lanzarse contra él. El ghoul huyó, y Abdel, jadeando y empapado en sangre y veneno, con quemaduras, sangrando y temblando, lo dejó ir. Se volvió en la dirección que había señalado el necrófago, hacia el centro de ese infernal calvero.

Era un edificio. Parecía una cabaña abovedada, pero enorme, tan grande como cualquier edificio que Abdel hubiera visto en la costa de la Espada. Se trataba de una mole brillante, de color blanco y gris pálido, en parte lisa pero en su conjunto irregular. Estaba hecha de seda de araña, pero había algo más que Abdel no pudo distinguir hasta que se aproximó. El edificio había sido construido con cuerpos, la mayoría humanos, sin sangre ni entrañas, disecados y envueltos en seda de araña para que actuaran como contrafuertes de esa obra inhumana.

Abdel no tenía tiempo para sentirse asqueado por la construcción, ni tampoco impresionado. A Jaheira se la habían llevado allí adentro, Xan estaba muerto y el ghoul había huido. Jaheira lo necesitaba, y Abdel sabía que no podía seguir adelante sin ella. En cualquier otra circunstancia, se habría parado para pensar en esa revelación, o incluso para resistirse a ese sentimiento. Estaba enamorado de Jaheira. Ella estaba allí dentro y sólo Cyric sabía qué le estarían haciendo. Si no podía salvarla, moriría en el intento. Abdel sabía que no quería vivir sin ella.

Arañas y lo que sólo podían ser ettercaps bebés se dispersaron cuando Abdel irrumpió en la sala. Los dos hombres arañas adultos que habían arrastrado a Jaheira a la bóveda se volvieron hacia él y lo atacaron sin detenerse a pensar. Abdel arremetió contra ellos como un animal salvaje y, en realidad, rió cuando abatió al segundo. Los

dos engendros yacían muertos a sus pies, y las convulsiones mortales iban remitiendo cuando el mercenario levantó la mirada.

Lo que vio hizo que retrocediera dos pasos. Las rodillas le empezaron a temblar y le fallaron. Arrodillado sobre el suelo desigual de esa cámara del horror, se sintió dominado por las náuseas, antes de darse cuenta de que incluso el suelo estaba hecho de cuerpos humanos disecados. Vomitó en la cara de una mujer momificada con la boca muy abierta en un grito, el pelo se le puso de punta, y se escabulló repitiendo por lo bajo «Torm, Torm, Torm».

Jaheira gimíó, y Abdel se puso de pie tan rápidamente que casi se cae de nuevo de espaldas. Jaheira estaba viva; entonces la vio, envuelta en la pegajosa telaraña en la que la habían arrastrado. Estaba de espaldas a él. Respiraba, y su espalda y su costado subían y bajaban.

Justo encima de la figura enrollada de Jaheira y boca abajo estaba lo que Abdel sólo podría haber descrito como la reina. De las paredes de cuerpos pendían como cortinas telarañas de flácidos hilos. En el centro del espacio vacío colgaba una cosa que en otro tiempo debió de haber sido una mujer, quizás una mujer humana. Era descomunal, de una gordura no natural, inflada y de color púrpura. Pliegues y pliegues de carne pálida colgaban de esa masa. Estaba tan oscuro que Abdel no podía ver claramente qué entraba y salía de esos pliegues de carne; arañas, desde luego, y formas humanoides, pequeñas y peludas. Abdel se dio cuenta de que las arañas y sus primos humanos estaban usando a esa mujer para alimentarse, como si fuera una nodriza, como una incubadora, y Abdel vomitó otra vez.

—¿Soy pues tan horrible? —preguntó la mujer, con una voz semejante a un cerdo hociendo en el lodo—. Sí, supongo que lo soy.

—¡No, oh no! —gritó Jaheira.

Algunas partes de la carne inflada y pálida de la mujer habían sido arrancadas y después devoradas por los miles de bebés no humanos a su cargo. Su rostro machucado, púrpura y empapado de veneno era una burla de un rostro humano. Un rollo de grasa le caía sobre la frente y le tapaba un ojo. La mantenían viva, viva pero inmóvil, paralizándola con su veneno para usarla como terreno de cría. Abdel ya lo había echado todo fuera y creyó que iba a devolver sus propias entrañas. No podía imaginarse un infierno peor y se preguntó si habían seguido al ghoul fuera de Toril y habían entrado en alguna dimensión de pesadilla. ¿Cómo lo había llamado Xan? El infierno de las arañas.

—Jaheira —dijo Abdel, tratando de alejar sus pensamientos de tanto horror.

—Abdel —resolló ella—. Abdel, ayúdame.

El mercenario se acercó a ella, mirando por el rabillo del ojo a la mujer hinchada, que lo seguía con uno de sus ojos porcinos.

—Aquí estoy —le dijo, y esas dos palabras parecieron tranquilizarla. Estaba muy

bien envuelta en las pegajosas telarañas, y Abdel no tenía ni idea de cómo liberarla.

—Fuego —le dijo la mujer inflada—. Prende fuego a las telarañas y podrás liberarla.

—¿Qué eres? —le preguntó Abdel, sin mirarla a la cara.

—Una víctima —respondió ella—. Me llamo Centeol.

—¿Cuál fue tu crimen? ¿Qué has hecho para merecer esto? —le preguntó Abdel.

—Me enamoré —respondió la mujer con tristeza—; sólo eso.

Abdel sollozó. Era la primera vez que le ocurría en toda su vida.

—¿Tendré que suplicártelo? —preguntó Centeol.

—¿El qué?

—Que me mates.

Abdel se puso de pie y parpadeó para limpiarse las lágrimas. Jaheira se desmayó. Su respiración regular resonaba en la gran sala. Abdel levantó el sable con ambas manos, tanto como pudo, y atravesó a la desgraciada mujer con un solo golpe poderoso. Centeol gruñó y murió, al tiempo que su abdomen se abría. Un torrente de sangre, veneno usado, arañas de miles de especies distintas y ettercaps nonatos se derramaron sobre Abdel. El flujo era tan abundante que lo tiró al suelo. Se cuidó de cerrar bien los ojos y la boca, pero un poco le entró por la nariz. Atravesando una pila de sangre viscosa Abdel se acercó a Jaheira, aunque más bien patinaba que andaba. La mujer era un peso muerto, pero, pese a que se sentía exhausto, estaba lo suficientemente demente como para poder llevarla en brazos. Las telarañas se pegaron a él y, en realidad, lo ayudaron a sostenerla.

Abdel salió de ese antro del mal y, al llegar a los árboles, echó a correr. Las ramas y las espinas se les clavaban y los arañaban, pero no le importaba. Siguió corriendo hasta que llegó a un riachuelo de aguas rápidas. Había dejado muy atrás el bosque de las arañas. Estaba todo oscuro y hacía frío.

Dejó a Jaheira en el suelo y se liberó dolorosamente de las telarañas que tenía pegadas. Arrancó un trozo de tela de sus gruesos pantalones y lo enrolló alrededor de una rama para hacer una antorcha. Le costó un poco encontrar pedernal sólo por el tacto, pero finalmente logró encender la antorcha. No supo cuánto tiempo se pasó quemando cuidadosamente las telarañas para soltar a una Jaheira aún inconsciente. Mientras trabajaba, se limpiaba los ojos de sangre y veneno seco. Cuando acabó, ya amanecía. Jaheira abrió los ojos y lo miró; después volvió a cerrarlos y lloró. Abdel le quitó lentamente la ropa, con cuidado; luego se quitó la suya y, con la mujer en brazos, se introdujo en el riachuelo. El agua estaba sorprendentemente caliente. Se tumbó al lado de Jaheira para que el agua los purificara a ambos. Jaheira seguía llorando. Abdel la estrechó entre sus brazos y lloró con ella.

Después de un rato salieron del agua, y Abdel trató de no mirarla mientras empezaba a lavar su ropa. La mujer no lo imitó; se quedó allí de pie, con los ojos

clavados en la espalda de Abdel, consciente, como él, de que ya nunca podrían separarse.

—Un guardia desaparecido no me asusta, imbécil —gruñó Sarevok en dirección al marco de cuadro vacío. Se detuvo, esperando o escuchando una respuesta que Tamoko no pudo oír.

Tenía los ojos clavados en la espalda de su amante y trataba, en vano, de centrarse un poco. Ahí estaba de nuevo, en el lecho de Sarevok, observándolo cómo miraba dentro de ese maldito marco, le hablaba, le gritaba y, después, lo amenazaba. Estaba nervioso; de eso Tamoko se daba cuenta. Las cosas se le giraban en contra. Sarevok no era el tipo de hombre, en el caso de que fuera un hombre, que pudiera tolerarlo. Si alguna parte de su plan estaba fracasando, él mismo se encargaría de poner las cosas en su sitio. Sarevok no se fiaba de nadie, ni siquiera de Tamoko, y tenía muy poca paciencia con los estúpidos y los lacayos. No obstante, estaba absorto. Había llegado el momento decisivo de algo, ella no sabía de qué, pero lo percibía en el aire.

Tamoko se acarició con la mano su brazo liso y fuerte, y se concentró en la sensación que le producía ese simple roce. Hacía mucho que Sarevok no la tocaba así. A medida que lo que fuera que estuviera ocurriendo llegaba al clímax, su interés en ella se iba desvaneciendo. Tamoko lo echaba de menos, echaba de menos sus caricias, y cada día tenía más miedo. No temía a Sarevok, aunque había comprobado que era capaz de una crueldad extrema, sino que temía por él. Se daba cuenta de sus extraordinarias dotes de mando y pensaba que estaba malgastando su potencial. Ese hombre rodeado de un aura de fortaleza —tanto mental como física— servía a un amo, al tiempo que planeaba acrecentar su propio poder. Estaba desperdiciando sus muchos talentos para conseguir ¿qué?: ¿poder?, ¿oro? Podía tener a Tamoko, una asesina profesional que nunca antes se había entregado a nadie voluntariamente. Ejercía el mando sobre criaturas antinaturales, cuando menos doppelganger. Los hombres temblaban al oír su voz y sentir sobre ellos su abrasadora mirada. Tamoko sabía que ese hombre podía ser el rey del mundo, pero sólo parecía interesado en minas, en hierro y en bandidos. Contrataba bandidos.

Ella quería decir algo, convencerlo de que podía tener más, de que podía ser más, pero se contenía. Tenía miedo incluso de pensar esas cosas delante de él; estaba segura de que él sabía qué estaba pensando y que solamente esperaba el momento oportuno, cuando ella ya no le fuera útil para nada.

«Entonces me matará —pensó—. Me matará lentamente, como a los demás. ¿Es posible que después de tocarme como lo ha hecho, de besarme como lo ha hecho, sea capaz de matarme como a un traidor, con una muerte humillante y sin honor?»

La respuesta era sí, sí podía, y Tamoko se estremeció.

—¿Qué significa que no puedes encontrar el libro? —dijo Sarevok. Su voz sonaba tan pesada como el mismo mundo—. Él no tenía que ver el libro.

—Hay hombres y elfos —informó Jaheira, en voz baja—, y muchos enanos. Están encadenados.

—Esclavos —corroboró Abdel.

Jaheira se estremeció y se sacudió una araña inexistente; después tiritó en el aire frío. No se sentía cómoda en el árbol. No paraba de mirarlo como si pudiera cobrar vida y atraparla, y luego llevársela. Abdel la había observado atentamente durante un día y medio, y aunque al principio se sentía incómoda, como Xzar, ya no se removía con tanta frecuencia, no se frotaba tanto el cuello presa del pánico ni se revolvía los cabellos. Abdel no se lo podía reprochar; pasaría mucho tiempo antes de que él mismo pudiera volver a mirar una araña con tranquilidad. Jaheira creía que la pequeña araña que la había picado le había inyectado algún tipo de veneno que alteraba la mente y que aún notaba los efectos.

—Son demasiados —dijo Jaheira, señalando el grupo de guardias. Eran claramente mercenarios y llevaban caóticas armaduras. En el campamento, no se veían uniformes ni heráldica de ningún tipo, al menos no en la parte que Abdel y Jaheira divisaban desde su punto de observación.

Habían dado con el campamento minero casi por accidente. Después de huir de las arañas, habían avanzado por el bosque de la Capa casi en completo silencio, tratando por separado de olvidar la terrible experiencia. Primero, habían oído voces, de guardias y esclavos, después, el sonido de los látigos y el golpear de las cadenas. El campamento había sido levantado en un claro casi tan amplio como el de las arañas, pero en el centro se alzaba una pequeña colina. A un lado de la colina había una abertura ancha y cuadrada, había sido apuntalada con sólidas planchas de madera. Unas vías de hierro conducían al interior de la mina y se veían muchas carretillas de mano, algunas cargadas con las rocas grises que Abdel había aprendido a reconocer: mineral de hierro.

—Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Abdel, mirando con vehemencia asesina a los guardias.

—No podemos irrumpir y atacar, Abdel —respondió ella—. Esos guardias esperan que alguien pase por aquí, incluso en el centro del bosque de la Capa. Tiene que haber un camino en alguna parte para transportar el hierro de aquí hasta el campamento de los bandidos. Xan... —Jaheira se interrumpió después de pronunciar el nombre, pero no lloró. Abdel sintió ganas de estallar en llanto—. Xan dijo que estaban almacenando hierro.

—Con las minas de Nashkel clausuradas, obtendrán un buen precio por esas rocas en Puerta de Baldur —comentó Abdel.

—No creo que vayan a vender todavía. Esperarán hasta que estalle la guerra, o quizás hasta que acabe.

Abdel la miró con atención.

—¿Sigues convencida de que alguien quiere empezar una guerra, que alguien quiere que Amn y Puerta de Baldur se destruyan mutuamente? —preguntó.

Ella lo miró con tristeza.

—Ya no sé lo que creo, Abdel; de verdad que no. Me enviaron... vine aquí para averiguar...

Abdel dejó que pensara que quería que continuara. Ella tenía sus secretos, desde luego; pero Abdel no sabía cómo decirle que no le importaba. No le importaba ni lo que quería ni lo que estaba haciendo: evitar una guerra, empezar otra o proteger los intereses de algún potentado amniano.

—No podemos quedarnos aquí sentados para siempre —dijo Jaheira, mordiéndose el labio inferior.

—¡Eh, chicos, los de allí! —gritó una voz en tono brusco. Abdel creyó que los habían descubierto y puso una mano sobre la empuñadura del sable, por si acaso—. Descargad esa carretilla en el carro tan pronto como se pare. Quiero que haya salido para Beregost al mediodía.

Quien habló era un hombre rechoncho pero musculoso, con la cabeza afeitada. Al principio Abdel creyó que se trataba de otro semiorco, pero simplemente era feo. Llevaba sencillas ropas de campesino, aunque se movía y hablaba con la confianza que daba el mando. Al oír sus palabras, los guardias se volvieron, pero no hacia el jefe, sino hacia un grupo de enanos —media docena en total— encadenados. Los enanos lanzaron mudas miradas a los guardias y se dirigieron, arrastrando los pies, hacia el hombre gordo. Uno de los enanos dijo algo; sin embargo, Abdel estaba demasiado lejos para oírlo.

El hombre rechoncho habló, pero su potente voz quedó ahogada por el fuerte traqueteo de un carro que se acercaba. Era un vehículo sólido y bien construido, tirado por dos robustos caballos de anchos cascos y guiado por un hombre bajo, vestido con cota de malla. El carretero detuvo el carro y rápidamente saltó al suelo. Se aproximó al jefe cojeando, y los enanos empezaron a transportar lentamente las grandes piedras de mineral de hierro de una de las carretillas de acero al carro. El jefe levantó una mano para silenciar al carretero e hizo una señal a un guardia. El hombre avanzó y descargó el látigo sobre uno de los enanos. Jaheira volvió la cabeza para no presenciar la tortura. No obstante, el latigazo surtió efecto, porque los enanos empezaron a cargar más rápidamente.

—Al parecer los guardias se concentran en esta parte del campamento —dijo Abdel.

—Seguramente, es el único camino, la única manera de entrar —sugirió Jaheira.

—No esperan que nadie se acerque atravesando las arañas —dijo Abdel—, y cualquier otra cosa que este maldito bosque tenga reservada a las personas

bienintencionadas que se internen en él.

—¿Entonces?

—Entonces, iremos por detrás —dijo Abdel.

Al principio, los esclavos que Abdel liberaba se negaban a huir. Lo miraban con recelo, y ni siquiera abrían la boca.

—¡Idos! —susurró Abdel con dureza, y su voz reverberó con un inquietante timbre metálico.

Un hombre sucio, débil, sudoroso y que tosía cada vez que respiraba se dirigió a Abdel.

—Yo sé... cuál es mi lugar, amo. Por favor..., no me ponga a prueba —dijo.

Abdel respiró en profundidad y simplemente se alejó con la espalda pegada a la rugosa pared de roca de la mina. Miró atrás, hacia los cinco hombres que estaban de pie junto a un montón de cadenas rotas. Dos de ellos se miraron entre sí, después a Abdel y uno sonrió. Abdel inclinó la cabeza en respuesta y se escabulló por el pasadizo lateral.

—Abdel —susurró Jaheira, y él avanzó dando tres silenciosas zancadas por el oscuro túnel y se paró a su lado. Estaban tan cerca que sus brazos se tocaban—. No quieren huir, ¿verdad?

—Creen que soy uno de los guardias que pone a prueba su fidelidad.

—Ya lo entenderán —dijo ella—. No podemos llevarlos en brazos afuera.

—Por aquí —indicó Abdel. No esperó a que ella asintiera, sino que se internó más profundamente en el túnel.

La mina estaba iluminada a intervalos regulares por lámparas de aceite que colgaban de ganchos en el techo de piedra. Algunos esclavos eran elfos, y la mayoría, enanos, por lo que veían en la oscuridad. Los humanos solían dedicarse sólo a empujar las pesadas carretillas sobre los raíles y no necesitaban mucha luz para trabajar. Abdel lo pasó muy mal tratando de orientarse por los túneles, por lo que al fin dejó que Jaheira fuera delante, fiándose de su vista más aguda y de su mayor atención por los detalles.

—Aquí —murmuró, se agachó y desapareció en un pasadizo lateral tan rápidamente que Abdel apenas pudo ver adonde iba.

La siguió y entró en un corto pasadizo. Jaheira cuchicheaba algo a un grupo de enanos sentados en el suelo. Los picos estaban apoyados contra la pared, masticaban con indolencia algún tipo de cecina y uno de ellos tenía una gran cantimplora.

—Estás de broma —dijo uno de los enanos en la lengua común con fuerte acento.

—Nosotros podemos romper vuestras cadenas —le contestó Jaheira—; pero, después, es cosa vuestra.

—¿A cuántos habéis liberado? —preguntó un enano con una barba

extraordinariamente larga, incluso para ser enano, y que ya empezaba a encanecer.

—Casi dos docenas, hasta ahora —le respondió Abdel, en voz baja—, incluidos vosotros cinco.

—¿Cuántos enanos, chico? —inquirió el enano, mordazmente.

—Vosotros cinco hacéis doce —contestó Jaheira.

El enano sonrió ampliamente, mostrando algunos dientes grises, amarillos y rotos. Su voz era apagada como si a fuerza de golpes la vida la hubiera abandonado. Rascó el grillete de hierro que le rodeaba el tobillo izquierdo y arrastraba una gruesa cadena sujeta al tobillo izquierdo del enano de su lado. Los cinco estaban encadenados unos a otros de esa manera, en serie.

—Cinco enanos bastarán, chico —dijo el enano, haciendo que sus cuatro compañeros sonrieran—. Me llamo Yeslick y, al parecer, tenemos una revuelta entre manos.

El esbirro del Trono de Hierro murió entre alaridos, y Abdel pensó simplemente que resultaba patético. Miró a Yeslick, que acababa de rematar al último guardia, golpeándolo con un trozo de cadena.

—Según parece, eres libre, amigo mío —dijo.

El enano esbozó una amplia sonrisa, y su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Tenía en la frente una gran magulladura de color entre púrpura y negro, que tornaba doloroso cualquier movimiento facial.

—Gracias a los dos —dijo lentamente, con voz ahogada por sus propia garganta.

Al principio, Abdel pensó que el enano debía de ser tan lento de entendimiento como de habla. Pero después, cuando los esbirros del Trono de Hierro estaban muertos o se habían dispersado por el bosque, tuvo que reconocer que Yeslick no era ni mucho menos un estúpido. El enano luchaba con prudencia y experiencia, y con la calma que le daba saber que era más listo que sus adversarios. Por otra parte, el Trono de Hierro había tocado fondo al reclutar guardias para ese campo. Abdel perdió la cuenta de cuántos mercenarios sin experiencia había matado —al menos ocho— y sin apenas cansarse, si bien había recibido un corte muy feo en el antebrazo izquierdo, que le infligió por chiripa uno de esos torpes con una espada corta.

—¿Cómo llegaste aquí, Yeslick? —le preguntó Abdel, y esperaba que el enano no se sintiera insultado si entendía el significado de su pregunta: «¿Cómo se las arreglaron esos imbéciles para esclavizar a un enano como tú?».

Yeslick soltó una risotada y se dejó caer pesadamente sobre una roca suelta.

—Si uno de esos imbéciles me hubiera encadenado —dijo, lanzando a un lado la cadena, que resonó contra el suelo y salpicó sangre del guardia—, habría tenido que matarme por la vergüenza. Fue el mismo Reiltar quien me venció.

—¿Reiltar?

El enano levantó la vista hacia Abdel y lo miró con ojos entrecerrados a causa de la escasa luz.

—Sube a la superficie conmigo, chico —le dijo—, y te contaré mi historia.

—Esto no suena bien, Yeslick —dijo Turmod, del clan Orothiar, y su voz grave reverberó en el estrecho pozo de la mina—. ¿Lo oyes?

Turmod golpeó de nuevo la pared con su pesado pico de hierro y hubo un cambio evidente en el sonido, al menos así se lo pareció al grupo de enanos. Yeslick, que estaba a cargo de esa cuadrilla de picadores, debía conseguir diez metros por día y estaba decidido a mantener ese objetivo. Los ingenieros los habían enviado allí, les habían indicado la dirección correcta y se habían marchado a otra sección de la mina tan pronto como Yeslick y su cuadrilla de cincuenta miembros empezaron a cavar. Los ingenieros enanos se habían equivocado algunas veces, pero no los ingenieros Orothiar. Cuando decían que un túnel debía ir en una dirección, siempre conducía directamente al mineral que estaban buscando. Esa vez buscaban hierro y, dejando de lado el extraño sonido, Yeslick estaba seguro de que había hierro en la dirección que estaban cavando.

—Continuad —dijo Yeslick a sus enanos.

—Tú mismo has oído... —empezó a decir Turmod, pero Yeslick lo interrumpió levantando una mano callosa—. Al menos llama a uno de los ingenieros —pidió Turmod.

Yeslick sintió un súbito alivio. Si mandaba llamar a un ingeniero sólo parecería precavido, no cobarde. Él no tendría que tomar ninguna decisión y, por lo tanto, nunca tendría que retractarse. Yeslick sabía que era demasiado joven para mandar una cuadrilla de mineros, y los mineros también lo sabían. Su oficio era el de herrero, pero todos los enanos del clan Orothiar pasaban un tiempo en las minas y, en ese período, le tocaba a Yeslick. Se había ganado el mando del equipo impresionando a uno de los jefes de la mina. Naturalmente, lo había impresionado con su habilidad como herrador, no como picador, pero eso no le importaba al jefe. Los ingenieros le indicarían la dirección correcta, y todo lo que Yeslick debía hacer era recordar de vez en cuando a su cuadrilla que descansaran para tomar un sorbo de agua o un bocado. A los enanos les gustaba trabajar, les gustaba cavar, por lo que no debía obligarlos ni suplicarles para que hicieran su tarea. No obstante, debía detenerlos para ir tomando medidas y asegurarse de que estaban cavando en la dirección correcta; pero eso no era muy difícil.

—Jomer —llamó Yeslick, y un joven enano con el que había asistido a clases de lectura soltó el pico y lo miró—. Ve a buscar a los ingenieros. Deben de estar ya por el pozo treinta y tres. Diles que hemos topado con algo... o que estamos a punto.

Jomer asintió y desapareció en la oscuridad.

Yeslick miró a Turmod, que sonreía.

—Bueno, no te quedes ahí sonriendo. Podemos seguir cavando hasta que lleguen. Sea lo que sea que haya en esa roca, aún está muy lejos.

Turmod, aparentemente satisfecho de que el ingeniero ya estuviera en camino, se dio la vuelta y empezó a dar golpes a la dura piedra del final del túnel, inconsciente del peligro que se ocultaba cerca de allí.

Mientras los años se convertían en décadas, Yeslick revivía ese momento una y otra vez. No acababa de creerse que la única señal hubiese sido el extraño sonido de los picos al golpear la piedra. No podía creer que no hubiese habido primero un goteo, incluso una zona de humedad o un chorro, o algo. La piedra ni siquiera estaba húmeda; no absorbía nada del agua que había detrás. Yeslick era un buen herrero y un mal minero, pero, en cualquier caso, siendo un enano, debería haber sabido que había un lago de agua congelada a tan sólo unas pulgadas. Se culpó por lo que había pasado, pero con el transcurso de los años terminó por aceptar la verdad: habían sido los ingenieros, los infalibles ingenieros Orothiar, quienes los habían guiado en la dirección equivocada. Lo ocurrido no había sido culpa suya.

El agua apareció de repente. Estaban trabajando —Yeslick, Turmod y los otros—, picando rocas, y entonces, de improviso, se encontraron bajo el agua. Inmediatamente después, se oyó un fuerte sonido y, luego, un ominoso silencio. Yeslick aguantó la respiración, cerró los ojos, rezó a Moradin y fue zarandeado como un corcho en el mar encrespado durante lo que le pareció una eternidad. En los años siguientes, calculó el tiempo muchas veces y nunca pasó de unos ciento cincuenta latidos de corazón, pero él hubiera jurado que ese día aguantó la respiración muchísimo más.

Mantecía los ojos cerrados, la mano derecha sobre la nariz y la boca, y la mano izquierda libre para no golpearse contra las rocas y parar los cuerpos de su cuadrilla, que a intervalos irregulares chocaban contra él. Un remolino se llevó a Yeslick por la parte superior del túnel hasta un sistema de cuevas naturales que no sabía que existía. Algunas veces salía a la superficie y conscientemente tomaba aire, aunque no lo movía ningún pensamiento claro de intentar salvar la vida. Salió a tomar aire quizá media docena de veces, hasta que finalmente se desmayó.

Se despertó tosiendo, y había pasado un tiempo indeterminado; ¿días, quizás? Había sobrevivido, junto con dos miembros de su equipo —incluido Turmod— y un puñado de otros mineros que habían encontrado vías de salida por pura casualidad. Lo que quedaba del clan Orothiar no quiso saber nada de ellos. Cavaban en el lugar equivocado, dijeron los mayores. Turmod se suicidó. Fue su pico el que dio el golpe final, el golpe que dejó entrar el agua que destrozó la mina. Yeslick se marchó; se puso a andar y acabó en Sembia. Consiguió trabajo haciendo la única cosa que sabía hacer bien. Era un buen herrero y, a medida que los años pasaron —casi un siglo—, consiguió olvidar.

Y, entonces, conoció a Reiltar.

—Reiltar se interesó por mi trabajo —le contó Yeslick a Abdel—. Soy un buen herrero, y muchos en Urmlaspyr, y en toda Sembia, conocen mi nombre. Trabajé para él, le hice algunas cosillas muy especiales, que ahora, cuando las recuerdo, me dan el baile de San Vito, te lo aseguro.

Abdel asintió, aunque no estaba seguro de qué debía ser aquello del baile de San Vito; suponía que era algo propio de enanos.

—¡Maldita sea! Deberían llamarme idiota besa-gnomos por haber confiado en él —continuó explicando el enano—, pero realmente creí que ese cabrón larguirucho y engreído era mi amigo. Finalmente, me contrató e hice algunos trabajos, incluso armas, para su empresa. Nunca me explicó qué era el Trono de Hierro y yo nunca pregunté. Con franqueza, no me importaba.

»Solía vivir aquí, en estos mismos túneles; bueno, éstos son nuevos, pero residía en túneles cerca de aquí. Antes de que nos encontráramos con el lago, otras cuadrillas habían hallado hierro, mucho hierro. Reiltar me emborrachó y me hizo hablar de los viejos tiempos; me hizo llorar. Supongo que pensó que le había revelado un gran secreto. Me trajo de vuelta aquí, encadenado para que trabajara para él, quizá temeroso de que reclamara el hierro para mí o en nombre de un clan que hacía tiempo que se había marchado, sin mí, a las tierras de la Piedra de Sangre. Yo no hubiera dado ni un pedazo de estiércol por la mina; podría haberse quedado con todo el hierro. Yo estaba en Sembia y, aunque no me gustaba mucho, tan seguro como que un gnomo es curioso que no quería volver aquí.

—¿Ese Reiltar es el jefe del Trono de Hierro? —preguntó Abdel, finalmente.

—¿Qué estás haciendo aquí, chico, si no sabes eso?

—¿Dirige la banda desde Sembia?

El enano no respondió, sólo sonrió.

—¡Abdel! —gritó Jaheira. Él levantó la vista y vio que la mujer corría hacia ellos desde la luz del final del túnel—. Aquí estáis.

—Jaheira —dijo él, sonriendo, también contento de verla. Se habían separado en lo más duro de la lucha, y Abdel había confiado su seguridad a un grupo de enanos, que, por lo que se veía, habían cuidado mejor de ella de lo que él lo había hecho en los últimos diez días.

—Quizá tengo algo —dijo Jaheira—. He visto un emblema en las cajas de suministros y de herramientas, y en uno de los carros. Todo esto viene de los Siete Soles, una cofradía de vendedores ambulantes de la que ya sospechábamos.

—¿Quiénes? —preguntó Yeslick. Abdel sonrió cuando Jaheira se ruborizó.

—Son de Puerta de Baldur —añadió Jaheira.

Abdel suspiró.

—Estamos bastante cerca para echar un vistazo, pero nuestro nuevo amigo, Yeslick, me ha dicho que estamos buscando a un hombre llamado Reiltar, y está en Sembia, no en Puerta de Baldur.

—¡Oh, no! —protestó Yeslick—. Reiltar nunca ha estado aquí. Tiene un hombre, que no sé cómo se llama, en Puerta de Baldur.

Puerta de Baldur.

Abdel y Jaheira cogieron un desvencijado transbordador en la orilla meridional del río Chionthar. A Abdel no se le ocurrió preguntar a Jaheira si en alguna ocasión había llegado tan al norte, pero cuando la mujer vio por primera vez la ciudad que se extendía por la orilla septentrional del ancho río, se quedó boquiabierta. Había algo en la expresión de la hermosa cara de la semielfa que conmovió a Abdel; podía ver a la niña pequeña que llevaba dentro.

Habían caminado durante cuatro días y medio, y en ese tiempo no habían vuelto a estar tan juntos como en el riachuelo, cuando se abrazaron con fuerza tanto para combatir el frío y la locura como por el deseo de tocarse. Jaheira había llorado la muerte de su marido y, sorprendentemente, también la de Xan con igual intensidad. Abdel nunca había viajado con otra persona durante mucho tiempo y no conocía a casi nadie desde hacía tanto como a Jaheira. En el pasado, había luchado con hombres que murieron —en realidad, tan cerca de él que la sangre lo había salpicado repetidas veces—, pero no se había sentido afligido por ninguna de esas muertes. La muerte de Gorion lo había cambiado todo. Abdel solía gozar con la muerte; disfrutaba matando. Era más que un símbolo de victoria o una simple vuelta de la gran rueda de la vida. Pero en ese momento se daba cuenta del dolor que causaba y confiaba en ser capaz de matar tan fácilmente como antes cuando fuera necesario, aunque estaba seguro de que no le resultaría tan sencillo incluso en el caso de que fuera prescindible.

Cuando Abdel, finalmente, se fijó en la ciudad que se extendía al otro lado del agua gris, se sintió tan asombrado como la primera vez. Ciertamente, no era la ciudad más bonita del mundo. Nunca había estado en Aguas Profundas, pero sabía que ésa no era la Ciudad de los Prodigios, no era Myth Drannor ni Karsus y ni siquiera podía compararse con Suzail y Calimport. Sin embargo, después de pasar dos meses en las decrepitas ciudades de la costa de la Espada... bueno, Puerta de Baldur no era Aguas Profundas, pero le daba mil vueltas a Nashkel.

El transbordador se bamboleaba violentamente en las frías aguas, y Abdel gruñó al notar una desacostumbrada sensación de náusea en su estómago, que normalmente era de hierro. El balanceo se debía más a la incompetencia del barquero que a las corrientes o al viento.

—¡Barquero! —gritó Abdel al frágil y anciano hombrecillo que manejaba la caña del timón.

Los seis hombres más jóvenes que impulsaban los remos ni siquiera levantaron la mirada. Había muy pocos pasajeros, y entre éstos se incluía un buey que despedía un olor bastante desagradable. El barquero no hizo ningún movimiento que indicara que

había oído a Abdel, y éste se acercó a él, zigzagueando por la cubierta que cabeceaba.

—Barquero —dijo de nuevo, y esa vez el anciano le lanzó una mirada de irritación.

—Llegaremos, llegaremos —graznó—. ¿Por quién nos tomas? ¿Por una banda de golems?

—¿Quieres que te eche una mano, anciano? —se ofreció Abdel.

—Ya puedo solo, chico —bufó el hombre—. Sólo soy viejo, me duele la rodilla y todo me importa un rábano.

Abdel se echó a reír y, por un segundo o dos, el anciano pareció ofendido, pero después unió sus risas a las de Abdel, hasta que le sobrevino un acceso de tos. El barquero se apartó y dejó que Abdel tomara el timón.

—Si quieres, gobierna el transbordador, hijo —le dijo, sentándose rígidamente sobre un viejo barril clavado a la cubierta—. No digo que no.

Era la primera vez que Abdel gobernaba un transbordador y le sorprendió la fuerza que debía ejercer para mantener la nave en el rumbo correcto, y mucha más para que no se moviera demasiado. Se extrañó de que el anciano pudiera hacerlo. Jaheira, que estaba a su lado, se pasó los dedos por los cabellos y éstos flotaron libremente en la fría brisa.

—Es sorprendente —dijo, y Abdel asintió antes de que ella continuara— que alguien pueda vivir en ese muladar.

Esto cogió a Abdel por sorpresa.

—Entonces, no crees que es...

—¿Repugnante? —acabó ella—. Y mira el puerto. ¿En qué estarían pensando, en nombre de Umberlee? ¿Cómo podrían defender la ciudad?

—Este río constituye una convincente muralla —respondió Abdel, débilmente. En realidad, nunca había considerado Puerta de Baldur desde un punto de vista táctico.

La ciudad estaba situada en un punto del ancho río en el que las aguas torcían bruscamente al norte para después continuar su camino hacia el mar de las Espadas. Pese a que ya habían cruzado el río en su mayor parte, el viejo barquero seguía apremiando a Abdel, y éste mantenía el transbordador cerca, aunque no demasiado, de la rocosa orilla, que entonces quedaba a su derecha, al tiempo que se aproximaban al animado puerto. La curva del río formaba una especie de bahía, y la ciudad también se arqueaba, siguiendo la bahía y dibujando una tosca forma de herradura. La mayor parte de la ciudad estaba rodeada por una alta muralla que nunca dejaba de impresionar a Abdel. El número de albañiles necesarios, el tiempo, los recursos y todo en general daban fe del poder de los gobernantes de la ciudad, unos gobernantes que, como él, eran mercenarios, o lo habían sido.

Pocos edificios de la ciudad tenían más de dos pisos; la mayoría eran tiendas con

apartamentos encima. Había casas y casas adosadas, pegadas unas a otras. El aire que envolvía la ciudad estaba impregnado del humo de los innumerables hogares. Años de humo habían manchado lo que en otro tiempo había sido un pálido color blanco; entonces presentaba una tonalidad gris oscuro. En ese mar de estructuras achaparradas, de vez en cuando, sobresalía un edificio singular. Aunque estaba situado en el distrito más septentrional de la ciudad, Abdel podía distinguir las puntas de las tres torres del palacio ducal. La pronunciada bóveda del Templo de Gond — llamado también el Santuario de los Milagros— tapaba las otras cuatro torres. Hacia el oeste, sobresaliendo de una isla de tabiques de ladrillos y conectada a la ciudad por un sólido puente de piedra, se veía la Torre Marítima de Baldur, una fortaleza de torres altas y redondas, unidas por un elevado muro poblado de almenas. Era allí donde los protectores de la ciudad, una compañía de mercenarios llamada el Puño Llameante, vigilaba el animado puerto.

Y, realmente, estaba animado. Abdel contó treinta barcos mercantes de gran tamaño, atados a los muelles o anclados en aguas profundas, antes de darse por vencido. Dos barcos zarpaban, con sólo unas pocas velas desplegadas, avanzando lentamente entre el tráfico de barcas más pequeñas. Al menos, un barco enorme entraba despacio a puerto.

El transbordador pasó ante la torre más meridional, y Jaheira la contempló con mirada ambivalente. Dos soldados se asomaron por un lado y los observaron desde arriba; sus caras eran sólo dos puntos pálidos contra el cielo gris. Abdel distinguió la fina línea de una lanza.

El corazón de Abdel se desbocó al contemplar los primeros edificios de los muelles. Después de todo lo que habían pasado —mucho más que lo que había experimentado en su vida como mercenario—, Abdel anhelaba la sensación de normalidad que podía proporcionarle una ciudad como ésa. Allí podría darse un baño, dormir en una cama, beber una jarra de cerveza y degustar una verdadera comida de carne condimentada y verduras asadas. Sólo pensarlo se le hacía la boca agua.

—¿Dónde se ubica la cofradía de los Siete Soles? —preguntó Jaheira al viejo barquero. Abdel casi había olvidado por qué estaban en Puerta de Baldur.

—¿Siete Soles? —dijo el barquero—. Sí, he oído ese nombre. ¿Qué debe de ser?

—¿Un almacén? —inquirió Jaheira—. ¿O quizás un muelle?

—Creo que sí —dijo el anciano, gravemente—. ¿Ves ese primer muelle, el grande, con todos esos otros muelles más pequeños que salen de él?

Jaheira asintió.

—Bueno, pues ése no es.

Jaheira se volvió hacia el anciano y esbozó una sonrisa inquietantemente desprovista de humor.

—Te he hecho una pregunta muy simple, barquero.

—Yo no soy un guía turístico, señorita —le espetó el barquero. Después se volvió hacia Abdel y añadió—: Llévanos a ese primer muelle, hijo, y así podré perder de vista a las mujeres.

Jaheira suspiró y siguió observando la ciudad mientras Abdel ayudaba al viejo barquero y a su tripulación a maniobrar la barcaza hasta el atracadero. Un tramo de escalones medio desmoronados subía hasta el muelle. Cuando Abdel se dispuso a desembarcar, el anciano levantó una mano para detenerlo, y la visión resultó verdaderamente cómica.

—Espera un momento, hijo —dijo—. Primero quiero librarme de esa vaca pestilente.

Jaheira lanzó al hombre una mirada asesina, y se ruborizó al darse cuenta de que el anciano se refería al buey.

Alguien escupió a Jaheira mientras caminaban entre la multitud que atestaba las calles, de camino a la taberna La Canción del Elfo. El culpable fue muy rápido y conocía las calles, por lo que se escabulló antes de que Abdel pudiera matarlo, y lo hubiera hecho. Jaheira se lo tomó con calma, y esto sorprendió, y hasta cierto punto decepcionó, a Abdel.

—Es porque soy amniana —intentó explicarle Jaheira—. El Trono de Hierro se está saliendo con la suya, aunque poco a poco.

Las expresiones de la gente no dejaban lugar a dudas que en el caso de tener que tomar partido muchos apoyarían al hombre que la había escupido. Abdel la tomó por su suave codo y la condujo más rápidamente por las calles. Cuando, finalmente, cruzaron el umbral de la vieja y venerable taberna que había visitado tantas veces, el mercenario dejó ir un suspiro de alivio.

La Canción del Elfo era una institución en Puerta de Baldur, un lugar donde tipos como Abdel podían encontrar trabajo, y donde las personas que contrataban a tipos como Abdel iban a buscarlos. Aventureros y buscadores de tesoros llegaban allí en busca de información, los ladrones iban para esconderse y gastar el fruto de sus robos, se intercambiaban noticias, se cerraban tratos, se rompían corazones y se destrozaban narices. Abdel se quedó quieto en la entrada, respirando la atmósfera del local y saboreando la tangible sensación de comunidad y familiaridad, hasta que se percató de que Jaheira lo miraba de manera rara.

—Se está bien aquí —le dijo—, ya lo verás.

Ella se encogió de hombros. No quería creerlo. Abdel advirtió que tenía círculos negros bajo los ojos. Jaheira llevaba días sin dormir y aunque el agotamiento apenas afectaba a su belleza, Abdel temió que fuera a desmayarse allí mismo.

—Necesitamos comer algo —dijo—. Mandaré recado a mi amigo y podemos esperarlo mientras comemos un filete, pan recién horneado y la mejor cerveza de la costa de la Espada, bueno la segunda mejor, porque no hay que olvidar El Brazo

Amistoso.

Jaheira forzó una sonrisa y apretó su mano con una despreocupada familiaridad, lo que hizo que el corazón de Abdel latiera más rápido y al mismo tiempo le doliera. El mercenario le devolvió la sonrisa y la condujo a una mesa; después atravesó la sala atestada, aunque no excesivamente ruidosa, hasta la larga barra. Entregó al tabernero una moneda de oro —casi la última que le quedaba de las que había ganado echando pulsos contra mineros y soldados amnianos— para que enviara el mensaje y pidió bebidas y comida, tras lo cual volvió junto a Jaheira.

—¿Ese amigo tuyo conoce la cofradía de los Siete Soles? —pregunto Jaheira.

—Si esa cofradía de vendedores ambulantes opera en la Puerta, o si pasan por aquí ocasionalmente, Scar los conocerá —le aseguró Abdel.

—¿La Puerta? —inquirió ella.

Abdel rió.

—Así es como los de aquí llaman a la ciudad —le explicó—. Deberías usarlo, y quizá cambiarte de ropa para evitar que te escupan por la calle por ser de Amn.

—Yo no me escondo —replicó ella, y su voz sonaba adecuadamente ofendida.

—¿No? —preguntó Abdel, y sonrió ampliamente.

—Abdel, yo... —Jaheira se sonrojó, y cuando él le acarició la mejilla con el dorso de la mano, ella se inclinó para recibir la caricia y sonrió—. Khalid y yo somos... éramos...

Se interrumpió cuando Abdel le tapó la boca con su mano. Jaheira se detuvo más por la sorpresa que por otra cosa, y se dio cuenta de que la atmósfera del lugar había cambiado. Reinaba un silencio sepulcral, excepto por el repiqueteo de una contraventana a causa del viento y por una voz de mujer. Gentilmente, Jaheira apartó la mano de Abdel de su boca y la sostuvo. Recorrió con la mirada la sala, intentando localizar la fuente de esa voz etérea, pero no vio a ninguna mujer entre los parroquianos, que se habían quedado callados y pensativos.

—¿Quién...? —empezó a preguntar; sin embargo, Abdel le tapó la boca de nuevo. Esa vez Jaheira frunció el ceño, pero cuando él sonrió amablemente y levantó los ojos hacia el desnudo techo de madera, se dio cuenta de qué pasaba.

La voz era el sonido más hermoso que Jaheira había oído nunca. Era una mujer sola, que entonaba una canción que no estaba formada por notas y sonidos, sino por los ritmos del corazón y el alma. El lenguaje era élfico, pero un dialecto que Jaheira no había podido identificar aunque hubiese querido, y ella no quería. De algún modo sentía que sería un crimen poner palabras a esa canción, convertir esa combinación perfecta de sonidos y vibraciones en la vil y brutal barbarie del lenguaje hablado.

Sin duda, esa mujer invisible —acaso un fantasma— no conocía a Jaheira, pero su canción hablaba de Khalid, de cómo la miró cuando se conocieron, de las palabras que dijo en su noche de bodas, y también de las épocas tristes, de las aventuras, las

mentiras y las sutiles humillaciones. Una lágrima resbaló por la mejilla de Jaheira, después otra, y Abdel las secó suavemente con la punta de su gran dedo calloso.

La canción se evaporó en la nada de la que había surgido, y Jaheira se hundió en la silla. Las conversaciones renacieron en la sala y, cuando la taberna había recuperado más o menos la normalidad, el tabernero se acercó a su mesa con un fino vaso de vino de plata.

Se lo ofreció a Jaheira con una sonrisa cómplice, y señalando sus orejas puntiagudas.

—Un vaso alto de elverquisst a cuenta de la casa —dijo.

Abdel dirigió una inclinación de cabeza al tabernero, y Jaheira se limitó a alargar el brazo y coger el vaso. Lo miró, y las lágrimas fluyeron libremente.

—Es una tradición —le explicó Abdel—, cuando un elfo oye a la dama cantar por primera vez.

—Yo sólo soy... —dijo ella, pero se interrumpió con un sollozo.

—Eso no importa —repuso Abdel, mientras ella bebía a sorbos el dulce vino de los elfos.

Abdel se quedó pasmado por lo rápidamente que Scar se presentó en La Canción del Elfo. Pareció como si su amigo lo hubiera estado esperando.

No era necesario ser un guerrero curtido para darse cuenta de que Scar era justamente eso. Todo en él demostraba que tenía tras de sí numerosas batallas y numerosos puestos de mando. Él y Abdel se abrazaron, y aunque, cuando entró, Jaheira pensó que era un hombre imponente, al lado de Abdel era sólo un hombre. Scar parecía feliz de ver a Abdel, feliz y aliviado.

—Abdel, viejo pirata —lo saludó—. ¿Dónde has estado?

La sonrisa se borró rápidamente del rostro de Abdel.

—He enterrado a Gorion —dijo.

La sonrisa de Scar también desapareció.

—Lamento oír eso, amigo mío. Gorion era... bueno... —A Jaheira la sorprendió que el simple encogerse de hombros de Scar consolara a Abdel.

—Siéntate —le dijo Abdel, y condujo a Scar a la mesa, que entonces estaba llena de platos vacíos que habían contenido filetes, vasos de vino y jarras de peltre.

—¿Lleváis mucho tiempo viajando? —preguntó Scar en tono de chanza, mirando el desorden en vez de sentarse.

—Toda una vida —respondió Abdel—. Jaheira, éste es mi buen amigo, que se hace llamar Scar. Si te pregunta si quieres ver por qué se llama así, por favor, di que no, o dejará de ser mi amigo. —Era la torpe manera de Abdel de decir a Scar que Jaheira era más que una compañera de viaje o una compañera de armas.

—Scar —dijo Jaheira. Quería ponerse de pie y sabía que sería grosero no hacerlo,

pero estaba demasiado exhausta—; por favor, siéntate con nosotros.

—En realidad, pensaba que podríamos ir arriba —dijo Scar, volviéndose hacia Abdel.

—¿Bastará con una vela? —preguntó Abdel, y se refería a la costumbre de La Canción del Elfo de alquilar habitaciones privadas en el piso superior el tiempo que tardaba una vela en consumirse.

—Ya lo he arreglado —dijo Scar, indicándoles una de las oscuras escaleras de caracol que Jaheira había tomado por columnas. Abdel la ayudó a levantarse, y los dos siguieron a Scar por los estrechos y traicioneros escalones. Se sentaron a una pequeña mesa rodeada por una rica cortina bordada. En el centro de la mesa, ardía una pequeña lámpara de aceite; emitía una difusa luz roja que hacía parecer a Jaheira un poco menos pálida. Sólo sentarse, el semblante de Scar se puso serio.

—Tu mensaje decía que necesitas información, y mi ayuda.

Abdel supo que era el momento de hablar seriamente y sin tapujos.

—Necesitamos información sobre una cofradía de vendedores ambulantes que creemos que opera en la Puerta. Se hacen llamar los Siete Soles.

Scar clavó la mirada en su amigo, y no dijo nada durante mucho rato. Cuando Abdel arrugó la frente impaciente, Scar suspiró.

—¿Por qué? —preguntó.

—Creemos que están relacionados con un grupo, quizás una facción escindida de los zhentarim.

—Quizás una banda de mercaderes de Sembia que se hace llamar el Trono de Hierro —Jaheira interrumpió.

—El Trono de Hierro —siguió Abdel— está saboteando las minas de hierro de Nashkel y de otros lugares, y Jaheira y los Arperos creen que pretende iniciar una guerra.

Jaheira le miró con severidad, y él le devolvió la mirada con una sonrisa satisfecha. No era un niño imberbe y reconocía a una mujer de los Arperos cuando se enamoraba de ella.

—Por Torm y sus... —dijo Scar. Se restregó las manos por la cara con una expresión tan cansada como la de Jaheira—. Los Siete Soles no es únicamente una agrupación mercantil que trabaja en la Puerta. Son una importante fuerza en la estructura de poder de la ciudad. Es la primera vez que oigo mencionar ese Trono de Hierro, pero he estado preocupado, muy preocupado, por los Siete Soles estos últimos diez días.

—¿Qué has oído? —le preguntó Abdel.

—Los Siete Soles son como cualquier otra cofradía mercantil que uno de nosotros haya tenido que proteger con la espada, amigo mío. Se dedican a... lo que quiera que se haga hoy en día para acumular oro. Esto no los convierte en personas muy

altruistas, pero ciertamente las hace predecibles. Durante los últimos... (bueno, no estoy seguro desde cuándo) han descuidado demasiadas de sus habituales actividades comerciales, rutas que siempre les daban beneficios seguros. A través de canales apropiados, todo de forma muy directa, les preguntamos si algo iba mal. Jhasso, el hombre que dirige los Siete Soles y que es muy conocido aquí, nos dijo en términos muy claros que no metiéramos las narices en sus asuntos.

—Pero los asuntos de la Puerta son vuestros asuntos, ¿no? —preguntó Abdel.

—Desde luego —respondió Scar—, pero intenta decirle eso a Jhasso. Es como si hubiera perdido la habilidad para jugar al juego. Ya sabes, ese juego que tanto odiamos.

—Política —contestó Abdel, con un suspiro.

—Exactamente —dijo Scar. Y prosiguió—: He aprendido que esa temible palabra que empieza por «p» tiene una cierta utilidad, pero en este caso es un estorbo. No puedo encontrar nada que haga Jhasso que vaya claramente en contra de los intereses de los duques, del Puño Llameante o de los ciudadanos de la Puerta. Tengo las manos atadas. No puedo empezar ninguna investigación oficial, a menos que vosotros hayáis traído pruebas de que sabotean las minas.

El guerrero los miró esperanzado, y Jaheira tuvo que apartar la mirada. Abdel suspiró y dio un fuerte puñetazo en la mesa.

—Bueno —dijo Scar, comprendiendo la respuesta a su pregunta—, siempre hay alternativas.

—Dime cuáles son —dijo el mercenario, y sonrió ampliamente.

—Esperad, esperad —dijo Jaheira débilmente, levantando una mano—. No he venido hasta aquí para acabar en una mazmorra. Si ese Jhasso tiene tan buenos contactos como dices y nosotros empezamos a husmear para buscar... lo que andemos buscando, y no podemos probar lo que sabemos, ¿quién nos dice que no acabaremos entre rejas?

Abdel rió, y Scar pareció sólo incómodo.

—El Puño Llameante —explicó Abdel a Jaheira— es una compañía de mercenarios con un largo y respetado historial. Han asumido el papel de... bueno, de todo en la Puerta: vigilancia de la ciudad, ejército, carceleros.

—¿Y? —lo apremió Jaheira.

—Y aquí te presento a su segundo en el mando —dijo Abdel señalando a Scar.

—Éste es —dijo Jaheira— el emblema que reconocí en las cajas y los carros.

Abdel asintió y miró atentamente el gran almacén a la luz crepuscular, rápidamente menguante. Scar les había indicado dónde encontrar el lugar y ellos habían esperado en la concurrida calle a que el gentío se dispersara después de caer la tarde. Jaheira intentaba disuadir a Abdel de irrumpir en el lugar por las buenas.

—Tu amigo Scar quiere información que le sirva para derribar el Trono de Hierro —dijo ella—. No creo que quiera ver cadáveres esparcidos por su hermosa ciudad.

Abdel gruñó y le tocó el brazo, después, señaló una puerta lateral del almacén que se veía desde donde estaban. Un sudoroso grupo de carreteros salieron del edificio, hablando y riendo entre ellos. Se alejaron juntos, probablemente hacia una de las numerosas tabernas del puerto, hasta que desaparecieron de su vista.

El almacén de los Siete Soles estaba construido sobre un largo y ancho muelle de piedra. Sólo se diferenciaba de una docena de otros edificios similares porque era el mayor. El símbolo que Jaheira había reconocido estaba pintado de un llamativo color rojo en el lado más corto de la estructura de ladrillos que formaba un tosco rectángulo. El emblema medía dos metros y medio de alto, y Abdel se sintió un poco ridículo por haber tenido que preguntar a Scar cómo encontrar el lugar. Quizás el Trono de Hierro era una organización secreta, pero los Siete Soles, desde luego, no.

Además de la puerta de madera torcida, Abdel y Jaheira podían ver un puñado de grandes ventanas, todas ellas protegidas por gruesos barrotes de hierro.

—No será nada fácil entrar —dijo Jaheira.

Abdel gruñó de nuevo y asintió. Estaba ansioso por empezar la acción, pero sabía que tenían que esperar a que oscureciera.

—Ésta es la primera vez que hago algo semejante —le confesó Jaheira. Abdel la miró confundido, y entonces ella le explicó—: Quiero decir que nunca me he colado en un edificio. ¿Esto se considera robar, no? Ahora somos ladrones.

Abdel sonrió y se encogió de hombros.

—Ahora somos espías —dijo.

—¿Qué crees que encontraremos ahí dentro? —preguntó la mujer.

—Carretillas y cajas llenas de mineral de hierro —respondió Abdel—. Y quizás algo de esa poción que reblandece el mineral...

Jaheira se permitió reír con ganas por primera vez en muchos días.

—Sí, con unas etiquetas enormes que digan: «poción que reblandece el hierro. Fabricada en Puerta de Baldur por el Trono de Hierro...».

—«Para satisfacer sus necesidades de ablandar mineral» —terminó Abdel, y los dos se echaron a reír.

—¿Cómo supiste que soy una mujer de los Arperos? —preguntó ella, rompiendo

la atmósfera durante un segundo, antes de que Abdel se echara a reír de nuevo—. No, lo digo en serio. Podría tener problemas si... bueno, se suponía que tú no debías saberlo.

—Por favor, Jaheira —dijo Abdel—, tú no eres la primera mujer de los Arperos que he conocido. Vosotros no sois tan secretos como... como el Trono de Hierro, por ejemplo.

Ello le miró fijamente; se sintió primero sorprendida, luego ofendida, después horrorizada y, de nuevo, divertida en una fracción de segundo. Sonrió.

—Creí que éramos muy reservados —dijo.

—Dijiste que teníais una misión —le explicó Abdel—, y los demás sólo buscábamos trabajo.

Jaheira ahogó un grito al oír esa última afirmación y golpeó suavemente su musculoso brazo con uno de sus pequeños puños.

—Ese mago loco y el halfling eran agentes zhentarim —le recordó a Abdel—. También tenían una misión, te lo aseguro.

—Muy cierto —convino él, y añadió melancólicamente—: y el mago aún tiene mi daga. Gorion me la regaló. Pienso matar a esos dos.

—Estoy segura de que lo harás —dijo Jaheira—. Yo no trataré de detenerte, si es eso lo que quieres decir.

Abdel esbozó una sonrisa forzada. Se sentía decepcionado. Empezaba a depender de Jaheira para hacer justamente eso.

La noche cayó sobre Puerta de Baldur y ninguna luz se filtraba por las ventanas con barrotes del gran edificio.

—Ya no hay nadie —dijo Abdel—. Parece vacío.

—Deberíamos entrar.

Abdel siguió a Jaheira, y ambos cruzaron la calle cogidos del brazo para evitar sospechas, como dos jóvenes enamorados que estuvieran dando un paseo nocturno a la orilla del río. Llegaron a la puerta lateral, y Jaheira probó el tirador de hierro oxidado.

—Cerrada —siseó.

Abdel la apartó gentilmente a un lado y asió el tirador. Se apoyó con toda su fuerza contra la puerta, y ésta se abrió hacia dentro con un crujido demasiado ruidoso. Abdel sonrió a Jaheira, quien vio sus dientes blancos en la oscuridad.

—Abdel Adrián, el rey de los ladrones —dijo.

Estaba a punto de reír, pero la sonrisa se le heló. Ella había usado ese nombre: Abdel Adrián. La primera y única vez que lo había oído había sido en El Brazo Amistoso, cuando conoció a Khalid, y parecía que había pasado una eternidad. En aquella ocasión, no le había dado importancia, pero al oírlo de nuevo, después de

todo lo que había pasado, por alguna razón se sintió dominado por un vago temor sin nombre, como si su corazón estuviera de pronto hundido en el lodo.

Él no podía verle la cara claramente en la oscuridad, pero la mujer ladeó la cabeza. Abdel negó lentamente con un gesto y sonrió de manera forzada. Acababa de abrir la puerta de lo que podía ser la guarida del Trono de Hierro; no era el momento de iniciar una conversación. Decidido a preguntarle por su nombre tan pronto como hubieran acabado allí, empujó poco a poco la puerta.

Dentro reinaba la más completa oscuridad. Jaheira le puso la mano sobre el hombro, y él sintió su cálido y familiar tacto. A continuación, se inclinó hacia ella para acercar su oreja lo más posible a sus labios.

—Puedo ver —le susurró.

Abdel asintió. Jaheira era medio elfa y había heredado la facultad de ver en la oscuridad. Abdel se sintió un poco mejor al saber que al menos uno de los dos veía, pero aún se encontraba en clara desventaja. Si avanzaba a tientas en la oscuridad tenía la misma probabilidad de herir, o incluso matar, a Jaheira con un golpe de su sable mal dirigido que de dar a un miembro del Trono de Hierro. Cerró los ojos con fuerza y después parpadeó, esperaba que sus ojos se acostumbraran y que pudiera ver algo. La cosa mejoró un poco, pero él seguía preocupado.

Jaheira pasó por su lado y se introdujo silenciosamente en una gran sala. Todo el edificio debía de ser sólo esa sala. Abdel la siguió enseguida, y ella alargó su mano y cogió la de Abdel. Al mercenario no le gustaba nada estar tan cerca de la mujer y sin las dos manos listas. Intentó retirarla, pero ella la agarraba con fuerza. Él le devolvió el apretón con nerviosismo e hizo un esfuerzo por confiar en ella.

Jaheira lo guió poco a poco por el edificio, zigzagueando para evitar grandes cajas de madera apiladas que para los ojos humanos de Abdel sólo eran enormes montones negros. Por lo que sabía, podía haber cien hombres con ballestas rodeándolos en la oscuridad, a la espera de tener claramente a tiro sus cabezas. Esa pila de cajas en una esquina podía ser algo o alguien al acecho. Abdel sintió deseos de desenvainar su espada y empezar a dar sablazos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener las manos alejadas del pomo, y agarró con más fuerza la mano de Jaheira para ayudarse. Ella le devolvió el apretón.

La mujer se detuvo de repente.

—¡Chsss! —dijo, con voz apenas audible.

Abdel sabía que no estaba haciendo ningún ruido, por lo que supo que no trataba de decirle que guardara silencio; lo estaba alertando de algo. Abdel abrió los ojos lo más que pudo, intentando absorber la más mínima partícula de luz que le permitiera ver. Jaheira no se movió, y Abdel cerró los ojos de pura frustración. Al hacerlo, oyó el ruido. Al principio, era tan débil que pensó que venía de fuera, de la cercana calle que estaba casi vacía. Unas voces masculinas profundas y resonantes, amortiguadas

por alguna estructura intermedia, reverberaban en la oscuridad.

Abdel se inclinó hacia la oreja de Jaheira y no se detuvo hasta que la punta de su nariz rozó su fragante cabello.

—¿Dónde? —siseó.

Jaheira no respondió, pero empezó a moverse de nuevo. Cogida de la mano de Abdel lo condujo hacia un muro que incluso él pudo distinguir. Al principio, Abdel creyó que sus ojos ávidos de luz le estaban jugando una mala pasada, pero ahí estaba: una fina línea de luz naranja que parpadeaba. Para entonces, las voces eran más fuertes, pero aún resultaban vagas y poco definidas. Las personas que hablaban intentaban no levantar el tono. Jaheira cambió de posición y reveló otra fuente de débil luz. Por el tamaño y la distancia al suelo, Abdel supuso que era el agujero de una cerradura. Jaheira tiró suavemente de él hacia abajo, y Abdel se dio cuenta de que quería que mirara por el agujero. Así lo hizo, y cogió con la otra mano la vaina de la espada para que no golpeará contra la cota de malla ni contra el suelo.

Parpadeó una vez y atisbó por el ojo de la cerradura. Desde esa perspectiva, bastante limitada, distinguió gran parte de la habitación que había al otro lado. El suelo era de madera, semejante al de la gran sala del almacén. Algo se movió, y el movimiento lo sobresaltó. Era un hombre o un elfo, aunque decididamente un humanoide. Sólo veía una silueta, pero creyó distinguir dos voces. La luz debía de provenir de una antorcha o de un fuego. Abdel sentía el calor en el ojo.

Las dos figuras conversaron un poco más, pero Abdel no sabía qué estaban diciendo. El lado de la figura que veía se desdibujó, y Abdel parpadeó. Era evidente que el esfuerzo de mirar por el pequeño agujero de la cerradura estaba afectando su vista. Cuando se retiró, oyó el sonido de pies arrastrándose; Jaheira le puso una mano en el hombro, y él la sintió tensa a su lado. Aunque deseaba desesperadamente enderezar el cuerpo, no lo hizo por miedo a que se produjera algún ruido. Los pasos se alejaban y había algo raro en cómo sonaban, aunque Abdel no pudo averiguar el qué.

—Pasos —le susurró Jaheira al oído. El sonido de los pasos alejándose se desvaneció rápidamente. Abdel ya no podía ver nada a través del ojo de la cerradura, aparte del suelo de madera y la luz anaranjada del fuego.

Se irguió lentamente y posó una mano en medio de la espalda de Jaheira. Se inclinó para decirle algo al oído, pero ella no tenía la cabeza vuelta hacia un lado, como él creía, y sus narices se tocaron. Ella ahogó una exclamación y se inclinó una pequeñísima fracción de pulgada hacia él. Abdel olvidó dónde estaba y qué estaba haciendo, y la besó.

Los labios de Jaheira eran cálidos, suaves y acogedores, y Abdel vio lucecitas que danzaban detrás de sus párpados cerrados. Sintió la mano de ella sobre su pecho y la abrazó con más fuerza. La boca de Jaheira se abrió un poco más.

En ese mismo instante una brillante luz refulgió en la oscuridad.

—Qué tierno —comentó una voz malhumorada.

Abdel empujó a Jaheira y desenvainó el sable en el tiempo que le llevó a la semielfa parpadear una vez y cerrar la boca. Los ojos de Abdel ardían y pensó cuánto peor debía de ser para los sensibles ojos de Jaheira, que veían en la oscuridad.

—¡Vivos! —ordenó la voz, y oyó pesados pasos de hombres abalanzándose sobre él. Abdel, aún cegado, mantenía los ojos firmemente cerrados contra esa luz que perforaba las pupilas. Blandió el sable en la dirección en que venía el sonido.

Un hombre se desplomó ruidosamente sobre el suelo, y Abdel trató de abrir los ojos. La luz aún era demasiado brillante, pero distinguió la silueta de un hombre bajito delante de él; estaba demasiado cerca. Abdel no tuvo tiempo de atacarlo con el sable antes de que la figura chocara contra su cuerpo.

—¡Muévete! —le gritó Jaheira, y Abdel de dio cuenta de que era ella quien lo había empujado. Dio tres rápidos pasos hacia atrás y notó que la frágil puerta de madera se abría a su espalda. Al atravesar el umbral, a Abdel se le aclaró lo suficiente la vista como para distinguir a dos hombres ratas, vestidos con harapos, pañuelos en la cabeza y malos tatuajes, que arremetían contra él con porras de madera. Empujó a Jaheira hacia un lado del umbral y levantó el sable, con la intención de cortarles a los dos la cabeza de un solo tajo.

En vez de eso, la puerta se cerró de golpe en sus narices, golpeando a un lado la punta de su sable. Jaheira pegó la espalda a la puerta y se afianzó sobre los pies. Los hombres del otro lado empezaron a aporrear la puerta.

A Jaheira se le escapaban las lágrimas de unos ojos inyectados en sangre y doloridos.

—Traba la puerta. Vamos al piso de abajo —dijo.

Abdel se limitó a encogerse de hombros. Todo lo que había en la habitación era un hogar de piedra tosca, en el que un fuego se extinguía lentamente, y una fina escalera de madera que conducía a la oscuridad del piso inferior. No tenía nada a mano con que trabar la puerta.

Jaheira suspiró y empezó a musitar las palabras de una plegaria. Abdel la miró fijamente, sintiendo la presión de cada segundo que transcurría tan despacio como si fueran horas. Los hombres del otro lado seguían aporreando la puerta y, después, se reclinaron contra ella para intentar que se abriera. Jaheira parecía preocupada, pero continuó con su cántico, y entonces cerró los ojos. Abdel oyó un crujido, primero débil, y después el fuerte ruido de la madera combándose.

—¡Están a punto de derribar la puerta! —la avisó Abdel—. ¡Apártate!

—Espera —dijo Jaheira—, he sido yo quien...

El líder de los hombres ratas pronunció claramente la palabra *ballestas*, y Jaheira se apartó de la puerta de un salto para caer en los brazos de Abdel. Las puntas de dos

flechas asomaron por el centro de la puerta donde la cabeza de Jaheira había estado apoyada sólo momentos antes. Esas dos flechas fueron seguidas por una tercera, y Jaheira no esperó a la cuarta. Cogió la mano de Abdel y bajó a toda prisa la escalera.

—Combé la madera para que se cerrara... —empezó a decir Jaheira, pero chocaron contra una extraña criatura humanoide de piel gris y lisa, y grandes ojos muertos, tan absolutamente desprovista de rasgos distintivos que la mujer gritó al verla. El ser siseó cuando Abdel levantó la espada, deslizándola junto a su fornido cuerpo en la estrecha escalera, y empezó a desdibujarse, hincharse y transformarse. De la nada aparecieron placas de acero y sus ojos se redujeron al tamaño humano; el gris oscuro adoptó rápidamente una tonalidad blanca, y el centro, un tono azul medio. Abdel descargó el golpe, el sable chocó contra una placa metálica y saltó una chispa. El ser gruñó y cayó de espaldas.

Abdel trazó un arco con el sable, y Jaheira se echó a un lado, tratando de dejar al fornido mercenario el sitio que necesitaba en ese reducido espacio. No obstante, no fue lo suficientemente rápida, y Abdel vaciló. La criatura recuperó el equilibrio, ya completamente transformada en un hombre con armadura y tabardo blasonado con el escudo del Puño Llameante, y huyó de ellos hacia la oscuridad. Abdel dio un paso adelante para seguirla, pero se detuvo al oír el estrépito de la puerta del piso superior al liberarse de los goznes. También se oyeron pies arrastrándose.

—¡Vámonos! —dijo Jaheira, y corrió tras el ser transformado.

Abdel vaciló de nuevo. Los hombres ratas estaban bajando la escalera, y él se volvió y puso un pie en el primer escalón. Sus ojos se encontraron con los del primer hombre que bajaba. El matón se detuvo en el acto, sorprendido de ver a Abdel tan cerca, con el sable desenvainado al frente y preparado para el ataque. Sus camaradas no se pararon tan rápidamente, porque no habían visto a Abdel, y sin querer empujaron a su compañero desde atrás. El primer hombre cayó sobre el sable de Abdel y dejó ir un débil gemido gorgoteante mientras la hoja lo ensartaba hasta la empuñadura de latón pulido. Su sangre se derramó sobre las manos de Abdel, y éste lo empujó hacia adelante tratando de liberar el sable.

—¡Abdel! —gritó Jaheira desde el corredor—. ¡Son demasiados!

A Abdel no le importaba cuántos eran; sólo quería arrancar a ése de la espada. Lo intentó empujándolo, pero los demás matones seguían haciendo presión y presionando el cuerpo de su compañero muerto contra la hoja. No podía moverse lateralmente en ninguna dirección, por lo que optó por moverse hacia atrás. Sólo dio un paso y medio, y su espalda chocó contra el muro de piedra.

—¡Abdel! —gritó Jaheira, con voz penetrante. Él aún no había podido liberar su sable.

Uno de los hombres ratas le disparó con la ballesta, pero Abdel tuvo suerte. La saeta de acero se clavó en el muro, muy cerca de su oreja derecha.

—¡He dicho vivos! —gritó enfadada la voz ruda.

Abdel aún intentaba liberar el sable cuando otro de los seres grises e indeterminados salió de la oscuridad a su derecha. El ser levantó una mano delgada de piel gris, y Abdel vio el brillo del oro del anillo que llevaba. La criatura le tocó la sien con sus fríos dedos, y el mercenario oyó claramente cómo la criatura murmuraba una sola palabra.

—Arde.

En la cabeza de Abdel explotó un dolor que nunca había sentido antes, y fue consciente de que sus codos se sacudieron hacia arriba con la fuerza suficiente para rajarse al hombre muerto desde el vientre hasta el hombro. Después, sólo hubo oscuridad, el ruido de pasos, el eco de voces y muchas manos que se posaban sobre él.

El simple acto de abrir los ojos desencadenó tal oleada de dolor en su cabeza que lamentó instantáneamente haberse despertado. Cerró de nuevo los ojos. Esa acción fue seguida de otra oleada de dolor, y después de una tercera al oír, muy amortiguada, la voz de Jaheira.

—¡Despierta, por el amor de Mielikki! ¡Abdel!

Intentó responder, pero abrir la boca le producía una auténtica agonía, y sólo logró articular un débil gemido.

—Abdel —le dijo Jaheira desde donde estaba—, estás vivo. —Su voz sonaba claramente aliviada.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó una voz extraña, que sonaba tan distante como la de Jaheira.

—¿Quién eres tú? —inquirió, a su vez, Jaheira.

Abdel abrió los ojos y esa vez el dolor fue menos intenso. Era una sensación parecida a la que sentía después de una noche de juerga bebiendo cerveza y otros licores, pero peor, mucho peor. La luz entraba a través de un ventanuco, un cuadrado de quizá treinta centímetros de lado; había suficiente claridad para que Abdel examinara el entorno.

—Maldición —masculló al percatarse de que se encontraba en una celda. Estaba encerrado como un animal.

—Yo he preguntado primero —replicó el extraño, receloso.

Abdel no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado en el suelo de la celda. Le habían arrebatado el sable y también la túnica de malla. Percibía su propio olor, y la garganta le quemaba por la sed. Había un cubo, pero su contenido era repugnante. No había agua, sólo un puñado de avena y una sólida puerta de madera, reforzada con bandas de hierro. El ventanuco estaba protegido con barrotes, que también eran de hierro.

—Abdel —gritó Jaheira, en apariencia desde otra celda—, di algo.

—Tengo sed —repuso en voz alta, y el desconocido se echó a reír.

—¿A mí me lo dices? —dijo—. Estos doppelganger son unos pésimos anfitriones.

—¿Doppelganger? —inquirió Jaheira.

Abdel había oído hablar de esos viles seres que podían cambiar de forma. Por lo que sabía, prácticamente gobernaban la ciudad de Aguas Profundas. Algunos estaban convencidos de que casi todas las ciudades y los reinos de Faerun tenían al menos un doppelganger en su estructura política, pero Abdel siempre se había reído de esas historias. Sabía que las personas podían ser malas sin necesidad de que las sustituyeran monstruos.

—Si sois doppelganger, no os estoy diciendo nada nuevo —dijo el hombre— y, si no lo sois, quizá podáis ayudarme a salir de aquí.

—¿Quién eres tú? —preguntó Abdel.

—Me llamo Jhasso. Yo era el jefe de todo esto.

Harold Loggerson, de Tiro de Arco, se cortó jugando con el hacha de su padre cuando tenía nueve años. Durante las tres semanas que tardó en curarse el corte no pudo sentarse, y le dejó una cicatriz larga y mellada, una cicatriz que pocos habían visto, pero que le proporcionó un nombre más adecuado que el de Harold para un jefe de mercenarios.

En los años que siguieron a ese corte —y a la regañina de su padre, incluso mientras su madre le suturaba la herida—, Scar había evitado las hachas. No era que lo asustaran, sino que lo hacían sentir incómodo. Dos años antes había matado a un soldado zhentarim mientras protegía una caravana que transportaba manzanas (y oro en bruto, escondido bajo las frutas, que había sido extraído de las colinas de la Serpiente de Soubar) a Puerta de Baldur. El zhentarim lo había atacado con una sólida y pesada hacha de mitril, decorada con oro, que volaba más lejos, más recto y con más rapidez cuando se la lanzaba que cualquier otra arma que Scar hubiese visto. Le costó mucho tiempo matar al zhentarim, y casi murió en el intento, pero al final Scar se hizo con el hacha.

Sólo la había mostrado a un hombre y nunca la llevaba en la batalla, ni por las calles de Puerta de Baldur. Practicaba con ella muy raras veces, y únicamente cuando estaba solo y era de noche. El resto del tiempo la guardaba en una caja de hierro, hecha por enanos, escondida debajo de la cama.

Scar levantó el hacha y la sopesó, después la hizo girar en la mano, con la palma izquierda ahuecada alrededor del extremo del mango de acero. Cuando cortaba el aire con ella parecía que cantaba, o quizás era el mismo aire que gritaba al ser cortado. Scar sonrió ante ese sonido, pero era una sonrisa teñida de tristeza. Su padre había muerto de un ataque al corazón mucho antes de que pudiera ver esa magnífica hacha en las manos de su hijo. Su padre se había sentido más turbado que decepcionado cuando el joven Harold expresó su deseo de hacerse soldado, y durante sus últimos ocho años de vida sólo habían hablado una vez. Su padre había sido un buen hombre, pero simple, con necesidades simples y deseos simples. En sus casi cincuenta años de vida nunca se había alejado más de medio día de marcha del villorrio que era Tiro de Arco. Harold —o Scar, porque en realidad eran dos personas distintas— había estado en Aguas Profundas, había yacido con una doncella elfa en el bosque Elevado, había escalado los montes de la Estrella, había navegado hasta las islas Moonshaes, había desollado una docena de lobos en el bosque de los Dientes Afilados y había sido azotado por las arenas ardientes del Gran Desierto del Anauroch.

«Debería volver a Tiro de Arco», se dijo entre dientes, pero después se rió en silencio de su sentimentalismo. «Por hoy ya basta», le dijo al hacha, y la depositó suavemente en la caja revestida de terciopelo.

Se oyó un golpe en la puerta, pesado y perentorio, y Scar se sobresaltó. Cerró la tapa rápidamente y ajustó el candado hecho por enanos.

—¿Quién es? —preguntó con tono brusco, aunque ya estaba acostumbrado a que lo despertaran a cualquier hora con nuevas y obligaciones urgentes.

—Abdel —respondió una voz familiar al otro lado de la puerta—. Jaheira está conmigo. Tenemos que hablar.

—Ya voy —dijo Scar, empujó la caja de hierro debajo de la cama, arregló la orilla de la colcha que su madre le había dado años antes, y se puso de pie. Cruzó el cuarto rápidamente y tiró del pesado pestillo de acero. Abrió la puerta y vio a un Abdel limpio y en plena forma. El rostro del joven mercenario estaba expectante, casi nervioso.

—Pasa, chico —dijo Scar—. No te esperaba hasta mañana.

Abdel lo saludó con una inclinación de cabeza y entró. Jaheira lo siguió, mientras evaluaba atentamente la habitación de Scar. Era una habitación simple, para un hombre cuyas necesidades se habían vuelto tan simples como las de su padre. En el hogar chisporroteaba un fuego que daba luz y calor. Había una cama ancha y una robusta mesa con tres sillas, aunque antes de una partida de dados, que aún no había olvidado, habían sido cuatro. Un escudo con el emblema distintivo del Puño Lameante colgaba sobre la repisa de la chimenea. El escudo estaba mellado y arañado por años de uso.

Scar les indicó con un gesto que tomaran asiento, pero ambos permanecieron de pie.

—Hemos estado en los Siete Soles —dijo Abdel.

—Vaya. ¿Habéis visto a Jhasso? —preguntó Scar.

—Sí. —La voz de Jaheira sonó a su espalda. No se había dado cuenta de que lo había rodeado—. Sí, lo vimos.

Scar entrecerró los ojos, se volvió y siguió con la mirada a Jaheira, mientras ésta continuaba recorriendo la habitación con pasos rígidos y vacilantes.

—¿Y? —inquirió.

—Y no tiene malas intenciones —le informó Abdel a su espalda. Scar se dio media vuelta para mirar a Abdel, y Jaheira se detuvo justo en el límite de su campo de visión. Instintivamente, Scar retrocedió un paso.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó.

Jaheira también retrocedió, y salió de su campo de visión. Abdel sonrió.

—¿Pociones para envenenar hierro? —respondió Abdel, burlón—. ¿Es eso lo que esperabas encontrar?

Scar se movió de nuevo hacia atrás y hacia un lado, y Jaheira, servicial, se puso donde él pudiera verla, en tanto Abdel daba lentamente tres zancadas hacia el lado de Scar.

—¿Qué esperabas encontrar, viejo? —le preguntó Jaheira con voz llena de siniestros presagios.

La frente de Scar se perló de sudor. Estaba desarmado. Vestido sólo con unos finos pantalones de lana y un blusón de algodón, se sentía desnudo.

—¿Qué pasa, Abdel? —preguntó. Pero, antes de obtener respuesta, afirmó—: Tú no eres Abdel.

El mercenario se detuvo, y Scar se volvió para mirarlo a la cara. Jaheira se movió imperceptiblemente detrás de él.

—Pues claro que soy Abdel —protestó el hombretón, mientras echaba mano, lenta y burlonamente, del sable que le colgaba a la espalda—, al menos por ahora.

Se oyó el chirrido de acero contra acero, y Scar supo que era Jaheira que desenvainaba su larga espada.

—¡Malditos seáis! —maldijo Scar, y se movió hacia un lado más rápidamente de lo que nadie hubiera esperado de un hombre de sus años y su corpulencia—. ¡A los Nueve Infiernos con vosotros!

Las espadas de Abdel y Jaheira chocaron en el espacio que, medio latido antes, había ocupado la cabeza de Scar. Abdel gruñó, y la mujer soltó un exabrupto cuando su espada se rompió limpiamente en dos. Abdel frenó el impulso descendente de su sable para no matarla, y ambos se volvieron hacia Scar. Para entonces, la espada de Jaheira no era más larga que una daga, y además plana, pero la hoja y el extremo mellado aún estaban afilados y resultaban mortales.

—¿Qué habéis hecho con ellos? —preguntó Scar, haciéndoles frente y con los pies muy separados—. ¿Habéis invadido sus cuerpos?

—¿Eso crees? —preguntó Jaheira, con un centelleo demoníaco en los ojos.

—Si lo hemos hecho y tú nos matas —añadió Abdel—, los espíritus de tus amigos se perderán...

Scar saltó hacia adelante sorprendiendo a los dos impostores, pero se recobraron rápidamente, y Abdel lanzó una sablazo rápido y tentativo que hizo retroceder a Scar de nuevo. El jefe de los mercenarios se dirigió hacia la puerta sin darles la espalda. Abdel se avanzó para bloquearla, y Jaheira fue en la otra dirección. Scar se apoyó contra la pared, mirando frenéticamente por la habitación. Los impostores trataron de seguirle la mirada, pero pronto desistieron.

Abdel sonrió aviesamente.

—¿Tienes miedo, viejo? —preguntó.

Scar tragó saliva ruidosamente.

—Matadme, si eso es a lo que habéis venido —le respondió.

—Pues claro que hemos venido para eso, idiota —siseó Jaheira—, pero primero tenemos que averiguar algo.

—¿Y creísteis que yo os lo diría? —preguntó Scar, con voz que expresaba

incredulidad. Seguía echando frenéticas miradas por toda la habitación sin fijarse en nada concreto, evitando especialmente la punta rota de la aún afilada espada de Jaheira.

—Podemos matarte con mil cuchillazos o con uno solo —le dijo Abdel.

—Así que si os digo lo que queréis saber, ¿me mataréis rápidamente?

—Sí —respondió Jaheira, manteniendo las distancias, aunque siempre en el límite del campo de visión de Scar.

—Si tuviera una moneda de oro por cada vez que me han hecho esa oferta, asesinos, tendría oro suficiente para contratar a Elminster para que me protegiera —dijo Scar, con ligereza.

Ni Abdel ni Jaheira lo encontraron divertido.

—Como desees —dijo Abdel, y parpadeó en dirección a Jaheira.

La mujer atacó al instante, y Scar trató de apartarse, pero ya estaba contra la pared. La parte posterior de la cabeza golpeó contra los bloques de piedra y rebotó en dirección al arco que dibujaba Jaheira. La punta mellada de la espada rota le hizo un profundo corte sobre el ojo izquierdo, y Scar siseó de dolor. Jaheira retrocedió tres pasos, sacudiendo la sangre de la punta de la hoja. Scar se llevó las manos a la cabeza. Estaba sangrando abundantemente y parpadeó para tratar de que la sangre no le entrara en el ojo. El cálido fluido escocía.

—Perra —le espetó Scar—. Te mataré por esto.

Jaheira hizo caso omiso.

—¿Por qué nos enviaste a los Siete Soles? —preguntó.

—¿Habéis matado a Abdel y a su mujer? —preguntó Scar a su vez.

Jaheira se abalanzó sobre él de nuevo, blandiendo la espada desde arriba hacia un lado. Esa vez Scar respondió al ataque. Jaheira tenía el brazo demasiado levantado y dejaba expuesta una porción excesiva de su cuerpo; Scar la embistió. Le agarró el brazo por abajo y aprovechó el impulso de la mujer para obligarla a dar una voltereta en el aire y tirarla con rudeza contra el suelo de madera. Scar vio cómo Abdel se abalanzaba sobre él y se lanzó de cabeza para coger la punta de la espada de Jaheira que estaba a pocos pasos en el suelo.

Jaheira emitió un gruñido de fiera, inhumano, y se giró para levantarse. Abdel tropezó con las piernas de la mujer y se desplomó cerca de Scar. El pesado sable se le desprendió de la mano y resbaló sobre el suelo; se detuvo al borde del hogar de ladrillos. Scar asió la hoja rota, haciendo caso omiso del dolor que le causaban los bordes afilados que se le clavaban en la mano. El jefe de los mercenarios se agachó de un salto y trató de coger la caja de debajo de la cama.

Abdel se puso de pie y recogió el sable.

—Mátalo ya —escupió Jaheira—. ¡Al diablo con el Trono de Hierro!

Scar oyó fuertes pasos y, al mismo tiempo, agarró el asa de piel basta de la caja de

hierro. Abdel lo atacó desde arriba con rapidez, y Scar giró sobre sí mismo para evitar la primera acometida del sable. La hoja se clavó profundamente en las planchas de madera, pero no se rompió. Scar dobló una rodilla hacia la barbilla y lanzó un puntapié. Abdel lo vio y saltó hacia atrás para que no le diera, aunque la patada no iba dirigida contra él. El pie desnudo de Scar se hundió en el lado de la caja de hierro, y ésta grabó profundos surcos en el suelo de madera al deslizarse por debajo del lecho. Scar no vio cómo se detenía. Jaheira le pateó la frente con un pie enfundado en una bota, y en la cabeza del veterano mercenario hubo una explosión de dolor y de luz. El sonido de su cabeza al chocar contra el suelo resonó en su cráneo y tuvo que luchar para mantenerse consciente. Sintió que la mujer le clavaba una rodilla en el pecho, y él levantó una mano para protegerse la cara. Jaheira le arañó la palma, que sangró, y el viejo mercenario siseó de nuevo. La atacó con la hoja rota, y el arma atravesó los gruesos pantalones de la mujer y se hundió en la pierna. Entonces, fue Jaheira quien siseó, y Scar se aprovechó de la momentánea debilidad de la mujer para quitársela de encima.

—¡Te dejaré sin una gota de sangre! —le gritó ella, pero Scar, haciendo oídos sordos a la amenaza, rodó hacia adelante y arriba, impulsándose con todo su peso y su fuerza. Tenía a la vista el pie de Abdel, y el impostor retrocedió de nuevo, pero como antes, Abdel no era su objetivo. Hubo una oleada de dolor blanco y cálido, y un agudo ruido de metal contra metal, cuando Scar golpeó el candado de hierro con la punta de la espada rota y la espada y el candado saltaron en pedazos al mismo tiempo.

Scar rodó sobre sí mismo, consciente de que había seguido la misma dirección demasiado rato, y su instinto era correcto. Abdel le asestó otro formidable sablazo desde arriba, pero sólo logró astillar aún más el suelo. Scar abrió la caja de un empujón y gruñó cuando un pedacito dentado de la hoja rota que todavía tenía clavado en su palma sangrante se hundió más profundamente.

Abdel atacó de nuevo con el sable y esa vez la hoja penetró en el musculoso muslo de Scar. El viejo mercenario gruñó de dolor y trató de gritar, pero no pudo porque se encontró con la pesada bota de Abdel sobre el pecho. El impostor lo empujó con violencia contra el suelo, pero eso lo ayudó a sacar la pesada hacha de la caja. Atacó dibujando un amplio arco e hirió a Abdel en la ingle. La sangre empezó a manar, y el joven mercenario se desplomó. El hacha seguía clavada en el cuerpo ya muerto, y a Scar se le escapó de la mano. Soltó un profundo suspiro, satisfecho de haber acabado al menos con uno.

Abdel chocó contra el suelo temblando, y cuando la cabeza del impostor quedó colgando sin vida, Scar se encontró cara a cara con un ser inhumano. Tenía una gran cabeza oval, con unos desproporcionados ojos sin ánima, y piel gris del color de la ceniza vieja. Vio cómo el hacha se desprendía del cuerpo sin vida de aquella criatura

y rodó para sentarse erguido.

Iba a decir algo —sus últimas palabras—, pero no tuvo tiempo. Sintió que el aire salía de sus pulmones a presión y se desplomó hacia atrás. La falsa Jaheira hundió la gran hacha de batalla en el pecho de Scar, que quedó atravesado y clavado al suelo de madera. Scar sintió cómo la sangre le gorgoteaba en la garganta y vio el brillo demoníaco en los ojos de la mujer; la cara de ella iba convirtiéndose poco a poco en la de él. Después sólo hubo oscuridad y eternidad.

Julius miró fijamente al frente, formó tres veces con los labios la palabra *cabo* y después dirigió al pasillo vacío una fatua sonrisa.

—Borra esa sonrisa de la cara, cabo —refunfuñó el sargento Maerik. Julius se sobresaltó y se ruborizó; no había visto ni oído acercarse al sargento. Maerik estaba frente a él apoyándose sobre las puntas de los pies para mirar a los ojos al joven cabo, que lo superaba en estatura. Sus narices casi se tocaban.

—¿Dónde estás, hijo? —le preguntó el sargento, tranquilamente.

—Señor —empezó a decir Julius. Después se interrumpió para tragar saliva; tenía la garganta seca—. Señor, en el palacio ducal, señor.

—¿En qué lugar del palacio ducal, cabo?

—Señor, en el ala residencial, señor.

—¿Te refieres a la zona donde vive el gran duque?

—Señor, sí, señor.

—¿Dónde vive el gran duque Eltan?

—Señor, sí, señor.

—¿El gran duque Eltan, que está a punto de afrontar una elección ducal?

—Señor, sí, señor.

—¿El gran duque Eltan, que tiene más enemigos que ningún otro hombre en la Puerta?

—Señor, sí, se...

—¡Pues despierta, idiota! —gritó el sargento.

Julius tensó el abdomen, concentrándose en contener la vejiga.

—Se... señor —tartamudeó—, s... sí, señor.

—Parece mentira que seas cabo —se burló Maerik; después se alejó por el pasillo y tomó un pasadizo lateral. Sus botas no hacían ningún ruido sobre el suelo de mármol.

Julius dejó ir un suspiro de alivio. Le habían asignado al palacio ducal hacía sólo una semana, y pese a que había estado en algunas batallas, incluso había combatido contra hombres ratas en las zonas más oscuras del muelle, ése era el deber más agotador al que se había enfrentado. No le preocupaba que un asesino pudiera infiltrarse hasta el corazón del palacio ducal, pero tenía miedo de que lo que acababa

de pasar se repitiera una y otra vez, las suficientes para perder su rango recién adquirido y ser degradado a soldado raso.

Se cambió la alabarda a la izquierda y se enjugó el sudor de la frente. Era tarde — o temprano— y notaba los párpados pesados, secos y cansados. Un leve sonido lo sobresaltó, y echó una rápida mirada al corredor en penumbra. Era sólo un ratón que huía hacia la oscuridad. Suspiró y se sobresaltó de nuevo cuando una pesada mano se posó sobre su hombro.

—La cabeza bien alta, soldado.

Julius lo reconoció al instante. Scar había dirigido el ataque contra los hombres ratas, y Julius había estado en la reunión en la que impartió las órdenes. También había luchado al lado de ese guerrero tan experimentado durante unos preciosos momentos en las alcantarillas.

—Ca... capitán Scar —dijo Julius, poniéndose tan firme como pudo—. Yo... eh... no sabía que...

—¿Y por qué deberías saberlo? —repuso Scar, con el ceño fruncido.

—Yo... —empezó a decir Julius, pero Scar levantó una mano para hacer que callara.

—Ve a los establos y prepara el corcel del gran duque —le ordenó despreocupadamente—. Voy a sacarlo de aquí antes de que amanezca.

Julius estaba tan sorprendido que se quedó allí, con la boca abierta. Algo estaba pasando, algo grande. «No durante mi guardia —pensó Julius—. ¿Por qué durante mi guardia?»

—¿Tienes algún problema, cabo?

—N... no señor, yo sólo...

—Mueve el trasero, hijo —le dijo Scar, y la manera de mirarlo fue suficiente para que Julius echara a correr por el pasillo lo más rápido que le permitieron sus temblorosas rodillas.

Corrió un rato antes de darse cuenta de que se había perdido en ese laberíntico palacio, cosa nada difícil y menos en la oscuridad. Rezó con fervor a Tymora, que respondió a su plegaria con el típico sentido del humor de la diosa de la fortuna.

—Por el sinuoso pecho de Umberlee, chico —bramó el sargento Maerik—. ¡Por todos los dioses! ¿Qué estás haciendo aquí imbécil, hijo de...?

—Me he perdido —se apresuró a explicar Julius antes de pararse a pensar que era una pésima idea reconocerlo.

El sargento Maerik le asestó un puñetazo en la cara.

—Lo siento —gimió Julius, al tiempo que caía pesadamente sobre su trasero. La sangre le manaba de la nariz, que le seguía vibrando, y la alabarda se estrelló con estrépito contra el suelo a su lado.

—Éste no es el momento de abandonar tu puesto, idiota husmeador de traseros —

rugió el sargento—. El capitán Scar ha sido asesinado y toda la compañía está en alerta.

—Pero si acabo de verlo —farfulló Julius.

—¿A quién, garrapata estúpida?

—A Scar —dijo Julius, poniéndose trabajosamente en pie—. Fue el capitán Scar quien me dijo que fuera a los establos y que preparara el caballo del gran duque Eltan.

—¿Scar ha estado aquí? —preguntó Maerik, con ojos muy abiertos—. ¿Esta noche?

—Señor —dijo Julius, arreglándose el tabardo manchado de sangre y buscando la alabarda que le había caído—, no hace mucho rato, señor. Se dirigía a la residencia del gran duque.

Maerik se puso pálido y agarró violentamente a Julius, arrastrándolo en una frenética carrera por el pasillo.

—¡No durante mi guardia! —maldijo el sargento—. ¡Por qué siempre tiene que ser durante mi guardia!

Julius y Maerik se detuvieron de golpe ante las anchas puertas dobles que conducían a la residencia privada del gran duque. A Julius le había costado mucho mantener el ritmo del sargento y, cuando se detuvieron, jadeaba como si estuviera a punto de ahogarse.

El gran duque salió de sus aposentos. Llevaba una enorme hacha de guerra que Julius nunca había visto, ni siquiera en sueños. Estaba vestido con un largo camisón empapado de sangre. Sus ojos y manos no temblaban. Su rostro ancho y serio también estaba cubierto de sangre y un poco le goteaba de la punta de su largo bigote, que se curvaba hacia arriba en los extremos. Sus ojos, de un azul cristalino, echaban chispas, y sus pobladas cejas grises armonizaban con el pelo muy corto y aún revuelto por acabarse de levantar.

Maerik se postró delante de él, y Julius lo imitó, incapaz de apartar la mirada del hacha de oro y mitril.

—Señoría —dijo Maerik—, yo...

—El capitán Scar ha sido asesinado —se limitó a decir el gran duque. Maerik se puso de pie, y Eltan alargó la mano para abrir del todo la alta puerta. Sobre el suelo cubierto de ricas alfombras yacía el cuerpo gris de alguna cosa no humana, empapando de sangre la cara lana.

—Sí, señoría —dijo Maerik, débilmente—. Lo hemos encontrado en su habitación.

Julius sintió náuseas al contemplar los ojos de la criatura muerta.

El rostro de Eltan, fuerte y ya no tan joven, mostraba una expresión severa.

—Que lleven el cuerpo del capitán al Templo de Gond —dijo con voz baja y autoritaria—. Me vestiré y me reuniré contigo allí.

—Según parece, vuestros amigos han llegado —dijo Jhasso, tratando de atisbar por el ventanuco de su celda.

—O los tuyos —sugirió Jaheira.

El ruido de lucha era inconfundible, aunque se oía lejos y amortiguado por al menos un piso. Abdel distinguió el sonido de acero entrechocando, pies aporreando el suelo y arrastrándose, un cuerpo que caía, y después otro. Sus brazos se tensaron e intentó, una vez más, arrancar los barrotes de la ventana. En esa ocasión se movieron, pero muy poco. Se sentía como una rata atrapada en una ratonera, y necesitaba salir.

—No —respondió Jhasso a Jaheira—, yo no tengo amigos.

—No si un doppelganger se ha dedicado a granjearte enemigos durante todo el tiempo que dices que has estado aquí —convino la mujer.

—Malditos sean —dijo Jhasso—. Creí que todos estaban en Aguas Profundas.

Los tres, ateridos, exhaustos y al borde de la locura debido a la claustrofobia, se quedaron inmóviles, escuchando el ruido de la batalla.

De pronto, una puerta se abrió de golpe, y sonaba muy cerca. Abdel volvió la cabeza y apretó las mejillas contra los barrotes tratando de ver. Había una cálida luz anaranjada al final del vestíbulo, y Abdel distinguió sombras deformadas y parpadeantes en el muro de piedra, sombras que danzaban al ritmo del entrechocar del acero, los pateos y los gruñidos desesperados. Un cuerpo cayó, y los pasos corrieron hacia las celdas. Un hombre joven, vestido con un tabardo manchado de sangre y sudor, y con el símbolo del Puño Llameante, se detuvo frente a la celda de Abdel. De una alabarda más pesada que el soldado goteaba sangre.

—¿Eres Jha... Jhasso? —le preguntó el soldado, jadeando.

—Está en la celda que hay detrás de ti, soldado —respondió Abdel.

—¡Sácame de aquí, chico! —gritó Jhasso.

El joven soldado pareció confundido y asustado.

—Voy a buscar a alguien —dijo finalmente.

—¡Eh! ¡No nos dejes aquí! —gritó Jaheira, y el joven se quedó inmóvil al oír una voz de mujer.

—No tema, señora —le dijo—, volveré a buscarla.

Con estas palabras, que fueron acogidas con comentarios muy poco amables por parte de los tres cautivos, el joven soldado desapareció a toda prisa por el corredor. Oyeron voces y más pasos que subían las escaleras y se alejaban hacia los manguantes ruidos de batalla.

—¿Volverá a por nosotros, verdad? —preguntó Jhasso.

—Más le vale —respondió Abdel—. Si no, le clavaré el puño en los mismísimos...

—¡Escuchad! —dijo Jaheira, y Abdel y Jhasso se quedaron muy quietos. La batalla había acabado. Abdel oyó voces amortiguadas de hombres y pesados pasos que se acercaban. De pronto, se abrió una puerta y sonó el inconfundible sonido de un hombre ataviado con una pesada armadura metálica, que descendía rápidamente las escaleras.

—Aquí, Gondsman —dijo una voz firme y autoritaria. Abdel distinguió a un hombre ya entrado en años, pero robusto, ataviado con una armadura de metal brillante y con manchas de sangre. El rostro no le resultaba familiar, pero sus avíos eran inconfundibles. Ese hombre era un gran duque, y en la cimera llevaba el emblema del Puño Llameante. ¿Era acaso...?

—Gran duque Eltan —dijo el joven soldado que los había encontrado en primer lugar, confirmando las sospechas de Abdel—. He encontrado la llave, milord.

—Muy bien, Julius —respondió Eltan—. Cuando el sacerdote haya acabado, deja salir a esta gente.

—Por amor de Gond, déjenos salir ahora —gimoteó Jhasso.

Abdel vio cómo un hombre corpulento, vestido de color azafrán, se detenía ante la puerta de la celda de Jhasso y atisbaba dentro. El sacerdote se acercó a las tres puertas, una tras otra. Cuando le tocó a él, Abdel le buscó los ojos con la mirada, pero no pudo establecer contacto. La mirada del sacerdote estaba extrañamente desenfocada, como si observara un punto delante o detrás de Abdel.

—Los hombres son humanos —dijo el sacerdote a Eltan—, y la mujer es semielfa.

—Ábrelos —ordenó Eltan, y pocos segundos después los tres estaban libres.

Cuando Abdel salió de la celda, Julius levantó los ojos hacia él y tragó saliva.

—Lo si... siento —tartamudeó el joven soldado.

—No tienes por qué sentirlo, cabo —le respondió Abdel con una sonrisa—; por aquí hay doppelganger.

—Eso es muy cierto —convino el gran duque, observándolo receloso de la cabeza a los pies—. Dos de ellos han matado a Scar.

—No —musitó Jaheira.

—Y al menos otro me ha suplantado —intervino, entonces, Jhasso—. Espero que aún tenga un negocio que dirigir, Eltan.

El gran duque miró a Jhasso con impaciencia.

—Sólo responderás de lo que eres responsable, Jhasso. De momento mantente al margen.

Jhasso asintió, francamente feliz de que lo dejaran al margen de lo que fuera a ocurrir a continuación.

—Al... alteza... —balbució Abdel. El agotamiento y el dolor le nublaban la mente.

—Mi nombre es Eltan —dijo el gran duque, severamente—. Tú debes de ser Abdel.

—Lo soy —respondió el mercenario—. Scar era amigo mío y me gustaría tener la oportunidad de acabar con las bestias que lo han matado.

—Scar terminó con una, y yo tuve el placer de arrancar las entrañas a la segunda —dijo Eltan—. Pero algo me dice que éstas no serán las únicas muertes y si tienes deseos de matar...

Abdel asintió. Sentía deseos de matar.

Abdel y Jaheira dispusieron de muy poco tiempo para asearse, y Abdel dedicó la mayor parte a comer. Le devolvieron su espada y su cota de malla, ambas en buen estado. Las encontraron en el vestíbulo de la residencia del gran duque Eltan en el palacio ducal. Abdel sonrió al ver a Jaheira, que llevaba un simple pero favorecedor vestido negro, que le había prestado la gran duquesa Liia Jannah en persona. Entonces Abdel lamentó no haberse cambiado de ropa. Esperaba, al menos, que ni su aspecto ni su olor resultaran ofensivos.

Un aletargado mayordomo los condujo al estudio del gran duque, y Abdel se dio cuenta de que nadie tendría tiempo para olerlo. En la habitación reinaba una atmósfera de gravedad, como en la tienda de un general en la víspera de la batalla.

—Abdel, Jaheira, entrad —dijo Eltan, indicándoles con un gesto que entraran en la habitación ricamente amueblada.

Eltan estaba sentado frente a su ancho escritorio de caoba, con un brazo apoyado sobre la madera. Un hombre delgado, con el cabello gris y áspero, que llevaba unos extraños discos de cristal rodeados por unos marcos de alambre apoyados sobre la nariz, estaba inclinado sobre el brazo del gran duque, cosiéndole una herida de feo aspecto. El rostro de Eltan se contrajo en una mueca de dolor cuando el médico tiró con fuerza del hilo y cortó el extremo.

—Está herido —dijo Abdel, constatando lo evidente.

—Sí —respondió Eltan, sonriendo—, creo que con ésta ya son doscientas las heridas que he recibido en batalla. Debería hacer una fiesta.

Abdel sonrió y esperó en silencio junto a Jaheira mientras Eltan impartía órdenes en tono bajo a tres oficiales del Puño Llameante, que estaban de pie al otro lado del escritorio. Al acabar, los envió al Templo de Gond para solicitar la ayuda de los sacerdotes que, por lo visto, tenían la habilidad de reconocer a los doppelganger.

Mientras los oficiales desfilaban y el médico recogía sus instrumentos y los metía en una cartera de piel, el gran duque hizo una señal con la mano a Abdel y Jaheira para que se acercaran.

—Creo que luchaste al lado de mi amigo Harold Loggerson en más de una ocasión.

Abdel pareció confundido.

—¿Señor?

—Scar —dijo Eltan, con voz llena de emoción—. ¿Nunca supiste su nombre verdadero?

—No —respondió Abdel. Miró a Jaheira, sintiéndose incómodo pero sin saber por qué—. No, milord. Quizá no éramos tan buenos...

Eltan lo interrumpió con un ademán.

—No, no —dijo—. Se podrían contar con los dedos de una mano las personas que conocen ese nombre. Sentaos, tenemos muchas cosas que discutir.

Eltan parecía cansado. Sus ojos aparecían rodeados por círculos grises, que estaban adquiriendo una coloración casi púrpura. Tenía las mejillas hundidas y los ojos rojos. Aún llevaba la mayor parte de su armadura, como si estuviera demasiado cansado para quitársela o como si supiera que iba a necesitarla pronto. Primero se sentó Jaheira y después Abdel. Ambos acariciaron la piel de las butacas y se admiraron de su suavidad.

—Esto no es como la tienda de un general, ¿eh, mercenario? —comentó Eltan, guiñando el ojo a Jaheira.

—Usted... —empezó a decir Abdel, antes de darse cuenta de que la respuesta era innecesaria.

—Esta ciudad tiene la ventura de poseer algunos templos magníficos —dijo Eltan—, y la maldición de poseer muchos otros, me temo. Cuando me informaron de la muerte de Scar, ordené que lo llevaran al Templo de Gond con la esperanza de que mi buen amigo Thalamond pudiera insuflar de nuevo vida en los pulmones de ese viejo zorro.

Abdel había oído que tales cosas eran posibles, pero era un poder que la mayoría de los sacerdotes reservaban para las situaciones más apremiantes. Jaheira miró a Abdel, y el mercenario vio que estaba impresionada, tanto por la importancia de sus amigos como por el alcance de la situación en la que estaban metidos.

—Pero me temo que no fueron capaces —dijo Eltan—. Su alma había abandonado su cuerpo, o algo así. —El gran duque se detuvo un momento para recuperar la serenidad y añadió—: No obstante, me permitieron hablar con él, aunque cueste creer. Scar respondió de vosotros, del modo que sólo Scar podía hacer. Me dijo que os había enviado a husmear en el muelle de los Siete Soles para buscar pruebas de una conexión entre ellos y un grupo que, supuestamente, es el responsable de nuestros problemas en las minas de hierro.

—Sí, milord —dijo Jaheira—. Los Arperos me enviaron para averiguarlo. —Hizo una pausa para mirar a Abdel, que sonreía ligeramente y asentía—. El Trono de Hierro quiere iniciar una guerra entre su gente y la mía.

—¿Una guerra con Amn? —inquirió Eltan—. ¿Con qué propósito?

Jaheira movió la cabeza negativamente.

—No lo sé —dijo—. Eso es lo que Scar esperaba que averiguáramos en el muelle.

—Mi ciudad es un hervidero de doppelganger —dijo Eltan—, nos están empujando a una guerra con Amn, alguien sabotea nuestros recursos, ¿y nadie sabe por qué?

Jaheira se sonrojó, notando la creciente frustración de Eltan.

—Sé dónde se reúne el Trono de Hierro —dijo Eltan. De pronto, un sonido agudo de metal contra el suelo de mármol los sobresaltó a los tres y miraron al médico que sonreía mansamente en una esquina.

—Puedes irte, Kendall —le dijo Eltan—. Estaré bien.

—Mañana vendré para cambiarle el vendaje, milord —le respondió el hombre.

—Muy bien —aceptó Eltan, con un impaciente ademán—. Ahora vete.

La puerta se cerró detrás del médico.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Abdel.

—Aquí en la ciudad —dijo Eltan—. Puedes acompañarnos si lo deseas. No me iría nada mal un hombre que pueda operar fuera de los muros de la Puerta. Si Scar confiaba en ti, para mí es garantía suficiente. —Miró a Jaheira y añadió—: He conocido antes a otros Arperos, señorita, pero no se lo tendré en cuenta.

Jaheira se ruborizó, y ambos se levantaron para marcharse.

—«Volveremos a ser monjes, durante algún tiempo» —leyó Julius de un cuaderno muy manoseado—. «Volved al lugar de reunión bajo las columnas del Dios Sabio».

El joven cabo miró al gran duque, al sargento Maerik, a Abdel y a Jaheira. Julius estaba de cuclillas junto al hombre alto y nervudo, vestido con cuero negro, que Abdel había matado. Sólo habían encontrado dos hombres en la guarida subterránea del Trono de Hierro. Los demás habían huido.

—El alcázar de la Candela —dijo Abdel.

—¿Pueden entrar allí? —preguntó Eltan—. Tenía entendido que el alcázar de la Candela muy pocas veces abre sus puertas, por no decir nunca. ¿Cómo es posible que una camarilla de conspiradores lo use como punto de reunión?

—Gorion podría haber respondido a eso —dijo Jaheira, dirigiendo una triste mirada a Abdel.

El mercenario asintió lentamente.

—Mi padre era monje —le explicó a Eltan—. Me crió entre los muros del alcázar de la Candela y fue él quien me puso tras la pista que he seguido durante lo que me parece toda una vida. Él me condujo a Jaheira. —Se volvió hacia la semielfa y preguntó—: ¿Trabajaba para los Arperos?

Jaheira negó con la cabeza.

—Era un amigo —dijo.

—Preferiría ir a la guerra con Amn que tomar por asalto las puertas del alcázar de la Candela. —Eltan suspiró. No estaba vencido; sólo estaba pensando.

—A mí me parece una pista un tanto sospechosa —intervino, entonces, el sargento. Eltan le lanzó una severa mirada. Maerik retrocedió un poco y añadió—: Pido disculpas, yo...

—No se disculpe, sargento —dijo Eltan—. Desde luego, este cuaderno es algo demasiado importante para que se lo hayan olvidado.

—El Trono de Hierro ha hecho cosas aún más estúpidas, milord —apuntó Abdel—. ¿Por qué querrían que supiéramos que han ido al alcázar de la Candela?

—Si sus sospechas son ciertas... —empezó a decir Julius, pero se interrumpió ante la acerada mirada que le lanzó Maerik.

Eltan levantó una mano.

—¡Continúa, cabo! —dijo.

—Milord —dijo Julius, sonriendo débilmente—, milord, si no podemos entrar en el alcázar de la Candela, quizá quieren que sepamos, que usted sepa, que están fuera de su alcance.

—¿Se están riendo de mí? —preguntó Eltan.

Julius se estremeció.

—Yo sólo...

—Es posible —dijo Jaheira—. Nosotros... los Arperos... creemos que hay un hombre detrás de todo esto. Un enano que el Trono de Hierro había convertido en esclavo nos dijo su nombre. Es un acaudalado comerciante de Sembia llamado Reiltar. Tengo razones para creer que ese hombre, Reiltar, es el... el hijo de Bhaal.

Abdel la miró con los ojos muy abiertos. Otra vez ese nombre, el nombre del dios de la Muerte y la idea de que había dejado hijos antes de desaparecer. «Quizá debí haber presionado a Jaheira para que me contara lo que sabe», pensó Abdel. Jaheira lo miraba con rostro sonrojado, casi asustado.

—¿El hijo de Bhaal? —preguntó Eltan, incrédulo—. ¿El dios muerto Bhaal?

Jaheira asintió, y a Julius le temblaron las rodillas.

—Es una locura —comentó Maerik—. Milord, ¿quiénes son estas personas?

Eltan miró alternativamente a Maerik y a Jaheira.

—¿Cómo lo sabes? —dijo.

—Hay otros —respondió Jaheira—, otros hijos de Bhaal. Los Arperos han vigilado a algunos y han perdido el rastro de otros. Nadie sabe cuántos sobrevivieron.

—¿Y uno de ellos quiere iniciar una guerra con Amn? —preguntó Julius, olvidándose de cuál era su lugar.

—Asesinato —dijo Jaheira—, asesinato a gran escala.

Sintiendo de repente la garganta seca, Abdel tragó saliva. Se le puso la carne de gallina en los brazos y el pecho, y sintió que su cuerpo temblaba. «Asesinato a gran escala», pensó e hizo verdaderos esfuerzos para no sonreír.

—Asesinato a gran escala —dijo Tamoko.

Sarevok le dirigió una sonrisa demoníaca, pero Tamoko no retrocedió. Para su sorpresa, Sarevok parecía complacido.

—Asesinato, sí —dijo el hombre. Su voz resonó en la sala subterránea y se oyó un desagradable chirrido de acero contra acero mientras arrastraba con aire ausente una daga larga y delgada sobre su peto de metal negro. Saltó una chispa, pero la armadura no se rayó.

—Esto no es... —Tamoko se detuvo, y después suspiró por la frustración. No es que estuviera poco dispuesta a hablar, sino que aún no dominaba la lengua común de Faerun—. Esto no es... aceptable. Aceptable.

Los ojos amarillos de Sarevok relampaguearon. Se volvió hacia el marco vacío y le echó una mirada casual, como si mostrara una escena poco interesante.

—Tamoko, querida mía —dijo Sarevok finalmente—, cuando te encontré matabas cada día por dinero. Vivías del asesinato.

—No hay nada vergonzoso en ser como yo —protestó ella, a quien la comparación había ofendido y su ira le infundía coraje.

—Matabas a gente inocente —insistió él—. Eso es asesinato.

—La gente inocente no tiene nada que temer de la espada de un asesino profesional —dijo ella—. Los hombres inocentes no se asocian con hombres capaces de contratar a un asesino. Si alguien me envía a matar a otra persona, ten por seguro que esa persona se lo ha ganado por una razón u otra.

—Así pues, sólo matabas a hombres corruptos —dijo Sarevok, volviéndose hacia ella con una sonrisa de suficiencia.

—Sí —dijo Tamoko, levantando orgullosamente el mentón y cayendo en la trampa.

—Cumplías órdenes de hombres corruptos.

La mujer se ruborizó y desvió la mirada. Sarevok se rió entre dientes y se dio la vuelta hacia el marco.

—Adelante —dijo sin inmutarse.

Tamoko se volvió al oír que la puerta se abría, y un doppelganger entró lentamente y vacilando en la habitación. Sus enormes ojos recorrieron de manera nerviosa el espartano mobiliario de la sala, y después observó cuidadosamente a Tamoko, tensa al lado de Sarevok. La mujer iba vestida con unos simples pantalones holgados y una túnica negra a juego. La fina y curva catana le colgaba envainada de la cintura. La mujer miró con frialdad al doppelganger; no sentía ninguna simpatía hacia esas criaturas sin alma.

—Eres un idiota —dijo Sarevok al doppelganger, y al instante el ser se postró

ante él.

—Por favor, amo —suplicó con una voz que no era ni masculina ni femenina, y que estaba totalmente desprovista de carácter o sustancia—. Perdonadme para que pueda servirlos de nuevo. Haré lo que sea, adoptaré cualquier forma que su majestad desee.

—Ese viejo gruñón de Eltan tiene sacerdotes. ¡Sacerdotes! —gritó Sarevok, y su voz sonó como un trueno. El doppelganger movió frenéticamente las caderas para retroceder y hurtarse a esa voz, como si enviara olas de choque a través de la habitación en silencio. Tamoko se sobresaltó y sintió un hormigueo en lo más hondo por el poder que destilaba la manera de actuar de su amante. Sarevok se quedó quieto mucho tiempo, dejando que el doppelganger se estremeciera y gimiera antes de continuar—: Sacerdotes de ese tunante dios Gond, y quién sabe quién más, recorriendo la ciudad de Puerta de Baldur, orando y orando sin parar para obtener esa visión verdadera que dicen poseer. ¿Y sabes por qué?

—Podemos escondernos, amo —gimió el doppelganger—. Por favor, sólo...

—¿Sabes por qué? —preguntó de nuevo Sarevok, esa vez con tono sereno y firme.

—Señor, por favor...

—Si tengo que preguntártelo otra vez, doppelganger, es mejor que la respuesta esté escrita dentro de tu cerebro, porque si no lo está y te abro la cabeza para nada... me sentiré muy decepcionado.

Tamoko desenvainó lentamente la espada e hizo una exhibición del sonido y del reflejo de la luz de la vela. Amaba a Sarevok con toda el alma, pese a que la hubiera perdido, y aunque su confianza en él era más que vacilante al igual que su certeza de que él merecía su adoración, estaría encantada de acabar con una de esas abominables criaturas por él.

El doppelganger vio eso, y mucho más, escrito claramente en los ojos de la mujer.

—Nos están buscando —dijo el doppelganger—. Nos buscan con su visión verdadera. Pero no podrán...

—¡Chsss! —emitió Sarevok en voz baja, llevándose uno de sus largos dedos a los labios, que dibujaron una diabólica sonrisa lobuna. Se acercó a la criatura, que se encogió de miedo. Tamoko vio que sobre la mejilla gris y lisa del doppelganger corría una lágrima.

—Pues claro que sí, doppelganger, tal como yo sabía que harían. Pero no esperaba que empezaran tan pronto, y es en eso en lo que me has fallado.

—¡Oh, no! —El doppelganger sollozó con labios temblorosos y muy delgados.

Sarevok se dio la vuelta, y sus ojos se encontraron con los de Tamoko menos de medio segundo. La asesina se adelantó rápidamente, blandiendo la espada muy por encima de su cabeza.

Atacó con celeridad y sin titubear, como siempre. Hizo girar la espada sobre su cabeza a velocidad de vértigo a fin de distraer a su víctima, o adversario. La distinción rompió el hilo de sus pensamientos, pero no de sus actos. Descargó un golpe con la espada llevada puramente por el instinto, que había pulido a base de talento y práctica. En realidad, no fue una decisión consciente. Cuando la espada chocó contra el acero saltó una chispa, y la hoja le transmitió vibraciones por todo el brazo. Eso la hizo regresar bruscamente al presente.

El doppelganger había conseguido transformarse en el abrir y cerrar de ojos que Tamoko había tardado en atacar. La mujer brincó hacia atrás, ágilmente y con rapidez, y se retiró guiada por el mismo instinto que había gobernado su ataque. Necesitaba algo de tiempo para reevaluar la situación; de pronto, su víctima se había convertido en un adversario.

El aspecto del doppelganger transformado entristeció a Tamoko: era ella. Ladeó la cabeza en un gesto que algunos podrían haber interpretado como un saludo, aunque lo cierto era que se trataba de una promesa, la promesa de una muerte lenta y humillante.

—Extraordinario —dijo Sarevok, con evidente entusiasmo.

Tamoko no le prestó atención y clavó la mirada en su adversario. El doppelganger se puso de pie y adoptó una postura abierta. Miró a los ojos de Tamoko con ojos idénticos. A cada segundo que pasaba, el parecido era más asombroso. Tamoko soltó aire bruscamente y cargó.

La mujer gritaba en su propia lengua el nombre de cada ataque, aunque no era consciente del momento en que empezó a tirar en serio. Gracias al entrenamiento, la experiencia y un código mucho más antiguo de lo que Sarevok podía imaginar, su mente consciente y creativa quedó arrinconada. Su espada cortaba el aire produciendo un coro de silbidos y sonidos agudos, y la hoja parecía tener vida propia. El doppelganger paraba una estocada tras otra y, muy pronto, empezó a danzar ágilmente sobre las puntas de los pies de modo muy parecido a Tamoko. No obstante, aún se limitaba a defenderse, y Tamoko no creyó que ese ser comprendiera que ella no estaba realmente atacándolo, sino que su intención era poner a prueba las habilidades de su adversario, buscando puntos débiles y acumulando información sobre la mejor manera de matarlo.

Esos breves instantes le bastaron a Tamoko para saber que el doppelganger estaba adquiriendo sus propias experiencias en rápido orden cronológico. Sintió cómo la criatura daba el decisivo paso adelante que ella había dado después de entrenar todo un verano con sensei Toroto en el Templo del Puño y de la Luz. Y aún sintió más cosas. Ese doppelganger temía a Sarevok —eso era evidente—, pero también temía a los pájaros de una manera irracional. Tamoko sonrió y silbó la llamada del petirrojo. La criatura, por un instante, bajó la guardia, y Tamoko dirigió la espada contra su

garganta. Sin embargo, el doppelganger ya había llegado al siguiente otoño, la estación que había pasado andando de espaldas, y no sólo eludió el peligro, sino que la atacó con tal osadía que Tamoko apenas pudo apartarse.

Imprimió a su espada aún mayor velocidad y muy pronto alcanzó su estado puro. La empuñadura de la espada se desprendió de su mano y se deslizó a través de una envoltura de energía que la rodeaba, formando un capullo de destreza marcial, pura e inmaculada. La mano izquierda del doppelganger también soltó la espada, pero aún no estaba preparado; ningún poder que poseyera podría prepararlo para luchar a un nivel siquiera semejante al que se enfrentaba.

Tamoko rechazó la espada del doppelganger y le cercenó la cabeza en un único movimiento zigzagueante, tan rápido que ni siquiera Sarevok lo vio. El cuerpo decapitado se crispó mientras se retransformaba; Tamoko ya no estaba mirando. Cerró los ojos y obligó a su cuerpo y su mente a unirse de nuevo; se obligó a regresar a ese plano de la vida y del tiempo.

Se dio la vuelta y vio a Sarevok aproximarse rápidamente. Sus manos hacían algo en su cintura, y ella espiró lentamente.

Sarevok se quitó el peto y, de pronto, estaba frente a ella. Tamoko soltó la espada y, antes de que la oyera repicar contra el suelo de piedra, sintió las manos del hombre que tocaban su cuerpo. La mujer se aferró a él, sus lenguas se entrelazaron, y ella dejó que él la tomara, aunque en esa ocasión sintió que algo faltaba.

Abdel oyó que Jaheira chapoteaba en el estanque poco profundo que había al lado del improvisado campamento. Aún les faltaban dos días para llegar al alcázar de la Candela, y la mujer aprovechaba la rara oportunidad de limpiarse la mugre y el sudor del camino. El sol ya se había puesto en el horizonte y, aunque el cielo había adquirido un tono añil oscuro, su modesta hoguera era la única fuente de luz. Abdel levantó los ojos hacia el estanque que ocultaba una línea de árboles muy próximos entre sí, y después abrió la mochila y hurgó dentro.

No podía ver a Jaheira, pero mientras pudiera oírla sabría que estaba sana y salva. Sacó el libro y suspiró cuando finalmente lo tuvo entre las manos. La piel con la que estaba encuadernado era piel humana. Abdel no sabía cuándo exactamente se dio cuenta, pero en ese momento le pareció tan evidente que no entendía cómo alguna vez pudo haber dudado.

Abrió la tapa y la primera página estaba en blanco. El corazón le latía aceleradamente, y levantó de nuevo la mirada. Todavía estaba solo y únicamente así podía permitirse sostener ese libro en sus manos, por no hablar de leerlo. Las palmas le sudaban en una extraña mezcla arcana de temor y excitación, pero pasó la primera página. Había una calavera pintada, rodeada por lo que podían ser lágrimas o gotas de agua. La escritura era muy ornamentada y no tenía ningún significado para Abdel,

pero al mismo tiempo le resultaba vagamente familiar. El mercenario pensó que debía de ser una sensación similar a la que experimentaba un niño que aún no sabía leer y que veía lenguaje escrito a su alrededor cada día, incapaz, sin embargo, de entenderlo.

Sentía la boca seca y dio la vuelta a la siguiente página. El corazón se le desbocó al ver el dibujo geométrico que había y cerró los ojos ante el horror de ese dibujo, aunque en la piel seguía sintiendo un hormigueo de excitación irracional.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Jaheira. Abdel se sobresaltó y de su boca abierta escapó una exclamación de sorpresa. El libro le tembló en las manos, pero él lo agarró y cerró la tapa con un fuerte golpe.

—¿Te pasa algo? —le preguntó la mujer. Abdel la miró y la vio al lado del fuego. Estaba envuelta en la desgastada manta de viaje de Abdel, y su pelo húmedo se le rizaba con coquetería. A la luz anaranjada del fuego, la piel de su rostro parecía muy suave. Jaheira le sonreía, pero fruncía el ceño.

Abdel bajó los ojos, y una lágrima cayó sobre la horrenda tapa del libro. Jaheira inspiró bruscamente y se acercó al hombre, se sentó en su regazo y posó una mano fría y suave en su mejilla. Él apartó el libro y la abrazó.

—¿Qué me está pasando? —le preguntó, aunque ni él mismo entendía esa pregunta.

—Te estás convirtiendo en Abdel —repuso ella enigmática.

Sus labios se rozaron fugazmente antes de que el mercenario la empujara con gentileza. Los dos intercambiaron una mirada de comprensión, y la mujer suspiró, alejándose de él. Jaheira se sentó al lado del fuego y contempló las llamas, en actitud expectante.

—¿Por qué me llamaste Abdel Adrián? —le preguntó él—. No había oído nunca ese nombre hasta que Khalid lo pronunció. ¿Te dijo acaso Gorion que ése era mi nombre?

—Es tu nombre —respondió Jaheira, llanamente—. Es el nombre con el que naciste.

Abdel espiró de manera profunda y cogió el libro. Tenía tantas ganas de tirarlo al fuego como de estudiarlo y conservarlo para siempre. Hizo una mueca y lo guardó en su mochila.

—Ha llegado el momento de que me lo digas, Jaheira —le dijo con los ojos clavados en la mujer que contemplaba el fuego.

—Tú no eres quien debieras ser por nacimiento, Abdel —repuso ella con voz triste y apagada, pero la sonrisa que dirigió a su amigo estaba llena de esperanza—. Puedes seguir tu propio camino en este mundo, y ni tu padre, ni tus hermanos, ni tus hermanas tienen por qué desviarte de él.

—¿Qué sabes de mi padre?

—Lo que los Arperos siempre han sabido —respondió ella—. Lo que los sacerdotes de Oghma y los paladines de Torm siempre han sabido. Cuando le dije a Eltan que Reiltar es hijo de Bhaal no estaba segura... no estaba tan segura como lo estoy ahora de que tú... de que tú también eres hijo de Bhaal.

Abdel se rascó la cabeza, y Jaheira pareció sorprendida por el gesto.

—Xzar ya me lo dijo —comento Abdel—, pero entonces no le creí.

—¿Y ahora?

—Yo soy un mercenario, Jaheira, un matón a sueldo. Me dedico a proteger caravanas, almacenes y gordos comerciantes. Soy hábil con la espada y más alto que la mayoría, pero no soy ningún dios.

—No —aceptó ella—, pero tu padre lo era. De tu madre no sé nada; pero tu padre era el dios de la Muerte.

—¿Y Reiltar, el líder del Trono de Hierro, es mi hermano, o al menos mi hermanastro?

—Quizá —contestó Jaheira—. Sospechamos que otro hijo de Bhaal está detrás de este intento por provocar la guerra entre Puerta de Baldur y Amn, pero no sabemos cómo se llama. Incluso podría ser una hermana. También tienes hermanastras, ¿sabes?

Abdel sonrió y soltó una risotada, pero era una risa hueca.

—¿Y Abdel Adrián?

—Creo que es netherense —respondió la mujer—. Abdel significa «hijo de», y Adrián, «oscuridad».

—El hijo de la oscuridad —dijo Abdel—. Muy apropiado, aunque no muy halagador.

—¿Aún sientes placer matando, Abdel? —le preguntó Jaheira, directamente.

—No —respondió él sin pensar, y después hizo una pausa.

La mujer lo miró, pero el mercenario no pudo aguantar su mirada. Se sonrojó y se movió de manera nerviosa sobre el frío suelo.

—Antes sí —explicó finalmente—. Antes sentía como... Bueno; era una especie de sensación. Pero desde que Gorion fue asesinado y desde que te conocí ya no lo siento.

—Estás cambiando —afirmó Jaheira—. Has cambiado.

—Es posible, pero no soy ningún dios.

—Estás muy seguro de eso —dijo ella.

—Me gustaba matar por matar, y lo hacía muy bien —le dijo Abdel—. En mi profesión, hay muchos que pueden decir lo mismo. Ni siquiera un dios podría haber tenido tantos hijos. Yo no tengo... características especiales, no tengo poderes. Si por mis venas corriera la sangre de un dios, ¿no crees que debería ser capaz de volar, hacerme invisible o algo así?

Jaheira rió nerviosamente, pero era una risa desprovista de humor.

—Quizá tienes sus ojos o su nariz —sugirió.

—No me lo imagino con una narizota como la mía —bromeó Abdel.

—Tu madre era humana, Abdel —le dijo Jaheira suavemente, casi en un susurro.

—Y era una buena mujer —afirmó el mercenario; no se basaba en los hechos que conocía sino en lo que quería creer.

Jaheira se lo quedó mirando en la oscuridad mucho tiempo.

—Es seguro que era una buena mujer —dijo después.

—Beuros, pedazo de... —empezó a decir Abdel, pero se calló cuando Jaheira le puso una mano sobre el brazo.

—Buen hombre —dijo ella mirando a Abdel, que soltó un exasperado suspiro y dio la espalda a la puerta—, evidentemente conoce a mi compañero y sabe que es un habitante de esta hermosa ciudad y el hijo de uno de los suyos. Por favor, comprenda que tenemos algo muy urgente entre manos y...

—Marchaos —dijo Beuros, el guardia de la puerta, severamente—. Marchaos o me veré forzado a...

—¿Te verás forzado a qué? —bramó Abdel—. Tú, tres veces maldito...

—¡Marchaos! —gritó el guardia en tono agudo, y cerró la ventanita de la sólida puerta de madera de roble.

—Esto es absurdo —dijo Jaheira, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Qué clase de ciudad es ésta?

El mercenario dio una patada a una piedra en el camino de grava que terminaba en el alcázar de la Candela, el lugar que había sido su hogar la mayor parte de su vida, y miró cómo la piedra saltaba. Suspiró de nuevo y levantó la mirada hacia el cielo, fijándose en las cada vez más numerosas nubes grises, obviamente cargadas de lluvia.

—Nunca me habían negado la entrada al alcázar de la Candela —dijo—. Nunca en toda mi vida.

—Eso era cuando Gorion estaba vivo —dijo Jaheira, sin pensar—. Él estaba dentro para dejar que pasaras.

Abdel la miró y esbozó una sonrisa forzada. Ella no lo notó, ocupada como estaba en examinar las puertas con ojo de estratega.

—No es una ciudad —dijo el mercenario.

La mujer clavó en él la mirada, frunciendo el ceño.

—No es una ciudad —repitió Abdel—; es un monasterio, una biblioteca.

Ella asintió, y se encogió de hombros como si esa sutil distinción no importara.

—Sea lo que sea, el Trono de Hierro se reúne ahí dentro —dijo—. Tenemos que entrar.

—Dadme un libro —intervino Beuros tan de improviso que Jaheira se sobresaltó. Abdel y Jaheira levantaron la vista hacia la ventanita, situada a más de tres metros del suelo en las altas puertas. Todo lo que veían de Beuros era su cara granujienta, sus torcidos dientes amarillos, su canosa barba de tres días y una expresión hermética e intratable. Abdel conocía a Beuros desde niño.

—Beuros... —empezó a decir.

—¡Ah! —lo interrumpió el guardia—: un libro, un pergamino, una tabla...

cualquier cosa escrita. Dadme algo útil para el alcázar de la Candela y podréis entrar.

Entonces fue Abdel quien frunció el ceño, confuso y frustrado. Miró al hombrecillo fríamente.

—¿Por qué todo esto de repente, Beuros? ¿Qué está pasando ahí dentro?

—Sólo la tarea propia del alcázar de la Candela —respondió el guardia, altivo—; la tarea de adquirir sapiencia.

Jaheira sonrió.

—Ni siquiera entiendes esa palabra, estúpido... —dijo.

—¡Un libro! —interrumpió de nuevo Beuros, y taladró con su mirada a la semielfa.

—No tengo ningún... —empezó a decir Abdel, pero se calló al darse cuenta de que sí tenía un libro, un libro que le daba terror, pero del que no estaba seguro de que pudiera desprenderse.

—Concédenos un momento, capitán firmeza —dijo Jaheira, sarcásticamente, e hizo un ademán de despedida en dirección a Beuros. El guardia soltó un bufido y se retiró tras la ventanita.

—Abdel —dijo Jaheira, recorriendo los pocos pasos que la separaban de él justo cuando empezaba a llover—, aún tienes ese libro, ¿verdad?

Abdel miró hacia otro lado, tenso y temeroso, aunque no hubiera sabido decir por qué.

—¿Abdel? —preguntó ella—. ¿Aún lo tienes, verdad? Me refiero al libro que Xan halló en el campamento de los bandidos.

Abdel asintió, rehuyendo su mirada.

—Bueno, entonces dáselo a su majestad mirilla y acabemos de una vez con esto. Llevamos casi diez días andando, y es posible que las personas por las que hemos pasado un infierno tratando de detener estén ahora mismo ahí dentro, riéndose de nosotros.

Abdel espiró profundamente por la nariz, y después miró a Jaheira. No dijo nada; se quitó la mochila de la espalda y hurgó en el interior. Ni siquiera echó una mirada al libro cuando lo sacó.

—¡Beuros! —gritó Jaheira, mirando hacia la ventanita. Beuros tardó un poco en aparecer y, cuando lo hizo, Jaheira se sorprendió al descubrir en él una mirada de auténtica curiosidad. La mujer se imaginó que ella y Abdel habían sido más persistentes que la mayoría.

—¿Un libro? —preguntó el guardia, y sonrió ampliamente cuando sus ojos se posaron en el viejo tomo que Abdel sostenía en su mano extendida—. Bien, bien...

—Primero, déjanos entrar —dijo Jaheira, que percibió con claridad la avidez en los ojos de Beuros.

Beuros rió, y no fue un sonido muy agradable.

—Ni lo sueñes, señora. Dile que lo introduzca por la rendija.

Abdel oía perfectamente a Beuros sin necesidad de que Jaheira tuviera que repetirle sus palabras. El mercenario observó el espacio entre la mirilla, a dos o dos metros y medio por encima del suelo de grava.

—Si hubiera una ventana un poco más... —empezó a decir Jaheira, pero se interrumpió cuando a la altura de la cintura de Abdel se abrió una rendija en la puerta lo suficientemente grande como para meter el libro. Abdel y Jaheira parpadearon; era obvio que ambos la veían por vez primera.

—Ponlo ahí, Abdel —dijo Beuros suavemente, llamando por primera vez al mercenario por su nombre.

—Sabía que me habías reconocido, bastardo —gruñó Abdel, cruzando la corta distancia que lo separaba de la puerta con el libro levantado frente a él.

Jaheira entrecerró los ojos y estuvo a punto de preguntarle si le pasaba algo. El mercenario se había detenido súbitamente justo cuando el borde del viejo libro tocó la rendija. Era evidente que estaba poco dispuesto a entregarlo.

—Si ni siquiera entiendes el lenguaje en el que está escrito, por el amor de Mielikki —dijo Jaheira—. Dale de una vez ese libraco y entremos.

—Tiene razón, Abdel —dijo Beuros—. Escucha a la señora y dame el libro. Necesito un gesto de buena voluntad.

Abdel no podía soltar el libro. Era como si sus dedos estuvieran paralizados, como si su mano se aferrara a su última esperanza de salvación, ¿o quizás era todo lo contrario?

—¿Abdel? —preguntó Jaheira, y su voz sonaba un poco asustada ante la súbita renuencia del mercenario.

Abdel suspiró una vez más y soltó el libro, que se deslizó por la rendija. La cara de Beuros desapareció de nuevo de la mirilla, y no volvió.

—Beuros, pedazo de... —empezó a decir Abdel, pero se calló cuando la extraña mujer le puso una mano sobre el brazo.

—Buen hombre —dijo la mujer mirando a Abdel, que soltó un exasperado suspiro y dio la espalda a la puerta—, evidentemente conoce a mi compañero y sabe que es un habitante de esta hermosa ciudad y el hijo de uno de los suyos. Por favor, comprenda que tenemos algo muy urgente entre manos y...

—Marchaos —dijo Beuros, el guardia de la puerta, severamente—. Marchaos o me veré forzado a...

—¿Te verás forzado a qué? —bramó Abdel—. Tú, tres veces maldito...

—¡Marchaos! —gritó el guardia en tono agudo, y cerró la ventanita de la sólida puerta de madera de roble.

Beuros era uno de las muchas personas encargadas de defender las puertas del

alcázar de la Candela, donde había vivido toda su vida. Conocía a Abdel desde pequeño y nunca le había gustado. Abdel era el protegido —o más bien hijo adoptado— de Gorion, un sacerdote y sabio, uno de los maestros preferidos de Beuros. Beuros, al igual que muchos de sus amigos, había estado bajo la férula de Abdel, y cuando éste se marchó del alcázar de la Candela, hacía ya muchos años, para buscarse la vida como mercenario o matón a sueldo —o cualquier cosa que pudiera hacer con sus cortas entendederas y sus fuertes brazos—, Beuros y muchos otros en el monasterio se habían alegrado de verlo partir. Había vuelto algunas veces, la última no hacía mucho tiempo, para visitar a Gorion, y esa última vez, de hecho, se había marchado con el viejo monje. Eso había ocurrido unas cuatro lunas atrás, aunque a Beuros le parecía que había pasado menos tiempo. En lo que a él se refería, Abdel siempre regresaba demasiado pronto. Y en esa ocasión había vuelto con una mujer —una semielfa—, y vestido con ropas de guerra. Beuros podía creer casi cualquier cosa de Abdel, incluso algo tan repugnante como que ese camorrista había cambiado al sabio Gorion, un hombre digno de todo respeto y de conducta irreprochable, por esa furcia mestiza y mercenaria.

Beuros era un hombre amargado, pequeño de cuerpo y de espíritu, pero formaba parte de algo en el alcázar de la Candela. Estudiaba, leía, de vez en cuando incluso entendía algunas cosas, y copiaba los textos de la mayor biblioteca de todo Toril. El alcázar de la Candela era su hogar y todos allí, incluido Gorion, sabían que Abdel nunca había llegado a adaptarse.

Entonces tenía que llevar a cabo una de sus responsabilidades más odiosas. Suspiró y miró hacia el cielo, fijándose en las cada vez más numerosas nubes, obviamente cargadas de lluvia. La tarea de guardar la puerta consistía casi únicamente en despedir a los visitantes. Prácticamente nadie era bienvenido en el alcázar de la Candela, y como muchos de los monjes, amanuenses, sacerdotes y estudiosos del monasterio, a Beuros le gustaba que así fuera.

«Nunca me habían negado la entrada al alcázar de la Candela», oyó que decía Abdel a través de uno de los muchos medios mágicos que tenía a su disposición y que le ayudaban a proteger el alcázar de la Candela de un mundo exterior a menudo hostil. «Nunca en toda mi vida».

«Eso era cuando Gorion estaba vivo», dijo la semielfa, y el corazón de Beuros dejó de latir por un instante. «Él estaba dentro para dejar que pasaras».

Así supo que Gorion había muerto. Beuros sentía ganas de llorar por la pérdida, pero se contuvo las lágrimas, sorbió ruidosamente por la nariz y se aclaró la garganta. Beuros se preguntó si sería cierto lo que se decía de Abdel cuando era niño, que Gorion lo había adoptado porque hubo un cambio de niños. Corrían muchos rumores sobre el joven Abdel; decían que era algún tipo de engendro maligno, un demonio, un monstruo o el hijo de un brujo malvado, quizás el descendiente de una larga línea de

corruptos archimagos netherenses. A Beuros y a sus amigos les costaba mucho crearlo, ya que la demonología era una de las materias que estudiaban, y Abdel no mostraba ninguno de los poderes sobrenaturales que se asociaban normalmente con lo infernal. No obstante, Abdel creció hasta alcanzar enormes proporciones, y exhibía tal fuerza y tal sed de violencia que no parecía del todo humano, al menos eso creían los comedidos monjes del alcázar de la Candela. Por la mente de Beuros cruzó la idea de que quizás Abdel había matado a su padre, y el guardia de la puerta no pudo imaginar mayor ofensa contra la ley y la voluntad del alcázar de la Candela.

El nombre de Tethtoril surgió inmediatamente en su mente, y de modo inmediato usó uno de los objetos mágicos menores que tenía a su alcance. Pronunció el nombre de Tethtoril en un cono de hoja de oro y confió en que el dispositivo transmitiera el mensaje al anciano monje. Mientras tanto, debía tratar de deshacerse de Abdel, aunque mucho se temía que no sería empresa fácil. Abdel y la mujer seguían al otro lado de la puerta, conversando en voz baja. Beuros abrió la mirilla.

—Dadme un libro —dijo, obviamente sobresaltando a la mujer, que dio un saltito. Los dos levantaron la vista hacia la ventanita.

—Beuros... —empezó a decir Abdel.

—¡Ah! —lo interrumpió él—: un libro, un pergamino, una tabla... cualquier cosa escrita. Dadme algo útil para el alcázar de la Candela y podréis entrar.

El mercenario frunció el ceño, confuso y frustrado. A Beuros no le sorprendió en absoluto que Abdel no llevara encima ningún tipo de escrito. Ni siquiera le habría sorprendido que Abdel se hubiera olvidado de leer.

—¿Por qué todo esto de repente, Beuros? ¿Qué está pasando ahí dentro? —le preguntó el mercenario.

—Sólo la tarea propia del alcázar de la Candela —respondió Beuros, directamente—; la tarea de adquirir sapiencia.

La mujer sonrió malévolamente.

—Ni siquiera entiendes esa palabra, estúpido... —dijo.

—¡Un libro! —insistió Beuros, ofendido porque esa bastarda semielfa cuestionara su sabiduría.

—No tengo ningún... —empezó a decir Abdel, pero se calló y su rostro adquirió una estúpida expresión, como si cayera en la cuenta de algo.

—Concédenos un momento, capitán firmeza —dijo la mujer, sarcásticamente, e hizo un ademán de despedida en dirección a Beuros. El guardia decidió desentenderse de ella y cerró la ventanita.

Beuros se secó el sudor de la frente y se preguntó qué estaba haciendo él y qué entretenía a Tethtoril. Abdel y la mujer estaban hablando de nuevo, y Beuros notó una sensación espantosa en el estómago. ¿Qué pasaría si Abdel le tomaba la palabra? Oyó a la mujer gritar su nombre y, lleno de aprensión, abrió la mirilla una vez más.

—¿Un libro? —preguntó Beuros.

Entonces, vio lo que Abdel sostenía en su gran mano callosa. Era realmente un libro, y al verlo el corazón se le desbocó. Estaba encuadernado nada más y nada menos que con piel humana, y llevaba un símbolo que no había visto en mucho tiempo, un símbolo formado a partir de una calavera humana. Fuera lo que fuera ese libro, resultaba poco usual, por no decir más. Contenía maldad, sin duda, pero ciertamente era un tema digno de estudio desde un punto de vista por completo objetivo. Supuso que se trataba de algún tipo de texto oscuro, y Faerun saldría ganando si se ponía a salvo tras los muros del alcázar de la Candela.

—Bien, bien... —empezó a decir.

—Primero, déjanos entrar —lo interrumpió la mujer.

Beuros rió.

—Ni lo sueñes, señora. Dile que lo introduzca en la rendija.

Beuros activó el mecanismo del panel secreto que abría una rendija más accesible en la puerta, mientras el mercenario observaba el espacio entre la mirilla, a dos o dos metros y medio por encima del suelo de grava.

—Si hubiera una ventana un poco más... —empezó a decir la mujer, pero se interrumpió cuando a la altura de la cintura de Abdel se abrió una rendija en la puerta lo suficientemente grande como para meter el libro.

—Ponlo ahí, Abdel —dijo Beuros suavemente, y no se dio cuenta de que por primera vez en muchos años había llamado a Abdel por su nombre.

—Sabía que me habías reconocido, bastardo —gruñó Abdel, cruzando la corta distancia que lo separaba de la puerta con el libro levantado frente a él. El mercenario se detuvo súbitamente justo cuando el borde del viejo libro tocó la rendija. Era evidente que estaba poco dispuesto a entregarlo.

—Si ni siquiera entiendes el lenguaje en el que está escrito, por el amor de Mielikki —dijo Jaheira, y Beuros sonrió—. Dale de una vez ese libraco, y entremos.

—Tiene razón, Abdel —dijo Beuros—. Escucha a la señora y dame el libro. Necesito un gesto de buena voluntad.

Abdel no podía soltar el libro.

—¿Abdel? —preguntó la mujer, con voz apagada.

Abdel suspiró una vez más y soltó el libro, que se deslizó por la rendija. Beuros bajó de donde estaba subido y cogió el libro. Le pesaba y al tocar la tapa sintió un sensación de horror y de euforia.

—¿Qué tienes ahí, Beuros? —le preguntó Tethtoril a su espalda. El guardia soltó un grito sofocado y se dio la vuelta para mirarlo.

Momentos más tarde, Abdel y Jaheira estaban sentados en la habitación privada de Tethtoril mirando cómo preparaba el té. La caminata por el patio de armas,

meticulosamente cuidado, despertó en Abdel un flujo de emociones que había arrinconado. La reacción de Tethtoril ante la noticia de la muerte de Gorion hizo que lo reviviera todo de nuevo. Jaheira, notando lo dura que le estaba resultando esa visita, se agarró con fuerza a su brazo. La mujer parecía impaciente, pero Abdel no se preguntó por qué. Se había olvidado por completo del Trono de Hierro.

—No te preguntaré de dónde has sacado ese libro, Abdel —le dijo Tethtoril, mientras le servía a Jaheira una taza de té—, pero me alegro de que hayas decidido traerlo aquí. Has hecho lo que debías.

Abdel rechazó la taza que Tethtoril le ofrecía, y el anciano monje tomó un sorbo.

—Ni siquiera sé qué es —admitió Abdel—. No pude leerlo.

Esto pareció tomar por sorpresa a Tethtoril.

—¿Lo intentaste? —le preguntó.

Abdel lo miró burlón y se encogió de hombros.

—Ese libro, hijo, es uno de los pocos, pocos ejemplares que quedan de los ritos impíos de Bhaal, el dios de la Muerte —le explicó el monje.

Abdel se sonrojó, y la cabeza empezó a darle vueltas. Se había sentido atraído por el libro; de hecho tenía la necesidad imperiosa de absorberlo, de entenderlo. Pero al mismo tiempo se avergonzaba de ese deseo y lo había mantenido en secreto. Abdel aún dudaba de que eso significara que era el hijo de ese dios muerto, pero la influencia de Bhaal debió de haber sido un factor en su vida, al menos en el tiempo anterior a Gorion.

—Entonces, me alegro de que nos hayamos deshecho de él —dijo Jaheira, mirando sólo a Abdel—. Lo que te dije es cierto, Abdel.

Abdel exhaló por la nariz y esbozó una sonrisa forzada.

—Tu padre dejó algo a mi cuidado —dijo Tethtoril, rápidamente. Era evidente que no se sentía muy cómodo con lo que iba a decir—. Me dijo que si algún día le sobreviniera... si moría antes de que tuviera tiempo de...

El monje contuvo los sollozos, pero no pudo continuar.

—¿Qué es, hermano? —le preguntó finalmente Abdel, mirando a Tethtoril.

—Una carta —repuso el monje, y después se aclaró la garganta—. Una carta y una piedra maestra... una piedra que te permitirá entrar en el alcázar de la Candela cuando lo desees.

—¿Una carta? —inquirió Abdel, y su mente empezó a dar vueltas recordando el jirón de pergamino al que Gorion se había aferrado con sus últimas fuerzas mortales—. La vi —dijo—; Gorion la llevaba encima cuando murió.

—Imposible —dijo Tethtoril—. Tengo esa carta aquí mismo.

Abdel leyó la carta en voz alta, y Jaheira evitó mirarlo casi todo el tiempo.

Hola, hijo mío: Si lees esto es que he muerto prematuramente. Me gustaría decirte que no llores por mí, pero prefiero pensar que lo harás. Si puedes hacerlo significará que he hecho lo mejor que un padre puede esperar hacer.

Abdel interrumpió la lectura un momento. Si Jaheira lo hubiera mirado justo entonces habría visto que las cuerdas vocales se le marcaban en el cuello de tensa que tenía la garganta. Gorion había hecho su trabajo, y lo había hecho bien. El hijo del dios de la Muerte se había quedado sin palabras, aunque sólo fuera por un momento a causa del dolor.

En esta carta te contaré cosas que debiera haberte contado antes, pero si muero antes de tiempo y no he tenido oportunidad de hacerlo, debes conocerlas, y debes conocerlas por mí. Te conozco mejor que nadie en este mundo. Cree lo que escribo aquí; sabes que, aunque haya cosas que no te he dicho, yo nunca te mentiría, no sobre esto.

Abdel se interrumpió de nuevo y miró a Jaheira, que no se volvió hacia él.

—Va a decirme lo que tú ya me has dicho, ¿verdad? —La voz de Abdel era apenas un susurro.

Jaheira asintió, Abdel suspiró y siguió leyendo.

Nunca te he ocultado que yo no soy tu verdadero padre, pero jamás te he dicho de quién eres hijo. El nombre de tu padre sólo se susurra con temor porque, aunque su poder haya desaparecido del multiuniverso, causó tal terror que aún tiene significado. Tú eres el hijo de...

Abdel volvió a suspirar y su rostro se contrajo en algo parecido a una sonrisa o una risa silenciosa, tensa y retorcida. Una única lágrima se deslizó por su mejilla. Jaheira seguía sin mirarlo.

Tu padre es la entidad conocida como Bhaal, el dios de la Muerte, un engendro del mal tan infame que resulta casi imposible creer que el universo pudiera soportar su odiosa presencia. Tú no recuerdas los Tiempos de Conflictos, cuando los dioses andaban por la faz de Faerun. Al igual que otros grandes poderes, Bhaal tuvo que encarnarse en una forma mortal. Como es posible con los seres divinos, tal como he leído, Bhaal, de algún modo, presentía la muerte que lo esperaba. Entonces, buscó mujeres de cualquier raza, y las forzó o las sedujo. Tu madre fue una de esas mujeres, una mortal...

Se hizo una pausa que flotó en el aire, y a los dos les pareció que transcurrían

horas. Abdel miró a Jaheira con los ojos anegados en lágrimas y vio cómo la mujer se tapaba la cara con las manos. Jaheira estaba sentada en el borde de la destartada camita de hierro en la que Abdel había dormido desde que fue un bebé. El pergamino que había escrito durante su primer año en la escuela estaba colgado en la pared sobre la cabeza de la mujer, como un cruel recordatorio de la mentira que había sido su vida humana. Abdel continuó leyendo, aunque ya sabía qué vendría luego y, lo que era peor, no sabía qué hacer al respecto.

Tu madre era una de esas mujeres..., una mortal destruida por la muerte encarnada.

El mercenario calló, aunque sólo el tiempo suficiente para apretar uno de sus grandes puños con tanta fuerza que casi se hizo sangre con las desiguales uñas. Con voz tan tensa como el puño, siguió leyendo.

Tu madre murió al dar a luz. Yo era amigo suyo y conocía al paladín que te trajo a mí. Al principio, te crié como a un hijo porque me sentía obligado, pero a medida que pasaban los años y veía en ti, cada día, la promesa de una vida más allá de cualquier destino divino, aprendí a amarte como sólo un padre puede amar a un hijo. Ahora sólo tengo una esperanza, y es que siempre pienses en mí como en un padre.

«Lo hago», pensó Abdel, esperando que Gorion lo oyera.

Por tus venas corre la sangre de los dioses. Si consultas en nuestra gran biblioteca averiguarás que nuestro fundador, Alaundo, tiene muchas profecías sobre los descendientes de Bhaal. Quizás estas profecías te ayudarán a encontrar tu camino. Habrá muchas personas que querrán utilizarte para sus propios fines. Tienes muchos hermanastros y casi igual número de hermanastras. Durante todos estos años una orden de los paladines de Torm, entre los cuales tengo algunos amigos, los Arperos y otras personas, que ni siquiera sé quiénes son, te han vigilado a ti y al mayor número de tus medio hermanos. A algunos les hemos perdido la pista, otros han muerto y hemos redescubierto uno. Este último quizá sea tu hermanastro, y quizá tú quieras creer que es familia, que puede ser un hermano para ti, pero te suplico que no te dejes llevar por esa creencia. Sólo te quiere mal, y él no fue criado en la atmósfera de calma y estudio del alcázar de la Candela, sino por una serie de fanáticos sin rostro que aún siguen adorando sin esperanza a un dios muerto. Se llama Sarevok.

Jaheira emitió un grito ahogado, y Abdel la miró. Finalmente, ella también lo miraba. Tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, muy abiertos por la confusión y la sorpresa.

—¿No es Reiltar? —murmuró con voz ronca.

—Sarevok —respondió Abdel. Miró de nuevo la carta y después a Jaheira—. ¿Te suena el nombre?

La mujer negó con la cabeza y desvió la mirada, de modo que él siguió leyendo.

Éste es el más peligroso. Ha estudiado aquí, en el alcázar de la Candela, por lo que sabe muchas cosas de ti. Te he dejado una piedra que te permitirá acceder a las bibliotecas interiores. Encontrarás la entrada secreta en una de las salas de lectura de la planta baja. No digas a ningún monje que tienes la piedra maestra, porque intentarían quitártela. Las bibliotecas interiores tienen una ruta secreta que conduce fuera del alcázar de la Candela. Úsala sólo en caso de extrema necesidad.

Y firma:

Tu amantísimo padre, Gorion.

—Abdel... —Jaheira no pudo acabar. La puerta se abrió de golpe y entraron unos hombres. Abdel reaccionó en el acto, como siempre, y levantó las manos para protegerse la cabeza.

El primer golpe fue tan violento que casi le rompió el antebrazo izquierdo. Abdel se puso en pie y usó los poderosos músculos de las piernas para ayudarse a propulsar hacia el bajo techo el bastón con el que lo habían pegado. El bastón se rompió en dos, lo que le produjo otra ola de dolor a lo largo del antebrazo. Sin hacer caso del dolor, agarró el extremo del palo roto cuando empezaba a caer y devolvió el ataque casi sin mirar al blanco. Acababa de leer una carta que había precipitado su vida a un pozo con muy poca esperanza en el fondo, una carta que planteaba más misterios de los que resolvía. La muerte de Gorion era una herida que se había reabierto de pronto, pero Abdel no se dejó caer del todo. Cuando golpeó al hombre con el extremo roto de su propio bastón, lo hizo con la fuerza necesaria para dejarlo sin sentido, pero no para matarlo.

Jaheira también se había levantado, pero estaba desarmada. La espada de Abdel descansaba sobre un viejo armario de madera que Gorion le había dado, y en el que Abdel había guardado sus ropas desde niño. Abdel vio cómo alguien cogía su espada, y apretó los dientes. Esos hombres, quizá media docena, iban vestidos con la familiar cota de malla y los tabardos de los guardias del alcázar de la Candela.

El hombre que Abdel golpeó cayó pesadamente a los pies del fornido mercenario, y éste utilizó el bastón roto a modo de porra para parar un golpe, y después otro y otro más, de dos guardias que lo atacaban con sólidas cachiporras de roble.

—¡Entrégate! —rugió una voz autoritaria desde algún punto situado más allá de la estrecha puerta, mientras más guardias entraban en la habitación—. Entrégate a la justicia del alcázar de la Candela y todo será mucho mejor para ambos.

El mercenario tumbó a otro guardia con un rápido y preciso golpe en la sien dado con el extremo redondeado del bastón.

Oyó que Jaheira gruñía y vio cómo se doblaba sobre sí misma. El guardia que la había pegado en el estómago con un bastón sonreía, y a Abdel no le gustó nada esa sonrisa. Jaheira giró el hombro y apretó el extremo del bastón contra su cuerpo, propulsándolo contra el abdomen del guardia que sonreía. El hombre tosió una vez y retrocedió. Una porra golpeó a Abdel en el brazo y sintió que todo su cuerpo se agitaba. Lanzó un puñetazo al guardia, que retrocedió lo suficiente como para salvarse del puño, pero no del bastón roto, que Abdel balanceó por lo bajo y fue a estrellarse al lado de la rodilla. Hubo un ruido seco, perfectamente audible, y el guardia chilló y se desplomó.

Jaheira tiró del bastón que seguía sujetando con el costado, y el guardia lo dejó ir. La mujer se tambaleó un poco hacia atrás, y el guardia le lanzó un directo a un lado de la mandíbula. Fue un puñetazo propinado con el puño cerrado, una acción que los hombres raramente, por no decir nunca, utilizaban contra las mujeres. Ver eso hizo hervir la sangre de Abdel casi tanto como ver a Jaheira caer pesadamente al suelo, parpadear aturdida y perder rápidamente la conciencia.

Abdel no pensó, simplemente atacó. Haciendo girar el bastón roto entre sus dedos, le dio la vuelta de manera que el extremo puntiagudo y astillado apuntara hacia fuera. El guardia que había pegado a Jaheira aún sonreía cuando se volvió y vio que Abdel se acercaba. No tuvo ni una fracción de segundo para borrar esa sonrisa de su cara antes de ser atravesado por el bastón roto. El borde afilado de la madera penetró la cota de malla del guardia como si fuera algodón, y la madera astillada se fragmentó y se astilló aún más al atravesar el vientre del guardia y salirle por la espalda, lo que convirtió la cota de malla intacta en una especie de tienda.

Uno de los otros guardias soltó un chillido de horror, y Jaheira volvió a desmayarse. Antes de quedarse inmóvil, su rostro mostró una fugaz expresión de tristeza. Dos hombres se abalanzaron sobre la espalda de Abdel, y éste se estremeció al notar sus frías cotas de malla. Logró desprenderse de uno con un rápido codazo; el golpe rompió los dientes del guardia y lo lanzó al suelo sobre el trasero, mientras mascullaba maldiciones y empezaba a llorar. El otro guardia era más fuerte, y Abdel no se lo pudo sacudir de encima con tanta facilidad.

—Ahora sí que es asesinato —le gruñó el guardia a la oreja, como si se justificara por tener que matar a un hombre al que conocía de toda la vida.

—¡Pilten! —exclamó Abdel, sorprendido—. ¿Qué...?

—¡Duerme! —gritó la voz que procedía del pasillo, y la cabeza de Abdel le dio vueltas.

Trató de decir «no» mientras caía, pero sólo le salió un gruñido. Notó un ruido en su garganta que podía ser un ronquido, pero ya no sintió nada cuando su cabeza

golpeó contra el suelo.

Estuvo inconsciente unos minutos, los suficientes como para que le pusieran cadenas en las muñecas y los tobillos. Cuando volvió en sí, lo estaban arrastrando por el pasillo y, de vez en cuando, los guardias se divertían dándole un golpe de castigo con los bastones sin punta y las porras que llevaban. Abdel sabía que había matado a uno de los guardias y no se resistió. Algo en su interior quería recibir el castigo que los guardias le infligían, y eso era algo nuevo en él.

—... Y el guardia hace nueve —dijo Tethtoril, desde el otro lado de la puerta con barrotes. Una vez más Abdel y Jaheira estaban enjaulados como animales, pero en esa ocasión estaban juntos, algo poco usual incluso en las mazmorras más humanas del alcázar de la Candela, y no llevaban cadenas. El moretón en el rostro de Jaheira empezaba a desaparecer. Tethtoril había recurrido al poder de Oghma para curarlo, mientras los arrastraban a las mazmorras. La mujer estaba despierta, horrorizada y aturdida.

—Nosotros no hemos matado a esos hombres —dijo ella, y su voz traicionaba la ira que la dominaba—. Vinimos aquí para evitar...

—¿Es tuyo esto? —le interrumpió Tethtoril. Jaheira soltó un grito de sorpresa al ver el brazalete que el monje le mostraba. Si hubiera tenido tiempo para pensar, no habría dicho lo que dijo a continuación.

—Sí, ¿dónde lo encontró?

Era el brazalete que Xan había perdido en el campamento de los bandidos, el mismo campamento en el que había hallado el impío libro de Bhaal. Cuando Abdel vio la expresión en el rostro de Tethtoril, el corazón le dio un vuelco. Había decepcionado al monje. Abdel admiraba a Tethtoril, lo había admirado desde siempre, y aunque no tenía ni idea de quiénes eran esos otros ocho hombres que lo acusaban de haber matado, sí que había matado al guardia que golpeó a Jaheira. Ni siquiera Tethtoril podía salvarlo de eso.

—¿El guardia...? —preguntó Abdel, débilmente, casi sin esperanzas—. ¿Hay alguna posibilidad?

Tethtoril se llevó una mano a la frente y fingió estar reflexionando sobre la respuesta. Era evidente que no quería que los guardias lo vieran llorar. Cuando se hubo calmado, sacó de la misma bolsa de piel de la que había extraído el brazalete de Jaheira una daga de hoja ancha. La hoja centelleó a la luz de la lámpara, y la sangre medio seca relució en los bordes, contrastando con la brillante plata.

—Antes de ver esto —dijo el monje, dirigiendo una mirada severa, dolida y reprobadora a Abdel—, aún tenía fe.

—Tethtoril —dijo Abdel—, no puedes creer que...

Abdel no acabó la frase porque comprendió que, por supuesto, Tethtoril lo creía

capaz de matar a los hombres que fuera. Sabía que Tethtoril había reconocido la daga; él estaba en la habitación cuando Gorion se la regaló haciendo una gran exhibición. Sólo entonces Abdel se dio cuenta de que era la voz de Tethtoril la que lo había sumido en el sueño. Así pues, el anciano monje lo había visto destripar al guardia por haber propinado a Jaheira un golpe violento pero no mortal. Claro que Tethtoril lo creía capaz, porque lo era.

—Pilten —dijo Tethtoril, y el guardia que Abdel conocía desde que ambos eran niños se adelantó—. Toma esto y... todo lo demás y... ponlo en lugar seguro.

Pilten asintió, lanzó a Abdel una mirada de decepción y se llevó el hatillo que incluía la espada de Abdel, la carta de Gorion, la piedra —en realidad, Tethtoril le mostró a Abdel cómo la introducía en la bolsa de piel— y las pruebas incriminatorias, y se marchó.

—Id con él —ordenó Tethtoril a los demás—, todos.

Pero los guardias no querían dejar solo al viejo monje.

—No me pasará nada —dijo Tethtoril, y levantó el mentón con una expresión de simple autoridad. Los guardias se marcharon y se oyó el sonido de muchas puertas al cerrarse.

—Haré lo que pueda —le dijo Tethtoril a Abdel, mirando fugazmente a Jaheira—; pero no me has dejado muchas opciones.

—Podrías enviar un mensajero a Puerta de Baldur —sugirió Abdel—, a Eltan.

Tethtoril asintió, aunque su rostro demostraba que no tenía muchas esperanzas.

—Te he decepcionado —dijo Abdel, en voz baja.

Tethtoril forzó una fugaz sonrisa y asintió.

Abdel se tocó la nariz y, como el resto de su cuerpo, se había convertido en vidrio. La superficie era lisa y fría, y oyó un claro tintineo al abrir los ojos. Al principio, la cabeza le daba vueltas. No estaba acostumbrado a estar tan alto. El horizonte era más ancho y más profundo. Un enorme bosque extendía su manto verde oscuro por lo que debían de ser millas.

En el bosque, pululaban personas vestidas con toscos vestidos negros. En un primer momento, a Abdel le pareció que tarareaban algo, pero después se dio cuenta de que cantaban; estaban cantando su nombre: «Ab-del, Ab-del, Ab-del». Lo repetían una y otra vez, en una cadencia uniforme que formaba una sola voz, una voz que a Abdel le era familiar y lo repelía.

Dio un paso atrás y se sorprendió al notar que la estructura sobre la que se encontraba retrocedía con él. Esto lo confundió aún más, y un suspiro escapó de sus labios cristalinos. Adelantó un pie para tratar de equilibrarse, pero no lo consiguió. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba sobre una torre, sino que él era la torre.

Cayó hacia adelante, incapaz de mover con rapidez o elegancia su cuerpo de vidrio, que debía de pesar miles de toneladas. Al menos medía treinta metros, y durante la larga caída vio cómo los árboles se le acercaban rápidamente. Cuando su centro de gravedad se desplazó lo suficiente, sus espinillas empezaron a resquebrajarse. El sonido que hicieron fue fuerte y habría resultado inquietante incluso si no se hubiera tratado de sus piernas. A medida que su cara se precipitaba hacia el suelo, y se acercaba más y más a ella, vio a Jaheira.

La mujer, con la cabeza vuelta hacia lo alto, lo miraba con ojos que se le salían de las órbitas a causa del horror. Abdel caía sobre ella como un demoledor titán de vidrio que la aplastaría al tiempo que la haría pedazos. Abdel era incapaz de detener la caída, y ella no parecía ser capaz de correr. Jaheira gritó su nombre, y la voz sonó enfadada, frustrada y naturalmente asustada. Levantó las manos, y Abdel trató de llamarla por su nombre, pero la voz se le ahogó en la garganta de vidrio y la rompió. La cabeza se le desprendió y golpeó a Jaheira con tanta fuerza que la hundió en el suelo; simultáneamente, se rompió en un trillón de fragmentos que salieron volando.

Abdel se despertó sobresaltado. Jaheira le sostenía los hombros y su rostro estaba muy cerca del de él. Parecía enfadada y olía horriblemente mal.

La memoria fluyó de nuevo como un torrente, y recordó que Tethtoril lo había sumido en sueños —¿había sido realmente Tethtoril?— y que lo habían arrastrado a las mazmorras subterráneas del alcázar de la Candela, encerrándolo en una celda con Jaheira. También recordó que Tethtoril había prometido ayudarlos y que él mismo

había dicho a Jaheira que tuviera paciencia. Después, se había hecho un ovillo en un jergón sorprendentemente cómodo y había visto cómo Jaheira hacía lo mismo en el otro lado de la celda. Un guardia había apagado la pequeña lámpara de aceite. Luego, se había dormido y había soñado que era un dios que medía treinta metros y que caía sobre la mujer que amaba.

—No hueles muy bien —dijo a Jaheira, haciendo un esfuerzo para sonreír débilmente.

Jaheira suspiró impaciente.

—No soy yo —explicó.

La mujer se volvió hacia los barrotes y allí estaba el ghoul, Korak.

—Abdel —dijo con la misma voz de la gente que cantaba en su pesadilla—, Abdel, yo te ayudaré.

La inmundada criatura muerta sostenía en la mano un pesado anillo de hierro, del que colgaba una docena o más de grandes llaves. También pendía una mano cortada, que ya empezaba a ponerse gris, cuyos nudillos, aún blancos, trataban de aferrar el anillo con sus últimas fuerzas.

—Nos ha seguido todo el tiempo —le explicó Jaheira, y se retiró para que Abdel pudiera levantarse. El mercenario se sacudió la paja de su blusón e hizo girar los hombros, que crujieron y rechinaron a causa de la fría noche pasada en el jergón de la mazmorra.

—¿Has matado al guardia? —le preguntó al ghoul directamente.

Korak sonrió y levantó de nuevo el anillo.

—Yo te ayudaré. Quiero ayudarte.

—Márchate —le dijo Abdel, aunque el ghoul ya había empezado a probar llaves en la gran cerradura.

—Yo tampoco estoy segura de que sea buena idea, Abdel —dijo, entonces, Jaheira—, pero no creo que tengamos otra opción. Aquí los asesinos son ejecutados como en todas partes, ¿no?

Hubo un fuerte sonido metálico y un chirrido. Abdel miró y vio cómo el ghoul abría la puerta.

Korak sonrió, mostrando sus dientes negros.

—Vamos —dijo.

—Si pones un pie en la celda, Korak, te mataré con mis propias manos —lo amenazó Abdel.

—Abdel —dijo Jaheira, haciendo caso omiso del ghoul—, si pudieron matar a Scar, con doppelganger, si pudieron entrar en el palacio ducal de Puerta de Baldur... también pueden haber entrado aquí.

—Tethtoril nos ayudará —protestó Abdel—. Lo conozco desde que era niño. Es un buen hombre y no dejará que nos cuelguen.

—A no ser que ya esté muerto —dijo Jaheira severamente.

Korak permanecía inmóvil junto a la puerta abierta.

—¿Venís o no? —dijo.

—Quien nos encerró aquí anoche era Tethtoril —le aseguró Abdel—. De haber sido un doppelganger, ¿por qué no matarnos enseguida?

—¿Lo habría hecho Tethtoril? —preguntó Jaheira. La única respuesta de Abdel fue una mirada de confusión, y ella continuó—: Si era un doppelganger tenía que comportarse como Tethtoril. Ahora mismo podría estar allí arriba reuniendo más pruebas falsas contra nosotros, pruebas de crímenes cometidos por dobles nuestros, pruebas que usará para condenarnos y ejecutarlos. A los demás, les parecerá todo perfectamente racional y justo. Nos culparán de todo, y el Trono de Hierro, Reiltar o Sarevok, o quienquiera que esté detrás de todo esto, habrá ganado.

Abdel no quería creer en esa posibilidad, pero al menos debía considerarla. Se dio la vuelta y respiró demasiado profundamente el aire viciado por la presencia del putrescente ghoul. Tosió y miró lo justo para ver cómo Korak levantaba un dedo y se escabullía, llevándose con él la pequeña lámpara de aceite que sostenía. La celda quedó a oscuras, y la ausencia de luz lo ayudó a clarificar su mente.

—O sea, que no podemos confiar en nadie —dijo sencillamente.

—Creo que no —respondió ella, con igual sencillez—. Pero podemos confiar en la carta de Gorion. Tienes un hermanastro que se llama Sarevok y que supongo que es Reiltar, el hombre del Trono de Hierro en Puerta de Baldur.

Korak regresó rápidamente con la luz. Dejó caer la precaria carga que llevaba, que repiqueteó al chocar contra las losas que había fuera de la celda. Ahí estaban sus armaduras, el sable de Abdel y su piedra maestra. Abdel se alegró al recordar que Korak había usado una llave para abrir la celda, porque significaba que el ghoul no conocía el poder de la piedra. Sería su pasaporte de salida.

El último objeto que Abdel extrajo del saco fue su daga, la daga de hoja ancha de plata que Gorion le había regalado hacía tanto tiempo. Fue agradable empuñarla de nuevo, no porque con ella pudiera destripar a cualquier hombre, sino porque se la había dado una persona que quería y que lo quería a él.

—Has perdido la espada —le dijo a Jaheira. Ella lo miró y asintió. Abdel giró la daga en su mano y se la ofreció por el mango.

—Gracias —murmuró ella, tomando el arma—. La cuidaré bien.

De pie como estaban, Abdel asió ligeramente a Jaheira por el codo y se le acercó.

—¿No habíamos decidido que ese ghoul trabaja para el Trono de Hierro? —le susurró al oído.

Jaheira se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero siempre estamos a tiempo de matarlo —murmuró.

Abdel sonrió tristemente y la guió hacia la puerta abierta de la celda.

Abdel no había visto esa parte del alcázar de la Candela ni en las tardes de verano más curiosas de su juventud. Bajo el monasterio había una capa tras otra de catacumbas y alcantarillas, que formaban un laberinto infinito. No pasó mucho tiempo antes de que Abdel, que no tenía demasiado sentido de la orientación bajo tierra, se perdiera completamente. Muy pronto él y Jaheira estaban en una posición en la que se habían prometido a ellos mismos y mutuamente que no estarían nunca más. Seguían al repugnante Korak sin saber adónde los conducía.

—Éste debe de haber sido importante —cuchicheó Jaheira. El sonido de su voz resonó por el estrecho corredor como un siseo prolongado. La mujer señaló con la daga un nicho en la catacumba que contenía un ataúd de caoba tallada muy ornamentado. En un lado, se había clavado cuidadosamente una placa de latón, pero estaba tan deslustrada y cubierta de telarañas que era ilegible. Sobre el nicho había un broquel pintado con un elaborado escudo de armas, que Abdel no reconoció.

—Este corredor debería llevarnos hasta el mar —comentó Abdel, sin hacer caso de su observación.

Jaheira le dirigió una sonrisa a la trémula luz de la antorcha y estaba a punto de decir algo cuando la voz del ghoul resonó desde delante.

—No os detengáis. —La voz de Korak sonaba nerviosa—. ¡No hay tiempo!

De pronto, los zombis cayeron sobre él desde todos los lados.

Jaheira inhaló profundamente, como si estuviera a punto de gritar, y el corazón de Abdel se detuvo un instante al ver cómo media docena larga de cuerpos de aspecto aún más desagradable que el putrescente ghoul lo hacían pedazos. Korak dejó ir un lastimoso y débil gemido, que resonó en el túnel, acompañado de rasgaduras, arrastramientos, salpicaduras y crujidos. Los zombis eran tan silenciosos como lo muertos que estaban.

Una de las cosas muertas se volvió lentamente y miró al semidiós y la semielfa. Su rostro ceniciento no revelaba ningún signo de vida, y mucho menos de emoción, pero reconoció su presencia y empezó a acercarse. Cuando los pedazos de Korak dejaron de agitarse, el resto de zombis lo siguieron; avanzaban en masa hacia Abdel y Jaheira.

—Tenemos que irnos —dijo Jaheira, empezando a retroceder.

Abdel se lo pensó mucho tiempo, unos dos pasos de los zombis.

—Sí, tienes razón —dijo.

Más zombis salieron de los corredores laterales. Abdel dejó de contar al llegar a ocho y dio media vuelta para echar a correr, siguiendo de cerca a Jaheira. Doblaron una esquina en el corredor oscuro, húmedo, mohoso y estrecho, y se encontraron con una verja de hierro oxidado que bloqueaba el camino. Abdel maldijo en voz alta, y el eco ahogó momentáneamente el siseo fuerte y reverberante que hacían los zombis al

arrastrar sus pies secos por el suelo de piedra.

—Rómpela —le sugirió Jaheira, débilmente. Abdel agarró los barrotes y sintió entre sus manos grandes trozos de herrumbre. Empujó la verja con fuerza, y ésta cedió un poco; un torrente de cientos de diferentes ecos se esparcieron por el corredor. El primer zombi dio la vuelta a la esquina.

—Abdel... —susurró Jaheira, con voz atenazada por el pánico.

Abdel se volvió al tiempo que desenvainaba el sable, y la mantuvo cerca de su cuerpo para no herir a Jaheira. El zombi se acercó lentamente, estorbado por los harapos del vestido largo que llevaba. Había sido una mujer, quizás hacía siglos, antes de convertirse en una cosa muerta.

Jaheira lo atacó con su daga de plata y una gran parte de su torso se desprendió. El zombi se tambaleó hacia atrás, sin mirar en ningún momento a los ojos a ninguna de las dos presas vivas, y después volvió a la carga. Cuando estaba a menos de un brazo de distancia, levantó sus garras podridas y lanzó a Jaheira un lento y torpe zarpazo, aunque fuerte. Abdel le cercenó la cabeza fácilmente, pero Jaheira tuvo que apartarse de un salto para que el sable no la alcanzara, y cayó en brazos del siguiente zombi.

El zombi asió el antebrazo de la mujer como para evitar la caída, aunque no era capaz de tomar una decisión tan pensada. Lo único que quería era clavarle las garras, y usando tanto su peso como la fuerza de su brazo muerto y reanimado le hizo tres profundos desgarrones en el hombro. La semielfa chilló, empujó hacia atrás con ambas piernas, y chocó contra la verja en su intento por eludir el segundo zarpazo. El zombi, cayó cuando Jaheira chocó contra la verja, y los barrotes oxidados, después de siglos de abandono, cedieron a su espalda.

Jaheira esperaba que la verja resistiera y se quedó tan sorprendida al verse caída sobre el trasero en el húmedo suelo de piedra que ni siquiera vio cómo Abdel partía por la mitad al zombi que la había arañado. Abdel seguía empuñando el sable con la mano derecha y con la izquierda hurgaba en la bolsa que llevaba al cinto. Sacó la piedra maestra y se dio la vuelta; pasó al lado de Jaheira, que estaba aún en el suelo, sin detenerse cuando otro zombi apareció en la esquina. Jaheira se puso de pie, dio media vuelta y echó a correr.

—¡Sígueme! —le gritó Abdel, sin mirar atrás. El mercenario la oyó cerca de él. Sostenía la piedra en la mano izquierda y la introdujo en la pared una o dos pulgadas.

—¿Sabes... adonde... vamos? —jadeó Jaheira.

—No, pero conozco el alcázar de la Candela —respondió Abdel.

Sabía que a Jaheira le parecería absurdo, y efectivamente la mujer no dijo nada más.

—Todo este lugar está lleno de puertas secretas —le explicó mientras corría—. Nunca he estado aquí abajo, pero no veo por qué no...

Se detuvo al oír el sonido del chirriar de piedra, y Jaheira se estampó contra su espalda. La mujer gruñó. A su izquierda, una puerta se abrió en la pared. Abdel le guiñó un ojo y se sumergió en la suave y húmeda brisa que transportaba el olor del mar.

—El alcázar de la Candela se ocupará de ellos por ti —dijo el duque Angelo, tendiendo a Sarevok el vaso semicircular—. Nunca se sabrá más de ellos.

Sarevok sonrió, y Angelo apartó los ojos. Como uno de los duques de Puerta de Baldur, un experimentado comandante de mercenarios y un semielfo que ya había vivido más de lo que muchos humanos podrían imaginar. Angelo había conocido a todo tipo de gente, pero a nadie como Sarevok. Alrededor de ese hombre imponente, el aire en sus aposentos del palacio ducal parecía cargado de... ¿qué? Angelo no encontraba la palabra justa: ¿maldad?, ¿avaricia?, ¿destino?

—¿Qué es esto? —preguntó Sarevok. Su voz, incluso cuando hablaba de banalidades, era profunda, resonante y llena de autoridad.

—Coñac —respondió Angelo—. Es algo nuevo. Creo que lo encontrarás de tu gusto.

Sarevok sonrió, y Angelo logró mirar a otra parte casualmente, como si esa malévola sonrisa no lo aterrara. Cruzó la gran sala hasta el hogar, y sus pies apenas hicieron ruido al pisar la alfombra que se había traído de Shou Lung a cambio de tantas monedas de oro que tuvieron que transportarse al este por medios mágicos. Los ornamentos y el mobiliario de esa sala podrían comprar una pequeña ciudad, y Angelo estaba muy orgulloso de su variada colección de artefactos procedentes de los cuatro rincones de Toril. Cogió el atizador que estaba junto a la chimenea —hecho de pesado mitril de las minas enanas de la Gran Hendidura— y hurgó en el fuego distraídamente.

—Interesante —dijo Sarevok. Angelo levantó la mirada y vio que sostenía un vaso vacío—. ¿Cerezas?

—Creo que sí —respondió Angelo, y después cambió bruscamente de tema para tratar de apresurar la partida de Sarevok—. Mi mando del Puño Llameante es seguro. Ese tal Abdel y su mujer son conocidos, y se los busca en la ciudad. Supongo que no puedes decirme dónde obtuviste la información.

—¡Oh! —Sarevok rió—, me temo que no, pero te aseguro que están trabajando para los Ladrones de la Sombra.

—¿Y esto qué es? ¿Una banda?

—Un gremio, en realidad —replicó Sarevok.

—Ese gremio de ladrones procede de Amn —dijo Angelo, observando el fuego—. Entonces, supongo que en Amn también son proscritos.

Sarevok dejó el vaso con un tintineo sordo.

—Piensa en ellos como corsarios —dijo—: proscritos al servicio de Amn.

—No podemos tolerarlo —dijo Angelo, como si buscara la aquiescencia de Sarevok.

—Claro que no —replicó el hombre imponente.

—Entonces, ¿qué significa esto? —preguntó Angelo—. ¿Guerra con Amn?

—¿Te asusta la guerra?

Angelo miró a Sarevok de hito en hito y notó un sudor frío bajo sus delgadas ropas. Sólo por un instante pensó que los ojos de Sarevok tenían un brillo amarillo inhumano, como si estuvieran iluminados desde dentro, pero entonces su invitado sonrió de nuevo.

—Me asusta una guerra innecesaria, sí —replicó Angelo. Se volvió y miró su retrato colgado sobre la chimenea. El artista había hecho un trabajo admirable con los rasgos largos y verticales de Angelo. El duque seguía manteniendo su barba de chivo para parecerse más al retrato, aunque la moda había cambiado. El cuadro, a diferencia del hombre, aún mostraba trazas del guerrero que había sido en otro tiempo. Angelo miró sus propios ojos en el retrato y se sintió fulminado, igual que bajo la mirada de Sarevok.

—Si los hombres deben luchar y no se les da una buena razón, no ponen el corazón en la lucha.

—Sus corazones no me interesan, Angelo. Yo necesito brazos y piernas.

Angelo dio tres pasos y se sentó pesadamente sobre un diván cerca del fuego. Acarició la piel de becerro del cojín. Tenía el mismo tacto que la piel de un bebé, y con lo que había pagado por él, podría comprar cien niños. De repente, ya no le pareció tan impresionante como cuando lo compró en Aguas Profundas.

—¿Lucharán tus hombres? —preguntó Sarevok. Su voz era tan intencionada como la pregunta.

Angelo asintió, aunque no estaba seguro.

—Entonces, diles que es porque Amn quiere esta guerra —dijo Sarevok, con calma—. Envenenan nuestras minas, tratan de expulsar hacia el sur a nuestros vecinos, quieren conquistar Puerta de Baldur, el río, las minas... todo. ¿Es suficiente razón?

—Más que suficiente, amigo mío —dijo Angelo, y sonrió—. A eso hay que añadir que esos Ladrones de la Sombra están haciendo de las suyas aquí, en la misma Puerta...

—Cuando me nombren gran duque —dijo Sarevok—, ningún asesino amniano ultrajará nuestra gran ciudad..., aunque para ello tengamos que matar a todos los hombres, mujeres y niños de ese maldito reino.

Angelo tragó saliva porque, de pronto, notó la garganta seca.

Lo que llamó la atención de Abdel no era ni siquiera una sombra completa, sino el borde de una sombra. Era la tercera vez que la vislumbraba desde que habían regresado a Puerta de Baldur. Habían entrado a hurtadillas y de noche en la ciudad,

porque no estaban seguros de cómo serían recibidos allí ni en ninguna otra ciudad de la costa de la Espada. En el alcázar de la Candela los consideraban asesinos. Y en ese momento alguien los seguía.

—¿Estás seguro? —preguntó Jaheira, en voz baja. Había notado su tensión al entrever el borde de una sombra.

Abdel asintió.

—Sigue andando. Tenemos que ver a Eltan —dijo.

—Quizás es él quien nos sigue —sugirió Jaheira—, o alguien enviado por él.

Abdel no dijo nada. Estaba examinando las opciones en su mente y tomó rápidamente una decisión. Jaheira soltó un gruñido de protesta cuando el hombre tiró de ella hacia un callejón estrecho y oscuro.

—¿Un atajo? —bromeó.

A modo de respuesta, Abdel desenvainó el sable, y Jaheira se puso tan seria como él.

—Si tengo que matar a la persona o la cosa que nos sigue, no quiero hacerlo en plena calle.

Tardaron una hora en llegar al palacio ducal por sombríos callejones. Antes de llegar a su destino oyeron pasos una vez, después una sombra, y luego otra. La mayoría de las veces era Abdel quien lo notaba. Ni él mismo podía explicárselo, pero era como si pudiera olerla. ¿Olerla? ¿A ella? Abdel apartó esos pensamientos de su mente, guardó el sable en su vaina y, con Jaheira a su lado, se acercó a los guardias que custodiaban las puertas del palacio ducal.

—¡Alto! —gritó uno de ellos. Su voz reflejaba la creciente tensión que tanto Abdel como Jaheira habían percibido en la atmósfera de la ciudad. Algo pasaba en Puerta de Baldur—. ¿Quién anda ahí?

Abdel extendió las manos al lado de su cuerpo y ascendió lentamente la pequeña pendiente que conducía a las puertas.

—Solicito audiencia con el gran duque Eltan —dijo con sencillez.

El guardia que avanzó era un corpulento joven, vestido con cota de malla. Por el modo como sostenía una pulida alabarda, Abdel supo que sabía cómo usarla. La zona de la puerta estaba iluminada por antorchas, y Abdel contó al menos cinco guardias más.

—¿Y quién eres tú? —preguntó el guardia.

—Un amigo —respondió Abdel.

—Eltan... —empezó a decir Jaheira—, el gran duque Eltan nos conoce. Él nos envió a... cumplir una misión, y ahora regresamos para informarle.

—El gran duque se está muriendo —dijo el guardia—. Podéis informar al capitán de la guardia por la mañana.

Jaheira lanzó una significativa mirada a Abdel, que cerró los ojos, suspiró y

apretó los puños. Otro de los guardias salió tímidamente de las sombras, y el sonido de sus pies sobre la grava hizo que Abdel levantara la vista.

—¿Abdel? —preguntó el guardia—. ¿Jaheira? ¿Sois vosotros?

El primer guardia se puso visiblemente tenso y cambió de posición la alabarda.

—¿Julius? —preguntó Jaheira. Sus ojos de semielfa le permitían ver el rostro del segundo guardia.

—¡Que Torm nos ayude! —exclamó el primer guardia—. ¡Son los Ladrones de la Sombra!

—No... —Jaheira quiso explicarse, pero Julius arremetió contra ella con la alabarda extendida frente a él. Entonces Abdel también vio su cara enfadada y asustada mientras cargaba. El primer guardia atacó a Abdel, y el mercenario se hizo rápidamente a un lado y asió el asta de la alabarda con firmeza. El guardia soltó el arma y desenvainó una espada con tal rapidez que Abdel se dio cuenta de que debía de haber practicado. Sólo la cota de malla salvó a Abdel de ser ensartado.

El mercenario giró el asta de la alabarda y se sorprendió de los pensamientos que parecían explotar en su cabeza. Esos guardias pensaban que ellos eran Ladrones de la Sombra, un grupo que Abdel sabía que era de Amn. Fuera cual fuera la patraña que el Trono de Hierro hubiera explicado sobre ellos en el alcázar de la Candela, era obvio que había llegado a Puerta de Baldur... por extraños caminos. En el alcázar de la Candela había dado la razón al Trono de Hierro al matar a ese guardia. Mientras esgrimía la alabarda contra el guardia, Abdel decidió que esa vez no se lo pondría tan fácil.

Jaheira se preparó para afrontar el torpe ataque de Julius y esquivó la cabeza del arma. Después, lanzó un puñetazo directo contra la nariz de Julius, y el propio impulso que llevaba el hombre se sumó a la fuerza del golpe. Se oyó un fuerte ruido seco, y Jaheira sintió algo húmedo y cálido en la mano. Julius se desplomó.

Abdel esquivó una estocada que le lanzaba el primer guardia y oyó cómo los otros cuatro subían corriendo rápidamente; un cuerno hueco sonó en la quieta noche. Muy pronto toda la guardia se les echaría encima. Abdel giró de nuevo la alabarda en círculo y lanzó una finta contra la cabeza del guardia. El hombre evitó el ataque, pero puso la cabeza en la trayectoria del golpe que Abdel le asestó desde el lado y que lo tumbó; quedó fuera de combate tras un fuerte sonido sordo. Abdel lanzó la alabarda hacia los guardias que se aproximaban desde un lado y se volvió para ver cómo Jaheira ya corría para ponerse a salvo en los oscuros callejones. Los guardias lo persiguieron sin mucho entusiasmo, y Abdel se preguntó si no querían abandonar las puertas o si tenían miedo de las oscuridades de los callejones de su propia ciudad. Quizás era un poco de ambas cosas.

Abdel se cruzó con ratas, montones de basura, casas donde todo el mundo dormía

y tiendas cerradas durante la noche. De vez en cuando, gritaba en susurros el nombre de Jaheira a la oscuridad. En una o dos ocasiones, le pareció que oía sus pasos o que veía su sombra. Cuando andaba por un callejón entre dos suntuosos edificios vio a un mendigo dormido que parecía un montón de harapos y que roncaba suavemente. Abdel contuvo la respiración, tal como había aprendido a hacer cuando se cruzaba con mendigos. Pero llevaba mucho tiempo andando y tomó una pequeña inhalación justo al pasar a su lado. Había algo raro; Abdel se dio cuenta enseguida de que no olía como un mendigo. No obstante, siguió andando haciendo lo posible por no vacilar. Al llegar al final del callejón, dio la vuelta a la esquina y se paró, con la espalda apretada contra el muro y la mirada fija hacia la izquierda, hacia la entrada al callejón. Temeroso de hacer algún ruido, no sacó la espada.

La cara de la persona que los había estado siguiendo desde que regresaron a Puerta de Baldur dio la vuelta a la esquina lentamente. Sus ojos eran como dos hendiduras en la noche. Abdel giró el cuerpo y agarró al extraño. Lo único que pudo asir fue un trozo de tela suave y fría antes de que el extraño le apartara el brazo de un golpe que le hizo sentir un hormigueo en la muñeca, aunque fue tan rápido que no lo vio. Notó algo en su espalda y lo vio todo negro durante un segundo. Retrocedió y se volvió hacia el sonido de una voz que venía de arriba.

—Yo no soy tu enemigo.

Era una voz serena y precisa, que hablaba con un acento irreconocible.

—Abdel —murmuró Jaheira detrás de él. El mercenario se sobresaltó y dio media vuelta. Su mano ya iba al encuentro del sable. Jaheira chilló por la sorpresa y saltó hacia atrás.

—¡No hagas eso! —le dijo, demasiado alto, y se encogió de nuevo cuando Abdel levantó una mano para indicarle que callara. El mercenario se dio la vuelta y levantó la vista hacia la terraza. El extraño se subió a la barandilla de piedra, saltó desde una altura de cinco metros y aterrizó tan suavemente como si sólo hubieran sido unos centímetros. Era una mujer de corta estatura y delgada, ataviada con ropas negras y ceñidas, que Abdel nunca había visto. Ocultaba el rostro tras una máscara que sólo dejaba ver sus ojos, que al mercenario le parecieron orientales, de Shou o quizá de Kozakura.

—¿Quién es? —preguntó Jaheira. La desconocida se sumergió en la oscuridad del callejón, e hizo una señal a Abdel para que la siguiera. El mercenario ladeó la cabeza, pero no la siguió.

—Me llamo Tamoko —dijo la mujer desde las sombras.

—¿Por qué nos sigues? —preguntó Abdel.

Jaheira desenvainó la espada pero no avanzó.

—Sé que no sois Ladrones de la Sombra —dijo Tamoko, dulcemente—. Sé que no estáis tratando de iniciar esta guerra, sino de impedirla.

—¿Qué guerra? —inquirió Jaheira—. ¿La guerra con Amn?

—El gran duque Eltan se está muriendo —dijo Tamoko, haciendo caso omiso de Jaheira—. El médico no es lo que parece.

Con esas palabras Tamoko desapareció en las sombras. Abdel se precipitó hacia adelante con Jaheira a su lado, y pese a que llegaron a la entrada del callejón en menos de un segundo, la mujer de negro ya no estaba.

Si no hubieran pasado tanto tiempo en compañía del putrefacto ghoull Korak, Abdel y Jaheira no habrían podido estar en ese callejón todo el rato que los guardias tardaron en registrar el lugar buscándolos. El guiso de pescado que llenaba los oxidados cubos de metal en los que se escondían no debía de ser muy sabroso, ni siquiera antes de tirarlo. Abdel miró el rostro de Jaheira, y en la oscuridad del callejón previa al amanecer vio que le daban arcadas con cada inhalación.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó Jaheira, con voz que destilaba virulencia e impaciencia.

—Es un sitio muy grande —respondió Abdel—. La Sirena Ruborizada es enorme; tiene anexos que conectan con otros anexos, y éstos, a su vez, con otros. Si realmente creen que estamos ahí dentro, pueden tardar bastante.

Jaheira se tapó la boca con una mano, pero eso no impidió que Abdel oyera lo que dijo.

—Bueno, supongo que cuanto más tiempo pasen ahí y más a fondo registren el lugar, es menos probable que crean que nos han pasado por alto y vuelvan. Además, el hedor es lo único que me mantiene despierta.

Abdel asintió y miró al cielo, que había adquirido una coloración azul oscuro que anticipaba el amanecer.

No tuvieron que esperar mucho más, y cuando los guardias salieron habría sido casi imposible no verlos. Formaban un grupo ruidoso y bullicioso, y parecían haber pasado más tiempo en La Sirena Ruborizada bebiendo que buscando. Abdel y Jaheira se armaron de paciencia, hasta que las voces de los hombres se extinguieron en el laberinto de calles retorcidas.

Entraron con sigilo por la puerta lateral. Había un cocinero halfling, subido a un taburete de madera, que removía una enorme caldera negra llena de ese horrendo guiso de pescado, y que se limitó a lanzarles una mirada de desinterés. Salieron de las cocinas para dirigirse a la taberna propiamente dicha. Abdel se escondió tras una grasienta cortina, mientras Jaheira entraba sola en la gran sala común. El mercenario observó cómo la mujer cruzaba la taberna oscura de techo bajo, ocupada sólo por un puñado de bebedores de última hora. Unos pocos habían perdido el conocimiento o se encontraban debajo de las mesas. Una mesa estaba ocupada por casi una docena de marineros que seguían cantando una saloma marinera y batiendo palmas, en tanto una mujer, que parecía tan fatigada que podría haber pasado por la diosa de los cansados, bailaba para divertirlos y para que le lanzaran alguna moneda de plata.

Ni siquiera los marineros se fijaron en Jaheira, por lo que Abdel la siguió hacia una mesa situada muy lejos del grupo que alborotaba. Al pasar junto a la barra, un hombre joven ataviado con una holgada cota de malla levantó la vista y miró a Abdel

con ojos legañosos.

—Julius —dijo Abdel, y se detuvo tan bruscamente que llamó la atención de un par de marineros. Abdel les lanzó una mirada acerada, y los marineros desviaron los ojos. El mercenario extendió el brazo y posó una mano sobre el hombro del joven guardia.

—¡Eh! —masculló Julius. Apestaba a cerveza rancia y a sudor.

Abdel arrastró a Julius hasta la mesa desde la que Jaheira los observaba con mirada expectante. Julius se sentó pesadamente —en realidad, Abdel lo sentó— en una de las pequeñas sillas, y su cabeza se balanceó a un lado y al otro.

—Rematadme. ¿Por qué no? —murmuró, mirando fugazmente a Jaheira a los ojos. Tenía la nariz hinchada y púrpura, y bajo los ojos se estaban formando grandes cardenales. Los orificios nasales aparecían taponados con tela empapada en sangre, por lo que su voz sonaba débil y cómica.

—Julius —dijo Abdel, con gravedad—, necesitamos un poco de tiempo. No vas a delatarnos ¿verdad que no?

Julius se balanceó en su silla ligeramente unos pocos segundos, intentando elegir uno de los Abdels que veía. El mercenario echó un vistazo por encima de su hombro derecho para ver qué estaba mirando el guardia.

—Al infierno con todos ellos, mi amigo gigante. Me han degradado, ¿puedes creerlo? Me han degradado a soldado raso —dijo Julius.

—Julius —dijo Jaheira, con la esperanza de que el guardia la entendiera—, el guardia de palacio nos dijo que Eltan se está muriendo. ¿Qué ha pasado?

—Eltan Schmeltan... —murmuró Julius—. Por mí puede besarme el...

—Julius —le interrumpió Abdel, rudeza. El joven guardia se echó a reír descuidadamente y trató de dar un golpe juguetón a Abdel en el brazo, pero sólo palmeó impotente el aire.

—Sí... sí... Eltan —dijo Julius con súbitos y violentos hipidos—. Se ha puesto... ha puesto... ha puesto...

—¿Enfermo? —sugirió Jaheira.

—Sí —respondió Julius, rascándose la cabeza como un perro—. Eso también.

—Julius —dijo Abdel, pero el guardia no lo miró, sino que empezó a roncar ruidosamente—. ¡Julius! —gritó Abdel, y todos los marineros lo miraron. La bailarina se sentó y suspiró.

—¡Eh, chico! —le gritó uno de ellos—, no metas tanta bulla.

Abdel no hizo ni caso del marinero y sacudió a Julius para despertarlo. El guardia sonrió.

—Me han degradado a soldado raso —dijo— y ahora tengo que llevar esta maldita cota de malla. Odio las cotas de malla. Son...

La puerta se abrió de golpe, de manera estrepitosa, y una mujer

extraordinariamente gorda irrumpió en la taberna, jadeando y sudando.

—Caramba —dijo Julius, y estuvo en un tris de caerse de la silla. La mujer se acercó al tabernero y le dijo algo que Abdel no pudo oír, aunque por la cara que llevaba supo que las noticias eran urgentes y graves. También los marineros miraron al tabernero con expectación.

—¡Escuchadme todos! —gritó el tabernero, y avanzó hasta el centro de la larga barra—. ¡Escuchadme todos!

Incluso algunos de los borrachos que se habían desmayado, con ojos enrojecidos e hinchados, miraron al tabernero.

—Hoy amanece sobre una ciudad triste —dijo el tabernero con voz grave y sonora—, porque el gran duque Eltan ha muerto.

La mujer que había bailado para los marineros lanzó un grito ahogado y rompió a llorar. Los marineros se la quedaron mirando unos segundos; algunos estaban verdaderamente preocupados. Después todos se encogieron de hombros y empezaron a hablar de lo bastardo que había sido su dirigente.

Abdel se volvió para mirar a Jaheira. Su rostro era una máscara de piedra, y él nunca la había visto tan desesperanzada.

—Angelo —murmuró Julius—. Tengo que ir a buscar órdenes de Angelo.

—¿Angelo? —inquirió Abdel—. ¿El semielfo?

Julius asintió flojamente.

—Sí, señor —añadió—. Él se ha hecho cargo del Puño Llameante. Ahora ya no habrá nadie que detenga la elección ducal de ese fulano.

—¿De quién? —preguntó Abdel.

—De Sarevok —respondió Julius, perezosamente—. Será el gran duque Sarevok.

Abdel dudaba en seguir las confusas indicaciones que les había dado Julius tartamudeando, pero no tenía otra opción. Un nuevo día amanecía en Puerta de Baldur, y Abdel y Jaheira robaron unas capas puestas a secar y avanzaron por las calles con las capuchas echadas sobre sus rostros. Como suponían que los guardias estarían buscando una pareja, caminaban por lados opuestos de la calle, pero no se perdían de vista por el rabillo del ojo.

Siguiendo las indicaciones de Julius, llegaron a la parte trasera del palacio ducal. Se dispusieron a esperar en el callejón, aún en penumbra, desde el que se divisaba la puerta trasera por la que según Julius tarde o temprano saldría el médico. Desde el primer momento, Abdel había notado algo en ese hombre, en Kendall, que no le había gustado. Después, una extraña mujer oriental les había dicho que el médico de Eltan no era trigo limpio la misma noche en que el gran duque había muerto de una extraña enfermedad, cuando estaba bajo los cuidados de ese Kendall. Abdel sólo esperaba que Julius, al que habían dejado desmayado en La Sirena Ruborizada, no

recordara haberles dicho adonde podían ir, ni que se le ocurriese reunirse con ellos o informar a sus superiores.

Abdel hizo un esfuerzo por no pensar en las otras cosas que les había dicho Julius. Si era cierto que ese tal Sarevok, su medio hermano, estaba en Puerta de Baldur, ¿era el hombre de Reiltar en la costa de la Espada? ¿Era el responsable de la carnicería que iba a haber? Si Sarevok era elegido gran duque, si Eltan estaba muerto e incluso Tethtoril se había vuelto en su contra, ¿qué podrían hacer ellos dos solos contra...?

La puerta se abrió, y Abdel y Jaheira retrocedieron silenciosamente hacia la oscura callejuela; observaron cómo Kendall salía a la calle rápidamente y con aire de naturalidad. El mercenario y la semielfa intercambiaron una rápida mirada y siguieron al médico por el laberinto de calles que despertaban lentamente. Kendall seguía un camino serpenteante, que no podía ser casual. Aunque no era difícil seguirlo, Abdel y Jaheira cada vez estaban más temerosos de que los atraparan en plena calle, y se sintieron aliviados cuando Kendall se internó en un callejón oscuro. Ellos también se sumergieron en las sombras y se detuvieron al ver cómo cambiaba de forma.

Cuando Kendall llegó al extremo del callejón, a menos de diez metros como mucho, sus contornos se habían desdibujado y había adoptado una forma completamente nueva. Lo que salió por el otro extremo del callejón fue una mujer joven, que no llevaba una bolsa llena de medicinas y pociones, sino una cesta repleta de flores recién cortadas.

Jaheira espiró profundamente por la nariz, y Abdel la cogió por el codo y la empujó con gentileza hacia adelante. El doppelganger continuó su camino, e incluso se paró en dos ocasiones para vender flores a los transeúntes. Después se deslizó en otro callejón sin mirar atrás. Abdel y Jaheira lo rodearon rápidamente y se situaron en el otro extremo del callejón antes de que el doppelganger saliera, esa vez convertido en un corpulento trabajador con ropas de faena manchadas de lodo.

Abdel y Jaheira se escondieron tras un carro de manzanas y observaron que el doppelganger desaparecía en otra calle lateral. Avanzaron rápidamente a lo largo de otra manzana de casas con la esperanza de cortarle el camino, pero cuando después de tomar un callejón regresaron a la calle por la que habían visto desaparecer al transformista, ya no había ni rastro del trabajador. La calle estaba casi vacía. El sol apenas asomaba sobre la muralla de la ciudad.

—Malditos sean —susurró Abdel.

—Odio a esos condenados doppelganger —dijo Jaheira.

—Yo también —replicó una voz femenina que sonaba a sus espaldas.

Giraron en redondo y vieron a quien sólo podía ser la pequeña mujer oriental de la noche anterior. Sus vestidos eran de una brillante seda negra, y Abdel pensó que

deberían haber costado el rescate de un rey. La espada que le colgaba, floja, de una cuerda alrededor del cuello era fina y se curvaba graciosamente. La empuñadura consistía en un simple pomo oval, con una envoltura dorada; era lo suficientemente larga como para ser usada por las dos manos. Abdel nunca había visto una espada como ésa.

—Es una catana —le explicó Tamoko, advirtiéndole que Abdel contemplaba su arma.

Abdel asintió con la cabeza.

—Y tú eres un doppelganger —le dijo.

Tamoko sonrió tristemente.

—Supongo que esa posibilidad existe —dijo—, pero no lo soy.

—¿Quién eres? —le preguntó Jaheira con el ceño fruncido.

Con un gesto de cabeza, Tamoko les señaló un callejón en el que se internó. Esa vez no trató de esconderse. Abdel y Jaheira la siguieron, renuentes. Jaheira sacó la daga de plata y una sonrisa débil de reconocimiento se dibujó en el rostro de Tamoko. Abdel estuvo a punto de devolverle la sonrisa. La cara de esa extraña mujer no era tan distinta a la de Jaheira. Ciertamente sus orejas no revelaban sangre elfa, pero sus rasgos eran extrañamente silvanos.

—Yo puedo llevaros hasta el Trono de Hierro —dijo Tamoko, simplemente.

Jaheira rió a modo de respuesta.

—¿De veras? —dijo—. ¿Y podrán esperar a matarnos cuando estemos allí o saltarán sobre nosotros en la calle?

—No esperan que nadie entre por donde yo os indicaré. Podréis matarlos a todos y...

—Esto es ridículo —la interrumpió Jaheira—. Abdel...

El mercenario levantó una mano y la mirada que le lanzó Jaheira se gravó a fuego en su carne.

—Mi amiga tiene razón —dijo Abdel a Tamoko—. No tenemos ningún motivo para confiar en ti... ni en nadie en este nido de doppelganger.

—Soy la amante de tu hermano —dijo ella, mirándolo fijamente. Abdel sintió que sus ojos decían la verdad. La mujer hablaba con sencillez, directamente y no dudaba. No tenía ningún motivo para creerla, pero la creía.

—¿Sarevok? —inquirió Abdel, casi balbuceando el nombre.

Tamoko asintió.

—Yo puedo ayudaros —dijo—, pero no debéis matarlo.

—Esto es una locura —protestó Jaheira—. Ese amante tuyo está a punto de provocar una guerra. Miles de personas van a morir. Ya ha matado a dos de los hombres más poderosos de Puerta de Baldur, y a otros... —Jaheira avanzó unos pasos y dobló ligeramente el codo del brazo con el que empuñaba la daga. Tamoko

clavó la mirada en la punta del arma de Jaheira. Abdel sentía qué iba a ocurrir y no le gustó ni un pelo.

—Nadie nos cree —intervino. Las palabras le salieron atropelladamente de la boca—. Nos han acusado de asesinato, de ser Ladrones de la Sombra, espías amnianos, y sólo los dioses saben de qué más. Han matado a todos nuestros amigos y contactos. Estamos solos contra ese hombre, mi supuesto hermano, que a la caída de la noche será el próximo gran duque. Aún hay personas que pueden ayudarnos, pero necesitarán pruebas. —Abdel dirigió una larga y enérgica mirada a Jaheira y añadió —: Necesitarán pruebas *escritas*.

Jaheira lo miró y suspiró. Abdel no estaba seguro de si la mujer se había enfadado por tratar con esa mujer extraña que podría ser un doppelganger o algo peor, o si se daba cuenta de que su intención era regresar al alcázar de la Candela con alguna prueba que le ganase el perdón de Tethtoril. El mismo Abdel se sentía tonto y débil por pensarlo, pero también estaba contento de sentirse así.

—Si el Trono de Hierro es desenmascarado, Sarevok tendrá que huir de la ciudad —dijo Tamoko. Su mirada se apartó de la daga de Jaheira y se posó en los ojos de Abdel—. Yo lo acompañaré. Nosotros...

—Abdel... —dijo Jaheira, en un tono de voz que el mercenario no supo interpretar.

—La amenaza de guerra desaparecerá —añadió Tamoko.

—¿Y tú te encargarás de reformar a mi hermanito? —preguntó Abdel—. Lo apartarás de... de nuestro padre.

—Lo haré —afirmó Tamoko.

—Abdel —dijo Jaheira—, él no es como tú.

Abdel la miró y sonrió.

—No —dijo—, Sarevok no es como yo. Yo tuve una oportunidad. Te tuve a ti.

Jaheira suspiró y se volvió de espaldas, incapaz de seguir discutiendo, aunque sabía que Abdel estaba cometiendo un error tan grande que podría costarles a todos la vida.

—No mataré a Sarevok —prometió Abdel a Tamoko.

La asesina se inclinó profundamente, formando casi un ángulo de noventa grados en la cintura. Después se irguió.

—Tendréis las pruebas —dijo.

Abdel se irguió sobre el doppelganger que acababa de matar y observó cómo luchaba Tamoko. Se sentía admirado por su habilidad, su velocidad, su agilidad y su perfecta calma prístina. Abdel no quiso ni imaginarse qué sería luchar contra esa mujer. El mercenario sabía que él era bueno, e incluso que por sus venas corría la sangre de un dios, pero al lado de Tamoko no pasaba de ser un torpe aprendiz.

La mujer cortó el cuello de un guardián de la ciudad y de la herida manó un torrente de sangre oscura. El guardián recuperó su forma gris e inhumana mientras caía. Su camarada siguió luchando, consciente de que lo único que podía hacer era tratar de salvar su miserable vida. El doppelganger la atacó a los ojos y después a las rodillas; luchaba con desesperación y pánico. Tamoko sin perder la calma estaba a la altura y desbarataba todos los ataques, por muy viles que fueran, con fortaleza, firmeza y tranquilidad.

La mujer golpeó con tal fuerza la espada corta del doppelganger que salió despedida de la mano de la criatura.

El doppelganger se detuvo, puso las manos a los lados y emitió unas palabras con la voz del soldado amiano en que se había transformado.

—Me rindo —dijo.

Tamoko le cortó la cabeza tan rápidamente que el doppelganger tuvo tiempo de parpadear una o dos veces al ver su propio cuerpo decapitado.

—Eso es todo lo que encontraremos aquí —dijo la mujer, sin mostrar la menor emoción ante el doppelganger que se transformaba—. Los demás están por la ciudad.

—¿Dónde? —preguntó Jaheira, limpiando la sangre de doppelganger de su daga.

—Queríais pruebas —dijo Tamoko.

—No quiero dejar viva ni una sola de esas criaturas en la Puerta —replicó Abdel, esperando que Tamoko le indicara dónde encontrarlas.

Pero Tamoko se mantuvo firme.

—Siempre habrá doppelganger en esta ciudad —dijo. Era evidente que eso tampoco la hacía a ella muy feliz—. Siempre habrá doppelganger en todas las ciudades. Así es como viven.

—Perfecto —masculló Jaheira—, es realmente...

Abdel posó una mano sobre su brazo, y la mujer suspiró.

—Tiene razón —dijo Abdel—. Vinimos aquí para buscar pruebas.

Jaheira miró a Tamoko y enarcó las cejas. La asesina inclinó la cabeza y les señaló un rincón del sótano. Esa célula de doppelganger —todos al servicio de Sarevok y el Trono de Hierro— se había instalado en el sótano de una casa señorial abandonada en la calle Hechizo del Viento. El sótano era oscuro, olía mal y estaba atestado de viejas cajas y montones de leña podrida. Había seis lechos y cuatro

doppelganger muertos. Abdel miró hacia la esquina que Tamoko señalaba y vio un sólido cofre de madera. Jaheira siguió con la mirada fija en Tamoko, mientras Abdel arrastraba el cofre hasta la débil luz de la lámpara de aceite de los doppelganger.

Tamoko se arrodilló junto a uno de los cadáveres, y Jaheira se estremeció al ver que la asesina introducía un dedo en la boca llena de sangre del doppelganger. Obviamente, no encontró lo que buscaba y se arrodilló junto a otro de los cuerpos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Jaheira.

Tamoko hurgó en la boca del doppelganger un momento y sacó una llave de hierro, mojada y cubierta de babas. Jaheira sacudió la cabeza llena de asombro, y Tamoko esbozó una sonrisa casi imperceptible.

La asesina lanzó la llave a Abdel, que la usó para abrir el cofre.

—¿Qué hay? —le preguntó Jaheira, sin desviar la mirada de Tamoko—. ¿Qué hay dentro?

—Pergaminos —respondió Abdel.

Jaheira lo miró. Abdel estaba arrodillado delante del cofre y de espaldas a ella.

—¿Pergaminos? —inquirió.

—Pruebas —repuso el mercenario, volviendo la cara hacia ella. Abdel la miró y sonrió, pero su sonrisa se desvaneció al atisbar por encima del hombro de la mujer, y giró la cabeza para examinar el sótano. Jaheira siguió su mirada, pero no vio nada. Tamoko había desaparecido.

El cofre pesaba, y Abdel estaba cansado. Había cargado con él un buen trecho por las calles de Puerta de Baldur, declinando las ofertas de ayuda de Jaheira. Habían decidido su curso de acción en el sótano, y ambos estaban más que un poco nerviosos. Abdel tenía la sensación de que Jaheira quería decirle algo, y sentía que él debía decirle algo. Finalmente, hablaron de trivialidades.

—Es una fuera de serie, ¿verdad? —comentó Jaheira en tono despreocupado, contemplando a la multitud que atestaba las calles al mediodía.

—¿Tamoko? —preguntó Abdel, innecesariamente.

Jaheira asintió.

—Nunca había visto luchar de esa manera —dijo—. Fue... hermoso.

—Creo que es de Kozakura —dijo Abdel.

—Es hermosa —dijo Jaheira. Su voz temblaba casi de manera imperceptible.

Abdel sintió una sensación que le dijo que debía detenerse. Posó el cofre en el suelo con suavidad, al lado de una panadería de la que salía un olor dulce. Una mujer gruñó al pasar por su lado y tener que rodear el voluminoso cofre.

—Es posible que sea capaz de... —empezó a decir Abdel, pero la mujer ladeó la cabeza y sonrió, sabiendo qué iba a decir.

—Así lo espero, Abdel —dijo ella—. De verdad que sí, pero cuesta creer.

—¿Crees que no tiene ninguna esperanza? —preguntó Abdel, esperando sacarle algo que no sabía qué era.

Jaheira sonrió y puso una mano sobre su pecho que subía y bajaba. Abdel sudaba por el esfuerzo de acarrear con el cofre, pero a ella no le importaba.

—Es posible que ella lo ame —dijo finalmente—. Si es así, podría...

Se interrumpió y se quedó quieta, mirándolo.

—Te quiero —le dijo Abdel, sin saber por qué sentía la necesidad de decírselo justo entonces.

Ella esbozó una sonrisa extrañamente triste, pero sus ojos brillaban.

—Yo también te quiero.

Abdel sonrió, pero no a ella. Sonreía por la sensación que lo invadía. Era parecida a lo que solía sentir antes de una lucha especialmente peligrosa o justo antes de matar. No había pasado tanto tiempo como le parecía desde que Abdel había tenido miedo de que los sentimientos que le despertaba Jaheira pertenecieran a la parte que entonces sabía que provenía de su padre, la parte de él que era un asesino. Pero en ese momento se daba cuenta de que ese sentimiento era distinto, de que el amor que sentía estaba expulsando de su interior a Bhaal, reemplazando su necesidad de matar por su necesidad de ella.

La expresión de Jaheira cambió y rió levemente al ver que casi le salía humo de tanto pensar. Él no se daba cuenta, pero su cara había reflejado fielmente todo su diálogo interior.

—Coge ese cofre —le dijo ella, alegremente—. Debemos hacer una visita.

—A sus órdenes, señora —repuso él—. Vamos a entregarnos.

—¡Oh, no! —musitó Julius—. ¡Alejaos de mí!

El joven soldado movió débilmente su alabarda en dirección a Abdel y Jaheira. Los cardenales debajo de sus ojos habían adquirido una lívida coloración púrpura, pero ya no llevaba las narices taponadas. Sus ojos estaban enrojecidos, y la cara, pálida. No parecía sentirse muy bien, y para rematarlo, estaba muy asustado.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta—. ¿Por qué durante mi guardia?

—Julius —dijo Abdel, al tiempo que dejaba el cofre sobre el sendero de grava que conducía a las puertas del palacio ducal—, hemos venido para entregarnos.

Jaheira se soltó la espada envainada del cinturón y la lanzó con aire despreocupado al suelo, a los pies de Julius. Atraídos por el extraño enfrentamiento, los demás guardias empezaron a agruparse alrededor.

—Esta vez vais a matarme, ¿no es eso? —preguntó Julius, con voz tan seria como débil.

Abdel se despojó de la espada que llevaba a la espalda y la lanzó sobre la de Jaheira, al suelo, frente a Julius. El joven lacayo saltó hacia atrás.

—¿Conoces a estas personas? —preguntó un guardia.

Julius, sin hacer caso a su compañero, dijo a Jaheira:

—Por mí podéis matarme. Ya no pueden degradarme más... —posó los ojos en Abdel y completó la frase—, excepto encerrarme en los calabozos.

Abdel se puso ambas manos sobre la cabeza, sonrió y se hincó de hinojos.

—Soldado Julius —gritó con voz suficientemente fuerte para que todos los que estaban a una manzana de palacio la oyeran—, yo, el proscrito Abdel, me rindo a ti.

Jaheira lo imitó.

—Y yo, la proscrita Jaheira, hago lo mismo.

—¿Por qué siempre durante mi guardia? —preguntó Julius a sus compañeros.

Julius, acompañado por un destacamento de guardias como refuerzo, condujo a Abdel y Jaheira por los altos pasillos del palacio ducal. Al llegar ante una alta puerta doble, guardada por dos nerviosos alabarderos, se detuvo.

Julius los saludó con una inclinación de cabeza.

—El duque Angelo nos espera —dijo.

Los guardias abrieron las puertas, y Jaheira contempló con asombro la sala. Era una habitación enorme, atestada de elegantes muebles y artefactos que simplemente destilaban riqueza. Era como un museo exótico. Abdel había visto objetos similares en el alcázar de la Candela, pero no todos reunidos en la misma habitación.

Los esperaban seis personas, pero sólo un hombre —en realidad, un semielfo— se levantó cuando Julius los hizo entrar en la habitación. Abdel había oído hablar vagamente del duque Angelo. Se decía que era un buen hombre, quizá no tanto como Scar, pero si no lo había sustituido un doppelganger era un hombre que se atendería a razones. Dos guardias dejaron el pesado cofre en el suelo, a pocos pasos de la puerta. Abdel y Jaheira siguieron a Julius y a los otros guardias, y dirigieron una inclinación de cabeza al duque.

—Éstos son... —dijo Julius— ...son ellos, milord.

Angelo sonrió a Julius.

—Soldado... —dijo.

—Julius, milord.

—Julius —repitió Angelo, asintiendo—, te nombro cabo por esto.

Julius pareció aliviado, pero no sonrió.

—Gra... gracias, milord —balbuceó.

—Abdel Adrián —dijo Angelo—. He oído hablar mucho de ti.

—Duque Angelo. —Abdel lo saludó con una inclinación de cabeza.

Mientras los dos guardias que habían llevado el cofre lo abrían, Abdel examinó a los otros ocupantes de la habitación. Había dos mujeres, ambas altas y morenas, y vestidas de manera impecable, totalmente cubiertas de oro y refulgentes gemas.

Ambas miraban a Abdel como si fuera un espécimen digno de estudio. Otros dos hombres eran burócratas de mediana edad —políticos—, que abundaban incluso en ciudades como Puerta de Baldur. Los dos miraron a Abdel como si se tratara de una especie distinta.

El tercer hombre era, obviamente, uno de los mercenarios que se habían instalado en Puerta de Baldur. Llevaba ropas simples y prácticas, y ninguna joya. Tenía un rostro bien cincelado, que se mostraba tenso y expectante. Aunque estaba sentado, Abdel adivinó que debía de ser tan alto como él, y muy musculoso. Sus ojos eran oscuros, pero había un destello extraño en ellos vistos a la luz diurna, que entraba a raudales por las ventanas. El hombre mantenía la mirada fija en Abdel.

—Me han dicho que lleváis con vosotros la razón por la que os habéis entregado —dijo Angelo, con voz animada por la curiosidad—. Sé de buena fuente... —y lanzó una mirada al hombre fornido— que los dos sois miembros de los Ladrones de la Sombra y espías de Aran, y que vuestra misión es incitar a la guerra mediante el sabotaje y...

—No somos nada de eso —dijo Abdel—, y el contenido de este cofre lo demostrará.

El hombre robusto se levantó y se acercó lentamente, sin desviar los ojos de Abdel. Al mercenario le pareció que sus ojos tenían un brillo amarillo, pero...

—¿Un cofre lleno de pergaminos? —preguntó Angelo.

—Sí, milord —respondió Abdel.

Jaheira carraspeó.

—Milord, estos pergaminos —dijo— contienen planos de minas, algunas que usted conoce y otras que no. También encontrará la fórmula alquímica de una poción creada para echar a perder el mineral de hierro, así como...

—Pruebas de una conspiración que alcanza todo Faerun —acabó el duque Angelo—, y que sólo vosotros, agentes de Amn, conocéis, ¿no? ¿Lo he entendido bien?

—Nos hemos entregado —dijo Abdel, tratando de mantener la calma y no revelar nerviosismo—. Nos ponemos a su merced durante el tiempo que tarde en estudiar los pergaminos. Hay un hombre en Puerta de Baldur que trabaja para una organización llamada el Trono de Hierro. —Abdel se adelantó, poniéndose ante Jaheira—. El Trono de Hierro es el responsable de los problemas con los suministros de hierro, no Amn. Esos hombres, si es que son hombres, usan doppelganger para matar a los mejores de nosotros, como el capitán Scar y el gran duque Eltan, por ejemplo.

Angelo pareció dispuesto a soltar otra pulla, pero era incapaz de desviar los ojos de Abdel.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—Se llama Sarevok —respondió Abdel.

Entonces, las cosas ocurrieron tan rápidamente que sólo dos personas en la

habitación fueron capaces de seguirlas.

Angelo echó una rápida mirada al fornido mercenario por encima del hombro, y los ojos de éste refulgieron con un claro brillo amarillo. El duque Angelo preguntó «¿Sarevok?», al tiempo que el mercenario lanzaba una mano hacia adelante y se producía un estallido de energía, un rayo delgado y de color blanco azulado. Crujió por el aire de la habitación, y Abdel se apartó a un lado más rápidamente de lo que él mismo se creía capaz. El rayo de energía lo pasó rozando. A las elegantes mujeres y los estirados burócratas se les salieron los ojos de las órbitas, y uno de ellos derramó su copa.

Hubo un grito detrás de Abdel, seguido por una caída.

—¿Sarevok? —preguntó de nuevo la voz de Angelo.

Abdel echó mano de la espada, pero por supuesto no estaba allí. El gran mercenario retorció los dedos y murmuró algo que Abdel no entendió, pero inmediatamente se dio cuenta de dos cosas: ese hombre era Sarevok y estaba tejiendo un conjuro.

Abdel se abalanzó sobre él y le apartó de golpe las manos, al tiempo que se lanzaba sobre el cuello de su medio hermano. Sarevok rugió de rabia al ver su conjuro frustrado, y levantó las manos para liberarse del apretón de Abdel, que amenazaba con estrangularlo. Abdel respondió con un cabezazo que proyectó la cabeza de Sarevok contra el muro. Ninguno de los dos recordó a Sarevok cayendo hacia atrás con Abdel encima de él.

Abdel pensó en Jaheira y después en la promesa que había hecho a Tamoko, y sus dedos se relajaron sólo lo suficiente como para que Sarevok lo empujara hacia un lado, casi rompiendo el cuello a Abdel en el proceso. Mientras rodaba sobre su espalda, Abdel vio a dos guardias —uno de ellos Julius— que corrían para apagar un fuego. El fuego ardía en el pecho de Jaheira.

—¡Jaheira! —gritó Abdel, y hurtó el cuerpo para eludir un movimiento cerca de él, aunque en ese instante no tenía nada más en mente que la semielfa que yacía desmadejada en el suelo, quemándose. Sarevok se puso de pie y saltó hacia el ventanal de vidrio. Abdel lo dejó escapar.

—¡Sarevok! —gritó Angelo.

Abdel se acercó a Jaheira, deslizándose sobre el suelo. Se oyó un estrépito de cristales rotos cuando Sarevok atravesó la ventana. El duque Angelo se dejó caer al suelo junto a Jaheira, y Abdel tendió el brazo para agarrarlo.

—¡Un sacerdote! —exclamó Angelo, pero Abdel no lo oyó, estaba demasiado ocupado gritando a la cara sin vida de la mujer que amaba.

Abdel traspasó con su espada al doppelganger con tanta fuerza que su mano penetró junto con el sable en el cuerpo de la criatura. Notó cómo el doppelganger se transformaba mientras su brazo aún estaba dentro, pero ni siquiera esa extraña sensación distrajo a Abdel de la tarea que tenía entre manos. Gracias a los registros que Sarevok había llevado de manera compulsiva habían podido hallar la entrada al laberinto subterráneo, formado por viejas alcantarillas y catacumbas que los doppelganger habían estado usando para infiltrarse en todos los rincones de Puerta de Baldur. Todos los túneles conducían en una única dirección. Abdel apartó el cuerpo del doppelganger y escrutó la tenebrosa oscuridad. Sentía que estaban cerca, pero no sabía exactamente de qué.

—¿Por aquí? —le preguntó el duque Angelo, con voz brusca y profesional. La presión de los soldados del Puño Llameante, hombres que luchaban por la memoria de Scar y Eltan, casi empujaron al semielfo hacia adelante.

—¿Por aquí? —repitió Abdel—. Sí, creo que sí, pero no estoy seguro.

—Maerik —llamó Angelo.

El rollizo sargento se abrió paso entre sus camaradas, asintiendo expectante.

—Vuelve con tus hombres y los de Ferran al último corredor lateral, y girad a la izquierda —le ordenó Angelo.

—Sí, señor —repuso Maerik, y desapareció incluso antes de lo que Angelo esperaba. Ahora esos hombres luchaban por sus hogares.

—Temil —dijo Angelo, dirigiéndose a una mujer baja, delgada y de cabello gris, ataviada con vestidos de ondulante satén—, tú y tus hombres id a la izquierda, y tratad de acercaros por el otro lado. Yo iré con Abdel y me llevaré a los hombre de Julius.

La hechicera sonrió e hizo revolotear los vestidos alrededor de su cuerpo con un ademán. Sus hombres la siguieron renuentes; era evidente que no estaban acostumbrados a recibir órdenes de una hechicera, pero sabían cuál era su deber.

Abdel no esperó a que Angelo lo atrapara. Se internó rápidamente en el corredor, apoyando sólo las puntas de los pies, preparado para cualquier cosa. Angelo lo siguió con más cautela y sus hombres lo retardaron. Abdel oía sus voces y sus pasos cada vez más distantes, pero no tenía tiempo para esperarlos.

Cuando Tamoko le salió al paso, Abdel se detuvo bruscamente; se dio cuenta de quién era antes de matarla.

—¿Tamoko —dijo—, dónde está...?

Ella desenvainó su extraña espada curva con mayor rapidez que casi nadie que hubiera visto Abdel. La mujer lo fulminó con la mirada, pero Abdel no supo qué sentía ella en esos momentos. Sus vestidos de seda negra tenían una mancha de negro

más oscuro. Abdel supo por el olor que estaba sangrando, y sangrando mucho. Un hilo de sangre le caía por el lado derecho de la cabeza desde debajo de la capucha negra. Respiraba con dificultad, y Abdel vio que luchaba por no trastabillar a medida que se acercaba a él, avanzando dolorosamente, paso a paso.

—Tamoko... —dijo, pero la mujer sacudió la cabeza. Abdel vio una lágrima que le corría por la mejilla izquierda.

—He sido... *orokashii* —dijo la mujer—, desleal... He sido desleal.

Abdel levantó la espada preparado para defenderse, pero no para matar.

—Mató a Jaheira —dijo a la mujer, aunque no sabía por qué.

—Lo sé —murmuró ella—, claro que lo hizo.

—Él te necesita —le dijo Abdel—, pero no te merece.

—Soy yo quien no le merece a él —respondió la mujer, y atacó.

Abdel se sorprendió ante su propia habilidad para parar un asalto en Z. Hubiera sido rápido para cualquier otro espadachín, pero no para ella. Al final, Tamoko se tambaleó y perdió el equilibrio; debía de ser la primera vez en años, incluso la primera vez en su vida.

—No pienso matarte —le dijo Abdel.

—Yo tengo que matarte —replicó ella, y atacó de nuevo. Esta vez pinchó ligeramente a Abdel en el costado. El mercenario rugió más de frustración que de dolor. Tamoko se retiró rápidamente y, de pronto, las rodillas le fallaron. Su barbilla golpeó las losas, y Abdel oyó cómo sus dientes chocaban entre sí. La mujer extendió un brazo para amortiguar la caída un segundo después de golpear el suelo.

—También te ha matado a ti, ¿verdad? —le preguntó Abdel, mientras la mujer yacía en el suelo, intentando moverse—. ¿Ha sido por ayudarnos?

Angelo llegó a la altura de Abdel.

—¿Qué pasa...? —preguntó, pero Abdel lo detuvo poniéndole una mano sobre el pecho.

—¿Tamoko? —llamó Abdel a la mujer moribunda.

—Te libero de... tu promesa —le dijo la mujer desde el suelo—. Yo no puedo... Sarevok debe... *shiizumaru*... debe morir.

—Tamoko —dijo Abdel, pero cuando acabó de pronunciar su nombre la mujer ya estaba muerta.

No era absolutamente necesario para completar el ritual que se llevaba a cabo en el sanctasanctorum del Templo de Gond que los otros dieciséis sacerdotes cantaran. Era una manera de ayudar a concentrarse al sumo artífice Thalamond Albaier y una oportunidad para que los sacerdotes de menor rango presenciaran el mayor de todos los milagros de Gond.

El hecho de que la mujer que yacía sin vida sobre el altar de mármol fuera

semielfa era un inconveniente, pero el nuevo líder del Puño Llameante había pedido al sumo artífice que celebrara esa ceremonia, y éste hacía todo lo que estaba en su poder. Las velas que iluminaban la sala habían sido bendecidas por Gond, y en el aire flotaba el dulzón olor del incienso. Los acólitos congregados cantaban, incrédulos de ver ese ritual celebrado por tercera vez en menos de diez días. Las primeras dos veces se había hecho la voluntad de Gond, aunque no había coincidido con los deseos del sumo artífice y de sus amigos seculares.

Esa vez quizá la diferencia era la poca fe del sumo artífice. Es posible que Gond creyera que debía hacer una demostración de su poder.

La mujer inhaló levemente, con vacilación, y a continuación lanzó un gemido sepulcral que puso los pelos de punta a todos los congregados.

—¡Abdel! —gritó Jaheira al nacer de nuevo a la vida en la faz de Toril.

Abdel no tenía ni idea de a qué profundidad estaba. Después de dejar atrás el cuerpo de Tamoko siguió el corredor, con Angelo y un grupo del Puño Llameante, cada vez más ansiosos, detrás de él. Eran buenos hombres, pero ésa era una situación de emergencia, y todo lo que Abdel podía hacer era confiar en las dotes de mando de Angelo. Mucha gente, en realidad toda Puerta de Baldur, debía empezar a hacerlo.

El corredor desembocaba en una pequeña cámara de techo alto sin ninguna otra salida. Una arcada conducía a una sala mucho mayor, iluminada por el inconfundible resplandor anaranjado de las antorchas.

Abdel inspiró profundamente. Sabía que al cruzar esa arcada encontraría a su medio hermano, un hombre que sólo había visto una vez y el tiempo suficiente como para que matara a la mujer que amaba. Abdel no quería matar más, e ingenuamente había esperado que Tamoko fuera capaz de mostrar a Sarevok que había sangre humana en sus venas. Pero entonces estaba allí por una razón y solamente una.

Cruzó la arcada con el sable en la mano y un chisporroteo de fría electricidad le recorrió el cuerpo al ver la sala.

Era un espacio enorme, y aunque Abdel no era ingeniero ni minero, no podía imaginar qué era lo que evitaba que el techo se desplomara, y con él las al menos cincuenta varas de roca sólida que debía sostener. Las hileras de pilares de piedra alineados a los dos lados más largos de la sala rectangular parecían meramente ornamentales. En la piedra de los pilares y los muros se habían esculpido escenas de un horror inimaginable: caras de hombres, mujeres, niños y animales, con los rostros contraídos en un grito de pura agonía, en el momento de una muerte traumática, miraban impudicamente a Abdel. Sólo un artista que hubiera visitado los pozos más profundos del abismo podría haber esculpido tales rostros.

El extremo más lejano de la sala estaba dominado por un estrado escalonado que se levantaba quizás a seis metros del suelo y medía varios metros de largo. En la parte

superior del estrado, sobresalía un altar de sacrificios esculpido con los mismos rostros atormentados. Unas antorchas colocadas en candelabros de pared, forjados a partir de horribles gárgolas de hierro, lanzaban una trémula luz a la sala. Había velas que goteaban cera color sangre sobre el suelo del estrado, velas colocadas en candelabros de oro que representaban a mujeres moribundas.

Sarevok lo estaba esperando. Estaba detrás del horrible altar, rodeado por un semicírculo de figuras, hombres vestidos de negro, con las manos extendidas en extraños gestos que podrían haber sido una actitud de plegaria.

La armadura de Sarevok reflejaba todos los matices de la maldad de su padre. Estaba hecha de hierro, tan negro como la noche, y lo cubría por completo. Filos de borde dentado que refulgían en la luz danzante sobresalían de los exagerados bordes como alas en miniatura y brillaban en los avambrazos como las garras contraídas de alguna ave de presa mecánica.

En el centro de esa cruel coraza, Abdel vio un símbolo que conocía, el mismo que había en la tapa del libro maldito: una calavera rodeada por gotas de sangre. Sarevok parecía una especie de enorme avispa negra y de hierro.

Esa vez Abdel no pudo achacar el misterioso brillo amarillo de los ojos de su hermanastro a un efecto de la luz. Sus ojos tenían un resplandor amarillo detrás de una máscara de fragmentos de acero irregulares, semejantes a dientes. A los lados del impenetrable yelmo, se veían los cuernos, que debían haber sido arrancados de la calavera de un demonio.

—Abdel Adrián —dijo Sarevok, y su voz resonó por toda la sala.

Abdel esperaba que dijera algo más, pero Sarevok se echó a reír. Ese sonido puso en movimiento las figuras cubiertas con túnicas, que se abalanzaron sobre los mercenarios que entraban tímidamente en la habitación, siguiendo a Abdel.

—¡A las armas! —gritó Angelo, y de las gargantas de los mercenarios se elevó un salvaje e incoherente grito de batalla.

Los acólitos vestidos de negro cantaban y murmuraban. Olas de oscuridad, proyectiles de luz azulada y estallidos de llamas dispersaron la primera fila de los dos Puño Llameante.

Los hombres se reagruparon rápidamente y unos cuantos acólitos cayeron bajo el acero. Después empezó la matanza. Abdel se sentía excitado y permitió que ese sentimiento se apoderara de él, sólo una vez más. Sarevok no se había movido, y ninguno de los acólitos se atrevía a acercarse a menos de tres metros de Abdel. Los ojos de los hermanos se encontraron, y Abdel levantó el sable en un saludo que no creía que su hermano mereciera. Lo saludó en memoria de las personas que habían significado algo para él y que Sarevok había matado: Gorion, su verdadero padre; Jaheira, su único amor, y Khalid, Xan y Scar, sus amigos. Sarevok le dirigió una mueca lobuna y empezó el combate.

Abdel avanzó rápidamente y ya había llegado al centro de la sala cuando tuvo que atravesar a una figura vestida de negro que se tambaleó frente a él. Sarevok bajó los escalones del estrado de dos en dos, esgrimiendo una enorme espada de dos manos hacia arriba y sobre su cabeza, mientras Abdel saltaba por encima del cuerpo del acólito muerto.

El ruido de sus espadas al chocar resonó en los oídos de Abdel. Hubo un fugaz destello en los ojos de Sarevok que pudo haber sido respeto cuando la espada de su hermano recibió toda la fuerza del golpe. El ruido de acero contra acero resonó por la gigantesca sala. Chillaban hombres y mujeres; docenas murieron. Hubo un rumor monótono, un calor infernal y una luz roja anaranjada cuando una bola de fuego pasó rozando a Abdel y Sarevok; pero ninguno de los hijos de Bhaal se dejó distraer por eso.

Sarevok blandió la espada hacia abajo y a la izquierda, y Abdel apenas tuvo tiempo de parar el golpe con su propia espada para evitar que lo partiera en dos. Abdel apartó la espada de su hermano, sintiendo que justamente eso era lo que quería Sarevok. Incapaz de no acercarse a él, se dio cuenta de que era una trampa a tiempo de agacharse. Sus cansadas rodillas crujieron en protesta. Sarevok soltó una de las manos de la espada y con la otra dibujó un arco con el arma por encima de la cabeza de Abdel.

Estaba demasiado cerca, y Abdel tuvo que rodar sobre el trasero para apartarse. Sarevok trató de patearlo mientras aún estaba en el suelo, y Abdel golpeó con su sable la pierna cubierta por la armadura, mientras ésta caía. Su sable chocó contra la espinillera de hierro negro de Sarevok y procuró una lluvia de chispas, y un sonido que hizo que sus encías se contrajeran. Había golpeado con tanta fuerza la armadura de su hermano que Abdel se dio cuenta de que tenía que ser mágica. En el pasado había arrancado varias piernas de hombres con armadura de esa manera.

Abdel estaba en el suelo y era vulnerable, pero Sarevok retrocedió, levantando su espada y poniéndose en guardia.

«No puede doblarse —pensó Abdel—. Quizás esa armadura me ayude».

Abdel se levantó de un salto y con un gruñido arremetió contra su hermano. Su intención era abalanzarse sobre él, hacer que su hermano concentrara la defensa arriba y después deslizarse entre sus piernas y atacarlo desde abajo, donde era vulnerable. Pero en el estruendo de la batalla, Abdel no oyó el conjuro que su hermano murmuraba rápidamente. Sarevok había soltado la espada, que flotaba en el aire justo delante de él como si colgara desde arriba, y hacía complicados gestos con las manos.

Instintivamente, Abdel se agachó y se cubrió la cara con su poderoso brazo, agarrando con fuerza la espada. Rodó sobre el suelo y giró a un lado cuando el espacio entre él y su hermano estalló en un brillante arco iris de luz multicolor. El

efecto mágico se desparramaba frente a Sarevok y formaba una figura triangular, casi bidimensional, que flotaba en el aire, justo por encima de la cabeza de Abdel. Se oyeron gritos, sonidos semejantes a detonaciones y el olor de carne quemada; todo ello debía de ser el resultado del conjuro y no mera coincidencia. Tanto acólitos como los del Puño Flameante morían. Abdel sintió una oleada de dolor en la espalda, que se extendió al lado cuando se levantó y empezó a correr en amplio semicírculo alrededor del lado izquierdo de su hermano. De su túnica de malla salía un misterioso chisporroteo, pero Abdel sabía que moriría si no lograba olvidarse del sonido, del dolor y de la herida, por grave que fuera.

Abdel no conocía ningún conjuro y no se guardaba ningún truco en la manga. Si quería matar a Sarevok —y estaba decidido a hacerlo— tendría que ser con la espada. Al atacarlo de nuevo, Abdel tuvo la sensación de que su hermano estaba sorprendido de que hubiera sobrevivido a su conjuro de fuego. Abdel se aprovechó de la vacilación de Sarevok para tratar de golpearlo con fuerza en el cuello, con la esperanza de acabar el combate rápidamente.

Las manos de Sarevok asieron la espada flotante y se dispuso a devolverle el ataque. Abdel se preparó para resistir el choque de las dos espadas, y gruñó por la sorpresa y el dolor cuando fueron sus manos y no los aceros los que se encontraron. La fuerza del golpe clavó una de las púas de media pulgada que revestían los guanteletes de Sarevok en el dorso de la mano izquierda de Abdel, desgarrando piel y hueso.

Las espadas de Abdel y Sarevok volaron en el denso aire de la sala, convertida en campo de batalla. Sarevok maldijo y retrocedió unos pasos, echando una mirada a su espada, que caía. Extendió un brazo para cogerla y Abdel estaba a punto de hacer lo mismo cuando, sin pensarlo realmente, se lanzó contra el cuerpo de su hermano con la suficiente fuerza como para tumbar a un caballo.

Abdel oyó cómo Sarevok se quedaba sin aliento, y ambos cayeron juntos al suelo. Pareció que Sarevok intentaba caer de espaldas. Hizo girar a Abdel arriba y por encima de su cuerpo en un único movimiento fluido, que lanzó al fornido mercenario al aire. La espada de Sarevok rebotó varias veces contra las losas del suelo a su derecha, a los pies de un soldado del Puño Llameante que contemplaba boquiabierto el duelo entre los dos hermanos.

La mano de Abdel encontró la empuñadura de su espada después de que rebotara en las losas con un inquietante sonido metálico, pero antes él mismo golpeó contra el suelo. Cayó de rodillas y levantó el sable a tiempo para detener el fuerte y rápido golpe de Sarevok, que aún rodaba.

Abdel se levantó y, jadeando, con la espada delante de él y preparado para cualquier cosa, se alejó dos pasos de su hermano, que hizo lo mismo.

Sarevok lanzó una mirada lateral y corrió hacia el soldado, que se quedó quieto,

mirando la carga con expresión de horror. Abdel le gritó que corriera, pero el hombre no se movió. Sarevok recogió rápidamente la espada del suelo y, en el mismo movimiento, desparramó las entrañas del soldado, y ya arremetía contra Abdel antes de que el cuerpo del soldado tocara el suelo.

Abdel reconocía muchos de sus instintos en la manera como Sarevok luchaba. El pensamiento de que ambos habían heredado características comunes de su infernal progenitor lo enervó tanto que Sarevok tuvo la oportunidad de cortarle la punta de la oreja derecha. El dolor fue como un chorro de agua hirviendo en su cara, y tan eficaz como el agua fría para hacerlo regresar a la realidad del combate. Respondió a la herida que le había infligido Sarevok con una ráfaga de sablazos —de través, abajo, arriba, abajo, de través y abajo de nuevo—, y Sarevok dio un paso para defenderse hacia atrás.

El combate duraba tanto que Abdel tenía la impresión de que llevaba toda una vida luchando. No se sentía cansado, estaba más allá del agotamiento; luchaba por su vida y no era su estilo vacilar en lo más mínimo para tomarse un descanso. Sería algo tan extraño para él como permitir que Sarevok siguiera viviendo. Abdel presionó de nuevo y Sarevok repelió sus ataques con desesperación, pero Abdel no lograba alcanzarlo. Sarevok lo hirió con otro golpe de suerte, pero era una herida superficial y la peor parte se la llevó la cota de malla de Abdel, cubierta ya de sangre.

El sonido de la refriega a su alrededor empezó a disminuir, pero ni Abdel ni Sarevok se fijaron en ello. De alguna parte, surgió un destello de luz blanca azulada, el imposible sonido de un trueno y el olor de ozono, a lo cual le siguió un coro de gritos. Abdel tuvo que hacerse a un lado rápidamente para no pisar una cabeza cercenada que se cruzó en su camino.

—¡Mátame! —gritó Sarevok—. ¡Mátame si puedes, hermano! ¡Una muerte más para la gloria de nuestro padre, que renacerá de la sangre de los asesinados!

—¡No! —chilló una voz a la espalda de Abdel.

Era Angelo. Abdel vio un hombre con el tabardo del Puño Llameante que había empezado a avanzar, vacilaba y se volvía para mirar a Angelo. El duque lo sabía. Comprendió que en ese momento era un asunto entre los dos hermanos.

Abdel supo que el Trono de Hierro había sido derrotado, que no habría guerra, que se había ganado esa guerra que nunca había parecido una guerra. Eso le dio la fuerza que necesitaba —justo ese pequeño empujón—, y su siguiente sablazo, si bien no fue demasiado fuerte para Sarevok, sí lo fue para su espada.

La espada de Sarevok se rompió en pedazos de brillante acero negro, y Abdel no perdió ni un instante. Levantó el pie hacia el pecho de su hermano y empujó, y lo hizo caer como un bicho. Sarevok rebotó al chocar contra el suelo, y su armadura repicó estruendosamente. Al lanzarse encima de Sarevok, Abdel giró el sable en la mano derecha para dar la vuelta a la hoja y hundirla. La punta de la hoja penetró en la

armadura de Sarevok. Abdel la retorció hacia arriba para que penetrara en la garganta, y casi había empezado a clavarse cuando vaciló, sudando, jadeando y sangrando. Toda la ira, la emoción, el remordimiento y la incertidumbre salieron de su interior como un torrente.

—Quizá tú no hayas aceptado el don de nuestro padre, hermano, pero hay otros, como yo, que están dispuestos.

—También los encontraré, hermano —escupió Abdel, haciendo esa promesa en memoria de Jaheira.

—¿Y los matarás? —preguntó Sarevok. La luz amarilla de sus ojos ya empezaba a extinguirse, como anticipándose a la muerte—. ¿Del mismo modo que vas a matarme a mí? Suficientes muertes, y Bhaal renacerá. Yo no lo traeré de vuelta con mi guerra, pero tú quizá sí con la tuya. Por tus venas corre verdaderamente la sangre de nuestro padre.

—Sí —dijo Abdel con suavidad—, sólo una vez más.

Se apoyó con todo su peso sobre la hoja y la mantuvo así hasta que Sarevok murió.